

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE HISTORIA

TESIS SOMETIDA A CONSIDERACIÓN PARA EL GRADO DE
LICENCIATURA EN HISTORIA

**“GUERRA” DE COTO, 1921:
CONFLICTO, SOCIEDAD CIVIL Y MEMORIA EN COSTA RICA**

ESTUDIANTE: JOSE PABLO ARGUEDAS ESPINOZA

SEDE RODRIGO FACIO, MONTES DE OCA

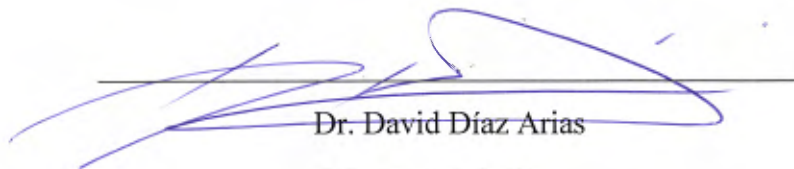
2019

Dedicatoria

A la memoria de mi abuelo amado, Claudio.

A los ojos que crecen en búsqueda de evidencia, Santiago.

“Esta tesis fue aceptada por la Comisión de Trabajos Finales de Graduación de la Escuela de Historia de la Universidad de Costa Rica, como requisito parcial para optar al grado y título de la Licenciatura en Historia.



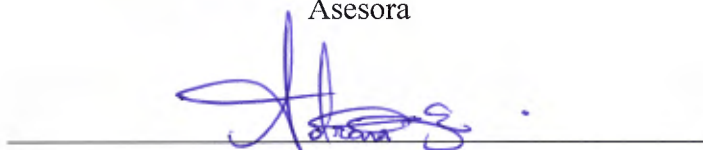
Dr. David Díaz Arias

Director(a) de Tesis



Dra. Alejandra Boza Villarreal

Asesora



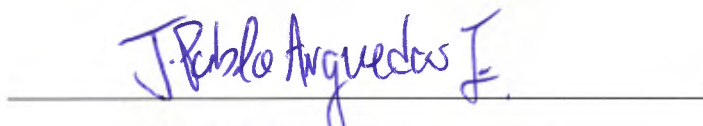
M.Sc. Adriana Sánchez Lovell

Asesora



Dra. Ana María Botey Sobrado

Directora de la Escuela de Historia



Jose Pablo Arguedas Espinoza

Candidato

Agradecimientos.

A la población trabajadora, honesta y solidaria del país, que con su aporte me ha dado acceso a educación pública y de calidad. Al personal del Archivo Nacional y a Rosemary, de la Biblioteca Nacional, cuya labor hace posible el fascinante acceso a las fuentes históricas. Al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad, por la confianza y apoyo, académico y económico, mediante su programa de becas a tesarios de la Facultad de Ciencias Sociales.

A Hugo Vargas por la sugerencia, fugaz e inconsciente, de abordar el tema; a Alejandra Boza Villarreal, no tanto por ser excelente profesora, sino mejor aún maestra. A Patricia Fonseca Barrios y Agnés Bureau, por permanecer atentas y hacer intervenciones precisas en proceso de investigación. A Jénica Martínez Munguía, primero mi estudiante, y finalmente mi maestra también: terminé, Jénica, usted también terminará.

A mi papá, Jose Arguedas Arias, por enseñarme que es aceptable ser buen historiador, pero es imprescindible ser buena persona. A mi mamá, Sonia Espinoza Ramírez, por una vida completa de apoyo, cercanía y confianza, a pesar de todo, y a través de todo. A Pamela Cerdas Zúñiga, compañera, amiga y confidente, signo de Amor, por cada abrazo y confrontación. A Dios que, en la carne de mis amigos, me recuerda que todo, también aquí, ha sido Gracia.

Tabla de Contenido

INTRODUCCIÓN.....	1
¿Qué es la Guerra de Coto?	1
1. Justificación	3
2. Objetivos	5
2.1. Objetivo general.....	5
2.2. Objetivos específicos.....	5
3. Hipótesis.....	6
4. Descripción de fuentes y estrategia metodológica.....	7
4.1. Descripción y evaluación de las fuentes.	7
4.2. Estrategia metodológica	9
5. Estado de la cuestión	10
5.1. Costa rica en la década de 1920.....	11
5.2. Nacionalismo en Costa Rica	14
5.3. Cuestión limítrofe entre Costa Rica y Panamá.....	18
6. Marco teórico.....	22
6.1. El componente religioso del nacionalismo	23
6.2. Propaganda y otredad.....	25
6.3. Rol de los grupos dominantes.....	27
CAPÍTULO I.	32
EL DISCURSO COMO MOTOR DE LA CONFLICTIVIDAD.....	32
1. El otro panameño.....	32
1.1. Construcción de una diferencia: autodeterminación y raza	33
1.2. Propaganda de guerra.....	44
2. Cuestionamientos al gobierno	50
2.1. Causas del conflicto.....	51
2.2. Discusiones posteriores al conflicto.....	57
3. Conflicto en escala internacional	64
3.1. Soberanía y neutralidad	65
3.2. Conformación de bloques	70
4. Conclusiones	78
CAPÍTULO II.	83

GUERRA Y ORGANIZACIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL.....	83
1. Reorganización y fortalecimiento institucional	84
1.1. Ejército	85
1.2. Labores de asistencia	97
2. Manifestaciones desde la sociedad civil	102
2.1. Movilizaciones.....	103
2.2. Adhesiones.....	111
3. Implicaciones económicas del conflicto.....	117
3.1. Donaciones.....	117
3.2. Costos para el Estado	123
4. Conclusiones	125
CAPÍTULO III.	129
OLVIDO SOBRE LA GUERRA.....	129
1. Memoria inmediata: construcción fallida de héroes	130
1.1. Heroísmos infructuosos	131
1.2. Condicionante: división interna	142
2. Guerra y Tratado de límites	147
2.1. Paz Americana.....	148
2.2. No-decir-guerra.....	153
3. Guerra en textos de historia y literatura.....	156
3.1. Rescate de figuras heroicas.....	157
3.2. Sobre el conflicto.....	162
4. Conclusiones	183
CONCLUSIONES GENERALES	191
FUENTES.....	196
Fuentes impresas	196
Fuentes literarias.....	¡Error! Marcador no definido.
Fuentes periodísticas	197
Fuentes gubernamentales	¡Error! Marcador no definido.
BIBLIOGRAFÍA.....	198

Resumen

Esta investigación es un esfuerzo por retomar el conflicto internacional entre Costa Rica y Panamá conocido como Guerra de Coto, desde una perspectiva que busca ampliar y profundizar la comprensión de lo sucedido en el marco de los procesos históricos sucedidos en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX. Con ello, se busca sobrepasar una perspectiva desde la cual este conflicto pareciera no tener importancia debido a sus limitadas dimensiones bélicas. Más bien, la propuesta es enriquecer el análisis incorporando variables culturales y sociales en el tratamiento de la información.

Luego de un primer acercamiento a las fuentes se identificó que el conflicto armado estaba atravesado por diversos temas que, con las preguntas adecuadas, podía develar en partes iguales el conflicto en sí mismo como estos temas paralelos. Luego de la construcción de datos y relacionarlos, resulta una propuesta en la que el conflicto se lee desde tres grandes aristas. La primera de ellas está compuesta por los conflictos paralelos al desacuerdo limítrofe entre Costa Rica y Panamá. Es decir, cómo la guerra permitió canalizar otras divisiones y situaciones conflictivas ya existentes en la sociedad costarricense. Se aborda la construcción rápida de una pretendida enemistad con Panamá, la intensificación de una disputa política entre las facciones que resultaron del proceso de transición posterior a la dictadura de los Tinoco, así como las agitadas discusiones entre los partidarios al proyecto de Unión Centroamérica y sus opositores.

En segunda instancia se hace una relectura de los acontecimientos durante el conflicto y en las semanas posteriores. Esto desde una perspectiva más amplia que la meramente bélica. Por tanto, se revisan los movimientos ciudadanos e institucionales, en apoyo a la causa armada. Se explora el rol de la infancia, la juventud, las mujeres y sectores como el educativo y la Iglesia católica para movilizar el apoyo popular al conflicto. Además de la dimensión material y fáctica, se explora también los simbolismos que legitimaba los sectores que se adherían a la campaña y las implicaciones económicas para el país.

Por último, se reconstruye la pérdida progresiva de la memoria nacional sobre este conflicto. Para ello, se establecen tres planos del recuerdo. El primero en la corta duración, sacando provecho de la prensa de la época. También se rastrea los recuerdos del conflicto en las dos décadas siguientes a los sucesos, en el marco de las negociaciones bilaterales con miras a la firma de un tratado de límites oficial. Por últimos, se compara las lecturas y la pertinencia de libros de texto versus obras literarias que ofrecen alguna perspectiva sobre este conflicto.

INTRODUCCIÓN

¿Qué es la Guerra de Coto?

Se trata del punto más violento en la larga disputa fronteriza entre Costa Rica y Panamá, ocurrido a inicio de 1921. Se le llama de esa manera en recuerdo de tres combates sucedidos en Pueblo Nuevo de Coto, ubicado actualmente en el cantón costarricense de Corredores. Como no hubo declaratoria oficial de guerra por parte de ninguno de los dos gobiernos involucrados, sus límites temporales no son claros. Sin embargo, se puede considerar su inicio el 20 de febrero, con la toma de posesión de Pueblo Nuevo de Coto por parte de un grupo de militares costarricenses a cargo del coronel Héctor Zúñiga. Su final se ubica el 5 de marzo con el armisticio acordado en el puerto del Caribe panameño de Almirante entre el también coronel costarricense Gerardo Zúñiga Montúfar y militares estadounidenses que desembarcaron en aquel lugar para presionar el cese de hostilidades.

En realidad, este conflicto fue el clímax de un largo camino, así que no significó un evento aislado en la disputa por el límite sur de Costa Rica. Varios proyectos de acuerdos de límites habían pasado sin éxito por los Congresos de ambos países, e incluso por parte de sus antecesores (Provincias Unidas Centroamericanas y la Gran Colombia). Se había explorado la vía de arbitrajes internacionales como medio de solución a la disputa. Sin embargo, ni el Laudo suscrito por el presidente francés Emile Loubet en 1900, ni el fallo del Chief Justice estadounidense Edward White en 1916 habían satisfecho completamente las pretensiones territoriales de Costa Rica y Panamá. Como resultado, después de ese último año, ambos países tenían una interpretación completamente distinta de la línea fronteriza que los dividía.¹

Durante toda la década de 1910 hubo informes de vecinos del cantón de Osa sobre la presencia de autoridades panameñas y cobros de impuestos en la región. A pesar de ello, ninguna administración costarricense había tomado la iniciativa de reclamar la soberanía,

¹ Para consultar el recuento histórico-jurídico de la disputa hasta 1921 desde la versión panameña, ver: Cuestas Gómez, Carlos. *Panamá y Costa Rica, entre la diplomacia y la guerra*. Panamá, Litho Editorial Chen, 1999. La versión retomada por la historiografía costarricense: Sibaja Chacón, Luis Fernando. *El límite sureste de Costa Rica: desde el Laudo Loubet hasta su fijación definitiva*. Tesis de Licenciatura en Ciencias y Letras con especialización con Historia, Universidad de Costa Rica, 1968.

salvo una breve iniciativa de Alfredo González, rápidamente desechada. Fue en el período posterior a la dictadura de los Tinoco, en mayo de 1920, con el inicio de la administración de Julio Acosta, que el asunto limítrofe con Panamá pasó a ser prioritario para el Estado costarricense.

A finales de 1920, Acosta envió a la región de Osa una expedición civil a cargo del ingeniero francés Albert Renault de la Croix, para confirmar reportes sobre presencia de autoridades panameñas cobrando impuestos. De la Croix presentó el informe de su gira en enero de 1921, y dicha información propició el envío del piquete militar a cargo de Héctor Zúñiga Mora. Esos hombres llevaron a cabo la siguiente orden: echar al corregidor panameño de Pueblo Nuevo y, por medio suyo, informaron lo sucedido a las autoridades de aquel país. La reacción en Panamá al recibir las noticias del corregidor de Coto fue inesperada. Enviaron un contingente mayor que el costarricense. Estos últimos fueron apresados y las autoridades panameñas retomaron el control de Pueblo Nuevo. Además, en Colón y Ciudad de Panamá fueron atacados los consulados de Costa Rica.

La falta de actualización sobre el estado de Héctor Zúñiga y sus hombres, además de las noticias sobre los ataques a los consulados en Panamá, encendieron las alarmas del gobierno costarricense. El Ministerio de Guerra decidió enviar dos expediciones más como apoyo. La primera a cargo del coronel Víctor Manuel Obregón; la segunda a cargo del también coronel Amadeo Vargas. El contingente panameño atacó por sorpresa a los dos grupos de apoyo cuando ingresaban al poblado, por medio del río Coto. Estas dos derrotas para Costa Rica dejaron como resultado varios muertos, mayor cantidad de heridos, y todos presos.

A partir de ahí la escalada de violencia en Costa Rica fue exponencial. Envío sistemático de soldados y voluntarios hacia el Pacífico y el Caribe Sur² y sendas manifestaciones de apoyo a la campaña bélica nacional. La forma en que se articularon estas manifestaciones, los medios discursivos que convocaron el apoyo popular al conflicto limítrofe, así como la construcción del recuerdo de la guerra en el corto y mediano plazo, es parte de lo que propone esta investigación.

² Para ampliar sobre los movimientos armados en ambas vertientes de la región fronteriza, ver: Sibaja Chacón, Luis Fernando. *El límite sureste de Costa Rica: desde el Laudo Loubet hasta su fijación definitiva*. Tesis de Licenciatura en Ciencias y Letras con especialización con Historia, Universidad de Costa Rica, 1968.

1. Justificación

El proyecto de construcción de nacionalidad costarricense ha consolidado, entre otras, la percepción de que la experiencia bélica en el país durante el siglo XX se limita a la guerra civil de 1948. Recientemente se ha abordado el conflicto social en Costa Rica y la región centroamericana en la segunda mitad de dicho siglo, con miras a problematizar la visión simplista que proclama un pacifismo inherente al Estado-Nación en Costa Rica. Esta investigación se inserta en un esfuerzo por posicionar el estudio de los conflictos armados en la primera mitad del siglo XX, más allá del Golpe de Estado del grupo representado por los hermanos Tinoco en 1917 y la Guerra Civil de la década de 1940.

El hecho de que muchos conflictos armados de las primeras décadas del siglo XX en Costa Rica fueron en realidad tentativas, o conflictos de dimensiones pequeñas en comparación con experiencias en otros países americanos, ha propiciado una relativa invisibilidad de esas coyunturas en la historiografía nacional. Hace falta incluir perspectivas sociales y culturales en el estudio de la conflictividad para lograr una mejor comprensión de los procesos históricos de los cuales son parte. En particular, entender las dimensiones sociales y culturales de instituciones como el ejército costarricense y los discursos bélicos más allá de encontrar grandes epopeyas.

Por otra parte, el estudio de este conflicto abre un portillo para problematizar el proceso histórico en el cual se han definido las relaciones bilaterales entre dos países que firmaron su arreglo limítrofe de manera particularmente tardía. Países que fueron a guerra por el dominio de una región que en los años posteriores ha resultado una de las más marginalizadas por el aparato estatal. Con ese horizonte, este trabajo está dividido analíticamente en tres capítulos. El primero analiza el discurso nacionalista desde Costa Rica articulado durante el conflicto, y las principales aristas temáticas con las que dicha retórica propició la participación ciudadana en el conflicto

El segundo capítulo analiza las implicaciones que tuvo la guerra sobre la organización social de la población costarricense, escudriñando la articulación de iniciativas desde diversos sectores de la sociedad civil. Por último, el tercer capítulo estudia el comportamiento de la memoria sobre el conflicto en el corto y mediano plazo, identificando las principales estrategias utilizadas para consolidar el olvido o silencio de un evento de

dimensiones significativas en la historia nacional costarricense, que poco a poco se convirtió en desconocido, o una extraña suerte de la historia, y no un evento causal inserto en un proceso histórico.

Espacialmente, el tema abarcará todo el territorio costarricense, puesto que las noticias, editoriales, reportajes y artículos de opinión encontrados, corresponden a prensa de escala local y nacional. Temporalmente, el análisis va de enero a setiembre de 1921. En el primer mes de dicho año, llegó a San José el informe final de una expedición técnica que el gobierno de Julio Acosta había enviado a la frontera con Panamá ante una serie de denuncias sobre presencia de autoridades de aquel país. Esta expedición fue lo que dispuso a la administración de Acosta a enviar algunos militares a la zona y esto causó, a su vez, el inicio del conflicto armado. Por otra parte, setiembre resulta interesante por encontrarse el marco de la celebración del centenario de la independencia de Centroamérica y explorar en qué medida lo ocurrido en la Guerra de Coto tuvo protagonismo en dicha coyuntura. Además, se eligió como punto final porque es en dicho mes cuando se inician las obras de amojonamiento de algunos sectores de la frontera. Esto no zanja los diferendos sobre el desenlace de la guerra, pero es el mayor avance en las negociaciones prácticamente hasta la firma del acuerdo definitivo en 1941.

2. Objetivos

2.1. Objetivo general

Analizar la campaña de guerra, la propaganda de guerra y la construcción del olvido sobre la Guerra de Coto (1921) en la sociedad costarricense, para comprender el rol de dicho enfrentamiento en el proceso de negociación de la frontera con Panamá, en el periodo 1921-1944.

2.2. Objetivos específicos

1. Identificar las principales aristas de la campaña de guerra utilizada contra Panamá, para comprender las raíces discursivas que legitimaron la experiencia militar desde el país.
2. Analizar la organización de la campaña de guerra durante el enfrentamiento con Panamá, para visibilizar el rol predominante que tuvo la sociedad civil con respecto a las dimensiones que tomó el conflicto.
3. Reconstruir tres escenarios de construcción de la memoria sobre el conflicto con Panamá en el corto y mediano plazo, para explicar las dinámicas que configuraron el progresivo olvido de este pasaje de la historia nacional.

3. Hipótesis

1. El discurso nacionalista costarricense que proyectó la prensa costarricense en la coyuntura del conflicto armado con Panamá a inicio de 1921 fue clave para convencer a una población sobre la pertinencia del conflicto. Se propone el discurso como movilizador de la sociedad, puesto que el conflicto con Panamá no había sido antes de 1921 un tema latente para la generalidad de la población. Por tanto, es posible que en miras a lograr la colaboración activa de la población civil del país, posicionar el conflicto en prensa echando mano a nacionalismo haya sido una manera de paliar una enemistad histórica no consolidada en el imaginario nacional.

2. A pesar de su corta duración, se plantea que la guerra contra Panamá movilizó de manera significativa diversos grupos de la sociedad costarricense. De hecho, la complementación de iniciativas planteadas desde diversos sectores más allá del gobierno, fue lo que hizo posible que el envío de un piquete militar se transformara en pocos días en una campaña de guerra de importantes proporciones. Un escenario como ese es el que haría posible que un país con un ejército debilitado haya podido hacer frente a una aventura bélica frente a otro país.

3. Luego del primer empuje del tema por lo reciente de los sucesos, las discusiones sobre la guerra se fueron ralentizando y con ellas su recuerdo. Conforme volvían a la palestra pública, tendían a ser utilizadas en el contexto de las discusiones con miras a un acuerdo limítrofe entre ambos países. Por tanto, la memoria sobre la guerra de Coto, tendía a resultar incómoda por lo poco favorable a dichos acuerdos. Lo anterior hace parecer que no hubo una maquinaria estatal que institucionalizara el recuerdo de esta coyuntura, y lo poco o mucho que se transmitió del recuerdo de lo sucedido, dependió de otros medios de transmisión del recuerdo.

4. Descripción de fuentes y estrategia metodológica.

4.1. Descripción y evaluación de las fuentes.

Las fuentes que se utilizan en esta investigación son primordialmente periodísticas, pero se complementará con documentos oficiales de los gobiernos de Costa Rica y de Panamá, sobre el conflicto en Coto y sus antecedentes diplomáticos. También fuentes literarias como el libro testimonial publicado por José Marín Cañas,³ un cuento corto sobre la Guerra de Coto, publicado en abril de 1940 en la Revista Vanguardia, así como la novela Marco Ramírez, de Carlos Luis Fallas, en la cual se aborda en uno de sus capítulos, la experiencia del personaje en este enfrentamiento, y que aporta elementos para la discusión de la guerra –y lo bélico- en la cultura costarricense.⁴

Con respecto a la novela de *Calufa*, publicado en 1951, este será de suma utilidad por contener dentro de su trama literaria, elementos realistas que contextualizan el tránsito entre la dictadura de los hermanos Tinoco y el enfrentamiento armado en que se concentra esta investigación. El testimonio recopilado por José Marín Cañas tiene virtudes parecidas a la obra de Carlos Luis Fallas, siendo su principal diferencia el enfoque testimonial y no omnisciente, además de que Cañas expone el punto de vista de un miembro del ejército costarricense, lo que ofrece en principio una mirada complementaria a la de Marco Ramírez. Por su parte, el cuento corto llamado “Tartarín se fue a la guerra”, cuenta con un tono sarcástico que significa una crítica a la actitud pasiva y desordenada del ejército nacional ante esto que fue leído por algunos sectores como una aventura, en lugar de guerra.

En cuanto al mapeo de la memoria que se realiza en el tercer capítulo, también será fundamental la recuperación de los discursos presentes en diversos libros de historia nacional de Costa Rica. El parámetro para definir cuáles libros revisar ha sido fundamentalmente ubicar producciones cuya vocación explícita o implícita sea sintetizar o valorar 1) el proceso de negociación fronteriza con Panamá, o 2) la historia republicana costarricense. Estos libros aportan una versatilidad importante puesto que fueron escritos en

³ Marín Cañas, 1934.

⁴ Fallas Sibaja, 1997.

distintos momentos históricos; algunos de ellos publicados desde instituciones educativas, tanto el Ministerio de Educación Pública como universidades públicas y privadas, por ejemplo. Es decir, que en su conjunto permiten extraer conclusiones basadas en un panorama bien representativo de lo que en el país se ha dicho sobre los acontecimientos de la guerra con Panamá.

El último tipo de fuente, pero cuantitativamente más importante, son los artículos publicados en los periódicos de circulación nacional al inicio del conflicto diplomático, durante la guerra y hasta aceptación definitiva de su derrota diplomática, cuando se colocan los primeros mojones en el sur de la línea fronteriza. Esto significa que el período abarcado será desde el final de enero hasta septiembre de 1921, incluyendo los periódicos *La Tribuna*, *La Verdad*, *El Diario de Costa Rica* y *La Tarde*, así como *El Herald* y *El Viajero*, semanarios puntarenenses. Especialmente, los artículos hacen imposible su delimitación precisa, pero diremos que se concentrará en el territorio costarricense.

La principal ventaja de las fuentes periodísticas es que permite obtener mucha información y de diversa procedencia. Se analizará reportes de corresponsales en diversos sitios del país, comentarios a cablegramas desde la frontera en el Pacífico y en el Caribe y desde otros países, principalmente centroamericanos; informes de las discusiones en el poder legislativo y diferencias a lo interno del poder ejecutivo; cartas abiertas, editoriales, artículos de opinión, anuncios. Una desventaja de estas fuentes es que en muchas publicaciones, no es posible identificar la autoría. Esto se une a la ya conocida debilidad de la prensa, en cuanto no asegura que lo publicado haya sido acogido. Este detalle justifica en buena medida la triangulación con otras fuentes como las que he mencionado previamente.

A manera de recuento, lo principal sobre las fuentes es su complementariedad y la posibilidad de caracterizar discursos entre diversos actores en distintos momentos. Con las fuentes literarias se incorporará el testimonio y el ejercicio de la memoria, que bien puede tacharse de demasiado subjetivo o endeble, pero enriquece el con emotividades a la planificación y cálculo subyacentes en los informes gubernamentales. Dichos documentos de los gobiernos, a su vez, además de la excesiva selectividad a la que pudieran haber sido

sujetos, permiten cotejar el grado de acercamientos entre lo que se hablaba en el ejército y gobierno, y lo que se difundía entre la población por medio de la prensa

4.2. Estrategia metodológica

Se plantea una combinación de las técnicas de análisis de contenido y análisis del discurso. La primera se empleará en el sentido de que se rastreará una serie de palabras, expresiones y posicionamientos concretos que, por el grado de concentración y repetición, darán muestra de lo que se quiere fijar en la mentalidad de los lectores en el transcurso del conflicto y sus recuerdos posteriores. La segunda se enfocará en analizar cómo los contenidos son articulados en función de discursos que buscaban encausar el ambiente de conflictividad social en favor de los intereses nacionales, más allá de localismos o eventuales rivalidades internas por motivos políticos. La triangulación metodológica será de vital importancia con todos los tipos de fuentes que se utilizará. Por ejemplo, problematiza la supuesta investidura de verdad de los documentos oficiales e identificar las contradicciones o ausencia de argumentaciones en las publicaciones periódicas, además de las inconsistencias en los escritos literarios y testimoniales.

Más allá de la conceptualización de métodos y técnicas, lo que realmente hace la diferencia es la manera en que se operacionalizan. En este sentido, por su preponderancia tanto cuantitativa, es fundamental especificar la forma en que la información extraída de los periódicos es procesada. Para ello se han construido una serie de categorías que harán posible una desagregación bien elaborada y, en ese sentido, una construcción más ordenada y robusta del esquema interpretativo de esta investigación. Toda la información acumulada en los periódicos se ha conjuntado una base de datos, y es a partir de esta base que se ha podido rastrear la evidencia de las implicaciones del conflicto, así como construir un esquema interpretativo de las mismas.

La construcción de esta herramienta no busca ser un fin en sí mismo, si no que se ha convertido en el sostén de la organización capitular de este trabajo, y no se basa esta investigación en una interpretación cuantitativa o estadística de los artículos periodísticos. En primera instancia porque los periódicos son solo un tipo de fuente utilizada.

5. Estado de la cuestión

El análisis de los conflictos armados en la historia costarricense y su relación con la identidad nacional ha sido una preocupación constante desde la historiografía y diversas áreas de las Ciencias Sociales. Es fundamental lo desarrollado acerca de la llamada Campaña Nacional y la Guerra Civil de 1948, pero el objetivo de este trabajo es matizar la importancia de aquellos dos eventos, profundizando la comprensión de la Guerra de Coto, particularmente mediante el estudio del discurso nacionalista desplegado en aquel momento. Con miras en hacer un análisis del nacionalismo impulsado por este conflicto es necesario contar con un panorama lo más amplio posible de los estudios realizados referentes al conflicto entre Costa Rica y Panamá, acompañado de algunos elementos que lo sobrepasan.

Resulta fundamental recabar cuál ha sido el posicionamiento de los investigadores más destacados sobre el contexto de aquella guerra, fundamentalmente la década de 1920 en Costa Rica. Además, hay una amplia gama de perspectivas que han aportado, en mayor o menor medida, a la comprensión del nacionalismo costarricense. Por último, se hará un balance de lo investigado en torno a la pugna limítrofe en la que históricamente han estado inmersas la República de Costa Rica y su similar del sur. Todo ello guiará hacia el núcleo fundamental de este apartado que es, sin más, hacer una valoración de los aportes que deben ser retomados en este trabajo, y limitaciones que deberán ser rebatidas.

El siguiente balance retoma las principales corrientes analíticas, por lo que los trabajos considerados en este punto son apenas algunos dentro de la amplia de producción académica que sirve de punto de partida para esta investigación. Fundamentalmente, se trata aquí de responder a las siguientes grandes interrogantes: 1) ¿cuál es la caracterización dominante sobre las condiciones políticas, económicas y sociales que enfrentó Costa Rica al iniciar la década de 1920? 2) ¿qué posiciones han desarrollado los investigadores acerca de la articulación del nacionalismo costarricense? 3) ¿Cuán protagonista ha sido la Guerra de Coto en el estudio de la dinámica fronteriza que históricamente han conllevado Costa Rica y Panamá?

5.1. Costa rica en la década de 1920

Respondiendo a la primera pregunta planteada, es fundamental la contribución desde la historia económica llevada a cabo por Victor Bulmer Thomas. Este autor se concentra en el análisis de la crisis entre 1920 y 1921 y cómo esta impactó la economía nacional. En su esquema explicativo destaca el sistema de adjudicación de precios de banano y el café costarricenses, los principales productos de exportación. Según Thomas, ambos elementos hicieron poco probable que el país sucumbiera ante cambios rápidos de precios a nivel mundial, debido a la buena calidad y prestigio con que contaba en el mercado internacional.⁵ Desde una perspectiva que vincula elementos económicos, sociales y políticos, Ana María Botey propone que esta relativa seguridad de la economía nacional frente a los movimientos internacionales, que contrastaba con el intervencionismo a nivel interno impulsado durante el gobierno Alfredo González Flores, fue la principal causante del descontento de ciertos grupos de la oligarquía que desembocarían en el golpe de estado de Federico Tinoco.⁶

De vuelta en temas económicos, un elemento fundamental destacado para inicios de la década de 1920 es la reforma monetaria. Bulmer Thomas afirma que la reforma iniciada por Julio Acosta en abril de 1921, y consolidada en 1925 durante el segundo gobierno de Ricardo Jiménez, dotó de estabilidad cambiaria al retomar el patrón oro después de la dictadura tinoquista, y destaca la manera en que ello resultó ser un avance en el plano internacional.⁷ Por su parte, Botey evidencia las tensiones con los cafetaleros que resultaron privados de su vieja costumbre de vender en patrón oro y comprar en papel moneda. En este sentido, se establece como antecedente el régimen de González Flores con su política de limitar la exportación de metales para sumar las reservas suficientes que luego utilizaría el gobierno de Acosta para llevar a cabo la citada reforma.⁸

El trabajo de Jim Handy analiza el nacionalismo económico y vincula las acciones de los movimientos sociales y los intereses de grupos económicamente dominantes en Costa Rica. Propone que ciertas manifestaciones políticas antiimperialistas llevadas a cabo por

⁵ Bulmer Thomas, 1989: 33.

⁶ Botey Sobrado, 2005: 57.

⁷ Bulmer Thomas, 1989, 39.

⁸ Botey Sobrado, 2005: 45-55.

medio de protestas populares, fueron posibles en la medida en que recibieron apoyo de miembros de la élite socioeconómica costarricense. Sugiere que dichas protestas fueron mayormente permitidas cuando atacaban intereses extranjeros (y no de los grupos de poder nacionales), ya que había más concordancia con miembros de la élite en estos temas.⁹

El esquema de Handy destaca el rol protagónico de la dupla *United Fruit Company* y el Departamento de Estado de los EE.UU., y su búsqueda de apoyo en personalidades como Ricardo Jiménez y Cleto González Víquez para negociar con un mayor margen a favor. Según Handy, el alcance de estas presiones no tuvo gran alcance en Costa Rica, y ello se debe fundamentalmente a que se había desarrollado un resentimiento popular hacia la compañía, reflejada en las discusiones y voluntad del Congreso en negociaciones sobre nuevos contratos con la bananera.¹⁰ Al respecto de este antiimperialismo, Ana María Botey toma en cuenta el número creciente de organizaciones pequeños y medianos artesanos y obreros urbanos como antecedentes de las huelgas en febrero y junio de 1920: la primera por la jornada de 8 horas, y como una lucha por el costo de los precios de productos básicos, con el aliciente del conflicto entre beneficiadores y pequeños productores de café.¹¹

Parte de la producción historiográfica ha echado un vistazo sobre el crecimiento de panfletos, manifiestos y periódicos a inicios del siglo XX. Iván Molina analiza el desarrollo de la imprenta y tipografía en esta época y el proceso paralelo de relativa descristianización. Sobre el primer elemento señala que, aunque con características predominantemente artesanales en sus talleres, hubo un importante incremento en la inversión en imprenta.¹² Mediante el análisis del censo municipal de San José en 1904 y las discusiones que nacieron en Heredia y que tuvieron luego carácter nacional, analiza la lenta, pero progresiva descristianización, basándose en el impulso y reflexión acerca de una *moral profana*, llevada a cabo por Roberto Brenes Mesén.¹³

En otra obra suya, Iván Molina analiza también el tránsito desde el liberalismo político del siglo XIX, que sobrevivía con las tradicionales figuras, hacia una generación de cambio

⁹ Handy, 1996: 12.

¹⁰ Handy, 1996: 31.

¹¹ Botey Sobrado, 2005: 83.

¹² Molina Jiménez, 2010: 79-86.

¹³ Molina Jiménez, 2010: 111.

que inició siendo un grupo de jóvenes “radicales.” Molina enfatiza la figura impulsora de aquellos jóvenes en el quehacer político, particularmente al dar inicio a discusiones sobre la *cuestión social* (relación pobreza y crecimiento agroexportador). Plantea que fueron movidos no por convicciones, sino por el contexto; es decir, la crisis económica provocada por la sobreproducción cafetalera brasileña (1897-1907).¹⁴

El aporte primordial que hace Molina sobre la identidad nacional es señalar un progresivo giro de lo militar hacia lo civil entre 1880 e inicios del siglo XX.¹⁵ También toma en cuenta los ideales presentes en la pintura costarricense proyectados en las viviendas de los pequeños y medianos productores agrícolas, pero ambientadas en un paisaje de siglo XIX y arquetípicamente colonial; y sobre la literatura, enfatiza el olvido de características de lucha con que fueron barnizadas las figuras de origen popular.¹⁶

Respondiendo a la pregunta inicial de este apartado, dentro de las principales tendencias de investigación sobre el período en el cual se centra la Guerra de Coto se encuentran dos enfoques complementarios: uno que privilegia la lectura externa de los acontecimientos en Costa Rica, particularmente su economía; y otro que enfatiza su análisis en la dinámica interna de la sociedad costarricense. La primera privilegia la relativa estabilidad económica frente al mercado internacional y las dinámicas de presión por parte de empresas y gobierno de EE.UU. La segunda corriente enfatiza la organización de grupos subalternos, el rol de los periódicos como herramientas para la educación de dichas agrupaciones y el aprovechamiento de esto por parte de figuras con importancia política creciente. Para finalizar cabe señalar un elemento central: el posicionamiento dispar entre Handy y Botey sobre los grupos subalternos en su relación con los grupos dominantes económicamente invita aún más a la indagación del nacionalismo en el año 1921, para determinar en qué medida el nacionalismo se imponía a nociones de clase, o viceversa.

¹⁴ Molina Jiménez, 2002: 30-32.

¹⁵ Molina Jiménez, 2002: 38.

¹⁶ Molina Jiménez, 2002: 46-54.

5.2. Nacionalismo en Costa Rica

Los estudios sobre nacionalismo en Costa Rica son agrupados en tres categorías, de acuerdo a su concepción sobre las particularidades del proceso de construcción identitaria en el país. La primera de ellas, una posición tradicionalista; otra a la que se le podría llamar de invencionista pre-liberal; por último, una a la que se distinguirá simplemente como invencionista.

Juan Rafael Quesada afirma que existió un proto-nacionalismo desde la colonia, nutrido del idioma y la religión, elementos que aportaron fuerza a la consolidación de sentido de grupo sobre todo en los estratos populares de la sociedad.¹⁷ El esquema que plantea es el siguiente: los conflictos limítrofes provocaban una crisis en la identidad; para subsanar esto, grupos de profesionales buscaban documentos y teorías que reconocieran la soberanía costarricense en el ámbito internacional, pero en ese camino se encontraban las bases para construir la retórica sobre el desarrollo histórico del país. Ahora bien, la principal premisa es que la Campaña Nacional significa el punto máximo de esta dinámica y por ello es el momento donde se cristaliza la nacionalidad costarricense hasta la fecha.¹⁸ La principal debilidad del planteamiento de Juan Rafael Quesada es que naturaliza el nacionalismo; es decir, tiende a invisibilizar los procesos de larga duración que lo definen y transforman, así como los actores sociales que le dan forma a su retórica.

Por su parte, Víctor Hugo Acuña se concentra específicamente en determinar el período de nacimiento del nacionalismo. Acuña ubica el despunte de la autopercepción de lo costarricense como diferente al resto de Centroamérica en el período donde se confirma la viabilidad de una república independiente de la Federación Centroamericana, entre las décadas de 1840 y 1860.¹⁹ Además, plantea que fue desde el Valle Central del país donde surgen concepciones de pobreza entre sus gobernadores y las nociones de hispanidad, libertad, neutralidad y pacifismo; y destaca el rol potenciador de aquellas marcas de

¹⁷ Quesada Camacho, 2010: 68.

¹⁸ Quesada Camacho, 2010: 124.

¹⁹ Acuña Ortega, 2002: 193-195.

diferencia que tuvo el deseo de independizarse de las autoridades de Nicaragua y Guatemala.²⁰

Un elemento imprescindible en esta discusión es la relación entre el nacionalismo y la identidad de clase o, en todo caso, el grado en que la retórica nacionalista era apoyada por los sectores populares y trabajadores urbanos del país.²¹ Victor Hugo Acuña plantea que es en la década de 1920 –y hasta entrada la de 1930- cuando efectivamente surgen las primeras muestras de identidad nacional en la que se consolida un imaginario de colaboración entre obreros y el proyecto país.²² Como evidencia, Acuña señala que en 1921, al coincidir la guerra contra Panamá con una huelga de trabajadores de la *United Fruit Company*, las asociaciones obreras llamaron a unirse a la campaña nacional a costa de detener el levantamiento laboral.²³ En este sentido, es importante revisar los medios de apoyo que, en la práctica llevaron a cabo los grupos obreros, y analizar en qué medida hubo alguna división interna entre quienes creían que debía primar lo nacional, o la cuestión de clase.

Entre los trabajos categorizados dentro del enfoque invencionistas, el trabajo pionero es el de Steven Palmer, quien abrió el debate al proponer un nacionalismo particularmente perspicaz impulsado por los grupos hegemónicos costarricenses, ofreciendo al pueblo imágenes con las que se podía identificar fácilmente y que además resultan protagónicas en la Historia Nacional.²⁴ Este proyecto de simbología nacional impulsado por gobiernos e intelectuales liberales tuvo como punta de lanza, sobre todo a partir del último cuarto del siglo XIX, representado por la figura heroica de Juan Santamaría.²⁵ Con esto, Palmer planteó por primera vez de forma explícita que el nacionalismo es una construcción social, y abrió una perspectiva de investigación que, hasta hoy, busca profundizar en la comprensión de las múltiples variables que han guiado el desarrollo identitario de la sociedad costarricense.²⁶

²⁰ Acuña Ortega, 2002: 197.

²¹ Acuña Ortega, 1994 y Acuña Ortega, 1986.

²² Acuña Ortega, 1986: 41.

²³ Acuña Ortega, 1994: 154.

²⁴ Palmer, 1992: 196-197.

²⁵ Palmer, 2007: 111-126.

²⁶ Palmer, 1994.

La propuesta de Palmer abrió un debate que ha trascendido por mucho el tema de Juan Santamaría, dentro de los cuales se ubican trabajos de Iván Molina, David Díaz y Patricia Fumero. Tienen como factor común, entender el nacionalismo como un proceso que tuvo su época de consolidación en el contexto de las políticas liberales que buscaban homogenizar el imaginario de la sociedad costarricense, esto desde finales del siglo XIX y hasta las primeras décadas del siglo XX, inclusive.

Díaz visibiliza la tendencia que visibiliza el proceso de consolidación nacionalista, en el cual el poder ejecutivo llegó incluso a obligar a municipalidades a organizar, y a los vecinos a participar en, festejos patrios en la primera mitad del siglo XIX.²⁷ Con ello se retoma la perspectiva de Steven Palmer, en la que nacionalismo costarricense es construido a la luz de coyunturas o eventos específicos, y por lo tanto, adecuado a través de distintos procesos históricos.²⁸

Otra serie de trabajos con aportes fundamentales son los de Carlos Sandoval García, Ronald Soto y Alexander Jiménez. En su tesis de licenciatura, Ronald Soto privilegia el análisis sobre el papel del *otro* en la configuración de la identidad nacional costarricense, deconstruye el discurso sobre la inmigración Costa Rica y, a partir de él, identifica las variables fundamentales que sirven de base a la proyección del ser costarricense: el color y sangre blanca, la libertad, igualdad, pacifismo y patriotismo. Estos elementos, según Soto, determinan cómo la figura del otro incide en la forja de la identidad nacional. Se propone que el elemento de raza es el principal de todas las categorías diferenciadoras, y se ubica la década de 1920 como su momento de profundización en el imaginario colectivo.²⁹ Esto es importante porque servirá de parámetro al consultar las fuentes de esta investigación, en el sentido de ubicar si lo racial fue, en efecto, la principal bandera del rechazo al otro panameño.

Soto también diferencia los procesos de invención del otro de acuerdo a los adjetivos o etiquetas que les eran asignados a cada grupo migrante: chinos y afrocaribeños que dominaron el siglo XIX, y judíos –primordialmente polacos- y nicaragüenses en quienes durante el siglo XX. Para ello tipifica los argumentos que eran los móviles para proyectar

²⁷ Díaz Arias, 2008: 178-184.

²⁸ Díaz Arias, 2008: 188.

²⁹ Soto Quirós, 1988: 67.

supuestos peligros que implicaban dichos grupos; principalmente se trataba de elementos de tipo económico y racial.³⁰ Por otro lado, que no abordan los mismos grupos étnicos, y en ese sentido será fundamental cotejar ambas perspectivas, puesto que tanto las naciones centroamericanas como transatlánticas fueron elementos de disputa en medio del conflicto fronterizo con Panamá. Resta entonces, comprender cómo se entendieron estas comunidades desde la opinión pública costarricense, y las estrategias que llevaron a cabo las llamadas colonias extranjeras para manejar adecuadamente su posición en el espectro social costarricense.

Otro trabajo que resulta comparable a partir de la tesis de Ronald Soto, es la tesis doctoral de Carlos Sandoval García. El principal elemento en común con Soto, es la preponderancia que tienen las comunidades extranjeras en su modelo explicativo sobre la forma en cómo se entiende el costarricense. Temporalmente, Sandoval ubica su análisis en las últimas dos décadas del XX, y se concentra únicamente en la caracterización de la comunidad inmigrante nicaragüense. Destaca las condiciones estructurales que potenciaron la discriminación hacia esa población: la acentuación del carácter racial de la discriminación, una serie de incertidumbres y especulaciones debido al número creciente de inmigrantes, y el debilitamiento de las inversiones públicas ha traído a menos los valores e instituciones hegemónicas distintivos de la clase media.³¹ El argumento central de Sandoval es la existencia de una relación directa y proporcional entre los medios de desacreditación al otro y la exaltación de características del nosotros. Según él, la representación de costarricense pacífico, democrático y libre surge con el supuesto carácter nicaragüense de guerra, anarquía, totalitarismo y criminalidad. Para ello utiliza la prensa costarricense que además presenta a dicha comunidad extranjera como una amenaza nacional, basándose en elementos como enfermedades y conflictos fronterizos.³²

Por su parte, Alexander Jiménez analiza las particularidades del nacionalismo en la segunda mitad del siglo XX; se concentra en las décadas de 1950 y 1960, y en los medios institucionales que canalizaron el discurso nacionalista a sectores más amplios de la población. Plantea que la creación de la Universidad de Costa Rica y la llegada de contacto

³⁰ Soto Quirós, 1988: 275.

³¹ Sandoval García, 2010: 38-39.

³² Sandoval García, 2010: 76-81.

con académicos europeos, impulsaron la institucionalización de la filosofía costarricense, que fungió como parangón para reproducir atribuciones identitarias propuestas por un añejo discurso nacionalista decimonónico. En este sentido, aporta el concepto de *nacionalistas étnicos metafísicos* para caracterizar a filósofos que hicieron trabajos filosóficos robustos, pero cuyos resultados fueron muy similares al de los ideólogos liberales del siglo XIX.³³ Para Jiménez, el discurso de mediados de siglo XX resulta novedoso por su horizonte de sentido, pero antiguo por estar anclado en los temas discutidos desde casi un siglo atrás, tales como la proyección internacional del país como homogéneo –y blanco- para insertarlo en el mercado mundial.³⁴

Al término de esta sección, están claras dos perspectivas generales en cuanto a la periodización del surgimiento del nacionalismo en Costa Rica. La primera de ellas es que dicho nacionalismo se basa en algunas coyunturas de conflictividad, y que hay hitos fundacionales para la identidad costarricense; ello cae, inevitablemente, en presentar la dinámica identitaria como algo estacional, natural o dado para las generaciones posteriores. Por otro lado, se encuentran los aportes tempraneros, pero muy valiosos, de Ronald Soto y Victor Hugo Acuña, al respecto del rol de otro que consolida la identidad nacional en diferentes periodos. Posteriormente, el análisis de Steven Palmer abrió una serie de preguntas que se han sistematizado otras investigaciones. Palmer propuso el nacionalismo como una invención, que por tanto cuenta con la posibilidad de ser moldeada por alguien, en determinado momento, y como respuesta a ciertos motivos.

5.3. Cuestión limítrofe entre Costa Rica y Panamá

No son muchas las investigaciones sobre el proceso de pugna por la delimitación fronteriza entre Costa Rica y Panamá, y cabe señalar el sistemático interés –académico y social- por enfrentar las tensiones con Nicaragua, además del olvido casi generalizado de la Guerra de Coto como elemento que muestra el complejo camino para comprender los

³³ Jiménez Matarrita, 2002: 54.

³⁴ Jiménez Matarrita, 2002: 178.

procesos que llevaron a Costa Rica a ejercer, al menos en teoría, soberanía sobre su región sur.

El primer estudio realizado sobre el conflicto de Coto en particular, es la investigación de Luis Fernando Sibaja. Aquí se toman en cuenta su tesis de licenciatura en Historia y una publicación posterior con base en ella. Ambas publicaciones incluyen un recuento con un análisis geográfico de la región en disputa, así como los antecedentes de la guerra, un añejo conflicto nunca resuelto. Así, inicia su análisis en el período colonial, con la disputa del territorio conocido como Veragua desde el mismo inicio del siglo XVI.³⁵ Sobre la guerra en sí misma, lo que plantea es una descripción de los eventos principales, y en ese sentido reduce el episodio a una perspectiva automatizada donde nada explica su inicio ni su fin, y mucho menos la reacción social ante ello. A pesar de ello, resulta interesante su intento por continuar la lectura del conflicto limítrofe más allá de la guerra, y en ese sentido visualiza las impresiones, a ambos lados de la frontera, sobre eventos como el intercambio de visitas y publicación de artículos fraternales entre educadores costarricenses y panameños en 1927 y las respuestas de estudiantes de Derecho.³⁶

En la versión resumida de su tesis, Sibaja rescata insistentemente el posicionamiento de Panamá en tanto éste era volver a las proclamas fronterizas de Colombia. Es decir, confiere tintes más actuales al conflicto centrando su atención en los argumentos del período de existencia de la actual República. Desacredita los motivos panameños, visibiliza la posición activa que toma Julio Acosta desde que era Ministro de Relaciones Exteriores en 1916, propone que en el sector que actualmente pertenece a Panamá había más actividad económica, y que aunque en términos generales el lado costarricense estaba en condiciones precarias, había un gancho importante y era la concesión de cicales para su venta a la *Coco Copra Company*, ubicada en Panamá.³⁷ La sección más extensa del trabajo es una detallada descripción de los sucesos divididos en tres secciones: La llegada del destacamento de Héctor Zúñiga y su aprisionamiento, la caída de La Sultana, la emboscada a La Estrella y

³⁵ Sibaja Chacón, 1968: 13.

³⁶ Sibaja Chacón, 1969: 160-162.

³⁷ Sibaja Chacón, 1969: 11-12.

La Esperanza. La constante es la comparación de los testimonios costarricense con los panameños.³⁸

Aunque no es exclusiva del conflicto costarricense-panameño, la obra clásica de Rafael Obregón Loría que compone un recuento de los eventos bélicos y políticos en Costa Rica, incluye algunos elementos que portan a la mejor comprensión de este capítulo en la historia no solo nacional, sino de la región centroamericana.³⁹ La obra de Obregón pertenece a aquella vertiente positivista de la historia que no va más allá de la mera descripción, pero resulta de ayuda en tanto a que reúne datos concretos que son fundamentales al apoyar cualquier interpretación. Obregón ordena cronológicamente los conflictos de Costa Rica en su historia republicana y –es otra bondad de este trabajo– permite comprobar si existe algún antecedente poco explorado de la Guerra de Coto. Por otro lado, proporciona datos sobre los soldados involucrados en el conflicto, particularmente los muertos en batalla, dando la posibilidad de analizar socialmente los elementos que se sumaron al ejército.

En un trabajo realizado casi tres décadas después que las investigaciones anteriores, Belisario Porras, en su tesis de Maestría en Diplomacia, además de reiterar la tendencia a recrear los sucesos del enfrentamiento, interpreta lo que pedían una y otra parte en los laudos y arbitrajes anteriores a la Guerra de 1921. Sin embargo no trasciende los términos puramente territoriales, dejando ir una oportunidad de analizar su trasfondo político o económico.⁴⁰ Lo que sí aporta como novedoso es una breve enumeración de personalidades que estaban a favor de cada parte en las distintas etapas y eso puede dar luces para un posterior análisis de redes de poder o influencia en el conflicto.⁴¹

Parte de esta investigación es analizar el rol que tuvo la imagen de cada país que apoyaba a Costa Rica en el conflicto, y en ese sentido es de ayuda el apartado en que Porras aporta la lista de armas disponible y las sucesivas ayudas venidas de otras latitudes. No dice nada acerca de cómo recibía el país dichas colaboraciones, pero establece un parámetro que será de alguna ayuda. Por último, y aunque un tanto limitado, es significativo el intento de teorizar si este conflicto fue o no una guerra, basado en los elementos jurídicos sobre la declaratoria y la ruptura de relaciones diplomáticas. Al final se decanta por un no hubo

³⁸ Sibaja Chacón, 1969: 15-29.

³⁹ Obregón Loría, 1981: 294-296.

⁴⁰ Porras Schulte-Wrede, 1996: 124-35.

⁴¹ Porras Schulte-Wrede, 1996: 39.

guerra en términos jurídicos, pero sí en términos morales.⁴² Más allá del mérito de analizar las ayudas recibidas de otros gobiernos, una limitación del análisis de Porras es que, al abordar las soluciones sobre el límite llevadas a cabo en la década de 1940, el gobierno de Chile se lleva todo el mérito y deja de lado cualquier condicionante interno que apoyara o no, durante el lapso después de la Guerra, la solución diplomática con los vecinos del sur.⁴³

El trabajo más reciente sobre la cuestión limítrofe no versa solamente sobre la guerra de Coto, pero resulta en algunos de sus apartados de mucha ayuda para la interpretación que se haga en el desarrollo de esta investigación. Ronald Díaz, en su tesis sobre el efecto del conocimiento geográfico en el desarrollo de la identidad nacional en Costa Rica, destaca al Golfo Dulce como la zona más desconocida hasta iniciado el siglo XX, incluso por parte de los científicos costarricenses. En lo relativo al conflicto con Panamá, Díaz establece que la posibilidad de explotar el petróleo en Talamanca era una causa primordial para la lucha por el límite,⁴⁴ además de que la Guerra de Coto sirvió para potenciar el sentimiento nacional ante la división propiciada a partir de la dictadura tinoquista y el período de efervescencia social cristalizado en 1920 por una serie de movimientos huelguísticos.⁴⁵ Estos dos elementos son vitales puesto que, contrario a lo señalado en los trabajos anteriores, Díaz sí problematiza la dinámica limítrofe en general, y la Guerra de Coto en particular, sobre el trasfondo de intereses de uno y otro país, pero sobre todo, la medida en que el nacionalismo desplegado entonces funcionó como distractor ante elementos que más bien separaban la comunidad nacional costarricense.

Por último, cabe destacar el único posicionamiento con que se cuenta que proviene de la República de Panamá. Este trabajo, realizado por Carlos Cuestas, un jurista, no destaca puesto que en su mayoría se limita a realizar descripción de hechos, pero merece un lugar aparte frente a los demás por ser un complemento interpretativo, ya que se incluye en su propuesta el conflicto en la zona caribeña y no solo en Coto.⁴⁶ Particularmente, contribuye con datos de los entes militares de ambos países, particularmente Panamá. Aunque su lectura es legitimar la versión panameña de los hechos, brinda un panorama donde aclara

⁴² Porras Schulte-Wrede 1996: 65-79.

⁴³ Porras Schulte-Wrede, 1996: 107.

⁴⁴ Díaz Bolaños, 2013: 185-215.

⁴⁵ Díaz Bolaños, 2013: 287-288.

⁴⁶ Cuestas Gómez, 1999: 309-356.

mucho del status quo de la seguridad panameña en su progresiva vinculación con Estados Unidos como principal explicación para la pérdida de la guerra contra Costa Rica. En general su principal aporte es concentrarse en el estado de las fuerzas militares de ambos bandos y las medidas que emprendieron sus gobiernos para suplir las carencias.⁴⁷

A lo largo de esta sección es evidente cómo la problematización de este enfrentamiento es escasa, tanto por el carácter meramente compilador de sus antecedentes, como también los rasgos mayoritariamente descriptivos del evento. Sin embargo, es importante señalar que aunque no ahondan en ello, los trabajos referidos dan algunas sugerencias sobre elementos posibles por investigar en torno a la guerra y lo relativo a ella en ambos países. Ejemplos de lo anterior, caracterización socioeconómica de los combatientes, intereses económicos por el control de la región fronteriza, entre otros.

6. Marco teórico

En este apartado se plantea una discusión sobre planteamientos teórico-conceptuales de diversos autores que funcionan como marco interpretativo para las publicaciones realizadas por la prensa costarricense, con ocasión del conflicto fronterizo con Panamá. Se desarrolla categorías que facilitan la interpretación de los acontecimientos del conflicto en cuestión: el rol que cumple el pensamiento religioso en un contexto de conflicto bélico, los procesos de construcción de la *otredad* por medio de la propaganda de guerra y, finalmente, una discusión acerca del protagonismo de los grupos de poder en el desarrollo del discurso nacionalista.

Antes de iniciar la discusión, huelga citar la distinción hecha por Ernest Gellner entre nacionalismo y sentimiento nacionalista, donde el primero es la congruencia entre la unidad nacional y la unidad política, es decir, la cultura y el Estado; y la segunda acepción se refiere al estado de enojo producido en caso de que algún factor violento –esto es, impida- la realización de aquella correspondencia.⁴⁸ Es decir, estas líneas tendrán como fin primordial lo relativo al sentimiento nacionalista en momentos de guerra.

⁴⁷ Cuestas Gómez, 1999: 109-146.

⁴⁸ Gellner, 1983: 16.

6.1. El componente religioso del nacionalismo

El devenir de las religiones no es ajeno al desarrollo del nacionalismo moderno. Anderson señala el efecto de la Reforma protestante, al utilizar las lenguas vernáculas de manera incesante en la guerra propagandística que enfrentaba al *testarudo latín católico*, en cuanto a la unificación administrativa de ciertos territorios;⁴⁹ unificación que se alimentaría del nacionalismo para mantenerse dentro del ordenamiento logrado. Este y otros aportes se concentran en el contexto de la Revolución Industrial, particularmente en el ámbito de los aportes de la imprenta como transmisor de ideas.

Cuando el nacionalismo muestra vínculos claros con algún credo religioso, es llamativo el caso de las mujeres francesas durante la Primera Guerra Mundial, particularmente católicas, judías y protestantes; los roles que asumieron en la campaña bélica y las justificaciones que sustentaban sus tareas. Mediante la fusión de enfoques analíticos de género y religión, Emily Machen analiza periódicos de la época y esquematiza las estrategias llevadas a cabo por estas mujeres para conformar la llama *Union Sacréé*. Esta agrupación pretendía unir a mujeres de las tres denominaciones mencionadas para apoyar moralmente a los soldados y ciudadanos socialmente vulnerables durante la guerra.⁵⁰

En general, la guerra se presentó como oportunidad para probar utilidad y lealtad a la Nación. Así, las católicas veían un portillo para reinstalarse en el ámbito de la legitimidad, y tanto las protestantes como las judías, tenía en frente la oportunidad de empezar a tener mayor peso en el orden simbólico y social, con mayores resultados para las católicas y protestantes que para las judías.⁵¹ Como se anotó antes, además de los intereses de las agrupaciones en el contexto de guerra, señala Machen los medios que utilizaron para llegar a él: trabajos de enfermería y alimentación fueron claves para establecer un contacto directo con los soldados franceses.

Un elemento central que cabe señalar son las nociones de pecado que eran transmitidas en esas labores hacia los soldados: egoísmo, incompetencia, cinismo y frivolidad. Esto es

⁴⁹ Anderson, 1983: 76.

⁵⁰ Machen, 2013: 32.

⁵¹ Machen, 2013: 45.

fundamental porque se presenta a las mujeres como portavoces de valores con tintes religiosos, y su influencia directa en la concepción de actitudes deseables por parte de los defensores de la nación.⁵² El discurso moralista amparado por una retórica religiosa y la participación femenina en trabajos que pretendían restituir la entereza de los combatientes, funciona como eje comparativo con el caso costarricense, puesto que las mujeres participaron en tareas similares a las encontradas por Machen. Además, este esquema explicativo facilitará la interpretación del accionar de colonias extranjeras en el conflicto fronterizo, a la luz de sus posibles intereses en el país.

A propósito de las posibilidades analíticas sobre las comunidades extranjeras en medio de un enfrentamiento internacional, el enfoque de Mika Suonpaa se concentra en la utilización de la variable religiosa, particularmente protestante, en la construcción que la prensa británica hacía sobre las nacionalidades finlandesa, sueca y rusa, en la guerra entre estos dos últimos países que disputaban el control de Finlandia (1808-1809). Esta autora propone una lectura de la guerra desde la historia cultural, política y de la prensa; en ese marco propone que el elemento clave para construir una imagen de las nacionalidades extranjeras, fue una suerte de altruismo protestante desde la prensa inglesa, que contrastó sobremanera con la perspectiva menos romántica y más pragmática del gobierno inglés.⁵³

Suonpaa sugiere que una de las características propias de dicho discurso, fueron las bases pan-europeas en el discurso contra Rusia, lo cual resulta muy interesante para efectos del presente trabajo en la medida en que abre una posibilidad de resaltar el papel de concepciones regionalistas y la caracterización del otro. Por otro lado, el discurso no le confiere a los *otros* una imagen positiva de manera gratuita, sino que responde a una noción de buen samaritano, con elementos de piedad que –así se proyecta- maneja el pueblo británico para con aquellos países del norte, y que en última instancia beneficia sobre todo a los mismos británicos.⁵⁴

Algo fundamental de este apartado en relación con la investigación que se desarrolla es la relación entre la reconfiguración del sentimiento nacionalista en medio de una coyuntura de crisis y los esfuerzos de grupos no necesariamente favorecidos por su posición social

⁵² Machen, 2013: 35.

⁵³ Suonpaa, 2010: 47-48.

⁵⁴ Suonpaa, 2010: 49.

para establecer cierto grado de aceptación en la comunidad nacional. En el caso de este trabajo, ello será fundamental al analizar las acciones llevadas a cabo por las colonias española, alemana e incluso la china, además de la recepción de los costarricenses plasmados en los periódicos.

6.2. Propaganda y otredad

Es necesario revisar el estallido de un sentimiento nacionalista que, en medio de un enfrentamiento directo con otra comunidad nacional, deviene rápidamente en ataques xenófobos contra los considerados enemigos. En este sentido, es fundamental es la conceptualización del término *propaganda de guerra*. Sobre esta categoría hay múltiples definiciones: Suonpaa lo define como un instrumento por medio del cual toda una sociedad se auto-provee de legitimidad.⁵⁵ Bratescu, en su estudio de la diplomacia y violencia en Rumania en el proceso hacia su independencia, aporta que se trata de “esfuerzos de una gran parte de la clase política rumana por recibir la bendición de la comunidad internacional.”⁵⁶ Es decir, la propaganda funciona para manejar divisiones internas, como para mejorar la posición exterior de alguna política nacional.

Cabe recordar que el sentimiento nacionalista es catalogado como un estado de enojo explosivo y, en ese sentido, si hay un despliegue de propaganda en medio de una guerra, el enojo debe ir dirigido a alguien. En ese sentido, Dogan Cetinkaya, en su trabajo sobre *propaganda de atrocidad* desarrollada desde el Imperio Otomano en el marco de las guerras balcánicas, destaca como elementos fundamentales en el discurso de la prensa turca los efectos de la migración, desde y hacia el Imperio. De manera más clara, por un lado se destacaban representaciones sobre los sufrimientos experimentados por musulmanes en otras latitudes (Bulgaria, sobre todo) y lo incómodo que resultaba tener no-musulmanes en territorio otomano, lo cual de una u otra forma legitimaba el daño que podía infringírseles.⁵⁷

⁵⁵ Suonpaa, 2010: 36.

⁵⁶ Bratescu, 247

⁵⁷ Cetinkaya, 2014: 762-763.

El aporte fundamental de Cetinkaya es que comprende las opiniones internacionales como factor clave para reforzar las propias razones alrededor de un conflicto. Es decir, toda visión externa que potencialmente pudiera reforzar argumentos otomanos era incorporada en la prensa nacionalista, lo que lleva al autor a acuñar un concepto clave: guerra total.⁵⁸

La propaganda, por su dinámica misma, implica justificar la defensa frente a otro. En este sentido, será fundamental comprender cómo se construye la otredad, a través de cuáles medios y qué alcances tiene esa proyección discursiva. Alex Arévalo, para el caso de la Guerra del Pacífico, analiza las construcciones discursivas de la prensa chilena y peruana, explora la construcción del rechazo mutuo y plantea una institucionalización de la otredad. Este mecanismo formal de promoción del rechazo es llevado al plano económico; así los países destacan los logros de sus estrategias económicas de sus respectivos gobiernos.⁵⁹ Este detalle contribuye de gran manera a este trabajo, debido a que plantea la interrogante de en qué medida eran destacadas las posibilidades económicas que uno y otro país podían ofrecer a la región en disputa. Por último, y de lo más importante en función de la presente investigación, se ha señalado la promoción de identidad nacional basada en los militares y características de los que allí lucharon, reproducidos en las conmemoraciones anuales: la llamada instrumentalización del héroe.⁶⁰ Tarea pendiente es evaluar dicha instrumentalización y de qué héroes a partir del enfrentamiento costarricense con Panamá.

Yasmina Romero aborda el fomento de sentimientos racistas y xenófobos contra el rival español en el contexto de la conocida como Guerra de África: Marruecos. Utiliza periódicos y panfletos que circulaban durante el conflicto y descubre que se incentivaba fundamentalmente, y de manera insistente, que todos los ciudadanos españoles se enlistaran en el ejército a partir de la caracterización negativa y “peligrosa” del pueblo marroquí.⁶¹ Según, Romero, la estrategia de conformación del otro viene dada por una *adjetivización* negativa donde un objeto concreto (la otredad) toma diversas figuras según los intereses discursivos de quien le impone dichas etiquetas.⁶² En este sentido, Romero deja la posibilidad abierta de una transformación discursiva cuando se hace referencia al otro

⁵⁸ Cetinkaya, 2014: 764.

⁵⁹ Arévalo Salinas, 2013: 158-159.

⁶⁰ Arévalo Salinas, 2013: 160-161.

⁶¹ Romero Morales, 2013: 627.

⁶² Romero Morales, 2013: 633-636.

convertido en enemigo, y ello sugiere la posibilidad de evaluar el cambio en las representaciones a través del transcurso de un conflicto armado, tal y como se plantea en esta investigación.

Al cierre de este apartado, se cuenta con una perspectiva más amplia y elementos que enriquecen la interpretación que será recabada de las fuentes documentales para esta investigación. Hay elementos que hacen posible el análisis del grado de tolerancia de los costarricenses frente a pobladores panameños residentes en el país, además la medida en que se recibieron y aceptaron medidas de apoyo de grupos interesados en reafirmar su posición en el imaginario costarricense. Por último, es palpable la tendencia a la exageración de los detalles indeseables de los otros, en una suerte de *monstrificación*, pero de ninguna manera debe limitarse la argumentación en función de esta medida, sino que ha de matizarse frente a transformaciones pragmáticas que, eventualmente, hizo la sociedad costarricense con sus vecinos panameños.

6.3. Rol de los grupos dominantes

En todos los acercamientos al nacionalismo, un elemento central de la discusión es si el discurso nacionalista es impuesto por los grupos dominantes, o inventado desde las bases sociales y asumido por aquellos. En este punto es fundamental recuperar dos propuestas de Eric Hobsbawm, la primera es que el nacionalismo es un proceso construido de manera simultánea desde arriba y desde abajo. En este sentido, ubica un período de proto-nacionalismo impulsado por los estratos populares, pero visibiliza también la institucionalización del nacionalismo (no necesariamente igual al proto-nacional) en lo que llama nacionalismo gubernamental.⁶³ El mismo autor señala la existencia de un vínculo definitivo entre los intereses privados y la circulación pública de ideas,⁶⁴ lo cual implica una intervención recíproca de intereses en el contenido de las fuentes periodísticas y el discernimiento de qué grupos son promotores de los mensajes difundidos.

⁶³ Hobsbawm, 2004: 17-19.

⁶⁴ Hobsbawm, 2004: 151.

Para el contexto de la posguerra, Anderson propone que se asistió al surgimiento de un nuevo tipo de nacionalismo caracterizado por tres elementos: la movilidad física facilitada por avances capitalistas, el crecimiento de aparatos administrativos y difusión de la educación.⁶⁵ Todo lo anterior implica una mayor diferenciación social, y en cierta medida concentración tanto de la tecnología, como del poder administrativo y el contenido de educación, así que parece que el nacionalismo difundido por medio de periódicos era sobre todo producto de las percepciones de los grupos de poder político o económico.

Ahora bien, Suonpaa sostiene que el contenido del discurso de la prensa británica sobre los suecos y finlandeses reflejaba concepciones populares de la época.⁶⁶ Apoya esta aseveración en que más que la prensa en sí, toma en cuenta las notas de viaje de británicos a aquellos países. Como debilidad metodológica, cabe preguntarse en qué medida las personas que podían viajar a aquellos países eran efectivamente de estrato popular. Ahora bien, aún cuando los reportes de viajes no parecer ser lo más popular, hay una opción que puede ser viable al considerar los medios escritos como transmisores de proclamas nacionalistas de los estratos o instituciones menos favorecidas económicamente: los panfletos. No todos los artículos expuestos aquí los toman en cuenta, y los que lo hacen no marcan una diferencia entre las voces que representan, pero parece pertinente partir del supuesto de que los panfletos eran una salida más o menos viable para personas que, de otra forma, no encontraban una tribuna para expresarse en medios más grandes y difundidos.

Una vez discutida la representatividad de los medios escritos según el grupo social cuyo discurso se quiera estudiar, hay un aporte importante sobre otro tipo de caracterización de la cual puede ser objeto un periódico. Phillips O'Brien en su artículo sobre las lecturas de la Primera Guerra Mundial desde la prensa estadounidense, utiliza sus fuentes según una escala regional para observar eventuales matices en el discurso, pero además identifica a partidos políticos (Demócrata, Republicano y Progresista).⁶⁷ Esta perspectiva resulta fundamental en tanto propone un esquema en el que la guerra es un elemento más en la carrera por el acceso o mantenimiento del poder.⁶⁸ Hay otra pista entonces sobre cómo enfocar la lectura de las fuentes, puesto que sería sumamente

⁶⁵ Anderson, 1983: 164.

⁶⁶ Suonpaa, 2010: 40-42.

⁶⁷ O'Brien: 2013, 454.

⁶⁸ O'Brien, 2013: 470-474.

enriquecedor interpretar la relación entre diferencias ideológicas de una y otra facción política, y de qué manera se mantienen o cambian cuando lo primordial parece ser la defensa de la patria.

En relación con lo anterior, pero de manera más específica sobre el papel jugado por instancias gubernamentales de turno, Cetinkaya señala los altos mandos diplomáticos fungían como informadores de primera mano de la prensa otomana en el contexto de las Guerras Balcánicas. La diferencia primordial con el trabajo de O'Brien es que no se privilegia lo electoral, sino el rol de los altos mandos en la demonización del enemigo, destacando la particularidad de que el componente de clase entre las humillaciones de las que supuestamente era víctimas los turcos musulmanes: poner en trabajos de clase baja a una persona de clase media o alta.⁶⁹ Esto es un poco más complejo para determinar con las fuentes periodísticas, en la medida en que estas no necesariamente publicaban todo lo que les era transmitido a los gobiernos.

Por su parte, Pretorius concentra su análisis en el territorio donde ocurrían los enfrentamientos y en el impacto de la propaganda en los soldados combatientes, así como la persuasión de la que éstos eran sujetos en miras a no abandonar la contienda.⁷⁰ Bajo estos términos, realiza una caracterización de algunos de los redactores y editores de los panfletos y periódicos y amplía su análisis con la inclusión fuentes privadas que eventualmente podrían ayudar en el contraste entre perspectivas llegadas al público y la información retenida por los que aglutinaban la información y decidían qué publicar. El procedimiento seguido por Pretorius es clave porque caracteriza a los apoderados de la información, lo que posibilita la relación de los matices y momentos de nacionalismo con grupos concretos.

Los tres elementos generales que han sido discutidos en esta sección resultan fundamentales para explorar de manera integral el fenómeno del nacionalismo, y particularmente el sentimiento nacionalista expresado en el discurso de la prensa escrita costarricense durante la Guerra de Coto contra Panamá. Todos los trabajos citados corresponden a estudios de situaciones de guerra y la función que han cumplido los medios de comunicación escrito en la articulación de la actitud nacional ante la guerra y frente al

⁶⁹ Cetinkaya, 2014: 768-773.

⁷⁰ Pretorius, 2009: 404-405.

enemigo. Varias tendencias generales pueden ser sustraídas. En primer lugar, determinar si realizar un estudio de caso o un estudio comparativo entre las partes beligerantes; por otro lado, si el análisis se centra en el mismo territorio donde el conflicto se desarrolla o las percepciones desde otro lugar. Este punto es importante ampliarlo porque puede dar para equivocaciones. Aunque en primera instancia podría parecer que se va a analizar el discurso nacido en el seno del territorio en donde se lleva a cabo el conflicto, lo cierto es que tanto por su lejanía, como por su relativo desconocimiento por parte del gobierno y ciudadanía costarricenses, la mayoría de relatos no eran sino percepciones de un evento desarrollado en un territorio que, más allá de los formalismos, era extraño al país.

Sobre el rol de la religión en coyuntura de guerra y, por tanto, de cierto nivel de crisis del nacionalismo, es importante señalar que al establecerse un entorno social de inestabilidad, se abre una posibilidad para que aquellos grupos desplazados de los regímenes de legitimidad, establezcan o retomen una función social que los posiciones como grupos viables en el proyecto nacional. Más allá de seguir el rastro de algún grupo religioso particular, lo más útil de esta perspectiva es señalar la colaboración entre ambos, reconocer que si se acepta el protagonismo religioso es porque resulta funcional a la propaganda, y este sentido es vital que se sigan sus herramientas discursivas.

La inclusión de los grupos y, sobre todo, planteamientos religiosos, conducen a la consideración de la exclusión de otros. El punto central a este respecto es que la palabra otro no determina necesariamente características negativas, ni mucho menos inmutables. Dependerá de los antecedentes de ese “otro” las características y el tono con que se le adjetivice. Las circunstancias cambiantes también sugieren reajustes con el discurso empleado, por lo que lo último que quiere adoptarse en estas líneas es una impresión monolítica de las representaciones de los panameños y otras nacionalidades vinculadas de una u otra forma al conflicto.

En cuanto al rol de los grupos dominantes en la articulación del discurso nacionalista, más que comprobar –forzar- su protagonismo, se plantea un camino para rastrear su preeminencia frente a actores “alternativos” que promuevan también el impulso del sentimiento nacional. Lo ideal sería poder establecer un sistema explicativo en el que se vislumbre las diferencias entre unos y otros, pero las fuentes no necesariamente permitirán

demostrarlo así. Por tanto, aunque cotejar el rol de estos grupos es fundamental, la prensa no es el camino para ellos, a menos de que sean los llamados panfletos u hojas sueltas.

Sobre la propaganda como tal, debe aclararse su relación intrínseca con el desarrollo del nacionalismo, recordando la definición que la propone como un medio para la auto-legitimación. Dicho esto, es claro que buscar las variables del discurso propagandístico guiará al descubrimiento de caminos seleccionados para rediseñar la legitimación de la nación en situaciones de conflicto. Aunque esto será producto de la investigación, lo elemental es tener en cuenta las propuestas analizadas de intereses económicos y electorales como fines; instrumentalización del héroe, institucionalización del otro, opiniones externas favorables y exaltación de la violencia sufrida como medios, para lograr el objetivo ya mencionado.

CAPÍTULO I.

EL DISCURSO COMO MOTOR DE LA CONFLICTIVIDAD

La organización de muestras de simpatía hacia el gobierno en el primer conflicto armado internacional del país luego de la Campaña contra los filibusteros de 1856-1857, hubo también en el país una articulación de esfuerzos a nivel discursivo. El apoyo decidido de una buena cantidad de voluntarios particulares, así como la movilización y apoyo económico de sectores de la sociedad costarricense, fue un proceso paralelo a la construcción discursiva de la guerra. En realidad, ambos son procesos que se complementan: tal nivel de apoyo a la causa bélica en un país que ufanaba de ser intrínsecamente pacifista solo fue posible en la medida en que era legitimado como una causa justa.

Este capítulo aborda tres ejes fundamentales de la guerra discursiva contra Panamá que complementaron la guerra armada. En el primer apartado se reconstruye la elaboración de la nación vecina del sur como un enemigo al cuál era justificable agredir. En el segundo apartado se retoman las disputas internas en la política costarricense en la época posterior a la dictadura de los hermanos Tinoco, canalizadas a través del conflicto limítrofe. El tercer apartado retoma una etapa poco conocida de este conflicto. Se trata de las implicaciones multilaterales que tomó un conflicto que inicialmente se presentaba como bilateral. Con el objetivo de asegurar su victoria diplomática costarricense después de que se aceptara el armisticio propuesto por el gobierno estadounidense, la prensa nacional tomó posiciones políticas sobre temas como el rol internacional de la Liga de Naciones, la posible creación de una Liga de Naciones Americana, y de la Unión Centroamericana.

1. El otro panameño

La acción de matar, morir o estar dispuesto a hacerlo, implica la existencia de un enemigo identificado como tal. En una guerra está implícita también una maquinaria discursiva que sostenga la legitimidad de las decisiones que se tomen. En la prensa costarricense de la época es posible identificar dinámicas discursivas que construyeron una

enemistad de la Nación costarricense con el Gobierno y los ciudadanos panameños. En este proceso hubo dos estrategias bien definidas.

La primera de ellas fue elaborar una diferencia entre ambos países. Para justificar el enfrentamiento con otro país hacía falta presentar al vecino país como alguien claramente diferente del costarricense. Para ello se echó mano de dos elementos fundamentales en la identidad nacional costarricense: la soberanía y la blanquitud. Lo siguiente fue plantear una supuesta diferencia panameña con respecto a las atribuciones costarricenses. La otra tarea para justificar la guerra fue la llamada propaganda de guerra. La prensa costarricense se dedicó a victimizar al país en medio de todas las acciones, a exagerar algunas noticias y dar por ciertos rumores que presentaban a Panamá como un enemigo peligroso y cruel. En medio de estas dos elaboraciones discursivas, el campo estaba preparado para llevar a cabo las acciones que fueran necesarias.

1.1. Construcción de una diferencia: autodeterminación y raza

Al iniciar el conflicto con Panamá, el reto era doble. Por un lado, el Gobierno debía reforzar la idea de que Costa Rica tenía derecho a reclamar los territorios en disputa. Por otro lado, existía la necesidad de convocar el apoyo de la población alrededor del discurso nacionalista. Sin embargo, hubo un problema a priori. Hasta 1921, Panamá no había sido visto como un enemigo para el país en términos del discurso nacional; no había habido tiempo para ello contando con que habían transcurrido apenas 18 años desde la independencia panameña. Esa etiqueta había sido adjudicada a Nicaragua, en buena parte debido a la posibilidad de construcción de un canal interoceánico a través del río San Juan, y la lucha geopolítica que ese proyecto tenía y en la que Costa Rica buscaba un papel activo.

Vale la pena apuntar algunos elementos sobre el desarrollo del discurso alrededor del cual se construyó la identidad nacional costarricense, para evaluar luego la manera en que se retomó ese bagaje identitario durante la Guerra de Coto. Los estudios sobre nacionalismo en Costa Rica pueden ser agrupados en tres categorías. La posición tradicionalista, la invencionista pre-liberal y la invencionista. Juan Rafael Quesada es el principal exponente del tradicionalismo; su principal premisa es que la Campaña Nacional

significa el punto máximo de esta dinámica y por ello es el momento donde se cristalizó la nacionalidad costarricense hasta la fecha.⁷¹ Otros trabajos plantean que enfocar la Campaña Nacional de 1856-1857 como momento fundacional, obvia cualquier contradicción interna en Costa Rica y Estados Unidos y, por lo tanto, no contempla el nacionalismo como vehículo homogenizador de la identidad nacional; lo naturaliza.

La perspectiva de invencionismo pre-liberal, data la autopercepción de lo costarricense como diferente al resto de Centroamérica antes de la Campaña Nacional. Víctor Hugo Acuña ha señalado cómo en la década de 1860, desde el Valle Central, surgían ya nociones de hispanidad, libertad, neutralidad y pacifismo como diferenciadoras con respecto a autoridades de Nicaragua y Guatemala.⁷² El mismo Acuña ha planteado en la década de 1920 se consolida la colaboración del sector obrero al proyecto de identidad nacional costarricense; en 1921, al coincidir la guerra contra Panamá con una huelga de trabajadores de la United Fruit Company, las asociaciones obreras llamaron a unirse a la campaña a costa de detener el levantamiento laboral.⁷³

Pionero de la perspectiva invencionista a partir del período liberal es Steven Palmer, quien propone el nacionalismo como un proyecto impulsado por los grupos hegemónicos costarricenses de finales del siglo XIX. Según Palmer, estos grupos construyeron imágenes con las que el grueso de la población podía identificarse. La punta de lanza de este proyecto de simbología nacional impulsado por gobiernos liberales fue la figura heroica de Juan Santamaría.⁷⁴ Iván Molina, David Díaz y Patricia Fumero también ubican el nacionalismo como un proceso que tuvo su época de consolidación en la misma señalada por Palmer. Molina analiza las principales tendencias culturales que experimentó la Costa Rica de cambio de siglo entre el XIX y el XX.⁷⁵ David Díaz analiza el despliegue ideológico y

⁷¹ Juan Rafael Quesada Camacho, *Clarín Patriótico: la guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense*. San José: Eduvisión, 2010: 124.

⁷² Víctor Hugo Acuña Ortega, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”, en *Revista de Historia*, no. 45 (2002): 193-197.

⁷³ Víctor Hugo Acuña Ortega, “Nación y Clase Obrera en Centroamérica durante la Época Liberal (1870-1930)”, en *El Paso del Cometa: estado, política social y cambios culturales en Costa Rica, 1800-1950*, ed. Iván Molina y Steven Palmer. San José: Porvenir 1994: 41; 154.

⁷⁴ Steven Palmer, “El héroe indicado (o un Estado en búsqueda de su Nación): Juan Santamaría, la batalla de Rivas y la simbología liberal, 1880-1895.”, en *Industriosa y sobria. Costa Rica en los días de la Campaña Nacional (1856-1857)*, ed. Iván Molina. Vermont: Plumsock Mesoamerican Studies, 2007: 111-126.

⁷⁵ Iván Molina Jiménez, *Costarricenses por dicha: identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX*. San José: EUCR, 2002.

logístico que, sobre todo a través del aparato educativo, reconstruía las llamadas fiestas patrias, a propósito de la conmemoración de la independencia nacional.⁷⁶ Patricia Fumero, en el marco de la inauguración del Monumento Nacional, retoma no solo el discurso, sino que la cultura y el patrimonio material del país como elementos ricos por la información que se puede observar e inferir a partir de ellos.⁷⁷

Otros trabajos han hecho una revisión de cómo se utilizaban grupos extranjeros para reforzar la identidad nacional costarricense. En el período anterior a 1921, destaca la propuesta de Ronald Soto, quien deconstruye el discurso sobre la inmigración en Costa Rica y propone que el elemento racial fue el principal diferenciador. Ubica la década de 1920 como el momento de mayor profundización de la xenofobia.⁷⁸ Hubo varios grupos que fueron contruidos como “otro” en función de la nacionalidad costarricense: chinos y afrocaribeños dominaron en el siglo XIX, judíos –primordialmente polacos- y nicaragüenses durante el siglo XX.⁷⁹

Panamá no había sido parte del discurso de identidad nacional costarricense hasta el momento en que inicia la Guerra de Coto. Es decir, la cuestión limítrofe pendiente con aquel país tampoco había destacado entre los principales temas abordados por la prensa o la literatura costarricense.⁸⁰ Sin embargo, con el inicio del conflicto, y conforme sus dimensiones aumentaron, resultó necesario justificar la enemistad entre ambos países. En ese sentido, se echó mano de algunos episodios sucedidos en años anteriores para crear polémica y calentar los ánimos.

Al final de febrero de 1921, cuando la guerra no era más que un rumor, informaban en la prensa la salida de Costa Rica de una familia panameña. El titular “¿Qué estará pasando?” se refiere a la situación de dos familias residentes en Cartago que recibieron un telegrama para que regresaran a su país de manera inmediata. Al ser consultado el cónsul de

⁷⁶ David Díaz, *La fiesta de la Independencia en Costa Rica, 1821-1921*. San José: EUCR, 2007.

⁷⁷ Patricia Fumero, *El Monumento Nacional, fiesta y develización, setiembre de 1895*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1998.

⁷⁸ Ronald Soto Quirós, *Inmigración e identidad nacional en Costa Rica. 1904-1942: los "otros" reafirman el "nosotros."* Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, Escuela de Historia. San José, 1988: 67.

⁷⁹ Soto, *Inmigración e identidad nacional en Costa Rica. 1904-1942*: 275.

⁸⁰ José Marín Cañas, *Coto, rincón del olvido: narración de un testigo presencial de la acción de Coto en la guerra de 1921*. San José: Trejos, 1934: 10

Panamá en Costa Rica, atribuye esto a nada más que una coincidencia.⁸¹ A esta noticia le siguió una sobre la propuesta de ubicar una colonia vacacional en Cartago, para trabajadores de la Zona del Canal del país vecino del que se informó en enero de 1921. La vinculación de esta propuesta con la enemistad entre ambos países cobró importancia a partir de una publicación del periódico *La Estrella de Panamá*, en la que hacía una descripción peyorativa de: Puntarenas y Limón. Los editorialistas costarricenses se sintieron aludidos, y esto fue una base fundamental para la guerra discursiva emprendida entre *La Estrella* y los principales diarios costarricenses.

Como parte de las reacciones de los diarios josefinos, un editorial del diario *La Tribuna* se mostraba alarmado por la creciente hostilidad entre la prensa de ambos países, y asumía que la intensificación de los ataques “tiene motivo en unos comentarios que hizo el diario *La Tarde* de esta capital, protestando de que se intentara establecer colonia de vacaciones para los norteamericanos en la Zona de Cartago.”⁸² En la misma publicación, se acusaba a los panameños de ser “los mismos que en días pasados no consintieron que se tocara el himno nacional de Costa Rica, fueron en tumulto grotesco a apeear violentamente el escudo nuestro.”⁸³

La nota aludía a un incidente diplomático sucedido meses antes, cuando en una actividad oficial en Panamá, se tocaron los himnos nacionales de los países centroamericanos, exceptuando el de Costa Rica. En realidad, la cuestión de los himnos nacionales era tema sensible desde antes, aunque no por diferendos fronterizos. En una actividad celebrada en el Parque Morazán, el 3 de noviembre de 1919, se evitó tocar el himno nacional de Panamá para evitar alguna discordia interna en Costa Rica. En ese momento, el motivo era que Panamá fue el primer destino en que se intentó organizar la oposición a Federico Tinoco. Ese grupo posteriormente accedería al gobierno con el liderazgo de Julio Acosta. En este marco, un colombiano radicado en Costa Rica, Félix F. Noriega, cuestionaba si Panamá merecía que en Costa Rica se cantara su himno.⁸⁴

Otro tema vinculado era la invitación recibida en enero de 1921 por el cónsul de Costa Rica en Panamá, Ricardo Villafranca, para que los Boys Scouts de Cartago pasaran una

⁸¹ *Diario de Costa Rica*, 26 de febrero de 1921, 1

⁸² *La Tribuna*, 25 de febrero de 1921: 2

⁸³ *La Tribuna*, 25 de febrero de 1921, 2

⁸⁴ Eduardo Oconitrillo García, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*, San José: Editorial Costa Rica, 1991: 233

temporada en aquella zona, específicamente en la poblada por ciudadanos estadounidenses. La actividad se proponía como un intercambio de visitas entre los dos cuerpos de jóvenes exploradores. Sin embargo, ni el envío de los niños costarricenses a la Zona del Canal ni la recepción de sus pares estadounidenses en Cartago lograron consolidar un apoyo significativo en la opinión pública, y el conflicto entre los gobiernos vecinos terminó de sepultar cualquier aspiración en aquel momento.

La iniciativa no se detuvo debido a una negativa clara ante el proyecto, sino por el entorno provocado por el conflicto. Aún así, pronto se empezó a elaborar una relación de causalidad entre estas iniciativas y el aumento de las hostilidades. Alfredo Volio, presidente del Congreso y opositor de la administración Acosta, llamaba a la movilización de voluntarios para vengar los ataques de Coto, argumentando que debía “contestarse enérgicamente la insolencia de los panameños a quienes solo guardamos atenciones, abriéndole los brazos y tratando de darles un campo de vacaciones en Cartago.”⁸⁵ La afirmación presentaba a los panameños como ingratos, y guardaba silencio sobre el hecho de que eran en realidad empleados estadounidenses y no panameños.

La Tarde publicó un artículo de opinión recibido antes del inicio formal de hostilidades (cuando la iniciativa del intercambio de visitas entre Boys Scouts todavía era viable), en el cual se criticaban las reglas que debían seguir aquellos niños y jóvenes costarricenses que quisieran visitar la Zona del Canal. El artículo atacaba con vehemencia la cláusula 5 del convenio entre ambas agrupaciones de la organización internacional, que pedía no incluir “elementos con trazos de color”. En comentarista argüía que tal exclusión “no cabe en el corazón de un costarricense que recibe en su suelo a todo extranjero sea blanco, negro, rojo, etc, etc.”⁸⁶ Además, entre el 28 de febrero y el 2 de marzo circulaba la consigna de que los ciudadanos panameños residentes en Costa Rica podían estar tranquilos, pues “en Costa Rica es respetado cualquier ciudadano extranjero; esas familias no están ni podrán estar en ningún momento en peligro”.⁸⁷

Cuando todavía no había noticia de las derrotas militares de las tres expediciones militares costarricenses, se destacaba claramente el carácter pacifista costarricense, e incluso la indignación que provocaba cláusulas racistas como la de los Scouts. Esto

⁸⁵ *Diario de Costa Rica*, 24 de febrero de 1921: 4

⁸⁶ *La Verdad*, 26 de febrero de 1921: 6

⁸⁷ *Diario de Costa Rica*, 26 de febrero de 1921: 1

cambiaría de manera progresiva. De forma paralela al crecimiento de las dimensiones del conflicto, aumentó también el sentimiento anti-panameño, alimentado por argumentos que buscaban crear una clara diferenciación discursiva entre lo costarricense y su enemigo de turno. La lógica en aquel momento de tensión internacional era reforzar la idea de la diferencia costarricense. A pesar de que la línea divisoria entre ambos colectivos no estaba clara, el nacionalismo debía ser el conductor del odio hacia el otro que se fue construyendo paralelamente al conflicto. La primera línea de ataque del Gobierno y la prensa fue mostrar a Panamá como país sin ninguna legitimidad ni autonomía. Esto reforzaría, por contraste, las pretensiosas diferencias costarricenses.

Conforme avanzaba el conflicto, salió a relucir la violencia supuestamente intrínseca de los panameños, representada parcialmente en la inestabilidad política de sus últimos años, y la amenaza que ello significaba para el restablecimiento de la estabilidad social costarricense tras la dictadura de los hermanos Tinoco. La inestabilidad política panameña se explicaba, según las publicaciones de aquel momento, debido a su reciente independencia de Colombia y su acuerdo con Estados Unidos sobre las condiciones de administración del Canal Interoceánico que limitó efectivamente el ejercicio de soberanía panameña sobre su territorio.

Algunos argumentaban que Panamá ni siquiera era un país soberano. El diario *La Tarde* señalaba que la población a la que se le acusaba de invadir regiones del territorio costarricense “no ha dejado de ser jamás una hija traicionera.”⁸⁸ Este discurso enfatizaba que en relación al conflicto internacional, Panamá no alcanzaba un status que justificara un respeto entre iguales. En el transcurso del conflicto, se anunciaban potenciales colaboraciones de Colombia en favor de la causa costarricense, con tintes vengativos por la secesión panameña. Por ejemplo, en la edición especial del 1 de marzo del *Diario de Costa Rica*, se publicaban ofertas de apoyo de residentes colombianos, y se menciona un cablegrama de la Secretaría de Relaciones del Gobierno colombiano propiciando dicha actitud por parte de sus ciudadanos. Según la publicación, el gesto de Colombia en medio del conflicto se justificaba “tomando en cuenta para ello que Panamá es un departamento rebelde de la República Colombiana.”⁸⁹

⁸⁸ *La Tarde*, 26 de febrero de 1921: 1

⁸⁹ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, edición de la tarde: 1

La relación de Panamá con Estados Unidos también resultaba en una excusa para deslegitimar a los panameños. *La Tarde* hacía mofa del patriotismo panameño porque “su historia política acaba con la infidencia y la tradición, y acaba con el bochorno de su propia y completa enagenación [sic] a los Rubios del Norte [...] la torpezas de un esclavo no se apoyan: se reprimen, se castigan.”⁹⁰ Los acuerdos firmados con el Gobierno de Estados Unidos en torno a la cuestión canalera, funcionaban como plataforma discursiva para que en Costa Rica se anulara cualquier manifestación nacionalista panameña.

Al respecto, vale la pena revisar las declaraciones periódicas de Rafael Cardona, conocido costarricense abanderado de la Unión Centroamericana, quien en una de sus publicaciones la emprende contra lo que describe como una “pseudo-república fantasmagórica, nacida de una violación del Derecho (...) concubina alcahuete donde han ido todas las escorias raciales en búsqueda del mendrugo que la canalización dio a todos los peonajes vagabundos.”⁹¹ Aquí Cardona conjugaba el desprestigio político de Panamá y el movimiento unionista centroamericano tenía un tinte particular. En ese caso, no se trataba solo de desprestigiar a un enemigo, sino más bien de legitimar la pertinencia de la Unión para protegerse de enemigos en común. Además, la guerra se convirtió en una oportunidad para que los países centroamericanos demostraran su solidaridad con Costa Rica.⁹²

Philos, columnista en *La Tribuna*, persuadía a los jóvenes costarricenses para su inscripción en el ejército, y para ello describía a los ciudadanos panameños como “servidores del rapaz, que quieren valerse de nuestra pequeñez para atropellarnos (...) Iremos a decirles cómo se paga un ultraje a un pueblo libre; iremos a morir aunque le pese a La Bestia que si hoy arrogante impone su caso en estos países, tal vez llore mañana bajo la suela del Nipón.”⁹³ Este comentario implica una conexión cultural muy interesante: la bestia norteamericana que llora al consumarse la supremacía japonesa está claramente vinculada con la obra pionera antiimperialista en Costa Rica: *La Caída del Águila*. En ella, Carlos Gagnini narra cómo jóvenes líderes centroamericanos, en asociación con militares alemanes y japoneses, provocan la extinción del imperio estadounidense.⁹⁴ Lamentablemente, por ahora no se conoce la identidad real de Philos, pero su retórica

⁹⁰ *La Tarde*, 26 de febrero de 1921: 2

⁹¹ *Diario de Costa Rica*, 28 de febrero de 1921: 2

⁹² Sobre esto, ver el tercer apartado de este capítulo.

⁹³ *La Tribuna*, 27 de febrero de 1921: 1

⁹⁴ Carlos Gagnini Chavarría, *La caída del águila*. San José: Editorial Costa Rica, 1984

durante el conflicto con Panamá coincidía con el antiimperialismo general, y mostraba estar influenciado por Gagnini, quien por otra parte estuvo involucrado en la articulación de esfuerzos del sector educación en el conflicto limítrofe con Panamá.⁹⁵

Eran múltiples los frentes desde donde la prensa costarricense emprendía ataques contra Panamá, y uno de los más significativos fue la columna de Miguel Ángel Obregón en el diario *La Tarde*. Obregón habría resucitado simbólicamente luego de que la prensa nacional lo diera erróneamente por muerto en combate en la región del Pacífico disputada con Panamá,⁹⁶ y a propósito de los reclamos que emitía constantemente el gobierno de Belisario Porras hacia Washington con miras a pasar por alto el Laudo White, caracteriza al país del sur como: “osado y único enemigo: el panameño, inquilino del yanqui en su propia casa, extranjero en su propia patria.”⁹⁷

En cada reclamo del gabinete de Porras en torno al conflicto diplomático con Costa Rica posterior a la guerra, la respuesta era más o menos la misma: “Cuándo adquirió Panamá esa soberanía que se hace alarde? Pues con la caída del presidente Valdéz, Porras completó la enajenación de Panamá iniciada en 1903 por el “Indio” Huertas, a cambio de que se le asegurara un puesto vitalicio en la presidencia, desde donde poder representar la farsa de gobierno.”⁹⁸ Lo que nadie decía en aquellos días, es que Costa Rica tenía más vínculos con Porras de lo que se creía. La Primera Dama de Panamá era costarricense: Alicia Castro Gutiérrez. De hecho, sus hermanos Anselmo y Miguel A. Castro, desempeñaban los cargos de edecán presidencial e inspector de la renta de licores, respectivamente.⁹⁹

El culmen de las concepciones que minimizaban a Panamá lo representa una propuesta, firmada por un “Ciudadano” el 28 de marzo, quien considera pertinente la intervención de Estados Unidos en el asunto fronterizo, pero no por salvaguardar intereses costarricenses en la guerra propiamente. Plantea más bien que el territorio panameño debe ser dividido administrativamente a partir de la Zona del Canal Interoceánico: la zona norte debía ser cedida a Costa Rica, mientras que la sur se entregaría a Colombia. Según el “Ciudadano,

⁹⁵ Ver capítulo 2.

⁹⁶ Ver capítulo 3.

⁹⁷ *La Tarde*, 28 de marzo de 1921: 1

⁹⁸ *La Tarde*, 18 de marzo de 1921: 2

⁹⁹ Carlos Cuestas Gómez, *Panamá y Costa Rica, entre la diplomacia y la guerra*. Panamá, Litho Editorial Chen, 1999: 180

ello hubiera mejorado la política americanista del Gobierno estadounidense, el cual hubiera dado con ello “un paso político admirable y acabaría con una república que no lo es legalmente mientras no la reconozca Colombia.”¹⁰⁰

Resulta evidente que la concepción que presentaba la prensa costarricense sobre Panamá como sujeto internacional con nulos derechos de autodeterminación, fortalecía la idea de que era un escándalo que aquel pretendiera invadir Costa Rica. También recrudeció un discurso antiimperialista contra Estados Unidos, quien era considerado como la verdadera amenaza ante el nuevo orden regional soñado mediante la Unión Centroamericana.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, los grupos dominantes en Costa Rica habían proyectado un discurso de identidad nacional basado en la premisa de que las élites y las clases populares compartían una sola sangre identificada racialmente como blanca. Con el paso del tiempo, este supuesto se convirtió en un “sueldo psicológico” para los grupos menos favorecidos económicamente, al otorgar privilegios sociales y un orgullo nacional, a costa de la perpetuación de exclusión económica y política con base en la pertenencia a determinados grupos sociales.¹⁰¹ De hecho, es ese sueldo radica la explicación que Lara Putnam da para el discurso nacionalista en Costa Rica se haya convertido en algo tan sólido. Las jerarquías de raza y de género impulsadas por las élites para proyectar la pretendida homogeneidad nacional, configuraban la experiencia cotidiana de la población costarricense.

Esta forma de relacionarse se naturalizó y se convirtió en una especie de “repetición colectiva ritual” típicamente vallecentralista.¹⁰² En realidad, eran algunos representantes de los grupos de poder los encargados de elaborar el discurso de identidad nacional. Steven Palmer ha caracterizado a dichos intelectuales, que normalmente ocupaban puestos públicos, como los encargados de articular una supuesta cultura nacional.¹⁰³ En ese proceso, acelerado a partir de la primera década del siglo XIX, destacaron personajes como Cleto González Víquez y Ricardo Fernández Guardia, cuya insistencia en cobijar a toda la

¹⁰⁰ *La Tarde*, 28 de marzo de 1921: 2

¹⁰¹ Lara Putnam, “Ideología racial, práctica social y estado liberal en Costa Rica”, en *Revista de Historia* no. 39 (1999), pp. 142-144

¹⁰² Putnam, “Ideología racial, práctica social y estado liberal en Costa Rica”, p. 145

¹⁰³ Steven Palmer, “Racismo intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920”, en *Revista Mesoamérica*, vol 17, no. 31, 1996: pp. 100-101

población nacional bajo la ficticia blanquitud, era facilitada por la segmentación geográfica de poblaciones indígenas y afrodescendientes. En Costa Rica, la desigualdad se había consolidado como un fenómeno que diferenciaba según ubicación geográfica, por lo que la base del nacionalismo era la población del centro del país, cuya tarea civilizatoria se extendía a todos los territorios más allá del Valle Central, incluyendo el ejercicio de la violencia contra todo aquel no-blanco.

En el contexto del conflicto con Panamá en 1921, la mitificación sobre la supuesta identidad homogénea, blanca y pacífica del costarricense fue proyectada contra los panameños. Apenas iniciada la cobertura de los eventos de guerra, el diario *La Tarde* caracterizaba a los panameños como “híbridos hijos de una nación sin nombre, sin dignidad y sin raza.”¹⁰⁴ Según, el discurso xenofóbico, la supuesta inestabilidad política panameña se justificaba por la falta de identidad étnica de su población, y esto se convertiría posteriormente en un discurso más radical de exclusión racial. El *Diario de Costa Rica*, por su parte, confrontaba una visión diametralmente distinta del pueblo costarricense; allí la herencia era “indo-española, libre de hibridismos debilitantes.”¹⁰⁵

También existía una tendencia en la prensa costarricense que utilizaba periódicos panameños -particularmente *La Estrella de Panamá*- para plantear una oposición entre iniciativas panameñas y costarricenses que eran, en realidad, bastante similares. Por ejemplo, mientras Costa Rica celebraba la disposición de la gente para tomar las armas, con base en la concepción de un patriotismo desbordante, para el caso panameño se explicaba cómo el presidente Porras “trata de preparar a las masas de hombres de color, naturalmente convencidos de que en Panamá puede haber toda clase de adelantos materiales, menos la calidad racial.”¹⁰⁶

Aunque el auge del discurso xenófobo y racista no puede limitarse a una sola causa, hubo un acontecimiento que propició su intensificación. Se trata de la llegada a San José de los cuñados costarricense del presidente panameño Belisario Porras, en los primeros días de marzo. Hubo un recibimiento de dimensiones importantes y su llegada se entendió como la huida que los costarricenses residentes en Panamá emprendían ante las persecuciones que sufrían en el país vecino. En una entrevista, uno de los cuñados, Rubén Castro, narró su

¹⁰⁴ *La Tarde*, 26 de febrero de 1921: 1

¹⁰⁵ *Diario de Costa Rica*, 28 de febrero de 1921: 2

¹⁰⁶ *Diario de Costa Rica*, 28 de febrero de 1921: 1

testimonio sobre los sucesos ocurridos en Panamá desde que se supo de la llegada de un piquete militar costarricense a lo que los panameños llamaban el Corregimiento de Coto (para los costarricenses era parte del cantón de Osa). Según él, las manifestaciones hostiles iniciaron con ataques al escudo costarricense en el consulado de Colón. Después de ser objeto de persecuciones y amenazas contra sus vidas, los hermanos Castro trajeron a San José el famoso escudo y este fue mostrado a la población en el desfile organizado como muestra de apoyo. Según la prensa josefina, ese día marcharon en San José cerca de ocho mil personas hacia la Plaza de Artillería. Este evento era descrito por el mismo Castro la prensa de la siguiente manera:

“Este escudo es el que una turba de negros panameños arrancó de nuestro consulado en Panamá (...) Hubo un hombre, un hombre que ha sido aborrecido por los costarricenses, pero que desde hoy no debe serlo: Enrique Clare. Este, desafiando revolver en mano, a aquella turba salvaje, arrebató en compañía de don Francisco Jiménez Ortiz y nosotros cuatro hermanos costarricenses, el escudo de nuestra querida patria que hoy os mostramos intacto.”¹⁰⁷

De nuevo, los únicos responsables de la denigración del escudo nacional eran negros. Es decir, no solo era importante caracterizar la violencia en términos nacionales; para consolidar el discurso de defensa nacional era importante especificar características raciales del otro. Por otro lado, el regreso de los hermanos Castro propicia el ascenso de un discurso reconciliador con personajes que simpatizaron con el régimen de los hermanos Tinoco, caído cerca de dos años antes. Por un lado, redime la figura de Enrique Clare, quien fuera dueño de la imprenta que publicaba el diario *La Información*, incendiado en 1919. Resulta claro cómo la guerra funcionaba como medio para tratar que personajes vinculados a temas o grupos inmersos en temas que dividían políticamente al país, recuperaran influencia en la sociedad costarricense. Tanto así que, solo en medio del conflicto limítrofe volvían algunos de ellos, y solo en el contexto de guerra resultaba presentable como patriota un personaje que años antes tuvo que huir del país.

¹⁰⁷ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921: 4

1.2. Propaganda de guerra

Además de los ataques xenófobos contra los panameños, hubo una sistemática campaña que puede ser entendida como propaganda de guerra. Sobre esta categoría hay múltiples definiciones, pero para los objetivos de este trabajo resulta fundamental la conceptualización de Mika Suonpaa sobre las actitudes en prensa inglesa al respecto de la guerra entre Rusia y Suecia de 1808 a 1809. Esta autora define la propaganda de guerra como un instrumento por medio del cual toda una sociedad se auto-provee de legitimidad. Para ello, continúa, se necesita conformar una sociedad politizada que resulte perceptiva hacia la propaganda que la misma prensa reproduce.¹⁰⁸ Legitimar las acciones bélicas, y politizar a la población con el objetivo de que se aceptase el discurso de guerra contra Panamá.

La trama discursiva acerca de la identidad costarricense en el contexto de la Guerra de Coto era compleja. Por un lado se afirmaba la predisposición pacifista de los costarricenses, pero por otro se celebraba su apoyo a la toma de armas, y, en ese sentido, no se perdía oportunidad de reivindicar la violencia como algo deseable. Además, el discurso sobre los panameños fue un poco más allá; se les presentó como un peligro, una amenaza por la cual valía la pena estar atentos, se pasó de la defensa de una línea fronteriza, a una suerte de la defensa del país en general, donde algún panameño podría aparecer para causar algún dueño.

En la plaza pública llevada a cabo con motivo del regreso de los hermanos Castro, cuñados de Belisario Porras, se encuentran muestras inequívocas de esta nueva dinámica discursiva. Uno de los hermanos, Porfirio, señalaba que “esos negros panameños” habían dejado a cuatro muchachos costarricenses internados en el hospital de Panamá a causa de una fuerte golpiza. Por lo tanto, seguía Castro, había que “ir a destruir panameños sin piedad. (...) Hay que ir, sin demora, a hacer compañía a nuestros hermanos que, en escaso número, están desafiando el peligro de una turba insolente y ávida de derramar sangre de costarricenses.”¹⁰⁹ Como se anotó antes, no se trataba ya de defender la frontera, sino de ejercer la violencia contra el otro, que pretendía acabar con lo costarricense.

¹⁰⁸ Suonpaa, “War Propaganda, Cultural Stereotypes and Protestant Altruism: British Press and the Russian-Swedish War of 18089”, en *Valahian Journal of Historical Studies*, vol 14 (invierno 2010): 21.

¹⁰⁹ *La Tribuna*, 1 de marzo de 1921: 1

Una vez más, se vinculaba la supuesta brutalidad panameña con la pequeñez de Costa Rica, y con ello se buscaba convencer sobre la necesidad de movilizar la población hacia la frontera. La redacción del *Diario de Costa Rica* ponía en boca de otro costarricense, no identificado, que regresaba de Panamá, que en aquel país “hubo un decreto oficial para capturar a todo costarricense que radique en el Istmo.”¹¹⁰ Mientras tanto, el discurso sobre el trato de costarricenses hacia los panameños en Costa Rica era completamente otro. *La Tribuna* anunciaba que algunos panameños se mantenían en Cartago a pesar del conflicto, y destacaba entre la población costarricense “una nota alta de civismo y cultura, pues a pesar de tener conocimientos de la forma en la que son tratados nuestros compatriotas en la vecina del Sur, aquí se ha respetado a la colonia panameña que en búsqueda de salud y libertades ha llegado a nuestro hospitalario suelo.”¹¹¹

Por supuesto, se encontraban posiciones disímiles al respecto. En los últimos días del conflicto, *La Tribuna* publicó un artículo de opinión en que, grosso modo, se proponía que se limitara la libertad de tránsito para los panameños en Costa Rica “por medio de hojas sueltas se puede citar a todos los panameños, ya sean naturales o naturalizados, a que se reconcentren en San José, a condición de que aquel que no lo haga quedará considerado como espía, y sufrir por tanto todo el peso de la condenatoria del Consejo de Guerra.”¹¹²

Este no fue un pronunciamiento aislado, sino que durante varios días se publicó la siguiente frase dirigida a la población con miras a encender su estado de alerta y desconfianza: “fíjese usted con quien habla o quien está cerca. Porque a lo mejor es un espía panameño.”¹¹³ Esto supone una aparición de quina columna en suelo costarricense, anterior a su irrupción en la escena internacional. La guerra se ubicaba, en parte, en el interior del país. Con respecto a las amenazas de la prensa sobre la presencia de espías extranjeros, hubo una publicación de *La Tarde* que apoyó aún más esas suposiciones. Días después del armisticio, se divulgó una nota que, según el mismo periódico, fue enviada a Panamá por un espía. El supuesto espía se refiere en términos peyorativos al país y emprende una crítica directa sus jefes militares:

¹¹⁰ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, edición de la tarde: 2

¹¹¹ *La Tribuna*, 1 de marzo de 1921: 2

¹¹² *La Tarde*, 5 de marzo de 1921: 1

¹¹³ *La Tribuna*, 4 de marzo de 1921: 6

“este paisecito tiene un Estado Mayor Militar internacional: un Chao subalterno de Villa, un Villegas del fuste de Ezeta y Regalado, antioqueño por desgracia, y así los demás. (...) Viven en su pujugal creyéndose los mejores, los más valerosos y los más sabios, y no son solo un hato de campesinos bonachones, apegados a sus bueyes y sus cafetales, alimentándose sabrosamente con frijoles y chayotes y soñando con su invicto héroe Juan Santamaría de existencia y proeza problemáticas.”¹¹⁴

El tono burlista dirigido a los líderes militares, se basa en que varios de ellos eran extranjeros del más alto rango en el ejército costarricense; Manuel Chao, mexicano identificado como parte de las fuerzas villistas; el general Cabezas (salvadoreño y activo colaborador de los Tinoco)¹¹⁵, entre otros. Otro elemento llamativo sobre los medios de persuasión es el uso de las proyecciones de películas.

Como se mencionó al inicio de este apartado, en días de guerra era común la construcción de noticias que resultaban, ante todo, especulaciones cuya función era consolidar una atmósfera de desconfianza ante el “otro” panameño. *La Tarde* informaba, la agresión sufrida por un espía de dicha nacionalidad en Cartago, pero lo central en la nota es la crítica a los diarios costarricenses que se indignaban por lo sucedido. El planteamiento era que no debía existir ninguna indignación, puesto que “se tiene noticia del asesinato perpetrado en Panamá contra un costarricense.”¹¹⁶

En este punto se comprueba una de tantas contradicciones en el discurso contra los panameños, y es que en el marco de la llegada de ciudadanos de aquel país a Cartago después de la guerra, se destacaba “la hospitalidad costarricense, no les cierra las puertas a los palúdicos del Sur que quieran venir a curarse sus dolencias a Cartago, ni aún se hayan comportado tan innoblemente con nuestros soldados.”¹¹⁷ Por un lado se muestra el deseo de violencia y desprecio contra el otro; por otro, cuando esa violencia no se consumaba, se celebraba el carácter supuestamente pacifista de la población.

La especulación era un arma constante y necesaria para justificar la persecución de panameños en el país. Se especulaba sobre más agresiones a costarricenses que residían en Panamá. Estas advertencias no pasaron desapercibidas para la población, y de hecho en Puntarenas, “se pensó levantarse en masa y en una manifestación de protesta tomar

¹¹⁴ *La Tarde*, 13 de abril de 1921: 1

¹¹⁵ Oconitrillo, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*: 258

¹¹⁶ *La Tarde*, 6 de abril de 1921: 2

¹¹⁷ *La Tarde*, 28 de marzo de 1921: 1

revancha asaltando los panameños residentes ahí y al efecto se pensó en reunirse el domingo 27 [de marzo].”¹¹⁸ Esto sucedía casi un mes después de haber concluido el conflicto y si no se llevó a cabo fue por la intervención de algunas autoridades, pero la iniciativa se organizó. Además, sí hubo al menos un ataque confirmado hacia posesiones panameñas. La Sultana, una lancha panameña que resultó capturada en Puntarenas durante la guerra, fue atacada por varios hombres causando pérdidas de hasta 900 colones.¹¹⁹ De hecho, los artífices de este atentado resultaron presos, y en 1923 reclamaban al gobierno una indemnización por el tiempo que pasaron en la cárcel.¹²⁰

A mediados de abril de 1921, más de un mes después del armisticio, se informaba sobre otra supuesta actividad conspirativa en el interior del territorio costarricense. El hecho era que había “500 indios en San Blas, para envenenar las aguas por medio de brebajes que ellos saben preparar, en caso de Costa Rica tome [posesión de] Coto y Cañas Gordas.”¹²¹ Esto llegaba en medio de las diferencias diplomáticas que siguieron después del conflicto armado, en las que Costa Rica presionaba a Panamá, por medio del gobierno de Estados Unidos, para que se hiciera entrega del territorio disputado. Así, a pesar de que las tensiones bélicas ya habían cesado, se mantenían algunas voces de alerta el país, que de alguna manera mantenía las hostilidades a flor de piel. Esto no amainó sino hasta la toma de posesión formal de la frontera en setiembre de 1921.

Como consecuencia de la exageración sobre el peligro que representaba la población panameña en suelo costarricense, hubo un aumento en el belicismo en el discurso de la prensa. El primer ejemplo significativo de ello, sucedió con motivo de la invasión costarricense al Caribe panameño en marzo de 1921, con el objetivo de lograr un contrapeso para una eventual negociación posterior a cambio de los territorios temporalmente perdidos en el Pacífico sur.

La caracterización publicada en el diario *La Verdad* de quienes marchaban al Caribe era que “no son hombres los que avanzan sobre el enemigo, son arrebatados, fieras de patriotismo, monstruos de coraje y de ira. Los hombres libres se tornan así cuando se les hiere lo único que puede afectarles, cual es la dignidad de su Madre Patria.” No solo se

¹¹⁸ *La Tarde*, 31 de marzo de 1921: 1

¹¹⁹ Archivo Nacional de Costa Rica, Guerra 7775, s.n.f.

¹²⁰ Archivo Nacional de Costa Rica, Guerra 9057, f. 17

¹²¹ *La Tarde*, 16 de abril de 1921: 4

trataba del impulso bélico de la población, sino que se ufanaba sobre el armamento que tenía el país. El diario *La Verdad* aseguraba que “Costa Rica tiene en la actualidad el mejor armamento de Centroamérica: novedades en el ramo balístico, muchos cañones, muchos rifles, ametralladoras modernísimas. Todo ignorábamos esto que se descubrió a la caída de los Tinoco, cuando hubo que trasladar el armamento del que fue Cuartel de Artillería.” El editorial profundizaba en cuanto al tipo de armas y la cantidad: lo fundamental era que el país contaba con un armamento de última generación para abastecer a 25.000 soldados, y que al momento de interrumpirse el conflicto a causa de la intervención estadounidense ya se había movilizado 10.000 personas a la línea fronteriza.¹²²

En esta supuesta fortaleza militar proyectada por algunos medios a la misión liderada por el coronel Gerardo Zúñiga Montúfar hacia el Caribe sur en los primeros días de marzo de 1921, se le hacía responsable por la huida del enemigo, que, según la prensa, huía “despavorido al crujir de nuestra fusilería, mientras son perseguidos sin tregua, y castigados y humillados; y no por cierto alevosamente como ellos lo hicieron en Coto con el piquete glorioso de Obregón, sino de frente, en pleno, con la aurora por testigo de nuestro valor e hidalguía.”¹²³ La violencia costarricense era justificada por el derecho a la respuesta, pero se trataba más de propaganda que de información. La misión a cargo de Zúñiga Montúfar no tuvo que entablar lucha alguna para entrar hasta el puerto de Almirante.

En medio de esa tendencia de dar noticias falsas sobre la campaña militar, se sacralizaba el sacrificio de la vida como algo deseable, y la soberanía territorial del país como justificación de dicha entrega. Más que soberana, se proyectaba la imagen de una Costa Rica inmaculada. Al conocer que efectivamente el ejército costarricense había avanzado y tomado Guabito –población panameña cercana a Bocas del Toro- se proyectaba una imagen de la bandera de Costa Rica que “revela el Alma de Costa Rica, que es el de una virgen dispuesta al sacrificio pero nunca a dejarse mancillar.”¹²⁴ Esto posicionaba el nacionalismo en un ámbito de metáforas sobre pureza sexual y roles de género, y volvía sobre la estrategia de plantear una coexistencia entre el carácter pacífico y la capacidad de respuesta de Costa Rica.

¹²² *La Verdad*, 3 de marzo de 1921: 1

¹²³ *La Tarde*, 4 de marzo de 1921: 2

¹²⁴ *La Tribuna*, 6 de marzo de 1921: 5

La glorificación de la entrega de la vida no era solo un patrón retórico, sino que tomó tintes individualizadores para cada soldado –regular o voluntario- cuando se le persuadía acerca de la alegría y sentido positivo de la muerte como producto de la guerra y el patriotismo: “cuando se cae herido por una bala enemiga, cuando nuestro cuerpo es destrozado por defender la Patria, nuestro espíritu se levanta y entra a formar parte del Alma Nacional, que de espíritus selectos está formada.”¹²⁵ No solo se insinúa el carácter superior de la muerte por el país, sino la exclusión de una mayoría que no puede formar parte de lo más profundo de la identidad nacional.

Después del armisticio, la xenofobia contra los panameños no desapareció. Había una suerte de impulso no consumado, un anhelo de haber tenido la oportunidad de materializar aquel discurso de odio tan difundido durante los días de conflicto que, en realidad, no pudo llevarse a cabo puesto que la cantidad de enfrentamientos militares fue minúscula. En este marco se señalaba que “cada cual habría deseado hacer una funda para su machete. Es el caso declarar que no se han depuesto las armas y que si Panamá no cumple amplia y satisfactoriamente con la obligación que le ha impuesto nuestra victoria, y que ha garantizado Estados Unidos, llevaremos nuestros soldados hasta sus propias madrigueras.”¹²⁶

Queda claro que la disyuntiva entre los llamados a la paz y un deseo de violencia se explica, en gran medida, por la ausencia de una resolución clara del conflicto en el ámbito militar. Más aún, hay elementos para concluir que la decisión del Gobierno de aceptar la intervención estadounidense para terminar la guerra fue marcadamente impopular, por lo menos en prensa. En ese sentido, una publicación de *La Tarde* señalaba que “teníamos y tenemos todavía la locura de la venganza; esa locura es noble, es humana; pero para eso son los gobiernos, para contener la locura de los pueblos.”¹²⁷ En el próximo apartado se profundizará en el manejo que el Gobierno le dio al conflicto, y la popularidad que tuvieron dichas decisiones.

¹²⁵ La Tribuna, 5 de marzo de 1921: 4

¹²⁶ La Tarde, 10 de marzo de 1921: 2

¹²⁷ La Tarde, 10 de marzo de 1921: 1

2. Cuestionamientos al gobierno

Desde el inicio de la guerra fue necesario enviar a la población hacia la frontera. Para ello hubo un reto particularmente difícil de superar: la relación que había entre los poderes Ejecutivo y Legislativo; poderes que representaba, grosso modo, el oficialismo del presidente Acosta y una mayoría opositora, respectivamente. Durante la escalada de violencia en el conflicto con Panamá hubo dos claves en la disputa entre poderes. Se trata, primero, de las motivaciones que tuvo el ejecutivo para aventurarse en un conflicto armado y, segundo, del modo en que este terminó (mediante la intervención de una misión estadounidense en el Caribe panameño).

Las discusiones sobre el conflicto con Panamá estuvieron inevitablemente vinculadas a la disputa política entre aquellos que pregonaban la política del perdón y olvido de la administración Acosta, y aquellos que, si bien inicialmente apoyaron al presidente para que llegara al poder, posteriormente cuestionaban su política conciliatoria. Se llamaban así mismo restauradores. Por último, había un grupo importante de políticos reconocidos como tinoquistas y eran los opositores más marcados de Acosta. El grupo denominado reformador había empezado sus acciones públicas en favor de Acosta desde agosto de 1919, por medio del periódico *Hombre Libre*. En él se destacaban los posteriormente diputado y canciller José María Zeledón y Alejandro Alvarado Quirós, además de Víctor Guardia y José María Pinaud, ambos coroneles en las acciones bélicas contra Panamá, entre otros.¹²⁸ El mismo Zeledón fungió como vínculo entre el comité de propaganda y de organización del Partido Constitucional, que fue el que inscribió a Julio Acosta como candidato presidencial para el período 1920-1924.¹²⁹

El bando tinoquista también tenía una trinchera en la prensa que resulta fundamental al analizar el discurso durante el conflicto con Panamá. Se trataba del periódico *La Verdad*, de corte católico y dirigido por el presbítero Rosendo Valenciano, quien fue muy activo animando a los fieles en la parroquia de Desamparados en los días de guerra. Según el historiador Eduardo Oconitrillo, el discurso de *La Verdad* contra la administración Acosta es identificable desde antes de las elecciones, y se basaba en plantear el apoyo recibido por

¹²⁸ Oconitrillo, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*: p. 137

¹²⁹ Oconitrillo, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*: p. 139

los expedicionarios de Sapoá en Nicaragua (en los movimientos armados que buscaban terminar con la dictadura de los hermanos Tinoco) habían venido en parte del Gobierno de Estados Unidos; por tanto, decían, Acosta quedaría atado con una deuda política ante aquel país.¹³⁰

La prensa era solo un plano más en el que se manifestaba la división que había en el país. Lo mismo era identificable en la composición del Congreso, y en la relación que este tenía con el poder Ejecutivo. A finales de febrero, justo antes de estallar el conflicto con Panamá, los diputados estaban de lleno en las votaciones para determinar si aplicaban la Ley de Nulidades a concesiones hechas, fundamentalmente durante la administración Tinoco, a compañías británicas y estadounidenses para la explotación de recursos nacionales. Además, los congresistas discutían el proyecto de ley del Subsuelo, que proponía privatizar los recursos subterráneos del país (primordialmente el petróleo, sobre cual había muchas expectativas en aquel momento), respetando que todas las propiedades adquiridas antes de 1913 estaban reservadas ante una eventual nacionalización de los recursos minerales. Ambas iniciativas se vinculaban, porque muchos intereses en las condiciones de los contratos con compañías extranjeras tenían que ver con la explotación petrolera en el país.

En resumen, el gobierno del país contaba con un entorno de particular tensión entre sus poderes, tanto por el pasado político que los dividía, como por la naturaleza controversial de los temas que seguían vigentes en aquel momento. Ese grupo de circunstancias funcionaron como base para las disputas que se consolidarían también en torno al conflicto con Panamá. Cada acción de determinado grupo del gobierno sería exaltada al máximo, ya fuera para utilizarlo a favor o en contra. La guerra contra Panamá sería un medio para deslegitimar al grupo opositor. A continuación, un recuento de las principales discusiones en el primer momento del conflicto.

2.1. Causas del conflicto

Las críticas recibidas por el Ejecutivo se debían a las motivaciones que había para llevar a cabo una guerra. Una sátira titulada “Correspondencia Patilla”, publicada a tres semanas del armisticio, repasa los acontecimientos en Coto, las reacciones en ambas

¹³⁰ Oconitrillo, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*: p. 146

capitales y señala que los padecimientos de los soldados, se deben a “esa maldita guerra / que don Julio sin pensarlo / aceptó por conveniencia. / Y aquí los pobres soldados / siguen con rasquiña necia.”¹³¹ ¿A cuáles intereses hacían alusión publicaciones como esta? Algunos editoriales señalaban intereses económicos de familiares y amigos cercanos del presidente. En *La Tarde* denuncian que prevalecieron intereses particulares de Ricardo Fernández Guardia y Alejandro Alvarado (canciller del Gobierno de Acosta) y, según el redactor, “fue el historiador y diplomático, quien habría urgido al presidente de tomar acciones de soberanía en la región del Pacífico Sur.”¹³²

En realidad no se ha encontrado información consistente al respecto; sin embargo, vale la pena retomar algunos datos incluidos en investigaciones precedentes sobre denuncias de tierras en la región fronteriza y sus posibles vínculos con el conflicto. Se conoce que en años anteriores a la Guerra de Coto, el Gobierno de Costa Rica adjudicó 18 lotes correspondientes a 15.624 has en el Caribe Sur, en la margen izquierda del Sixaola. Por el tamaño de las fincas, destacan los casos de Arturo Volio Jiménez, con dos lotes que sumaban 2mil hectáreas, un lote de 500 hectáreas para Federico Tinoco Iglesias, dos lotes correspondientes a 720 hectáreas en favor de Tobías e Isaac Zúñiga Montufar. Estos últimos, dicho sea de paso, eran hermanos del coronel nombrado para comandar las acciones militares en la región de Sixaola durante la guerra de Coto: Gerardo Zúñiga Montufar. Además, Tobías fue el encargado de negociar el tratado de límites durante la administración de León Cortés Castro, entre 1936 y 1940.¹³³

Otro caso similar es el de José Astúa Aguilar, uno de los abogados de la United Fruit Company en Costa Rica. Astúa, acompañado de su esposa y de sus nueve hijos, denunciaron ante un juez de Limón, 500 hectáreas cada uno, de terrenos ubicados en Limón, para traspasarlos luego a nombre de la compañía. Solo en este caso se trataba de 5500 hectáreas de terreno.¹³⁴ El traspaso masivo de tierras a manos particulares ocurrió primordialmente en la primera década del siglo XX. De hecho, uno de los autores panameños sobre el conflicto fronterizo con Costa Rica señala como antecedente de intereses costarricenses en la región Caribe, la prohibición del gobierno costarricense para

¹³¹ *La Tarde*, 1 de abril de 1921: 2

¹³² *La Tarde*, 12 de marzo de 1921: 1

¹³³ Cuestas, *Panamá y Costa Rica, entre la diplomacia y la guerra*: p. 97

¹³⁴ Phillippe Bougois, *Banano, etnia y lucha social en Centroamérica*. San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1994: p. 46

que Herbert McConnell y su empresa American Banana Co. (competencia de la United Fruit Co.) explotaran fincas ubicadas en territorio reclamado por el país. Se cree que McConell influyó en el Congreso panameño para aprobaran el tratado de límites Pacheco-De La Guardia (el 29 de enero de 1907) con modificaciones no consultadas al gobierno costarricense y que ubicaran sus fincas en territorio panameño. El tratado con dichas modificaciones fue rechazado en el Congreso de Costa Rica en mayo del mismo año.¹³⁵

En este contexto, toma sentido la serie de acusaciones que señalaban intereses particulares como las causas del conflicto limítrofe pues este permitía asegurar de manera rápida y eficiente el control costarricense sobre esas regiones. De hecho, en la rendición de cuentas a la que fue llamado ante el Congreso el canciller Alejandro Alvarado Quirós, a mediados de marzo, acepta que circulaba un rumor y una nota anónima señalando que la guerra inició debido al peligro de perderse unas tierras adjudicadas en favor de Ana Peralta de Fernández Guardia. Él mismo niega una relación de causalidad entre los temas.¹³⁶

Ahora bien, no solo el Ejecutivo recibía este tipo de acusaciones. El jueves 10 de marzo, en una de las primeras sesiones después del armisticio, se discutían tres mociones presentadas días atrás: levantar la suspensión de garantías individuales, interpelar al Ministerio de Relaciones Exteriores a una rendición de cuentas y nombrar una comisión investigadora que se encargara directamente de dicha tarea.¹³⁷ Al final dichas mociones no fueron aprobadas, pero en medio de las discusiones Alfredo Volio señaló que el gobierno de Julio Acosta “debería caer.”

Lo anterior fue interpretado por algunos diarios, particularmente *La Tarde* y *La Tribuna*, en su sentido literal y provocó que, en los meses siguientes a la guerra, el Congreso recibiera fuertes ataques desde la prensa. Ciertamente que algunos sectores repudiaban la actitud de Acosta al permitir que Estados Unidos detuviera la guerra, pero el descontento era mayor con el Legislativo puesto que, una vez terminada la guerra, algunos diputados cuestionaban incluso los motivos reales -y por tanto la legitimidad de esta.

Ese tipo de ataques contra el desempeño del Ejecutivo en la guerra resulta contradictorio con las manifestaciones hechas en el Congreso cuando llegaron las primeras

¹³⁵ Porras Schulte-Wrede, *Análisis histórico y diplomático del conflicto limítrofe entre Panamá y Costa Rica: la guerra del Coto*. Tesis de Maestría Profesional en Diplomacia. Universidad de Costa Rica, Sistema de Estudios en Posgrado. San José, 1996.: 33-34

¹³⁶ *Diario de Costa Rica*, 12 de marzo de 1921: 5

¹³⁷ *La Tribuna*, 11 de marzo de 1921: 2

noticias de los ataques panameños a los soldados costarricenses en Pueblo Nuevo de Coto. En aquel momento, el Congreso dio su voto de confianza al Ejecutivo de manera unánime. El descontento de la prensa con los congresistas se justificaba por el cambio tan radical en el posicionamiento de la mayoría de los diputados: “primero un voto de aplauso, de confianza y que junto con el pueblo confundido con los soldados quiere ir al viva, para dar después una nota de censura, lo que es peor, de escándalo.”¹³⁸ Aunque la crítica de algunos diputados, como Volio, iba hacia el gobierno y no a la guerra como tal, algunos sectores de la prensa no hacían esta distinción.

Ahora bien, ¿por qué la impopularidad se extendió al Congreso todo y no solo a Volio? El razonamiento de sus críticas era el siguiente: el silencio concede. Es decir, el que los otros diputados no se opusieran abiertamente a la aseveración de Volio “es muestra de ambiente de ruindad”. Además, dicha crítica ante el Legislativo lo excluía de cualquier mérito de la campaña ante Panamá; “el triunfo de Costa Rica ya obtenido, ya aclarado, es el triunfo del Gobierno [Ejecutivo].”¹³⁹ Es clara la tendencia en la prensa a llevar la discusión sobre la Guerra de Coto hacia los méritos del Poder Ejecutivo, excluyendo a un Congreso caracterizado por ser mayoritariamente de oposición. La guerra se utilizaba como un instrumento para devolver la legitimidad a la administración Acosta frente a sus distintos opositores.

Estas disputas por el mérito y el uso político de las que el conflicto armado era sujeto, no resultaron en conflictos materiales entre las distintas facciones políticas en Costa Rica. El campo de disputa era el de la legitimidad discursiva. De hecho, entre los mismos círculos que atacaban al Congreso por sus cambiantes posturas al respecto del conflicto, se planteaba que:

“Intentar la menor manifestación de fuerzas contra ellos aún cuando esas fuerzas sean las de la razón, es contribuir a que la opinión pública se ponga de parte de ellos quienes sabrían aprovechar esa situación para en el futuro llevar adelante sabe Dios qué combinaciones o sabe Dios qué crímenes en contra de Costa Rica. Que continúe la Asamblea Nacional Legislativa por su propio camino de desprestigio. Que ejerza por esta vez el gobierno la tiranía de la libertad que no contribuye como las otras a endosar las figuras de cartón.”¹⁴⁰

¹³⁸ *La Verdad*, 13 de marzo de 1921: 1

¹³⁹ *La Verdad*, 23 de marzo de 1921: 2

¹⁴⁰ *La Tarde*, 18 de marzo de 1921: 1

La propuesta de no tomar acciones contra los diputados para evitar una eventual mejoría en su posicionamiento ante la ciudadanía no implicaba la ausencia de crítica. De Alfredo Volio se decía que “se ha reído de los costarricenses que se alistaron en las filas libertadoras, (...) ¿podrá el pueblo de Costa Rica soportar a un Congreso dispuesto a menoscabarle su dignidad? Insistimos ¿Es el Congreso o el Ejecutivo el que debe desaparecer?”¹⁴¹ La prensa fortalecía su apoyo al Ejecutivo, y el ataque de la oposición en el Congreso hacia el Ejecutivo parecía conllevar el gran riesgo de minar aún más su propia imagen.

En medio de las disputas entre oficialismo y oposición hubo ataques que derivaron en el cuestionamiento a la letra del Himno Nacional. El diputado José María Zeledón destacaba como objeto de burla y desprecio en las páginas de los principales periódicos del país. Ciertos sectores de la prensa, sobre todo el diario *La Tarde*, acusaban a Zeledón por su forma de actuar durante el régimen tinoquista; en dicho diario se consideraba que se hacía pasar por interesado en apoyar a los trabajadores, pero que su discurso no coincidía con sus acciones.

La letra del himno nacional compuesta por José María Zeledón resultó de un concurso organizado por la Secretaría de Instrucción Pública en el año de 1902, y pese a que el jurado declaró su composición como la ganadora, dándole el premio en efectivo de 500 colones, no hubo un decreto que la formalizara. En aquel mismo año, el Secretario de Instrucción Pública le comunicó al Inspector General de Enseñanza que la letra de Billo “se ajustaba en todo a la música del Himno Nacional”, y pidió su canto en todas las escuelas del país. Sin embargo, la oficialización de la letra tuvo que hasta junio de 1949, mediante un decreto de la Junta Fundadora de la Segunda República en junio de 1949, que se hizo oficial.¹⁴²

Las críticas hacia Zeledón se incrementaron después de que se retirara de la sesión donde el Congreso dio el voto de confianza al Ministerio de Relaciones Exteriores para que tomara las acciones que considerara oportunas en el conflicto. Con miras a ello, en *La Tarde* se propuso que los lectores enviaran sus propuestas y en el mes de septiembre se harían las votaciones para determinar la letra ganadora que sustituiría la de Billo.

¹⁴¹ *La Tarde*, 14 de marzo de 1921: 2

¹⁴² Carlos Meléndez Chaverri, *Cincuentenario de la letra del Himno Nacional de Costa Rica*. San José: Imprenta Nacional, 1953: 61-62

Parece entonces que en el contexto de conflicto interno profundizado a partir del conflicto con Panamá, algunos sectores de la prensa echaron mano de esa situación para atacar a Zeledón. La también tenía un interesante trasfondo discursivo. En términos de la identidad nacional, la lírica de Billo cuestionaba el discurso histórico sobre el ser costarricense. Según María Amoretti, la letra de Zeledón tiene claros intertextos con respecto a la primera proclama de Juan Rafael Mora Porras, lanzada en noviembre de 1855, en el contexto de la Campaña Nacional.¹⁴³ Moretti propone que la letra de Billo fue el desenlace de una intensa disputa literaria en Costa Rica. El concurso promovido por el secretario interino de Instrucción Pública, Manuel María Jiménez, en 1902, ocurrió cuando el grupo denominado por Amoretti como los nacionalistas (entre los que destacaban Carlos Gagnini, Joaquín García Monge y el mismo José María Zeledón) ganan el pulso a los liberales más conservadores (liderados, entre otros, por Ricardo Fernández Guardia) en el sentido de consolidar lo folclórico como algo “literaturizable”.¹⁴⁴ Esa perspectiva manifestada en la sencilla letra de Zeledón, era deslegitimada en 1921 por motivos políticos amparados en el discurso de patriotismo.

¿Por qué tenía tan mala imagen José María Zeledón? Además de su oposición a la guerra, lo central era su desempeño ante la ciudadanía durante la dictadura de Federico Tinoco. Algunos lo recordaban como un personaje que decía apoyar las causas populares, pero en realidad nunca se adhirió a ellas. Otros señalaban que, mientras él permanecía “escondido”, el grueso de los costarricenses había sufrido “vergonzosas humillaciones, unos en sus casas, otros en las mazmorras. (...) Las sonrisas de Mefistófeles que tiene Billo Zeledón para los obreros hay que despreciarlas.”¹⁴⁵ Así, lo relativo a la guerra con Panamá fue solo la punta de lanza de la enemistad del diario *La Tarde* con Billo.

La propuesta de cambio de letra en el himno no logró su cometido final, pero hubo resultados interesantes. Algo llamativo es la comparación entre Billo Zeledón y Miguel Ángel “Cholo” Obregón (coronel apresado en Pueblo Nuevo de Coto) a propósito de una actividad pública que se realizó en Alajuela, ciudad natal del segundo de ellos: “En la heroica Alajuela, porque el símbolo de esta jornada, Miguel Ángel Obregón tuvo la honra

¹⁴³ María Amoretti Hurtado, *Debajo del canto: un análisis del Himno Nacional de Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1987: 32

¹⁴⁴ Amoretti, *Debajo del canto: un análisis del Himno Nacional de Costa Rica*: 61

¹⁴⁵ *La Tarde*, 7 de marzo de 1921: 1

de nacer a poca distancia de Santamaría, no se cantó esa letra que no dice nada de nuestros legítimos entusiasmos por la adorada Costa Rica”,¹⁴⁶ ya que “individuos que no conocen de los trajines dolorosos de los obreros, no pueden ser más sus directores espirituales. Que no se cante más la letra hipócrita de Billo Zeledón.”¹⁴⁷ Como se mencionó antes, esto significa la afrenta de los sectores más radicales de la prensa josefina contra los ideales del nacionalismo hegemónico costarricense.

2.2. Discusiones posteriores al conflicto

Otro semillero de discordia entre los poderes de la República y distintos sectores de la prensa fue la finalización de la guerra. Se criticaba bajo la premisa de que se aceptó el armisticio debido a que los intereses particulares que justificaron el conflicto habían quedado salvaguardados por las condiciones impuestas por el gobierno de Estados Unidos.

“Se le ofrece la oportunidad de traficar con lucro su pésima y reprobada actuación que ayer no más encontró piedras y rechiflas en las calles. (...) Hemos sido burlados al tiempo que nos aprestábamos a combatir al enemigo. (...) Reúnase el pueblo por sí y ante sí a deliberar. Si cree que debe apuñar nuevamente el arma y precipitarse sobre las fronteras enemigas y combatir las huestes invasoras, hágalo.”¹⁴⁸

Al mismo tiempo que se desmentía las razones objetivamente limítrofes del conflicto, hubo un auge del sentimiento nacionalista que volvió irracional el deseo de guerra.¹⁴⁹ El sentimiento de rechazo contra lo panameño no solo prendió rápido el nacionalismo costarricense, como fue analizado previamente, sino que luego le cobró una factura de popularidad al gobierno en los días siguientes al conflicto. Sin que la prensa llegara a darle seguimiento a los intereses particulares presentes en la región, es evidente que la riqueza natural de la frontera era de interés de algunos sectores. Cuando se hacían balances de costos en la prensa durante la guerra, se justificaba la cantidad gastada por el Gobierno, debido a que “la región en disputa tiene una gran importancia para el país, y el hecho de

¹⁴⁶ *La Tarde*, 7 de marzo de 1921: 1

¹⁴⁷ *La Tarde*, 7 de marzo de 1921: 1

¹⁴⁸ *La Tarde*, 12 de marzo de 1921: 2

¹⁴⁹ Ver capítulo 2

haberla recuperado bien vale esa suma. Tenemos en nuestro poder datos muy interesantes a cerca de la riqueza esta región.”¹⁵⁰ La riqueza natural es una categoría muy amplia, así que es importante visualizar que la atención estaba particularmente puesta sobre los pozos petroleros que se esperaba encontrar.

De hecho, días después del armisticio, se anunció que inspectores del Gobierno pasarían varios días en Cahuita, invitados por el gerente de la compañía petrolera que se encontraba en la zona. “Hay indicios ciertísimos que nos indican la existencia de petróleo en gran cantidad; esa noticia parece confirmarse con el alza en las acciones de la Compañía Nacional, que desde hace algunos días se solicitan insistentemente por el público y las cuales se vistan a un precio nunca visto.”¹⁵¹ Era de conocimiento público que una potencialidad económica importante estaba en juego en el Caribe Sur, y por ello era importante no solo defenderse en el Pacífico, sino asegurar cuánto se pudiera en la otra vertiente.

El problema no era solo haber detenido el conflicto cuando intervino el Departamento de Estado estadounidense, sino que el cese de hostilidades no redundó en la entrega inmediata del territorio por el cual se inició el conflicto. Es decir, Pueblo Nuevo de Coto, en el Pacífico sur. En las semanas y meses posteriores hubo una serie de discusiones publicadas en prensa, que evaluaban el comportamiento de las principales autoridades gubernamentales de Costa Rica en el contexto de las negociaciones para que finalmente se entregara dicha región.

La decisión de retirar las tropas costarricenses, aunque habían ingresado hasta el Caribe panameño se reprochó con frecuencia. En palabras de un editorial del *Diario de Costa Rica* publicado la semana posterior al armisticio: “ningún costarricense abriga la menor duda de que una solución por las armas nos hubiera sido favorable.”¹⁵² El canciller de la República había señalado en su rendición de cuentas ante el Congreso, a mediados de marzo, que el envío de tres piquetes militares era el único pensado desde el gobierno a manera de presión diplomática para la solución del conflicto limítrofe. En cuanto a la respuesta militar en el Caribe, aseguró que “un Consejo de Guerra, integrado por los más antiguos y avesados [sic] militares del país, opinó por esta expedición invasora,

¹⁵⁰ *La Tarde*, 10 de marzo de 1921: 1

¹⁵¹ *La Tarde*, 13 de abril de 1921: 1

¹⁵² *Diario de Costa Rica*, 13 de marzo de 1921: 2

simplemente como una expedición punitiva.” Los sectores de la prensa que insistían en que la retirada de dichas tropas había sido un error, claramente seguían el juego a dichos militares.

El semanario puntarenense *El Herald*, más comedidos con el fin último de apoyar las gestiones de la administración Acosta, llegaban a justificar incluso la pérdida de vidas en el Pacífico Sur, pues tras ese sacrificio se podía dilucidar "cuánto es nuestro amor a la República, y a provocar la definitiva resolución a que hemos llegado."¹⁵³ En términos generales, la prensa puntarenense era bastante favorable en sus opiniones sobre la administración de Acosta, y abiertamente describía a la oposición como "hermenegildos de las curules congresiles."¹⁵⁴ Esto hacía referencia a la extracción popular de algunos diputados electos para el período 1920-1924.

Sin embargo, conforme pasaban las semanas, seguían sin definirse la fecha y la forma de entrega de Coto, aumentaron las razones para desconfiar de las condiciones en las que el conflicto dejaría al Gobierno costarricense. Muchas de las gestiones dependían del representante del país en Washington, que entonces era Octavio Beeche. En comparación a las continuas gestiones diplomáticas panameñas ante el Departamento de Estado para obtener una reinterpretación del asunto limítrofe favorable para ellos, las actuaciones de Beeche aparecían caracterizadas por una pasividad preocupante para algunos; "Costa Rica [parecía] dejada a la mano de Dios."¹⁵⁵

Poco a poco la legitimidad de la administración dependía de que el país se asegurara el control de Coto. Por ello era importante confiar, y presentar como confiable, la intermediación de Estados Unidos en el asunto. Era la única garantía de que la oposición no tenía razón en condenar el retiro de tropas. Sin embargo, el Gobierno debía manejar de manera adecuada las publicaciones en prensa, ya que la falta de información daba pie para nuevas especulaciones y críticas. *La Tribuna* era uno de los diarios que sistemáticamente pedían más detalles de las negociaciones, con el argumento de que "así como en los instantes de tremenda congoja demandose [sic] el contingente público, en la época de aparente triunfo parécenos justo que todos participemos de las nuevas que van llegando."¹⁵⁶

¹⁵³ *El Herald*, 22 de marzo de 1921: 4

¹⁵⁴ *El Viajero*, 4 de abril de 1921: 2

¹⁵⁵ *La Tribuna*, 25 de mayo de 1921: 1

¹⁵⁶ *La Tribuna*, 26 de junio de 1921: 1

A finales de julio, luego de que ya se había especulado con una primera entrega de Coto que finalmente no se dio, las afrentas al Ejecutivo, particularmente a las dependencias de la Secretaría de Relaciones Exteriores, aumentaban. Al cumplirse el primer año de gobierno de Acosta, se llegó a proponer su salida del poder. Apoyados en la lógica de que volver a la Constitución Política de 1871 era desconocer la carta magna tinoquista, se planteaba que el sucesor de Tinoco debía ser Alfredo González Flores, quien debía terminar sus funciones el 8 de mayo de 1922. La propuesta que, según *La Tribuna*, rondaba en las calles de la capital, era rechazada por el mismo diario por ser "un procedimiento nicaragüense o panameño, con el cual los costarricenses no podemos decorosamente familiarizarnos."¹⁵⁷

A partir de agosto, cuando se cumplían ya cinco meses de haber interrumpido el conflicto armado sin que llegara la tan ansiada victoria diplomática para Costa Rica mediante la entrega de Coto, hubo un interesante contrapunto entre dos fenómenos. La prensa da cuenta de cómo la oposición al régimen de Acosta no perdía oportunidad para señalar su incapacidad para asegurarse una rápida y efectiva entrega. Al mismo tiempo había motivos para unir al país y, en ese sentido, dar un margen de esperanza para la población atenta a la cuestión limítrofe, y un respiro a la secretaría de Relaciones Exteriores. Se acercaba la conmemoración del centenario de la independencia.

Hubo a este respecto un giro favorable en cuanto al mérito recibido por la administración de Acosta. Señalan que la entrega oficial del territorio de Coto demostraba el mérito del presidente, quien tuvo la "reposada y humanitaria resolución de suspender la acción bélica cuando se convenció de que era necesario más derramamiento de sangre."¹⁵⁸ Además, se aventuraban a señalar que la entrega del territorio en disputa "ocurra para la fecha del Centenario."¹⁵⁹ Una vez que se conocía la fecha de la entrega, se describía la entrega de Coto como "el más bello acto de afirmación que haya hecho el país desde la otra inolvidable guerra nacional."¹⁶⁰

En realidad, hasta setiembre de 1921 la incertidumbre había sido la regla. Desde principios de julio, en Costa Rica se esperaba de manera inminente la entrega de Coto. Esta

¹⁵⁷ *La Tribuna*, 20 de julio de 1921: 1

¹⁵⁸ *La Tarde*, 1 de agosto de 1921: 3

¹⁵⁹ *La Tribuna*, 23 de agosto de 1921: 1

¹⁶⁰ *La Tribuna*, 6 de setiembre de 1921: 1

idea parecía verosímil para algunos, ya que en estos días llegó al país el barco estadounidense Denver. Además, ya se había nombrado a Luis Matamoros como jefe de la Comisión Demarcadora, posiblemente asistido por Fernando Cabezas.¹⁶¹ Sin embargo, la delegación panameña no tuvo la misma proactividad, y el Departamento de Estado no actuó tan rápido como se deseaba en Costa Rica. Primero se manejaba como fecha de entrega el 2 de julio. Eso no se cumplió y el 22 de agosto, aunque no se sabía una fecha, se aseguraba que la entrega de Coto sería antes de la independencia.¹⁶² Se esperaba que salieran 150 personas a la toma de posesión, incluyendo a Aquiles Acosta, hermano del presidente y Ministro de Guerra y Marina.¹⁶³

El evento sucedió durante la primera semana de setiembre, pero de una manera poco ortodoxa. El viernes 2 de setiembre salió de Puntarenas la expedición que tenía por objetivos tomar posesión de la región de Coto y amojonar la línea fronteriza.¹⁶⁴ Llegó a Pueblo Nuevo, a bordo del barco Izabal y la lancha Santa Rosa, el 5 de setiembre. Sin embargo, la toma de posesión no cumplió con las expectativas, pues no estaba Luis Matamoros, jefe de la comisión demarcadora, quien se encontraba en El Salvador, y tampoco estuvieron las comisiones de Panamá ni EE.UU. Por tanto, se tomó posesión, pero no se hizo el amojonamiento.

El mismo 5 de setiembre, que era la fecha prevista, pero sin tener reportes de lo sucedido, hubo celebraciones públicas en algunos lugares de San José y Puntarenas.¹⁶⁵ La celebración sin noticias que confirmaran la toma efectiva del lugar no era exclusiva de la población en general; lo mismo hizo Aquiles Acosta, ministro de Guerra y Marina, quien envió una comunicación a todos los Comandantes de Plaza del país. En el documento informa que la toma "vendrá a enlazarse de modo providencial con los regocijos del Centenario de la Independencia". Además de informar el evento en sus respectivas poblaciones, Acosta les pide "indicar al mismo tiempo, un sentido recuerdo digno de devoción, a los soldados que en la frontera sur vertieron su sangre y ofrendaron sus vidas

¹⁶¹ *La Tarde*, 10 de junio de 1921: 1

¹⁶² *La Tarde*, 22 de agosto de 1921: 1

¹⁶³ *Diario de Costa Rica*, 27 de agosto de 1921: 1

¹⁶⁴ *El Heraldo*, 6 de setiembre de 1921: 1

¹⁶⁵ *Diario de Costa Rica*, 7 de setiembre de 1921: 1

para redimir aquella sección de la patria que ahora ondeará para siempre, lleno de honor y de gloria, nuestro sagrado emblema."¹⁶⁶

La comisión costarricense encargada de la toma de posesión iba a cargo del general Ricardo Monge, enviado del gobierno, y el coronel Fernando Cabezas, jefe Militar y Técnico. También iría el ingeniero del gobierno y un capellán, además representantes de prensa, pero no indica quiénes.¹⁶⁷ La comisión nombró a Otto Heinrich como nuevo Agente Principal de Policía de Pueblo Nuevo de Coto,¹⁶⁸ y determinó que los vecinos costarricenses quedaban exentos de todo tributo. Por el contrario, los panameños debían pagar \$6 semestrales, desde los 3 años de residencia, por concepto de impuesto territorial.¹⁶⁹

Finalmente el vínculo entre la toma de posesión y la conmemoración de la independencia fue logrado. En una de las publicaciones realizadas con motivo del esperado 15 de setiembre en *La Tribuna* publicaban que “en el primer siglo de independencia, Costa Rica corona sus supremas aspiraciones, presentándose al mundo con sus fronteras fijas, claras y demarcadas, a lo cual no ha podido llegar definitivamente ninguna de las Repúblicas latino-americanas del Continente.”¹⁷⁰ La soberanía territorial comprobada se presentaba como un factor elemental para poder consolidar la independencia en su fecha conmemorativa. Sin embargo, la toma de posesión fue simbólica: en la práctica el Estado costarricense no logró controlar de manera inmediata las actividades cotidianas que allí se desarrollaban. Llevar esto a la realidad fue una preocupación de diversos sectores que planteaban ante el Gobierno, que la toma oficial de poder se transformara en ejercicio efectivo de soberanía.

Desde marzo, pocos días después de acordado el armisticio, Octavio Quesada señala que, aunque en un futuro cercano se resolviera el caso a favor de Costa Rica y fueran retiradas las autoridades panameñas, seguiría dominando el “elemento chiricano” en la población del Pacífico sur. Para lograr balancear ese componente poblacional, proponía la

¹⁶⁶ *El Herald*, 30 de agosto de 1921: 4

¹⁶⁷ *El Herald*, 2 de setiembre de 1921: 1

¹⁶⁸ *La Tarde*, 9 de setiembre de 1921: 1. De familia alemana, residente en Costa Rica desde 31 años atrás, vivió mucho tiempo en Talamanca. Casado con costarricenses, nacionalizado y con hijos nacidos en el país. Lo describen como activo en política e íntimo amigo de Mons. Gaspar Stork y el Pbro. Blessing

¹⁶⁹ *Diario de Costa Rica*, 10 de setiembre de 1921: 5

¹⁷⁰ *La Tribuna*, 15 de setiembre de 1921: 6

creación de una colonia cívico-militar. Según el proyecto, habría 100 agricultores y algunos artesanos, principalmente carpinteros. Cada voluntario recibiría un lote en el cuadrante y 25 hectáreas más, inalienables e intransferibles por 10 años. Durante ese mismo tiempo ninguna persona extranjera podría vivir allí, y tampoco quien no estuviera dispuesta a someterse a régimen militar.¹⁷¹ Otro de los proyectos era negociar un empréstito para construir un camino hasta Golfo Dulce y una línea telegráfica entre Santa María de Dota y Buenos Aires. Además, se mantenía la idea de una colonia; solo así, decían, “la soberanía habrá quedado asegurado pacífica y tranquilamente.”¹⁷²

Las menciones a proyectos nacionalizadores de las regiones fronterizas disminuyeron de manera paulatina, así como lo hacía el tono nacionalista y xenófobo de las publicaciones en prensa. Sin embargo, el tema surgía ocasionalmente en algunas publicaciones, y llama la atención la claridad que había sobre la poca presencia efectiva del Estado-Nación costarricense en dichas zonas. Por ejemplo Elías Leiva, en aquel momento diputado, señalaba que “por el lado del Atlántico, Costa Rica termina en el río Estrella”. Como consecuencia de su aseveración, Leiva propuso otro proyecto de colonización en el Caribe. En el diario *La Tarde* agregaban que sería deseable que los eventuales colonizadores fueran acompañados por un fuerza militar que les protegiera.¹⁷³

Otra propuesta similar la hacían dos vecinos de Limón -Arturo Fernández y Vicente Martínez; tipógrafo y maestro de escuela- quienes se ofrecían a comprar una finca cada uno, para iniciar la colonización de la zona. Pedían a cambio de ir a aquellos lugares: una escritura pública y 25 hectáreas para cada familiar colono, el establecimiento de una lancha semanal entre Puntarenas, El Pozo y Pueblo Nuevo, una escuela, botiquín con encargado de administrarlo, un aserradero, una descascaradora de arroz, y herramientas. Fernández y Martínez se comprometían a sembrar 10 manzanas de maíz (80 fanegas) y 3 de arroz (10 quintales) cada uno.¹⁷⁴ Tiempo después surgía la noticia de que no solo vecinos nacionales pretendían establecerse en las regiones reclamadas. También “una respetable casa americana” presentaría una propuesta a la Secretaría de Fomento para construir cuatro ciudades de 10.000 habitantes cada una: una estaría en la región de Coto, otra en “el

¹⁷¹ *Diario de Costa Rica*, 10 de marzo de 1921: 5

¹⁷² *Diario de Costa Rica*, 13 de marzo de 1921: 4

¹⁷³ *La Tarde*, 29 de junio de 1921: 2

¹⁷⁴ *La Tribuna*, 12 de julio de 1921: 1

zacatal" de Cañas Dulces, y otras dos en lugares por definir, pero que debía contar con un clima análogo a la región occidental del Valle Central.¹⁷⁵ El proyecto fue presentado a la Secretaría de Fomento, Y se decía que los colonos serían italianos del norte,¹⁷⁶ pero nunca se le dio seguimiento en la prensa durante ese año.

Estas iniciativas no fueron un fenómeno aislado, sino más bien fueron parte de proceso más amplio en el cual el Estado costarricense fue proponiendo diversos proyectos con el objetivo de lograr un mayor y más fácil acceso a toda la región sureste del país. Esto se debió, en gran medida, a peticiones insistentes de la población de El Pozo, actualmente Ciudad Cortés, quienes buscaban tener mayor independencia con respecto a la población de Buenos Aires. Desde 1915 se giraron fondos para construir casas escolares allí, se promovieron los denuncios de baldíos, se construyeron algunas de comunicación, entre otras. Destaca, sin embargo, que en 1922, un año después del conflicto, se construyó un camino que iba de Aserrí hasta El Pozo. Es decir, el Gobierno respondió a las críticas, y también como resultado lógico de su victoria diplomática, con las obras de nacionalización o apropiación de la región que tanto le costó dominar.

3. Conflicto en escala internacional

Las fuentes consultadas en esta investigación dan cuenta de una dimensión multilateral del conflicto limítrofe. Es decir, la Guerra de Coto no solo se convirtió en un medio de disputa entre distintas facciones de la política interna en Costa Rica, sino que los discursos sobre ella también hacían referencia a asuntos de escala internacional. En este apartado se analiza las reacciones posteriores al armisticio, particularmente aquellas discusiones que hacían un balance sobre las relaciones de Costa Rica con Estados Unidos, Centroamérica y la Sociedad de Naciones, entre otros.

¹⁷⁵ La Tribuna, 21 de setiembre de 1921: 1

¹⁷⁶ La Tribuna, 23 de setiembre de 1921: 1

3.1. Soberanía y neutralidad

Aunque el conflicto se planteaba como un enfrentamiento bilateral, algunos sectores tenían una lectura más amplia. Había dos temas principales: el peligro para la soberanía costarricense producto de la intervención estadounidense, y la pretensión costarricense de que los demás países del continente americano se mantuvieran neutrales en su litigio con Panamá. Al interrumpirse la guerra como resultado de la presión de autoridades estadounidenses en el Caribe sur, resultaba claro que también formaba parte (o podía llegar a serlo) de un conflicto geopolítico:

“A unos les sopla muy quedamente al oído que fue humillante para nosotros la mediación de Estados Unidos; a otros les cuenta, tenebrosamente, las penalidades que pasó nuestro ejército, debido a torpes imprevisiones; al de más allá le hace saber que la guerra fue provocada con el objeto único de defender unos cuantos intereses particulares, de denuncios petrolíferos localizados en esas tierras en disputa; y a este otro que lo que buscaba el gobierno era atraerse, con el pretexto de la guerra, a cierto grupo de la pública opinión que le era adverso.”¹⁷⁷

Las acciones estadounidenses llevaron a una disyuntiva. Estados Unidos, aquel país que, según la prensa, tenía en condición de colonia a Panamá y por tanto recordaba la ausencia de autonomía del país del sur, era el mismo que decidía el momento en que Costa Rica se retiraba de la contienda. Se cuestionaba el grado de autonomía costarricense. Este tipo de planteamientos sobre las afrentas a la autonomía nacional se encuentran vinculados al proceso más amplio de difusión del arielismo en América Latina. La novela *Ariel*, que el autor uruguayo José Enrique Rodó publicara en 1900, se convirtió en la obra más representativa de una ola de reivindicación e invención de identidad común a las antiguas colonias hispánicas. En este proyecto de construcción de una identidad subcontinental el carácter antiimperialista, particularmente frente a la figura de Estados Unidos de América, se convirtió en una de sus principales características.¹⁷⁸

¹⁷⁷ *La Verdad*, 12 de marzo de 1921: 2

¹⁷⁸ Para el caso costarricense en el período de la Guerra con Panamá, revisar: Jussi Pakkasvirta, *¿Un Continente, una Nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y revistas culturales en Costa Rica y el Perú (1919-1930)*. San José: EUCR, 2005: pp. 82-87

Otros sectores de la prensa omitían la cuestión de la autonomía y se concentraba en las maniobras estratégicas del Gobierno de Acosta al leer correctamente los momentos de la contienda. Según este enfoque, el presidente “previendo la acción inmediata y paralizadora de la Secretaría de Estado de Estados Unidos, optó, para ganar tiempo, por abalanzarse sobre Guabito, Almirante y Bocas, para equilibrar el momentáneo triunfo que los chiricanos habían obtenido en Coto (...) Así, la mediación norteamericana nos encontró muy adentro en tierra panameña.”¹⁷⁹ Se destacaba que el Gobierno costarricense ya sabía que Estados Unidos intervendría, y la invasión del Caribe se convirtió en una especie de garantía. Sin embargo, este argumento no se sostiene puesto que, apenas concluidas las hostilidades, se devolvieron al Valle Central todos los que habían marchado al Caribe.

La posición del Gobierno fue insistir permanentemente en que el armisticio fue un paso estratégico más en la diplomacia costarricense. De hecho, años después del conflicto, Julio Acosta aseguraba no haber tenido contacto con ningún funcionario del gobierno de Estados Unidos antes de convertirse en presidente (la oposición le acusaba de ser el candidato impuesto por Estados Unidos); y justificaba su versión con el hecho de que aquel país no lo reconoció, hasta que lo hizo Gran Bretaña.”¹⁸⁰ Por otro lado, autores como Phillippe Bourgeois han señalado que el Departamento de Estado, en intensa comunicación con la United Fruit Company, sí tuvo un rol fundamental en la decisión sobre el momento en que se detuvo el conflicto. Ello, según Bourgeois, tiene asidero en la protección de terrenos que la Compañía tenía tanto en Talamanca (sector costarricense) como en Bocas del Toro (sector panameño). Incluso, la prensa de la época suponía una relación entre la corta duración del conflicto y la protección de intereses estadounidenses.¹⁸¹ El diario *La Verdad* señalaba que, de haber continuado la guerra entre dos pequeños países, probablemente no hubiera llegado a grandes dimensiones, pero sí hubiera puesto en peligro el dominio estadounidense sobre el Canal interoceánico.¹⁸²

Por su parte, quienes cuestionaban el armisticio por restar autonomía costarricense, invocaban el patriotismo para recuperarla, y se preguntaban: “¿Significa esto [la manera en que se terminó el conflicto armado], en modo alguno, que Costa Rica no sea autónoma?”

¹⁷⁹ *La Tarde*, 18 de abril de 1921: 3

¹⁸⁰ Oconitrillo, *Julio Acosta*, p. 135-136 (citando a Acosta García, Julio. “A lo largo del camino”, 1954, inédito, mimeografiado).

¹⁸¹ Bourgeois, *Banano, etnia y lucha social*: 56

¹⁸² *La Verdad*, 13 de setiembre de 1921: 4

En su discurso se identifica cómo echan mano a la supuesta particularidad pacifista costarricense para salir del embrollo que las circunstancias significaban para la autonomía. La propuesta era que Costa Rica no había sufrido ningún intervencionismo, sino que el mantenimiento de la paz era la opción lógica con la identidad nacional. A Costa Rica no le impusieron el cese al fuego, sino que su predisposición al civismo y la política pacifista motivaron a las tropas a no seguir la contienda.¹⁸³

En la misma línea, se ensalzaba la forma en que se finalizó el conflicto porque “son excepcionales las ocasiones en que se obtiene una victoria tan hermosa, con gala de energías materiales e intelectuales.” Más aún, se vincula las prácticas militares con un estilo educado según el cual “Costa Rica ha sabido ser soldado y caballero.”¹⁸⁴ Mientras tanto, el presidente de la República, en una entrevista concedida a *La Tarde* a mediados de abril de 1921, señalaba que no debía haber preocupación por la intervención estadounidense y una posible segunda invasión panameña al cantón de Osa (rumor común en aquel entonces), sino que “estando en este asunto comprometida la palabra del Departamento de Estado, no creía que el gobierno debiera movilizar tropa alguna como ampliamente se le ha pedido, pues tanto el gobierno como el pueblo costarricense deben confiar ampliamente en el arreglo satisfactorio de este asunto.”¹⁸⁵

No solo el Presidente apostaba al valor de la palabra estadounidense, sino que vale notar el alcance que tenía en la opinión pública la Doctrina Monroe. La defensa de este planteamiento filosófico y político parece haber constituido una estrategia discursiva de Costa Rica para presionar al Gobierno estadounidense en el cumplimiento efectivo del Laudo White. Vale recordar que el gobierno de Federico Tinoco nunca fue reconocido por el de Woodrow Wilson, y de hecho el reconocimiento de la administración Acosta llegó hasta meses después de su juramentación. Posteriormente, la Guerra de Coto fue uno de los primeros conflictos internacionales (si no el primero) en el que intervino el presidente estadounidense Warren Harding. En ese sentido, aceptar la intervención estadounidense y cumplir el finiquito del diferendo limítrofe a favor de Costa Rica marcaría la relación de ambos gobiernos de allí en adelante.

¹⁸³ Ver capítulo 3

¹⁸⁴ *La Tarde*, 22 de marzo de 1921: 3

¹⁸⁵ *La Tarde*, 15 de abril de 1921: 1

En las semanas posteriores al armisticio se planteaba que las denuncias de invalidez del Laudo White por parte de Panamá carecían de legitimidad por su inexistente autonomía, y también porque al negar el dictamen sobre el mencionado Laudo, ponían en riesgo la política “americanista” del gobierno estadounidense. El pragmatismo político de la prensa permitía pregonar favor del rol pacificador de Estados Unidos en la región, después de haber sido sujeto de una campaña de deslegitimación al detener la guerra entre Costa Rica y Panamá. En ese sentido, la negativa panameña a entregar el territorio reclamado por el gobierno costarricense en el Pacífico Sur se leía como “propaganda que tiende a turbar la paz en el hemisferio”, frente a una administración estadounidense que pretendía “restaurar la antigua política de Estados Unidos, que fue muy inoportunamente falseada por la última administración en sus tratos con Haití y la República Dominicana.”¹⁸⁶

En su columna sobre noticias limonenses, el firmante Country culpabilizaba a los Estados Unidos y al gobierno de Acosta por la pérdida de vidas y esfuerzo costarricenses en una empresa que se tiró por la borda. Termina su disertación con un contundente “Malditos sean los que han hecho y los que dejaron hacer...”¹⁸⁷ La guerra no solo se prestaba para conducir disputas de política interna (como se desarrolló en el apartado anterior), sino que representaba una contradicción entre los que privilegiaban una perspectiva patriótica, y aquellos que se concentraban en la dimensión geoestratégica del asunto.

Ahora bien, muy a pesar de las críticas al gobierno con base en un discurso antiimperialista, la actitud en los círculos internos del gobierno fue muy diferente. Un ejemplo fue la muerte del Chief Justice de Estados Unidos, Edward D. White. Fue él juez quien reinterpreto el laudo realizado por el presidente Emile Loubet en 1900; White corrigió a favor de Costa Rica y en aquel fallo se basaba el gobierno de Acosta para reclamar el territorio de Coto. Cuando el país conoció la muerte de aquel hombre, no faltaron muestras de luto. De hecho, el 20 de mayo se aprobó en el Congreso, por unanimidad, la moción de José María Zeledón para levantar la sesión. Ese mismo día, el Ejecutivo declaraba duelo nacional durante los tres días siguientes.¹⁸⁸

Además de Estados Unidos, las publicaciones de la época destacaban otros países interesados en el desarrollo del conflicto. Hubo, por ejemplo, rumores sobre una supuesta

¹⁸⁶ *La Tarde*, 16 de abril de 1921: 2

¹⁸⁷ *La Tarde*, 10 de marzo de 1921: 3

¹⁸⁸ *Diario Costa Rica*, 21 de mayo de 1921: 5

injerencia de Japón e Inglaterra en el conflicto limítrofe. Se señalaba que intereses de esas dos potencias sobre el canal los impulsaban a desestabilizar la región para salir beneficiadas de alguna manera. La conclusión que obtenía el redactor en *La Tarde* era que lo mejor para el país era mantener el conflicto donde había quedado y esperar la iniciativa del gobierno estadounidense para obligar a Panamá a entregar los terrenos disputados. Aconsejaba así el columnista: “quedémonos tranquilos y no vayamos a servir de patos en este festín.”¹⁸⁹

Una vez concluido el conflicto, y durante el resto del año 1921, la Cancillería costarricense mantenía contacto con diversas legaciones de países latinoamericanos para obtener el apoyo de dichos gobiernos en caso de que el asunto pasara a instancias internacionales. Esto implica que para el gobierno de Costa Rica no era suficiente con la “protección estadounidense”, sino que había que legitimar la posición del país con los demás gobiernos del continente: Perú, Argentina, Chile fueron algunos ejemplos.¹⁹⁰ Esto, más que una iniciativa costarricense, responde a los intentos de Panamá para tratar de llevar el caso fuera de la influencia estadounidense, que ya había fallado a favor de Costa Rica.

En el caso peruano destacaron algunos rumores según los cuales, aquel gobierno había donado armas a Panamá para combatir en la región de Coto. Días después, sin embargo, la diplomacia peruana negó categóricamente la acusación.¹⁹¹ Otro caso particular fue el del gobierno de Cuba. El abogado que asesoraba al gobierno panameño en sus gestiones sobre el conflicto limítrofe era cubano: Antonio Sánchez de Bustamante. Tiempo después se conoció que dicho nombramiento había surgido de la recomendación hecha por Carlos A. Vasseur, representante de Cuba en Panamá. Ello rompía con la actitud neutral que pretendía Costa Rica de los países latinoamericanos. En el diario *La Tarde* decían no entender la parcialidad de los cubanos, y recordaban que muchos de aquel país habían sido recibidos en Costa Rica en el contexto de la guerra de independencia cubana.¹⁹²

Colombia es un caso particular por sus supuestas implicaciones en el conflicto. Cabe recordar que, al momento de la guerra entre Costa Rica y Panamá, algunos sectores de la política colombiana aún reclamaban su dominio sobre el istmo panameño. En medio de las especulaciones del conflicto, se rumoraba una posible participación colombiana. Se aseguró

¹⁸⁹ *La Tarde*, 30 de marzo de 1921: 2

¹⁹⁰ *La Tarde*, 8 de abril de 1921: 1

¹⁹¹ *Diario de Costa Rica*, 3 de mayo de 1921: 1

¹⁹² *La Tarde*, 19 de mayo de 1921: 1

que el gobierno sudamericano ofrecía su colaboración contra Panamá.. En la prensa josefina circuló un editorial del diario *Renacimiento* de Manizales, en la que se reclamaba como ilegítima la invasión costarricense en Pueblo Nuevo de Coto, lo mismo que la intervención de Estados Unidos en una jurisdicción que no era la competía. Ante ello, Colombia debía “protestar ante el gobierno de Costa Rica por la invasión”¹⁹³

Sin embargo, el 3 de mayo, el cónsul general de Colombia en Costa Rica, Eloy Truque, copia una publicación de 24 de abril en *The Times*, que desmiente que Colombia hubiera dotado de armamento a Panamá en el conflicto con Costa Rica. Existía el rumor de que las armas habían sido transitadas por los puertos de Buenaventura y Cartagena.¹⁹⁴ No obstante la desconfianza proyectada hacia el gobierno colombiano siguió, y todavía en agosto, como respuesta a una serie de acusaciones del diario *La Tribuna*, el mismo cónsul reitera la negativa en lo relativo a algún plan colombiano para adherirse a Panamá por la lucha de la frontera.¹⁹⁵

Ahora bien, algunos de los rumores se basaban no solo en cuanto a iniciativas gubernamentales de Colombia, sino a organización de algunos ciudadanos de aquel país residentes en Panamá. Los estudios panameños sobre la Guerra del Coto dan cuenta de la participación de varios militares colombianos en las expediciones panameñas compuestas, en su mayoría, por civiles. Además, se conformó el Batallón Bolívar, el cual contaba con 800 entre venezolanos, colombianos y ecuatorianos. Estos se mostraban dispuestos a luchar en favor del bando panameño, pero su objetivo último era apoyar la reconfiguración de La Gran Colombia.¹⁹⁶

3.2. Conformación de bloques

Mientras Costa Rica pretendía neutralidad de los países del continente amparada en el fallo de la justicia estadounidense a su favor, la actitud de Panamá era completamente distinta. La disparidad de criterio y en cuanto a la estrategia diplomática de ambos países

¹⁹³ *La Tarde*, 23 de abril de 1921: 4

¹⁹⁴ *La Tarde*, 3 de mayo de 1921: 1

¹⁹⁵ *Diario de Costa Rica*, 4 de agosto de 1921: 4

¹⁹⁶ Porras Schulte-Wrede, *Análisis histórico y diplomático del conflicto limítrofe entre Panamá y Costa Rica: la guerra del Coto*: 72

hizo surgir una nueva arista en los discursos posteriores a la Guerra de Coto. En Costa Rica circulaba la nota de un diario neoyorquino en el que se informaba que Henry M. Hill, ex cónsul de Panamá en Centroamérica, había escrito una nota al presidente Harding con la propuesta de conformar "una liga de naciones entre las repúblicas y los estados latinoamericanas, con asiento en Washington, destinada al arreglo de todas las disputas entre los países del continente." El objetivo panameño era renegociar en otra instancia el Laudo realizado por el juez estadounidense en 1914. Sin embargo, la instancia en la que Costa Rica buscaba eso mismo era otra: la Unión Centroamericana. De hecho, en *La Tribuna* comentaban que lo mejor para Panamá era adherirse al proyecto unionista, pues "estas seis repúblicas juntas contribuirían a crear una buena voluntad en los Estados Unidos y pueden constituir una de las mayores y más poderosas fuerzas de la América Latina."¹⁹⁷

Vale la pena hacer una observación con respecto a las iniciativas de conformar bloques continentales para reacomodar la balanza de poder favorable a Estados Unidos. Si en 1921 Costa Rica no apoyaba dicha idea, era para evitar una revisión del caso que diplomáticamente le era ya beneficioso. Sin embargo, la cancillería costarricense sí estuvo bien dispuesta a cuestionar la autoridad de Estados Unidos en asuntos internacionales, como medida de apoyo para acelerar asegurar dicho fallo. De hecho, en 1923 Alejandro Alvarado Quirós cesó como canciller para dirigirse, como representante del país, a la conferencia de la Unión Panamericana, en Santiago. Allí protagonizaría una las principales discusiones, al proponer una reorganización de dicha instancia, que asegurara una independencia real de los países con respecto a los intereses geopolíticos de los EE.UU.¹⁹⁸

Como el proyecto de una Liga Americana no tuvo éxito en 1921, los esfuerzos panameños se concentraron entonces en llevar el caso a la Liga de Naciones, fundada después de la Primer Guerra Mundial. La posibilidad de que el caso pudiera ser considerado por dicha instancia despertó otra ola de reacciones en la prensa costarricense; sobre todo cuando, a finales de marzo, el gobierno costarricense recibió un cablegrama de la organización internacional solicitando información sobre lo acontecido en el conflicto.

Las reacciones fueron de dos tipos: la primera descartaba cualquier posibilidad de acción en contra de Costa Rica, ya que el asunto "se encuentra en poder de la Doctrina

¹⁹⁷ *La Tribuna*, 24 de junio de 1921: 1

¹⁹⁸ Richard Salsbury, *La lucha antiimperialista de Alejandro Alvarado Quirós*, en Anuario de Estudios Centroamericanos, no. 8 (1982): 89-93

Monroe, reconocida por la misma Liga.”¹⁹⁹ Con ello, algunos sectores de la prensa sacralizaban la Doctrina Monroe y entendían al continente americano fuera de jurisdicción efectiva de la Liga. Ese discurso sobre la Doctrina Monroe dependía por completo de lo útil que fuera para los intereses nacionales, particularmente en cuestiones limítrofes. Sin embargo, la aclamación de dicha política exterior se constituyó como característica del discurso de algunos políticos costarricense como Luis Anderson (firmó la convención que solicitó un arbitraje al Chief Justice de Estados Unidos en 1910 y participó en la invasión costarricense a Bocas del Toro en 1921), quien en la década años después del conflicto aseguraba que: “gracias a la Doctrina Monroe mantenida por Estados Unidos con tal habilidad, energía y constancia, el continente latinoamericano ha permanecido, hasta ahora inmune a la tendencia colonizadora que caracteriza a la política de las grandes potencias de Europa.”²⁰⁰

Por otro lado, el rol de la Sociedad de Naciones era también un trampolín para discutir cuestiones de política interna. Como se ha discutido a lo largo de este capítulo, en el desarrollo del conflicto limítrofe durante todo 1921, estuvo traspasado por la división política de la sociedad costarricense. A partir de la nota recibida en San José de parte de la Sociedad de Naciones, el diario *La Verdad* llamaba a que:

“Declaren todos los oficiales y soldados y que ese expediente sea tramitado por nuestros jueces y tribunales y que copia certificada se envíe a la Cancillería en Washington, a la Liga de Naciones y al Tribunal de La Haya si es que aún funciona. Que no habrá pena para los culpables? Que no se podrán enjuiciar dentro de nuestro territorio? La acción de Coto no se diferencia de la de Buenos Aires; no son acciones de guerra sino crímenes comunes.”²⁰¹

Además de la propuesta de juzgar a militares panameños en la Corte Internacional, se hacía un paralelismo sobre lo que debía hacerse con el crimen del que resultó la muerte de García Flamenco durante la dictadura de los Tinoco. En realidad, la posición de los gobiernos de Costa Rica en cuanto a la Sociedad de Naciones fue, cuando menos, interesante. El país ingresó a la instancia internacional el 16 de diciembre de 1920, ya en el

¹⁹⁹ *La Tarde*, 1 de abril de 1921: 1

²⁰⁰ Jorge Segura Carmona, *Costa Rica y Centroamérica en la Sociedad de Naciones (1919-1939)*. Tesis de Maestría, Universidad de Costa Rica. Comisión del Programa de Posgrado en Historia, 1990.

²⁰¹ *La Verdad*, 17 de marzo de 1921: 4

gobierno de Julio Acosta, y meses después firmaría su adhesión.²⁰² Se ha señalado como uno de sus intereses tener una segunda garantía para presionar a Estados Unidos en el cumplimiento del Laudo White sobre el problema fronterizo con Panamá. Sin embargo, la iniciativa se convirtió en un chasco después de que el gobierno de Estados Unidos se retirara de la Sociedad de Naciones.²⁰³

La estancia de Costa Rica como parte de la Sociedad de Naciones tiene elementos que sugieren que sus intereses allí eran muy específicos, y no existía in verdadero compromiso con dicha instancia. Por ejemplo, aunque buena parte de la deuda por la membresía le fuera rebajada, la salida del país terminó por consumarse. A finales de 1921, Costa Rica debía 125.000 francos oro, equivalente a 24.119 dólares estadounidense; en 1922 le rebajaron aproximadamente la mitad de dicho monto y se le ofreció un arreglo de pago por 10 años sin intereses. A pesar de eso, en 1923, la deuda total era 6108 dólares.²⁰⁴ Dos años después, en la administración de Ricardo Jiménez, se confirma la salida definitiva de Costa Rica de la Sociedad. En ese contexto, el diplomático Manuel María Peralta señalaba como una de las motivaciones para la salida del país, la inoperancia de la Sociedad de Naciones al no intervenir en el conflicto contra Panamá.²⁰⁵

Como se ha mencionado, la idea de la Liga de Naciones o una nueva Liga Americana no era apoyada por Costa Rica. En primera instancia, podría parecer que el país se sumía en un simple aislacionismo esperando las acciones de Estados Unidos para hacer efectiva la entrega de la zona que, según el Laudo White, le pertenecía. Sin embargo, el gobierno de Julio Acosta pretendía, desde antes del inicio de la Guerra, presionar en su favor sobre el asunto limítrofe con Panamá por medio del establecimiento de la Unión Centroamericana. Vale la pena echar un vistazo a algunos de los principales elementos sobre este proyecto centroamericanista, para poder comprender la trayectoria histórica que daba consistencia a las iniciativas unionistas al momento en que sucedió la guerra entre Costa Rica y Panamá.

²⁰² Segura, *Costa Rica y Centroamérica en la Sociedad de Naciones (1919-1939)*: 170

²⁰³ Segura, *Costa Rica y Centroamérica en la Sociedad de Naciones (1919-1939)*: 5

²⁰⁴ Segura, *Costa Rica y Centroamérica en la Sociedad de Naciones (1919-1939)*.

²⁰⁵ Segura, *Costa Rica y Centroamérica en la Sociedad de Naciones (1919-1939)*. A pesar de que en 1921, Costa Rica no apoyó la iniciativa de Panamá para llevar el caso a revisión ante la Sociedad de Naciones. Además, se consideraba legítima la mediación de EE.UU., porque el Laudo White era anterior al Tratado de Versalles, y no debía supeditarse a la Sociedad de Naciones.

El proyecto de Federación Centroamericana fue la opción política que se intentó en primera instancia después de la independencia, para las provincias que durante la colonia formaron parte de la Capitanía General de Guatemala, exceptuando Chiapas. Pese haber existido durante años, el sistema federativo nunca se consolidó realmente. Por motivos varios, entre ellos la enemistad entre distintas facciones políticas centroamericanas y la consecuente inestabilidad política de la región, el proyecto de Centroamérica unida en una sola República se fue diluyendo a través del siglo XIX. Esto no que los intentos por establecer una Unión Centroamericana dejaran de existir, y hubo varios escenarios en los que distintos grupos sociales del istmo impulsaban de nuevo la idea unionista. 1921, el año de la conmemoración del primer centenario de la Independencia, se convirtió en un momento clave para aquellos grupos interesados en plasmar, una vez más, el sueño dorado de la Unión Centroamericana. Ahora bien, desde el punto de vista académico, hay varios lugares desde donde se ha abordado este fenómeno político.

En su tesis doctoral, Margarita Silva hace un balance sobre las perspectivas desde las cuales se ha analizado los proyectos unionistas desde la historiografía centroamericana. Identifica tendencias que privilegian el análisis comparativo entre ideales nacionales o supranacionales en cada uno de los países del istmo (es decir, unionismo versus aislacionismo); aquellos que reconstruyen o reivindican fracasos y triunfos de movimientos unionistas, medidos más por la consecución de los logros políticos inmediatos de cada movimiento, que con respecto al ideal centroamericanista en sí mismo. También reconstruye una suerte de disyuntiva entre trabajos que privilegian análisis de actores específicos de los planteamientos unionistas y aquellos –la minoría- que reconocen el peso los múltiples actores que han configurado las discusiones en torno al proyecto Unionista. Silva señala que, a pesar de las distintas perspectivas utilizadas para analizar dicho proyecto político, ha predominado de modo general “tradicción unionista”, que utiliza la Federación Centroamericana de la primera mitad del siglo XIX como mito fundacional para pretensiones unionistas posteriores.²⁰⁶

En el caso costarricense, la tendencia antes de 1920 había sido predominantemente aislacionista. La mayoría de intentos encabezados por las otras naciones centroamericanas

²⁰⁶ Ana Margarita Silva Hernández. *El unionismo científico y los intelectuales en la vida política centroamericana, 1898-1921*. Tesis de Doctorado en Historia, El Colegio de México, 1005: 19

por lograr una Federación, no habían contado con un apoyo significativo o decidido por parte de los políticos costarricenses. Sin embargo, el escenario regional de inicios del siglo XX presentaba algunas particularidades que posibilitaban que el discurso costarricense tendiera a considerar aspectos en común con el resto de países del norte de Centroamérica. Por ejemplo, desde 1906 algunos sectores de la prensa costarricenses, con motivo de la conmemoración de la independencia, discutían no solo el recuerdo de la disociación con respecto a la “Madre Patria”, sino también el peligro inminente de Estados Unidos, entendido entonces como un pez grande que podría tragar al pez pequeño²⁰⁷

Es justamente la escalada de un discurso antiimperialista lo que hacía vislumbrar entonces la viabilidad de una Unión Centroamericana. Un enemigo común, una potencia con la que solamente en bloque podría negociarse. Según David Díaz, en Costa Rica, la identificación de Centroamérica como un conjunto imaginado unitario, no se hacía en términos humanos (a los que podría asociarse religión, idiomas o costumbres), sino en términos geográficos y económicos, basados en la pretensión de convertir a la sección istmica de América en centro comercial del planeta.²⁰⁸ Para el caso de Costa Rica, los intereses económicos estaban vinculados al proyecto de canal interoceánico a través del río San Juan, del cual esperaba resultar beneficiado. De hecho, esta fue una de las condiciones que hicieron a la administración de Julio Acosta aceptar la participación de Costa Rica en el Pacto de San José, en 1921.²⁰⁹

El apoyo decidido a la Unión Centroamericana en el contexto de la Guerra de Coto no solo estaba limitado a la administración Acosta. De hecho, además de Ricardo Jiménez, quien criticaba en términos étnicos y económicos la incorporación de Costa Rica a una Federación centroamericana, el resto de expresidentes vivos en 1920 apoyaban la idea basados en la pertinencia frente al imperialismo e intervencionismo.²¹⁰ En relación con temas locales, Patricia Fumero ha señalado dos temas fuertemente vinculados con el proyecto unionista de 1921: la cuestión limítrofe con Panamá y el Centenario de la Independencia. Por un lado, la guerra con Panamá estimuló la lealtad regional con el apoyo

²⁰⁷ Díaz, *La fiesta de la independencia en Costa Rica, 1821-1921*: 260

²⁰⁸ Díaz, *La fiesta de la independencia en Costa Rica, 1821-1921*: 250-251

²⁰⁹ Patricia Fumero Vargas, *National Identities in Central America in a Comparative Perspective: the Modern Public Sphere and the Celebration of Centennial of Central American Independence, September 15, 1921*. Tesis de Doctorado en Filosofía con mención en Historia, Universidad de Kansas, 2005: 50

²¹⁰ Fumero Vargas, *National Identities in Central America in a Comparative Perspective*: 38

incondicional de los restantes cuatro países de la ansiada federación; ese conflicto fue además una excelente para la modestia de la celebración costarricense del Centenario.²¹¹

De vuelta a las discusiones sobre el proyecto de Unión Centroamericana, resulta sugerente la actitud resueltamente colaborativa con Costa Rica de los países del triángulo norte centroamericano después de haber firmado el Pacto de San José en enero de 1921 (que debía ser ratificado por el Congresos de cada país), y sobre todo luego de conocer el estallido del conflicto entre Costa Rica y Panamá a finales de febrero del mismo año. Esta guerra se vinculó desde el inicio con un discurso centroamericanista; de hecho, una publicación del Comité Federal de Costa Rica señalaba que “la línea del fallo Loubet en el Pacífico y la del Laudo White en el Atlántico serán nuestra frontera meridional, la frontera de Centro América con la República de Panamá.”²¹² Claro intento por reivindicar la identidad regional del istmo.

La perspectiva era entonces que, si para algo había servido el conflicto contra Panamá, era para fortalecer el proyecto de la República Federal en el istmo. ¿Cómo era esto posible? Las colaboraciones llegadas desde la mayoría de países centroamericanos: “sus barcos, sus armas, su ejército y su dinero.”²¹³ Dos elementos resultan claves en este punto; primero, un destacable acontecimiento en el marco de esa colaboración regional fue la llegada de una delegación civil y militar guatemalteca para ponerse a las órdenes del gobierno costarricense en caso de cualquier eventualidad. El Coronel Alvarado Tinoco, al mando de dicha misión, estuvo implicado en una serie de reuniones sostenidas con militares y expresidentes costarricenses, con el fin de “construir una Liga de Defensa Patriótica.”²¹⁴

Alvarado Tinoco fue el más connotado de la serie de personalidades guatemaltecas que arribaron al país después del conflicto, pero no fue la única personalidad que sirvió para legitimar el apoyo externo que tenía Costa Rica en vínculo con la Unión Centroamericana. Para ser claros, hay que decir que lo que inició por una supuesta ayuda militar para Costa Rica en el conflicto con Panamá, se convirtió pronto en una misión meramente diplomática que giró en torno el tema de la Unión. Durante su estadía en el país, la legación guatemalteca tuvo constantes reuniones con personeros del gobierno, y con activos

²¹¹ Fumero Vargas, *National Identities in Central America in a Comparative Perspective*: 53

²¹² *La Tarde*, 7 de marzo de 1921: 1

²¹³ *La Tarde*, 1 de abril de 1921: 1

²¹⁴ *La Tarde*, 22 de marzo de 1921: 1

abanderados de la Unión Centroamericana, organizados en los llamados sub Comités Federales.

El uso político de la guerra con Panamá en favor del proyecto unionista se continuó después de que el militar guatemalteco saliera de Costa Rica de vuelta a su país. El día en salió de Puntarenas, la redacción del *Diario de Costa Rica* se refiere a él como "toda una lección cívica de verdadero centroamericanismo."²¹⁵ Ahora bien, vincular la guerra limítrofe con el resto de Centroamérica no era algo aislado entre los diplomáticos de aquel momento. La cancillería panameña ordenó a su cónsul en Guatemala que no asistiera a la celebración del Centenario en aquella ciudad. Justificaba su decisión son base en: " hechos dolorosos en virtud de los cuales Panamá considera debe eximirse de concurrir a dichas fiestas."²¹⁶ En la primer semana de setiembre se conoció el acto oficial de toma de posesión de Coto por parte de autoridades costarricenses, y en medio del regocijo nacional, en el *Diario de Costa Rica* no perdieron la oportunidad de ampliar a escala regional dicha celebración, asegurando que "en la historia de Centro América no se registra un triunfo semejante".²¹⁷

Llama la atención de que las proclamas centroamericanistas no cesaron ni siquiera luego de que el Congreso costarricense rechazara el Pacto de Unión firmado por los ejecutivos centroamericanos en San José. Dicha votación sucedió en junio y los votos favorables no alcanzaron el número necesario para lograr la ratificación. Sin embargo, la tendencia a dimensionar la guerra como un evento centroamericano continuó. De hecho, llama la atención un último cablegrama del coronel guatemalteco Alvarado Tinoco y el manejo que hace la prensa de dicho documento. En medio de la incertidumbre sobre la entrega efectiva del territorio de Coto, y las tensiones que de ello se desprendían, el militar ofrecía su "espada y conocimientos militares" en favor de Costa Rica, en orden "demostrar nuestra gratitud y carácter a la hermana nación costarricense, los militares chapines que no somos diplomáticos."²¹⁸ Claramente intenta reubicar su labora en el país como meramente militar, aunque no lo fue así. Más aún, el uso que le da la prensa costarricense al mensaje regresa a un punto puramente diplomático; el mensaje fue depositado en Guatemala el 27

²¹⁵ *Diario de Costa Rica*, 12 de mayo de 1921: 1

²¹⁶ *Diario de Costa Rica*, 2 de setiembre de 1921: 1

²¹⁷ *El Heraldo*, 6 de setiembre de 1921: 1

²¹⁸ *Diario de Costa Rica*, 18 de setiembre de 1921: 1

de agosto, pero publicado en San José hasta el 15 de setiembre, coincidiendo con las celebraciones patrias.

Es importante tomar en cuenta que en todo este discurso anente a la Federación se excluía a Nicaragua. Esto sobre todo por la estratégico del Tratado Bryan-Chamorro firmado por los gobierno de Nicaragua y Estados Unidos, que coartaba de manera importante la autonomía nicaragüense (además hacía peligrar los intereses costarricenses en la eventual construcción de un canal interoceánico a través del río San Juan). De hecho, semanas antes de la Conferencia de San José entre los delegados de todos los países centroamericanos el canciller costarricense le comunicó al Encargado de negocios de Estados Unidos en Costa Rica -John Martin- que las demandas de Costa Rica en su política común con Nicaragua, solo podían resolverse por medio de una Unión Centroamericana fuerte y armoniosa.²¹⁹

Esta misma publicación de *La Tarde*, introducía un factor central: “de la Unión han quedado excluidos los dos países cuya dependencia de los Estados Unidos los hace inhábiles para actuar en el concierto de los tiempos libres: Nicaragua y Panamá” Esta referencia a Nicaragua es clave, puesto que no sería la única vez en que el país del norte se ve como una amenaza, y de forma particular por contar, como Panamá, con un proyecto de Canal Interoceánico. Sobre los rumores del inicio de dragado en San Juan del Sur, se creía que “ya es llegada la hora de un interés común en el asunto, ya que lesiona intereses nacionales.”²²⁰

4. Conclusiones

La prensa costarricense fue clave en la articulación discursiva de la guerra, sin la cual los hechos del conflicto bélico hubiesen carecido de legitimidad. El primer paso que se emprendió fue la caracterización del enemigo: lo panameño. Al tratarse de una tarea puramente discursiva, pocas veces estuvo claro si se referían a la población de aquel país o alguna población particular. Más bien se trató de formular imágenes que funcionaran como para rayos ante el discurso nacionalista y xenófobo reproducido desde las páginas de los

²¹⁹ Obregón, *Alejandro Alvarado Quirós*: 88

²²⁰ *La Tarde*, 2 de abril de 1921: 3

principales periódicos del país. Ahora bien, los ataques hacia lo que se imaginaba como panameño tenían una dificultad intrínseca.

En el imaginario de identidad nacional costarricense, Panamá nunca había sido considerado un enemigo. A pesar del largo proceso de negociaciones infructuosas en términos limítrofes, ni el gobierno ni la población panameña habían sido considerados un peligro para la integridad costarricense. Por tanto, al iniciar el conflicto, el ataque a todo lo relativo al país del sur implicó la invención de una enemistad con Costa Rica. Esto fue posible gracias a la exaltación sistemática de dos imágenes de la identidad nacional costarricense: las ideas de blanquitud y autonomía. Al enfocar estas dos aristas del constructo nacionalista costarricense, resultó más viable destacar diferencias con lo panameño.

Después, a partir de la diferencia, de señalar insistentemente los contrastes con Costa Rica, lo panameño se volvió algo digno de violencia y rechazo. La caracterización de aquella como una población negra y violenta, sumado a la caracterización del gobierno de Belisario Porras como carente de autonomía frente al de Estados Unidos, se convirtieron en causante y justificación para ejercer violencia contra el nuevo enemigo nacional. Una vez logrado esto, se emprendió una campaña propagandística para encender los ánimos entre la población y lograr un entorno de alerta permanente. La propaganda de guerra se caracteriza por acentuar una victimización del bando por el cual se toma parte, al mismo tiempo que insistir en la caracterización violenta e injusta del bando oponente.

En ese marco, la prensa costarricense inventó, reprodujo o exageró informaciones que se referían, por ejemplo, a supuestos ataques a costarricenses en Panamá. Incluso después de haber finalizado la breve guerra, se publicaban noticias que insistían en el peligro que corrían los compatriotas en el vecino país: persecuciones, encarcelamientos e incluso asesinatos por el hecho de su nacionalidad eran la historia común. También se llegó a especular sobre la presencia de espías panameños en Costa Rica, e invasiones de autoridades panameñas a territorio costarricense vía Pacífico sur. Un estado de alerta colectiva durante y después de la guerra, que pretendía mantener el desprestigio panameño en el país, y la disposición de la población costarricense en caso de nuevas hostilidades.

Ahora bien, a pesar de la construcción exitosa de un enemigo común, en Costa Rica no reinaba un entorno de unión nacional. En un clima social de conflicto posterior a la

dictadura de los hermanos Tinoco, la política era un semillero de enemistades, y eso se trasladó también a la manera en la que se repartían culpas y méritos en torno a la guerra con Panamá. Las discusiones en torno a diferencias políticas, canalizadas a través de los sucesos del conflicto, se concentraron en dos cosas. Las razones reales del inicio del conflicto armado por parte del gobierno de Julio Acosta, y las motivaciones e implicaciones que tenía la finalización de la guerra mediante la intervención del Departamento de Estado estadounidense.

En relación al primer tema se señalaron eventuales intereses particulares sobre terrenos en la región fronteriza que llevaron al gobierno a presionar mediante las armas con miras a asegurar el control sobre dichas tierras. Este fue un tema en el cual la prensa no insistió, aunque hay elementos para pensar que asegurar el dominio territorial de actores privados era un elemento fundamental. En lo que hubo más insistencia fue en la deslegitimación mutua entre los poderes ejecutivo y legislativo, como parte de una división de fondo entre el bando oficialista y opositor en el gobierno. Con el discurso nacionalista a flor de piel, cada grupo político intentaba presentar al otro como traidor ante los auténticos ideales de patriotismo, y presentaban en las decisiones erróneas una afrenta a los intereses nacionales. El caso más particular en esta dinámica fue el intento por cambiar la letra del himno nacional, compuesta por el entonces diputado José María Zeledón, cercano al presidente Julio Acosta desde antes que este accediera al poder. El diario La Tarde propuso el envío de nuevas versiones y la idea contó con apoyo de ciertos sectores; sin embargo, el punto central de la estrategia fue más bien el desprestigio de una de las voces más importantes dentro del grupo de apoyo del presidente en el Congreso.

El segundo punto de disputa entre las distintas facciones del gobierno sobre la guerra con Panamá, fue la manera en que terminó el conflicto. En este punto vale apuntar que, pese a que los enfrentamientos entre costarricense y panameños sucedieron en el Pacífico, las discusiones sobre el fin de la guerra remitían al Caribe transfronterizo entre ambos países. En el caso de los políticos costarricenses, las diferencias respondían a la idoneidad de permitir que el conflicto se terminara sin tener asegurado realmente el control del territorio en disputa. En el fondo, lo que se presentaba eran decisiones de un consejo de guerra que no concebía el asunto limítrofe como lo hacía la diplomacia del poder ejecutivo. Mientras estos confiaban el asunto a las gestiones del gobierno estadounidense, el sector

que apostó por la invasión del Caribe quedó descontento y criticó al gobierno de Acosta. Sus razones eran la riqueza natural de la región y la defensa de la autonomía nacional.

En el último apartado de este capítulo se ha reconstruido discusiones más amplias sobre el conflicto con Panamá. Esta guerra no solo implicó la invención de un enemigo inesperado; también inesperado fue la serie de temas que desató en prensa. Lo que se prolongó durante poco más de dos semanas en un pueblo de Golfo Dulce, tambaleó las relaciones de ambos países a nivel diplomático y, con ello, involucró a una serie de actores externos. Frente a una constante actividad diplomática panameña que buscaba lograr una revisión del Laudo White que la eximiera de entregar la región de Coto a Costa Rica, el gobierno de Julio Acosta, apoyado por la prensa nacional, perfilaba un discurso en el cual Costa Rica rechazaba toda acción que no viniera del Departamento de Estado de la administración de Warren Harding.

Para sustentar la confianza absoluta en la mediación del gobierno estadounidense, la prensa rechazaba la iniciativa panameña de conformar una nueva Liga de Naciones Panamericana, también deslegitimaba la opción de que la Liga de Naciones reinterpretara el caso. De conformidad con lo anterior, se criticaba cualquier rumor de que algún país latinoamericano pudiera apoyar las iniciativas panameñas; en ese sentido, hubo una insistencia particular en asegurarse de que Colombia no interviniera en el conflicto, llegando incluso a ser necesarias dos publicaciones del cónsul de dicho país en Costa Rica para desmentir rumores.

Otras causas de defender estratégicamente el fallo del juez estadounidense en el caso limítrofe con Panamá, fue la legitimación de la Doctrina Monroe. La prensa terminó por presentar al gobierno de Estados Unidos como único actor moralmente competente para definir el destino de los conflictos en el continente. Sin embargo, dicha reivindicación respondía al estado de las cosas con respecto al conflicto limítrofe. En realidad, el gobierno costarricense, una vez más apoyado por publicaciones en la prensa nacional, incentivaba una segunda estrategia como modo de presión ante Estados Unidos: el proyecto de Unión Centroamericana. Lo que desde meses atrás se concebía como una manera de asegurar mejores condiciones de negociación política con la potencia del norte, se concretaba en medio del conflicto con Panamá. El conflicto pasó de ser bilateral a regional; Panamá se

convirtió en el enemigo común de Honduras, El Salvador y –sobre todo- Guatemala. Se disputaba no solo la frontera sur de Costa Rica, sino la frontera de Centroamérica.

Con base en esa lógica, existió la iniciativa de los países antes mencionado de enviar armas, ayudas económicas y refuerzos militares para congraciarse con el gobierno costarricense. Era aquel conflicto una oportunidad para justificar la necesidad de unir al istmo frente a enemigos externos. Sin embargo, de todas estas ofertas, destacó una del gobierno de Guatemala. Días después del conflicto llegó al país una comitiva diplomática y militar encabezada por el coronel Alvarado Tinoco. Como ya la guerra había finalizado, pero aprovechando el ambiente de incertidumbre sobre el arreglo definitivo, el coronel encabezó una serie de actividades que, a costa del estado de alarma incentivado por la propaganda de guerra reproducida por la prensa, vinculaba a la guerra con el proyecto político de Unión Centroamericana. Pasó de una solidaridad discursiva con los soldados del país, a ceremonias, cenas y mitines políticos con los subcomités federales de Costa Rica. La guerra al servicio de la Unión.

CAPÍTULO II.

GUERRA Y ORGANIZACIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL

El objetivo de este capítulo es analizar la forma en que la guerra con Panamá tuvo manifestaciones sociales distintas de lo meramente militar y en espacios diferentes a la región fronteriza, elementos que dotan de una mayor importancia a este conflicto en comparación con lo que la historiografía ha reconocido hasta ahora. Para conducir el análisis de los eventos desencadenados por el conflicto con Panamá a lo largo y ancho del país, se parte de la visión de la guerra del intelectual argentino Juan Bautista Alberdi en su ensayo *El crimen de Guerra*, retomado por Álvaro Kaempfer.²²¹ El pensamiento de Alberdi ha sido ampliamente estudiado, y entre sus características fundamentales se encuentran el rechazo a la guerra como medio natural para solucionar disputas de poder. Sin embargo, al considerar la búsqueda de poder un elemento connatural del ser humano, Alberdi proponía la figura de un juez –que por su condición de neutralidad, se convertía en la única instancia legitimada para castigar a una de las partes en disputa. Hacer la guerra entra en una dicotomía que Alberdi resume así: “no siempre la guerra es crimen; también es la justicia cuando es el castigo del crimen de la guerra criminal.”²²²

Esta perspectiva es fundamental para comprender las movilizaciones en la Costa Rica de 1921, con motivo de la guerra contra Panamá. Una sociedad cuyo discurso de identidad nacional estaba ya fundamentado en el pacifismo, identificó en las derrotas sufridas por los militares costarricenses enviados a Pueblo Nuevo de Coto la justificación para ejercer de manera legítima violencia internacional, es decir: la guerra. La llamada Guerra de Coto no fue un evento aislado en la política costarricense de la época, tampoco un diferendo entre cúpulas gubernamentales, sino que, a pesar de sus componentes jurídicos y diplomáticos, movió la población de la época. Estas personas creyeron en la pertinencia de la guerra, y desplegaron diversas herramientas prácticas para llevarla a cabo. Estas herramientas son las que se analizan en este capítulo.

²²¹ Álvaro Kaempfer, “El crimen de la guerra, de J. B. Alberdi: “Solo en defensa de la vida se puede quitar la vida””, en *Entre el humo y la niebla. Guerra y cultura en América Latina*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Latinoamericana, 2016

²²² Álvaro Kaempfer, p. 84

La información recabada en las fuentes de la época da cuenta de diversas iniciativas que hicieron que la guerra llegara más allá de los ya conocidos enfrentamientos en Pueblo Nuevo de Coto y las incursiones costarricenses hacia el territorio de Bocas del Toro. Estas experiencias han sido organizadas en tres grupos a lo largo de este capítulo. En la primera sección se reconstruye la manera en que se reorganizaron dos instituciones debilitadas al momento en que inició el conflicto con Panamá: el Ejército y la Cruz Roja. En la segunda sección se analiza el rol que tuvieron diferentes grupos de la población del país en la puesta en marcha de muestras de apoyo hacia el accionar del gobierno en su aventura bélica contra Panamá. Esto permite comprobar que la experiencia de guerra no se circunscribió a las diferencias entre gobiernos. Por último, se discuten algunos elementos económicos vinculados a la guerra. Por un lado, la forma en la cual diversos grupos poblacionales realizaban colaboraciones económicas como muestra inequívoca de patriotismo. Además, se examinan las consecuencias de corto y mediano plazo que tuvo el conflicto en términos de afectaciones de los niveles de precios.

1. Reorganización y fortalecimiento institucional

El conflicto desatado al final de 1921 con motivo de la disputa limítrofe entre Costa Rica y Panamá hizo necesario un despliegue organizativo que correspondiera a las circunstancias. Aunque la disputa se extendió por cerca de una semana solamente, se trató de un conflicto en el que se conjugaron intereses de diversos sectores de la población. Los movimientos de tropas del Gobierno hacia la región sureste del país tuvieron un claro apoyo de representantes de los tres poderes de la República y de sectores económicamente poderosos.

En primer término se conformó un Estado Mayor que pudiera organizar una estrategia bélica mínima, al mismo tiempo que se reunió un contingente de voluntarios de tamaño suficiente para hacer frente a las expediciones. Por otro lado, era importante lograr que parte de la población se hiciera cargo de labores de asistencia, tanto en la región fronteriza como en el Valle Central, para sostener en términos de salud y alimentación a quienes componían el ejército organizado para la ocasión. Dado que en el país no existía una Cruz

Roja permanente, el comité organizado en medio del conflicto armado tuvo la asistencia económica recaudada por la recién fundada Junta de Nacional de Socorros.

1.1. Ejército

Una vez que se hizo oficial el conflicto en la región del Pacífico sur el 28 de febrero, una de las primeras instituciones que necesariamente debía ser reorganizada era el ejército nacional. En este apartado se analiza la composición de la oficialidad militar para el conflicto con Panamá, y la manera en que esos nombramientos se relacionaban con la política interna del país. También se ha documentado la manera en que se obtuvo legitimidad en favor del rol del ejército, por medio de la participación de sectores considerados cívicamente calificados. Por último, se analizan discusiones en torno al fortalecimiento o debilitamiento del ejército en Costa Rica a partir de los resultados de la Guerra con Panamá.

El estudio del rol del ejército en este conflicto implica matizar la afirmación de Mercedes Muñoz en cuanto a que la última vez que un ejército costarricense defendió la soberanía nacional fue en 1898, con el inminente conflicto limítrofe con Nicaragua, puesto que en 1921 dicha soberanía fue defendida por el Departamento de Estado estadounidense.²²³ Sin embargo, los documentos de 1921 dan cuenta de un ejército que, aunque mayormente conformado voluntarios, se organizó y contó con importantes contingentes, además de articular esfuerzos por medio de la sociedad civil en labores de asistencia. Lo que sí es necesario tomar en cuenta al examinar el rol del ejército costarricense en la llamada Guerra de Coto, es el indiscutible atraso técnico de la institución castrense a inicios del siglo XX que, según Muñoz, se debía a cinco elementos: limitado armamento, pocos soldados permanentes, carácter políticos de los ascensos, raquítrico presupuesto y abandono del cumplimiento de sus funciones orgánicas.²²⁴

Uno de los primeros decretos ejecutivos en cuanto a las funciones del ejército en el conflicto con Panamá, publicado el 1° de marzo, fue la organización del Estado Mayor, compuesto por el general de Brigada Ricardo Monge, los generales de División

²²³ Mercedes Muñoz, *El Estado y la abolición del ejército, 1914-1949*. San José: Porvenir, 1990, p. 92.

²²⁴ Muñoz, *El Estado y la abolición del ejército, 1914-1949*, p. 89.

Buenaventura Carazo, Rafael Villegas, Juan Bautista Quirós y Jorge Volio,²²⁵ además de los coroneles Gerardo Zúñiga Montúfar y Fernando Cabezas.²²⁶ Dichos personajes buscaron el apoyo de más militares, y para ello intentaron dar de alta a algunos generales del país con mayor experiencia militar, como Adolfo Sáenz Esquivel, Juan Rafael Mora Escalante, Emilio y Miguel Mena, Manuel Quesada, Tobías Retana Álvarez, entre otros. Sin embargo, estos no aceptaron la convocatoria. Desde aquel momento se explicaban las negativas en términos de enemistades políticas con los miembros del Estado Mayor.²²⁷

En cuanto a su perfil político, valga decir que los militares en el Estado Mayor no conformaban un bloque homogéneo. El personaje de mayor rango militar –Ricardo Monge era conocido tinoquista; similar era el caso de Fernando Cabezas, “salvadoreño que había estado a las órdenes de los Tinoco.”²²⁸ La presencia de tinoquistas de alto rango en las operaciones militares contra Panamá da cuenta de la tendencia conciliadora de la administración Acosta. En esta lógica que privilegiaba el nacionalismo ante diferencias políticas, se organizó un batallón que saldría a las órdenes de Manuel Castro Quesada, “destacado costarricense y bien probado militar,” a pesar de que inicialmente rechazara la invitación del Estado Mayor.²²⁹

En ese sentido, el llamado Batallón de la Muerte destacó por ser un símbolo de unidad nacional, no ya en términos de reunir obreros bajo la causa nacional, sino como reconciliación entre tinoquistas y miembros del nuevo gobierno en el poder. La noche del 2 de marzo, al mando de los reconocidos simpatizantes con el régimen dictatorial Francisco Amerling, Francisco González y Guillermo Tinoco, y aplaudido –según el Diario de Costa Rica- por “cinco mil personas”, salió un nutrido grupo de por lo menos 140 tinoquistas y que contaba además con el apoyo del tercer grupo dispuesto por la Cruz Roja para salir a los frentes de batalla.²³⁰ Además de proyectar la política de reconciliación nacional defendida por el presidente Julio Acosta, la inclusión en el Estado Mayor de representantes de las facciones políticas en disputa era un precio necesario para el Gobierno si quería

²²⁵ Shulte-Wrede, Análisis histórico diplomático del conflicto de límites entre Costa Rica y Panamá Guerra de Coto, p. 70. (citando la colección de Leyes y Decretos de 1921, p. 148).

²²⁶ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, edición especial, p. 1.

²²⁷ *La Verdad*, 3 de marzo de 1921, p. 1.

²²⁸ Eduardo Oconitrillo, *Julio Acosta.*, p. 258.

²²⁹ *Diario de Costa Rica*, “Otro batallón que se alista”, 6 de marzo de 1921, p. 2.

²³⁰ *Diario de Costa Rica*, “Batallón de la Muerte”, 3 de marzo de 1921, edición de la tarde, p. 3.

contar con militares de cierta experiencia real en alguna circunstancia bélica similar a la enfrentada a inicios de 1921. Hasta ese momento, el último episodio que implicó la organización y movilización de un contingente militar significativo fue en la crisis fronteriza con Nicaragua en 1898. Muchos de los hombres de confianza en el ámbito militar de Julio Acosta llegaron después. De hecho, los títulos de generales conferidos a Jorge Volio y al mismo Ricardo Monge Chavarría eran más reconocimientos simbólicos y no productos de formación real.²³¹ Más aún, llama la atención que, a pesar de llegar al poder como proclamado opositor del régimen tinoquista, el gobierno de Julio Acosta esperó hasta la orden general del 28 de agosto de 1922 para anular los grados militares conferidos por Tinoco.²³²

Otro de los nombramientos vino luego del decreto de creación de la Intendencia de Guerra, a cargo del Coronel Manuel Aragón Quesada. Otro conocido tinoquista, cuyo nombramiento también fue justificado en términos de su experiencia en el conflicto con Nicaragua en 1898.²³³ Además del Estado Mayor y de la Intendencia de Guerra, se conformó un Consejo de Sanidad Militar, liderado por médicos como Solón Núñez, Carlos Durán, Mariano Figueres y Fernando Vázquez. Este último era el coronel y cirujano mayor del ejército. Bajo la coordinación general de estos médicos, se conformó también una clínica de cirugía militar que fue emplazada en una casa en el centro de San José y estaba a cargo del doctor Rubén Castro,²³⁴ así como una clínica dental en una casa frente al Parque Nacional facilitada por Teodosio Castro.²³⁵ La última de las instituciones médicas involucrados en la campaña fue el Servicio de Sanidad Militar, que estuvo representada en los frentes con médicos Teodoro Picado. De ellos no se conoce el destino al que se movilizaron, pero sí se trasladaron con alguno de los contingentes de soldados.²³⁶

También vale recabar en la composición de las tropas que se organizaron. Algunos de los investigadores que han estudiado la Guerra de Coto existe la idea de que Costa Rica contaba con un ejército bien organizado y desarrollado, omitiendo la evidencia de que, hacia 1921, como ya se apuntó, esta institución estaba más bien debilitada. Por ejemplo,

²³¹ Eduardo Oconitrillo, *Julio Acosta*, p. 221.

²³² Muñoz, *El Estado y la abolición del ejército, 1914-1949*, p. 103.

²³³ *Diario de Costa Rica*, "Consejo de Administración Militar", 3 de marzo de 1921, p. 3.

²³⁴ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 3.

²³⁵ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, edición especial, p. 1.

²³⁶ *La Verdad*, 29 de febrero de 1921, p. 3.

Carlos Cuestas Gómez, al hacer su análisis del ejército costarricense, parte del código militar de 1871, y calcula que en esa época se contaba con 49000 soldados. Así mismo, sugiere una formación técnica significativa en el bando costarricense con base en las becas recibidas por algunos militares como Ricardo Fernández Peralta y Daniel Sibaja.²³⁷

Este panorama hay que cuestionarlo porque, como ha señalado Mercedes Muñoz, el ejército regular costarricense en 1921 se reducía a 500 soldados. El resto, se convocó al calor de los acontecimientos al finalizar febrero de ese año. Por tanto, la formación técnica que tenían todos aquellos dados de alta exclusivamente para el conflicto con Panamá, es más que cuestionable. Además de las carencias en cuanto a formación militar, hay que señalar un elemento de larga duración que hace pensar en el desconocimiento de los militares costarricenses sobre la región fronteriza con Panamá. Desde la entrada en vigencia del tercer reglamento del ejército de Costa Rica, aprobado en 1834, se creó una división especial de frontera, pero solo en la frontera norte.²³⁸ Esto se mantuvo así en la década de 1870, cuando dicha división tenía ocho compañías, pero distribuidas solamente entre Guanacaste y Puntarenas.²³⁹ En los últimos años del siglo XIX e inicios del siglo XX, la situación fue todavía peor, dado que existía una amenaza directa de Colombia de que Costa Rica evacuara militarmente aquellos territorios que, según las aspiraciones colombianas, se encontraban en jurisdicción del país sudamericano, y que correspondían al cantón costarricense de Osa.

Ahora bien, el hecho de que Costa Rica contara con un ejército limitado en cuanto a su tamaño y formación, no significa necesariamente que el movimiento en favor de la soberanía del territorio nacional fuera insignificante. Uno de los objetivos de este capítulo es demostrar que, aunque la resolución inmediata del conflicto contó con la intervención del Departamento de Estado estadounidense, en Costa Rica se articularon una serie de iniciativas que tuvieron un impacto significativo en las repercusiones del conflicto a nivel interno.

Guillermo Padilla, quien en 1921 era pasante de Derecho y terminó como expedicionario costarricense en Pueblo Nuevo de Coto, fue entrevistado por José Marín

²³⁷ Cuestas Gómez, *Panamá y Costa Rica: entre la diplomacia y la guerra*, pp. 119-121.

²³⁸ Esteban Corella Ovarés, *Ejército: organización, reclutamiento y Estado, 1812-1870*, p. 48.

²³⁹ Esteban Corella Ovarés, *Ejército: organización, reclutamiento y Estado, 1812-1870*, p. 65.

Cañas una década después del conflicto. Describía a las tropas de voluntarios costarricenses de la siguiente manera: “llegaba la gente y a cada uno se le daba un fusil, su parque, su cartuchera y el envío. Eran tropas irregulares, sin milicia, sin conocimiento. Al darles el fusil había que explicarles que no apretaran el gatillo”.²⁴⁰ Por este motivo, antes de partir a alguno de los frentes, algunos militares daban formación de última hora para los voluntarios. Por ejemplo, Gerardo Zúñiga Montufar inició el 1 de marzo una academia militar en el edificio de Bomberos en San José, donde las instrucciones se impartirían dos veces al día.²⁴¹ Poco después Zúñiga sería nombrado comandante en jefe de la expedición costarricense hacia Almirante, en territorio panameño.

Se llegó inclusive a plantear la formación de dos cuerpos de caballería. El primer intento se hizo en la capital; el *Diario de Costa Rica* informaba que, al mando de Víctor Guardia Q., se organizaría el grupo de “buenos jinetes”, y para el efecto se convocaba a los interesados la tarde del 3 de marzo en la plaza de las Arcadas.²⁴² Una semana después cuando de hecho la intervención estadounidense había promovido la finalización del conflicto, la prensa local de Puntarenas informaba que el coronel Adriano Urbina Gutiérrez había marchado días antes desde Puntarenas a Libera para formar otro contingente de caballería.²⁴³

En relación con la organización del ejército, también es importante comprender la composición social de aquellos regimientos que se enlistaron en medio del conflicto con Panamá. En primera instancia, destaca la participación de maestros, quienes de acuerdo al reglamento militar de 1871 tenían exención del servicio militar.²⁴⁴ Sin embargo, fueron uno de los primeros sectores de la sociedad costarricense que se adhirieron a la campaña bélica. Por ejemplo, el 4 de marzo a las 3:00 p.m. salió un batallón comandado por el General Rafael Villegas del cual participaban, entre otros, Omar Dengo, director de la Escuela Normal, y Víctor Manuel Obregón, oficial mayor de Instrucción Pública.²⁴⁵

²⁴⁰ José Marín Cañas, *Coto: rincón del olvido. Narración de un testigo presencial de la acción de Coto en la guerra de 1921*. Trejos Hermanos, 1934, p. 14.

²⁴¹ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 5.

²⁴² *Diario de Costa Rica*, “Se organiza un cuerpo de caballería”, 3 de marzo de 1921, edición de la tarde, p. 3.

²⁴³ *El Viajero*, 11 de marzo de 1921, p. 1.

²⁴⁴ Corella Ovaes, *Ejército: organización, reclutamiento y Estado, 1812-1870*, p. 95.

²⁴⁵ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

Además de los maestros, en el grupo al mando del coronel Víctor Guardia Quirós, la prensa destacaba una mayoría de estudiantes de la Escuela de Derecho de la capital, entre ellos: Ramón Zelaya, Alfredo Saborío, Gonzalo Moncada, Asdrúbal Villalobos, así como los bachilleres Juan Rafael Guzmán, Miguel Brenes, Raúl Ugalde, Omar Dengo, Roberto Mora y Rafael A. Valverde.²⁴⁶ Omar Dengo dirigía la Escuela Normal ubicada en Heredia. Esta fue, junto con el Instituto de Alajuela, una de las primeras instituciones educativas en ofrecer el servicio en armas de sus funcionarios. De hecho, Luis Dobles Segreda, director de la institución alajuelense también marchó al frente. La prensa destacaba nombres como Manuel Valerio, Carlos Sanabria, Carlos Luis Sáenz, Lucas Raúl Chacón, Miguel Ángel Dávila, Ignacio Barahona, Adán Peralta, Tobías Retana Álvarez, Alberto Pérez Cabrera, Víctor Manuel Cabrera, Zelmira de Capella, Anita Tristán y Vitalia Madrigal; este grupo de mujeres y algunos hombres, en realidad, destacaron en labores logísticas en la capital, y no precisamente se dieron de alta militarmente.²⁴⁷

También fue significativa la participación en el conflicto de encargados de los Boys Scouts del país. Esto fue vital por la importante carga educativa que los testimonios en prensa le brindaban a dicha institución. De hecho, se tomaba la participación de algunos líderes scouts como una labor de formación cívica en sí misma. Roberto Ugalde, miembro de los Boys Scouts, se enlistó en Heredia y partió con las tropas de ese lugar, después de habersele negado su participación como miembro de las tropas de San José.²⁴⁸ Por su parte, Francisco “Chico” Herrera, líder del grupo scout Juan Rafael Mora, partió al frente, como parte de su labor de “formar ciudadanos”. Además, Guillermo “Memo” Herrera, del batallón “Jesús Jiménez” de Dota, que era egresado de la academia militar de West Point. Sin embargo, fue parte del grupo cartaginés que, como otros, ni siquiera alcanzó llegar a la frontera.²⁴⁹

La presencia de personajes vinculados a la formación ciudadana de niños y jóvenes muestra la importancia simbólica de los sectores que prestaran su servicio voluntario como parte del ejército para legitimar que el Estado, por medio del Ejército, pudiera reclamar el ejercicio de violencia en nombre de la Nación costarricense. Como lo explica Mercedes

²⁴⁶ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 4.

²⁴⁷ *La Verdad*, 10 de marzo de 1921, p. 3.

²⁴⁸ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 5.

²⁴⁹ *La Verdad*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

Muñoz, en Costa Rica el ejército no solo tenía una labor represiva, sino una función ideológica: dotaba al estado de legitimidad en el ejercicio de cualquier defensa patriótica.²⁵⁰

En una lógica similar puede entenderse la participación de reconocidos periodistas como Antonio Hernández, administrador del diario católico *La Verdad*, quien el domingo 6 de marzo –justo cuando se decretaba el armisticio - partía con un grupo a cargo del coronel Molina, con rumbo al Caribe, pero fue devuelto de Cartago al conocerse la intervención.²⁵¹ En la misma fecha se informaba que Raúl Salazar, director del periódico *La Voz del Atlántico*, había salido de Limón para empuñar “rifle y pluma a la vez; el uno defiende, la otra relatará el heroísmo de nuestro ejército.”²⁵² Desde el primero de marzo había salido al frente también el entonces joven periodista Otilio Ulate, cuya actitud era descrita como la de aquel dispuesto a “ofrecer su sangre en aras de la Patria.”²⁵³

Si el apoyo de sectores como prensa y educación resultaba fundamental para legitimar las tropas enviadas por el gobierno, no menos importante era conseguir la filiación de miembros de instancias obreras de la capital. Era, en algún modo, un reto para el discurso nacionalista de Costa Rica, que al iniciar una década de creciente convulsión social, pondría a prueba el peso que tenía para los trabajadores la identidad nacional en comparación con su identidad de clase. En ese sentido, cabe destacar el regimiento organizado por José Luján -Gobernador de San José-, conformado por 150 miembros de la Sociedad Federal de Trabajadores y bautizado como Batallón Costa Rica.²⁵⁴ No están claros los móviles que permitieron contar con un apoyo tan significativo de dichos trabajadores. Lo cierto es que hubo un activo rol de las autoridades medias dependientes del Poder Ejecutivo para canalizar dichos voluntarios. También se organizó un cuerpo de voluntarios del cuerpo de ingenieros de la Dirección de Obras Públicas que acompañarían el regimiento a cargo de Jorge Volio [que tampoco salió de San José debido a la intervención estadounidense en el conflicto]: Salvador González Ramírez, Efraín Artavia y Mario de la Osa.²⁵⁵

²⁵⁰ Mercedes Muñoz, *El Estado y la abolición del ejército*, p. 178-188.

²⁵¹ *La Verdad*, 8 de marzo de 1921, p. 3.

²⁵² *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 1.

²⁵³ *La Tarde*, 1 de marzo de 1921, edición de la mañana, p. 3.

²⁵⁴ *Diario de Costa Rica*, “Los obreros y el gobernador”, 4 de marzo de 1921, pp. 2 y 3.

²⁵⁵ *La Tarde*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

Otro empleado público, pero de un perfil social muy distinto al de obrero –destacaba como director del Servicio de Detectives y años después como periodista–, resulta el caso del coronel José María Pinaud y los hombres a su cargo. El 1° de marzo se informaba que salió la agrupación a su mando; aunque inicialmente se informó que partían hacia Puntarenas, más bien ese regimiento fue uno de los que llevó a cabo la toma de Almirante, en la región panameña de Bocas del Toro.²⁵⁶ Sobre la participación de Pinaud, vale señalar que, siguiendo el argumento de Mercedes Muñoz, dicho coronel encarna una de las estrategias organizativas del Estado costarricense en cuanto al ejército regular a inicios del siglo XX. Existía un debilitamiento del ejército regular, pero no necesariamente de la cartera de Guerra y Marina. Es decir, al mismo tiempo que se presenciaba un retraso técnico y organizativo de soldados, aumentaba la concentración del aparato coercitivo estatal a lo interno de esta institución, pero con divisiones consideradas civiles. Como ejemplo de ellos, José María Pinaud había sido instructor general del ejército en la segunda década del siglo XX, y en 1921 se había convertido en director de detectives, particularmente encargado de contener los movimientos huelguísticos de aquel año.²⁵⁷

Si el sector obrero josefino destacó al servicio del ejército, lo mismo sucedió con representantes de grupos adinerados del país. La prensa informaba que un grupo que salió de San José el 2 de marzo, comandados por Ramón Villalobos Rodríguez, estaba compuesto por “gentes pudientes.”²⁵⁸ Estos llegaban primordialmente de Santo Domingo, Heredia y Alajuela. Fuera del Valle Central, la prensa destacó la organización de voluntarios en Puntarenas y Cartago. Del puerto del Pacífico contaba el ejército con la colaboración de 200 voluntarios organizados bajo el mando de coronel Gerardo McAdam, quienes no solo esperaban órdenes de la capital, sino que hacían “la vigilancia de la población por las noches.”²⁵⁹ Algunos de estos voluntarios marcharon en lanchas como la Diríá, al mando del Comandante Mayor Juan R. Guevara. Los que partieron a cargo de McAdam lo hicieron en la lancha Tulia.²⁶⁰ Por su parte, en Cartago se formaba el batallón Irazú, inicialmente al mando de Guillermo Herrera, quien reclutaba hombres solteros de

²⁵⁶ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, edición especial, 1

²⁵⁷ Muñoz, *El Estado y la abolición del ejército*, p. 126.

²⁵⁸ *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 4.

²⁵⁹ *El Herald*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

²⁶⁰ *El Herald*, 5 de marzo de 1921, p. 4.

entre 20 y 30 años. Cabe destacar que en los primeros días de movilización, hubo algunas muestras de hostilidad a personas extranjeras. Por ejemplo, un grupo de voluntarios hizo bajar el rótulo del negocio del “sirio” Alejandro Fallas.²⁶¹ El tema del trato a los extranjeros será profundizado en el capítulo siguiente, pero este tipo de iniciativas justifican en parte los esfuerzos de varias colonias extranjeras por dar su adhesión de varias maneras a la causa costarricense.

Finalmente, el mando del Batallón Irazú representa una oportunidad para analizar qué tanta importancia tenía la organización de grupos que finalmente no tuvieron ninguna posición militar en la región fronteriza. El mando de dicho grupo fue conferido al General mexicano Manuel Chao. Al momento de partir, dicho regimiento contaba con un cuerpo significativo de oficiales y un equipo completo de Cruz Roja, así como cuerpos de ametralladora, infantería y caballería.²⁶² Sin embargo, este grupo, que “llegó a contar con 320 hombres”,²⁶³ al igual que sucedió con muchas iniciativas, no llegó siquiera a la frontera, pues cuando se encontraban su paso terrestre a través de la zona josefina de Los Santos, tuvieron noticia del cese del conflicto. En ese sentido, vale señalar que la forma y el momento en que se resolvió en términos inmediatos la guerra costarricense-panameña, no implican que en términos sociales el conflicto fuera igualmente limitado.

Además de la composición social de los diversos grupos del ejército, el tema era quién enviar primero a los frentes. Algunos sectores de la prensa aceptaba que en lugar de enviar primero a los artesanos, obreros o burócratas –como hacía el Gobierno-, se llamara primero a los solteros de la ciudad, dejando como reserva a los llamados “patillos” –es decir, los campesinos de zonas rurales- y sus familias en los campos, para que en caso de que el conflicto se extendiese, no corriera el país un riesgo de inseguridad alimenticia.²⁶⁴ Para tener una idea del impacto que tenía en las calles la movilización de personas hacia San José, y en el plano simbólico, la impresión de leer tal tipo de información en un país sin guerra efectiva desde hacía 65 años, la prensa decía ya el primero de marzo, que el ministerio de guerra preveía poder armar 20.000 hombres en las 48 horas siguientes.²⁶⁵

²⁶¹ *Diario de Costa Rica* 1 de marzo de 1921, p. 5.

²⁶² *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 2.

²⁶³ Eduardo Oconitrillo, *Julio Acosta*, p. 261.

²⁶⁴ *La Tarde*, 1 de marzo de 1921, edición de la noche, p. 3.

²⁶⁵ *La Tarde*, 1 de marzo de 1921, edición de la noche, p. 1.

Dado el apoyo de diversos sectores, la guerra con Panamá fue la ocasión propicia para que algunos sectores intentaran revalorar la institución castrense en el país, como cuerpo permanente, y no solo como respuesta inmediata al conflicto limítrofe. En una nota publicada por el *Diario de Costa Rica* poco más de un mes después del armisticio se proponía que el conflicto hizo que el país retomara su afecto por el ejército en aras de olvidar el pasado tinoquista, por cuanto aquel más bien había desprestigiado al organismo castrense. Llamaba, en ese sentido, a “convencer a los pocos que aún queden por convencer, que el elemento armado es el único sostén de la nación.” Más aún: proponía que la educación debía correr por parte del ejército, ya que es el “organismo que encarna la idea de Patria.”²⁶⁶

La idea de fortalecimiento militar tuvo cierta resonancia en prensa, y días después del conflicto, una nota hacía eco de una iniciativa entre algunos militares de escuela, que querían dar instrucción militar nocturna a trabajadores de varios pueblos del país. Al respecto, el editor del *Diario de Costa Rica* creía que “el gobierno debía estatuir nuevamente la filiación de todos los ciudadanos y fundar una nueva academia para cadetes de los cuales saldrán soldados y oficiales disciplinados y conocedores de sus deberes.”²⁶⁷ En un tono más comedido, el redactor de *La Tarde* advierte que no se pretende con la propuesta militarizar el país, pero sí conformar un Ejército Nacional. La propuesta era que se les diera a los ciudadanos aptos, “aunque sea unos pocos conocimientos militares que no están de más (...) un ejército bien instruido en el uso de armas y un Estado Mayor integrado por técnicos militares.”²⁶⁸

Estas discusiones se daban en un contexto de serias dificultades económicas para el país, que obligaban al gobierno a ajustar el presupuesto ordinario del Estado. Además de que, como señala Muñoz, en el contexto inmediatamente anterior a la Guerra con Panamá se impulsó el debate sobre la pertinencia para establecer una Guardia Rural; ente por medio del cual el gobierno de Julio Acosta pretendía justificar la necesidad de la modernización militar en el Estado.²⁶⁹ Muchos eran los enfoques sobre lo que debía posicionarse prioritariamente en el recorte de gastos. A pesar de que no se ha encontrado información

²⁶⁶ *Diario de Costa Rica*, 16 de abril de 1921, p. 6.

²⁶⁷ *Diario de Costa Rica*, 10 de marzo de 1921, p. 1.

²⁶⁸ *La Tarde*, 29 de marzo de 1921, p. 1.

²⁶⁹ Muñoz, *El Estado y la abolición del ejército*, pp. 124-127.

sobre la distribución total del gasto público, se sabe que por decreto de 30 de marzo de 1921, el presupuesto para el Ministerio de Guerra y Marina había quedado en un monto cercano a los 1500 colones, divididos de la siguiente manera: Cartera de Guerra 461.956 colones; Cartera de Policía Militar, 848.930; Bandas Militares, 238.909.²⁷⁰ Es llamativo que las bandas militares tenían poco más de la mitad del presupuesto que el ejército regular costarricense. Por lo que la tendencia a fortalecer la preeminencia militar no contaba en realidad con mayores recursos.

Ahora bien, también había voces contrarias a dicha revaloración de lo militar en el país. Hubo una importante resistencia entre las publicaciones en los principales periódicos capitalinos, partiendo del supuesto de que mayor presupuesto para el Ejército implicaba una disminución en la cartera de Educación. Eduardo Trejos, vecino de Santo Domingo de Heredia, enviaba una carta al *Diario de Costa Rica* publicada el 21 de abril donde proponía una serie de rubros que se debía recortar. Entre ellos, el segundo en importancia era el “militarismo: especialmente los sueldos de jefes en disponibilidad, y recargo de las funciones de Comandantes de los gobernadores.”²⁷¹ Estos rubros podían considerarse extras que, en alguna medida, eran efectivamente prescindibles, pero en medio de los rumores de que el Ministerio de Guerra podría suprimir plazas de detectives, en el *Diario de Costa Rica* se publicaba: “suprimase plazas en los cuarteles de armas, con lo que se devuelven brazos a la agricultura, pero no se supriman empleados que son de todo punto indispensables.”²⁷² Es decir, y esto será una tendencia definida en el período posterior al conflicto, uno de los principales argumentos contra el ejército era su poca productividad económica y en servicio a la población.

Además de la sección de detectives, había rumores en cuanto a que se pensaba suprimir la educación secundaria pública, parcial o totalmente. Uno de los argumentos de los educadores para defender su presupuesto, apoyados en que la educación se había convertido en una de las profesiones más respetadas al mismo nivel de abogados o ingenieros, era que en su lugar se debía “echar abajo esa presuntuosa inutilidad que se

²⁷⁰ *La Tribuna*, 27 de abril de 1921, p. 1.

²⁷¹ *Diario de Costa Rica*, 21 de abril de 1921, p. 8.

²⁷² *Diario de Costa Rica*, 3 de abril de 1921, p. 1.

llama Ministerio de Guerra y que solo sirve para sacarle al país millón y medio de colones anuales.”²⁷³

La educación militar también se presentaba como problema en sí misma, y amenazaba, por lo menos en la opinión de algunos, la estabilidad del sistema educativo formal. Por lo tanto, además de defender a los maestros, hubo argumentaciones para desprestigiar la necesidad de escuelas militares. Esto no era poco, al tener en cuenta que la educación había sido uno de los sectores más resentidos económicamente al inicio del siglo XX. De hecho, con motivo de la crisis económica posterior a la Gran Guerra y la dictadura de los Tinoco, el gobierno de Julio Acosta no logró igualar la inversión educativa que caracterizó al país entre la última década del siglo XIX y la primer del XX, ni siquiera aumentando los fondos destinados a dicho ramo (de hecho esta fue una característica del financiamiento de la educación pública en toda la década de 1920).²⁷⁴

Para aquellos que pretendían minimizar el gasto militar, uno de los principales argumentos era la poca organización castrense puesta en evidencia en los días del conflicto. Según estos críticos los costarricenses se caracterizaban por ser “malos militares, no entendemos de disciplinas de cuartel y que vamos a la guerra en un hermoso desorden.” Por lo tanto, el que firmaba el artículo como *Philos*, señalaba que al contrario de fortalecer la formación militar de la población, debía aceptarse aquello con gratitud, porque aquella ignorancia significaba “una cualidad bella y estimable que hay urgencia de cultivar” y era preferible ante un escenario en el que se abriría las puertas para que “haya por todas partes soldados vagabundos listos a aprovechar toda oportunidad para hacer la guerra.”²⁷⁵ Así, lo que en la práctica fue una derrota, era resignificada por algunos como una victoria en términos simbólicos, porque reafirmaba un elemento del discurso nacionalista costarricense desde el principio del siglo XX: la vocación por la paz y, por tanto, la dificultad para enfrentar una guerra.

Por último, y en uno de los ataques más frontales, no solo ante la formación militar para civiles, sino también contra el cuerpo militar en sí mismo, Emel Jiménez retomaba el carácter secundario de un ejército en el contexto de nuestro país. Argumentaba que

²⁷³ *Diario de Costa Rica*, 17 de abril de 1921, p. 1.

²⁷⁴ Iván Molina Jiménez, *La educación en Costa Rica de la época colonial al presente*. San José: Editoriales Universitarias Públicas Costarricenses, 2016, pp. 193-194

²⁷⁵ *La Tribuna*, 22 de marzo de 1921, p. 3.

“limitamos con dos protectorados *yankees* ¿Con quién vamos a pelear?” Defendía la tesis de que no es necesario formar fila de soldados profesionales hacia las fronteras, sino que bastaba con las manifestaciones civiles en el Valle Central para incentivar la intervención de Estados Unidos, puesto que “con los vecinos que nos gastamos, no solo nos basta nuestro desorganizado ejército, sino que nos sobra.”²⁷⁶ En este sentido, vale retomar lo argumentado por Mercedes Muñoz, quien señala que desde inicios del siglo XX se discutía la pertinencia de tener un Ejército en Costa Rica, dado que sus funciones parecían ser más ideológicas que prácticas.²⁷⁷ En 1921, ni siquiera una guerra –y probablemente debido a la forma en que se interrumpió– logró dotar a la institución cuestionada de la legitimidad necesaria como para justificar su fortalecimiento. Esto, sin embargo, no implicaba que la sociedad costarricense no vibrara, desde otros frentes, ya civiles, en la empresa bélica.

1.2. Labores de asistencia

El ejército, compuesto por algunos pocos militares de carrera y una mayoría voluntaria organizada al calor de las circunstancias, no fue la única instancia que tuvo que organizarse de manera rápida para hacer frente al conflicto. Costa Rica no tenía una institución permanente que se encargara de manejar emergencias médicas, y mucho menos en coyunturas bélicas. Sin embargo, existía el precedente de la comisión de la Cruz Roja que se organizó con motivo de la epidemia de influenza en 1920. Este fue el punto de partida para reorganizar los cuerpos de asistencia para los soldados que partían hacia la frontera. De la mano de ella, asumiendo labores complementarias, fueron baluartes también agrupaciones como Boys y Girls Scouts, y la Junta Nacional de Socorros.

El 1° de marzo se anunciaba como encargado de la reorganización de la Cruz Roja Costarricense a Eduardo Castro, quien también fungía como presidente de la Cámara de Comercio. Castro comunicaba que dicha institución era la que asumía la dirección financiera de la Cruz Roja, así que desde esa fecha instaba al comercio a colaborar y disponía de la Escuela Juan Rafael Mora como centro de recepción de víveres y

²⁷⁶ *Diario de Costa Rica*, 19 de marzo de 1921, p. 7.

²⁷⁷ Ver nota 29.

medicamentos.²⁷⁸ Al mismo tiempo se establecían los requisitos para ingresar como voluntario a la Cruz Roja: tener un mínimo de 18 años y cumplir con una conducta ejemplar respaldada por dos padrinos a juicio del directorio.²⁷⁹ También la redacción del *Diario de Costa Rica* proponía establecer y aprobar los estatutos de la organización y con base en ellos establecer quiénes podrán ingresar al cuerpo.²⁸⁰

Alrededor del liderazgo de Castro se conformó una agrupación que no solo filtraba la filiación a la Cruz Roja, sino que significaba la agrupación de un cuerpo de médicos reconocidos como Roberto Brenes, Solón Núñez, Francisco Cordero y Mariano Figueres, de la sección médica, así como la delegada de la sección femenina: Anita Huete. Como se introdujo antes, este grupo contaba ya con la experiencia de la crisis de influenza que azotó a Costa Rica en 1920; por tanto, apenas reunido el comité director ya contaba con 25 camillas, 1000 tablillas, 400 vendas, dos lámparas, diez linternas, 20 cantimploras, equipo de cocina, tabletas de quinina, ropa para cirugía y 10.000 colones.²⁸¹

Si el Ejército legitimó por medio del alistamiento de prominentes personajes del sector educativo, el Consejo Directivo de la Cruz Roja no se quedó atrás al incorporar en sus filas al entonces joven doctor Moreno Cañas. La justificación era sencilla, pero significativa: Moreno Cañas era “el médico que mejor preparado está para estos servicios, pues los presenció en Europa con todos sus adelantos y equipos.”²⁸² El joven doctor y aquel Consejo, lanzaron una prohibición de usar símbolos de la Cruz Roja a todos aquellos que no estuvieran autorizados por ellos, y cualquier iniciativa local en favor de la Cruz Roja quedaba subordinada a dicho consejo.²⁸³ Esto sugiere que, en realidad, había más personas involucradas en diversos lugares del país en labores de salud en medio de la guerra, o al menos organizándose para ello. Es decir, la movilización en el conflicto fue más allá de lo formalmente controlado por el Gobierno.

Como muestra de lo anterior, en Limón, desde el 26 de febrero, cuando ni siquiera se había informado del inicio de las hostilidades en la prensa josefina, había marchado hacia la frontera un contingente de la Cruz Roja. Lo llamativo es que, lejos de ser un grupo

²⁷⁸ *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 4.

²⁷⁹ *La Verdad*, 2 de marzo de 1921, p. 2.

²⁸⁰ *Diario de Costa Rica*, 18 de marzo de 1921, p. 3.

²⁸¹ *La Verdad*, 1 de marzo de 1921, p. 2.

²⁸² *La Verdad*, 4 de marzo de 1921, p. 2.

²⁸³ *La Tarde*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

organizado por el Gobierno, marchó a cargo de la Sociedad Gimnástica Limonense, en la persona de su presidente honorario, el doctor Velázquez.²⁸⁴ Tres días después, en aquella misma provincia, partió hacia Sixaola un grupo financiado por la Municipalidad, y que contaba con cirujano, auxiliares, boticarios, dentista, entre otros.²⁸⁵

En el litoral Pacífico, por iniciativa de un grupo de mujeres se conformó un comité provincial de la Cruz Roja en Puntarenas.²⁸⁶ El comité fue convocado desde el primero de marzo, con el objetivo de formar un fondo para las familias de quienes partieron, y acordaron en su primera sesión establecer un hospital de emergencia en el Club Social de Puntarenas.²⁸⁷ La extracción social de este comité confluía a la perfección con el perfil del comité central de la Cruz Roja en San José, es decir, la alta sociedad. En la junta directiva destacaban, por ejemplo, apellidos como Suñol (de la colonia española e importante financiador del Gobierno en la guerra), Lizano, París, Guevara, entre otras.²⁸⁸

En cuanto a movilización de grupos de la Cruz Roja, San José, por supuesto, no se quedó atrás. De la capital salieron, por lo menos, 10 contingentes de apoyo a los soldados. El primero que marchó con el batallón del coronel Cabezas, encabezado por los doctores Teodoro Picado y Manuel J. Zeledón.²⁸⁹ El tercer grupo salió el 2 de marzo, después de haber recibido formación militar básica con Jorge Volio, y estaba organizado por Club Sport La Libertad: llevaban consigo un organizó un farmacéutico, enfermeros y camilleros.²⁹⁰ El noveno grupo, llamado “Botica Oriental”, salió al frente también con cirujano farmacéuticos, enfermeros y camilleros. Este destaca porque fue organizado y financiado por el negocio que le dio nombre.²⁹¹

La información no solo da cuenta de la movilización de la sociedad en términos generales; también se articuló un grupo destacable de mujeres. En un contexto que ligaba las labores femeninas con un entorno meramente doméstico, y cuyas acciones leían desde la óptica de “generosidad, cariño y desinterés”,²⁹² hubo una importante excepción. El 3 de

²⁸⁴ *La Tribuna*, 1 de marzo de 1921, p. 5.

²⁸⁵ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 5.

²⁸⁶ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 3.

²⁸⁷ *El Heraldo*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

²⁸⁸ *El Heraldo*, 5 de marzo de 1921, p. 4.

²⁸⁹ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 1.

²⁹⁰ *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 4.

²⁹¹ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 3.

²⁹² *La Tarde*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

marzo se informaba de un discurso público llevado a cabo por Emma Brady, que junto a otras mujeres pedían ser parte de la Cruz Roja, pero no en labores de apoyo, sino como parte de los grupos que salían a los frentes. Para ello, dirigían su mensaje al Comandante de Plaza.²⁹³ Un día después, el 4 de marzo, salían Andrea Venegas, Mercedes Padilla, Ema Brady y Juanita Montera, vestidas con pantalón kaki, detalle que llamaba tanto la atención como su participación misma en el conflicto.²⁹⁴

Semanas después de la guerra, lo que fue un conglomerado de iniciativas cobijadas bajo la bandera de Cruz Roja, pasó a ser una institución propiamente dicha, asumida por el Estado costarricense. Más aún, hay que señalar la naturaleza con la que se le concibió, en íntima relación al conflicto fronterizo. En una asamblea celebrada el 31 de marzo de 1921, se nombró la junta directiva -liderada por Eduardo Castro Saborío y Mariano Figueres como presidente y vicepresidente, quienes habían formado parte del comité médico durante la guerra.²⁹⁵ En este evento, además, se definió que la Cruz Roja era una dependencia más del Ministerio de Guerra; es decir, el peligro de guerra era lo que justificaba su existencia permanente. Se establecía su afiliación en 50 céntimos mensuales, pagadera también en anualidades adelantadas, y se estableció el 19 de marzo como una “fecha nacional, en la que esta institución celebrará anualmente su fiesta oficial.”²⁹⁶

Resulta notorio que, a diferencia del Ejército Nacional, la Cruz Roja como institución pública sí resultó claramente fortalecida en términos institucionales. Sin embargo, hay que señalar que no fue la única agrupación que canalizaba las iniciativas benéficas de la sociedad costarricense con motivo de la guerra con Panamá. Mientras se organizaba el ya mencionado Comité Directivo de la Cruz Roja en San José, un grupo de personas se establecía como la Junta Nacional de Socorros. Su directiva estuvo compuesta por Eladio Prado, Emilio de Mezerville, José Luján (Gobernador de San José), Jorge Suárez, Belisario Loría, Francisco Jiménez Núñez y Sergio Carballo (director del *Diario de Costa Rica* y miembro de la colonia española). Según decreto ejecutivo del 1 de marzo, queda adscrita a la Cruz Roja y sus miembros dados de alta con el grado de teniente coronel.²⁹⁷

²⁹³ *La Tarde*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

²⁹⁴ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 4.

²⁹⁵ *Diario de Costa Rica*, 1 de abril de 1921, p. 5.

²⁹⁶ *Diario de Costa Rica*, 2 de abril de 1921, p. 4.

²⁹⁷ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 3.

Debido a que organizativamente la Junta de Socorros resultó parte de la Cruz Roja, los roles de ambas instancias no estuvieron siempre bien delimitados. Sin embargo, en el decreto de su creación, el presidente Acosta estableció como funciones suyas recaudar fondos en todo el país para apoyar a las familias de quienes habían partido.²⁹⁸ En acato a dicha disposición, se nombró a dos delegados en cada una de las provincias del país para recibir donaciones y se acordó que la Junta habría de reunirse diariamente a las 3:00 p.m.²⁹⁹ En Heredia, los encargados de la recolección de fondos fueron Tranquilino Sáenz y Rafael Martínez; en Cartago, José María Peralta e Isidro Pereira; en Alajuela, Pbro. Ricardo Zúñiga y José Joaquín Sibaja; en Puntarenas, Manuel Burgos y Leonidas Poveda; en Limón, Federico Gólcher y Eloy Gotay.³⁰⁰

Otro elemento de la sociedad con mucha actividad ante las circunstancias de guerra fue los Boys Scouts, quienes por medio de su filial en San José, llamada Cuerpo de Exploradores Juan Rafael Mora, se reunieron por primera vez en la escuela del mismo nombre, para ponerse a la orden de la Cruz Roja. Los días siguientes harían entrega de importante sumas de dinero para aquella institución y esto se recibía con un aprecio importante por parte de la prensa local, que publicaba con regularidad los nombres de los jóvenes que participaban en las recolecciones.³⁰¹

Como parte de las funciones llevadas a cabo en asociación con la Cruz Roja, eran conocidos en aquellos momentos niños y niñas exploradoras vendiendo banderitas de la Cruz Roja para recaudar fondos para los soldados, dinero destinado preferiblemente “a todos los patillos valientes y decididos y a los pollos josefinos hay que enviarles ropa de manta para el interior; pues el clima requiere allí mucho aseo, pues las garrapatillas y la coloradilla abundan.”³⁰² Como consecuencia de sus acciones, en la prensa los destacaban por “estar hoy preparándose a organizar sus fuerzas para contribuir eficientemente a la campaña que sostendrá Costa Rica con los invasores panameños.”³⁰³

Llama la atención que, a un mes de terminado el conflicto, había cartas dirigidas a Francisco Meléndez, jefe del Batallón de Exploradores Juan Rafael Mora, en las que

²⁹⁸ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 3.

²⁹⁹ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, edición especial, p. 1.

³⁰⁰ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, edición de la tarde, p. 1.

³⁰¹ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo, edición especial, p. 1.

³⁰² *La Verdad*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

³⁰³ *La Tarde*, 2 de marzo de 1921, p. 1.

importantes instancias hacían público su reconocimiento a los menores. Manuel Aragón – jefe de la Intendencia Militar- señalaba que el grupo hacía alarde de su nombre, “culto sagrado al heroico expresidente que ejemplarizó con su patriotismo a sus contemporáneos y a la posteridad.”³⁰⁴ También el jefe de la Oficina de Vigilancia de Precios, agradecía a cinco integrantes de los scouts su ayuda durante el conflicto y señala que se les dio un Certificado de Reconocimiento por Servicios Patrióticos.³⁰⁵ Por su parte, la inspectora de Educación, Esther de Merzeville, destacaba la labor educativa de la institución, en “cultivar tan bellas cualidades como amor al servicio, obediencia y respeto a los superiores.”³⁰⁶ Como vemos, el conflicto también tuvo una tendencia a moralizar el comportamiento de los ciudadanos, incluyendo a los menores de edad.

De nuevo se comprueba que también en las iniciativas de la sociedad civil, la prensa destacó la labor de aquellos sectores que tuvieran un rol importante en la formación cívica de la niñez y juventud de aquella época. En ese sentido, los Boys y Girls Scouts tuvieron un rol fundamental en las labores de asistencia a distancia en beneficio de todos aquellos que partían, a alguno de los frentes del conflicto por la frontera sur. Por otro lado, la Cruz Roja no solo tuvo por objetivo dar asistencia médica, sino que sus labores estuvieron impregnadas por la creación de la Junta de Socorros, que propició la participación de personas y familias adineradas, que imprimieron al carácter benéfico de sus donaciones, un tono nacionalista y patriota.

2. Manifestaciones desde la sociedad civil

Es cierto que el primer paso para enfrentar la campaña de guerra contra Panamá era necesariamente una organización básica en lo militar y de asistencia para dichas labores. Sin embargo, organización institucional iba más allá de los grupos principales de la capital. La guerra también fue apoyada por diversas poblaciones fuera de San José y el Valle Central en general. Asimismo, no solo personajes relacionados con el gobierno nacional estaban empeñados en su apoyo a la campaña, sino que una serie de grupos específicos de

³⁰⁴ *Diario de Costa Rica*, 13 de abril de 1921, p. 5.

³⁰⁵ *Diario de Costa Rica*, 13 de abril de 1921, p. 5.

³⁰⁶ *Diario de Costa Rica*, 13 de abril de 1921, p. 5.

la población aprovecharon la coyuntura para demostrar su fidelidad al patriotismo imperante en aquel momento.

Estos esfuerzos se dividen en dos tipos. Por un lado, las movilizaciones que, de hecho, se llevaron a cabo en distintos puntos del país. Personas que se organizaron para ofrecer su colaboración con el ejército, aunque no necesariamente se unieron a sus labores, por ejemplo. En cuanto a estas movilizaciones, vale señalar que su importancia no está dada tanto por sus efectos en términos militares, sino en la legitimidad de la que dotaron al conflicto. Por esta misma razón, es importante también echar un vistazo a las iniciativas que no se fraguaron al momento de terminar el conflicto, pero que demuestran el interés de algunos grupos en mostrarse fieles a la causa nacional.

2.1. Movilizaciones

Además de la institucionalidad puesta en marcha para llevar a cabo la campaña de guerra, había una efervescencia inconfundible en los diferentes puntos del país en los que resultaban involucrados sectores diversos. Este hallazgo refuerza la tesis de que, al margen del nivel de profesionalización militar, hubo movilizaciones socialmente significativas que dotaron al conflicto de una importancia notable en su época. Aunque la prensa se enfocaba sobre todo en las movilizaciones en San José, vale la pena destacar que algunas de ellas implicaban a pobladores de otras comunidades.

Las muestras de nacionalismo comenzaron cuando apenas corrían rumores de los enfrentamientos en Pueblo Nuevo de Coto. La primera de ellas sucedió en Puntarenas, la noche del 27 de febrero luego del concierto de la banda local,³⁰⁷ un momento en el que el Valle Central no se conocían detalles del conflicto. Un día después, en Heredia hubo un desfile de la banda de la ciudad junto a “la Cruz Roja y la juventud.”³⁰⁸ Mientras tanto, en Alajuela, una manifestación bajo “el más sano entusiasmo”, terminó con discursos frente a la estatua de Juan Santamaría.³⁰⁹ Tal era la algarabía en el Valle Central, que en la despedida de un regimiento que salió la tarde del primero de marzo, había ya -según el *Diario de Costa Rica*- cinco mil voluntarios pidiendo armas en la Plaza de Artillería. No

³⁰⁷ *El Viajero*, 28 de febrero de 1921, p. 1.

³⁰⁸ *La Verdad*, 2 de marzo de 1921, p. 1.

³⁰⁹ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 1.

obstante, en consonancia con todos los cuestionamientos a la poca pericia de la población en términos bélicos, el redactor señalaba que “la ciudad presenta, antes que aspecto de guerra, el de un gran carnaval.”³¹⁰

Un ejemplo de movilización capitalina es la llegada de algunos vecinos de Tibás acompañados con la banda de aquel cantón, para mostrar su apoyo a la gestión de Julio Acosta y lograr cruzar algunas palabras con él.³¹¹ Otra de las manifestaciones de apoyo en favor de la iniciativa bélica emprendida por el gobierno de Acosta, que además tiene la particularidad de recordar lo acontecido en los días que en cayó la dictadura de los Tinoco, fue un “majestuoso” desfile de mujeres en San José, a las 4:00 p.m. del primero de marzo, que recorrería las calles entre el Parque Morazán y la Plaza de Artillería.³¹² En el mismo, se contabilizó “más de 200 mujeres.”³¹³

Con respecto a muchas de las iniciativas organizadas dentro como fuera de la capital, hay que plantear la importancia que tuvieron las autoridades que respondían ante el Poder Ejecutivo para convocar población. En muchos de los casos aquí descritos se menciona el grado de actividad de jefes políticos y agentes de policía; sin embargo, el caso más evidente del rol que tenían en ese sentido, es el llamado del gobernador de Heredia, Luis R. Flores, a los jefes políticos de la provincia. El mensaje indicaba de manera explícita la necesidad de involucrar a los párrocos, maestros y “todos los vecinos importantes” en el convencimiento de la ciudadanía para involucrarse en las juntas del socorro. Anunciaba también que la Cruz Roja herediana iría en tareas de inspección y asesoramiento.³¹⁴ En aquella misma provincia, se informaba de una manifestación de mil personas frente al parque central pidiendo armas –después de recolectar cerca de 10.000 colones para la Cruz Roja-, además de 200 personas también a la espera de que se les dotara de armamento en Atenas.³¹⁵ Hubo marchas similares en Grecia, Filadelfia y Nicoya, donde, además del himno nacional, se arengaba a los voluntarios con el canto de La Marsellesa para enardecer el espíritu patriota.³¹⁶

³¹⁰ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 5.

³¹¹ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo, edición especial, p. 1.

³¹² *La Tarde*, 1 de marzo de 1921, p. 2.

³¹³ *Diario de Costa Rica*, “La manifestación femenina”, 3 de marzo de 1921, p. 1.

³¹⁴ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 2.

³¹⁵ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 1.

³¹⁶ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, edición especial, p. 2.

No tardaron en llegar también noticias de iniciativas grupales con el objetivo de sumarse a las tropas informales que el gobierno consideraría enviar. Según el *Diario de Costa Rica*, después de haberlo solicitado ellos mismos, algunos vecinos de Montes de Oca recibían instrucción militar por parte del Jefe Político Gregorio Aguilar.³¹⁷ Cerca de allí, en Zapote, se informaba que el miércoles 2 de marzo, cien personas manifestaron “su deseo de engrosar, en cualquier momento que se ofrezca, el ejército que ha de marchar el suelo patrio.” El editor de la nota responsabiliza, y felicita, al Agente Principal de Policía del lugar, Agustín Jiménez, por “su celo y buenas disposiciones”.³¹⁸

De Heredia y San José llegaban policías para sustituir a sus homólogos josefinos en labores de vigilancia de la capital.³¹⁹ En un caso similar de concentración de voluntarios en San José, había noticia de que, a la altura del 4 de marzo, 250 voluntarios de San Ramón se encontraban listos para ser dados de alta. Más aún, una parte de ellos se preparaba para ir a San José para conseguir que la Secretaría de Guerra les diera de alta en el servicio militar.³²⁰ Mientras tanto, quienes no partían a alguno de los frentes recaudaban fondos para financiar, ya fuera la campaña propiamente o la Junta Nacional de Socorros. La alta sociedad josefina había planeado una “extraordinaria velada” en el Teatro Nacional, en la cual se recaudarían fondos; según su discurso, todos aquellos que asistieran, sería “digno de llamarnos hijos de la Costa Rica de nuestros antecesores.”³²¹ También el Centro de Amigos de Guadalupe organizó la proyección de la película *La Virgen de Estambul*, cuyos ingresos iban dirigidos a la Cruz Roja Costarricense.³²²

Al oeste de San José, en la villa de Santa Ana, un grupo de mujeres se organizaban en una comisión para recaudar fondos en favor de las familias de soldados que salían de aquella localidad, a cargo de mujeres como Herminia Zamora Ulloa, María Alvarado Gallegos, Berta Castro Quesada, Luisa Alvarado Gallegos y Emilia Millet.³²³ Incluso en Siquirres, los vecinos habían organizado veladas en el teatro de la comunidad. El objetivo era recaudar fondos para la alimentación de tropas que pasaran por ese lugar con destino a

³¹⁷ *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 4.

³¹⁸ *La Verdad*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

³¹⁹ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 3.

³²⁰ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 2.

³²¹ *La Tarde*, 1 de marzo de 1921, edición de la mañana, p. 3.

³²² *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 2.

³²³ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

Sixaola. El armisticio imposibilitó parte de sus propuestas, pero según información del lugar, se esperaba formar un batallón con compañías de 90 hombres cada una. Además, en la nota que informaba toda esta organización, se destacaba que nacionales y extranjeros apoyaban la causa y que, en particular, los jamaíquinos ofrecían sumarse también al ejército.³²⁴ En el puerto de Limón hubo un desfile en recibimiento a las tropas comandadas por el coronel José María Pinaud;³²⁵ además, días antes, habían sucedido allí serios ataques al consulado panameño y su bandera.³²⁶

Muchas de las actividades en la capital fueron llevadas a cabo por miembros del sector educativo del país. Alrededor de 60 maestros de la capital asistieron a las pruebas de matemática y lengua moderna realizados por la Junta Calificadora de Maestros el 28 de ese mismo mes.³²⁷ Hasta ese momento, al no haber más que rumores sobre el conflicto en la frontera, el calendario escolar transcurría con normalidad. Sin embargo, al llegar las primeras noticias sobre la escalada de violencia, Luis Arias Soto, presidente de la Asociación del Magisterio, convocaba a reunión general de maestros -asociados o no- en la Escuela Juan Rafael Mora, el 1 de marzo a las 3:00 p.m. para coordinar acciones conjuntas del gremio como unidad.³²⁸ En asamblea del 3 de marzo, las directoras de las escuelas josefinas acordaron mantener reuniones para preparar bizcocho para los soldados.³²⁹ Anuncios diarios pedían colaboración a todas las mujeres, que constaba de enviar almuerzos para los soldados.³³⁰ Tal fue el compromiso del Magisterio del país que se suspendió el inicio de curso que decía iniciar el 7 de marzo, hasta nuevo aviso.³³¹

Como medidas específicas por parte de algunas instituciones educativas del Valle Central, destaca la Junta de Educación de Mata Redonda, que desde su reunión del domingo 28 de febrero se convirtió en la primera instancia particular del sector educativo en ponerse a las órdenes del gobierno.³³² Destaca también, tanto por la justificación de la adhesión, como por la influencia que tenía el portador del mensaje, las declaraciones de

³²⁴ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 2.

³²⁵ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 3.

³²⁶ *La Tarde*, 27 de febrero de 1921, p. 3.

³²⁷ *La Verdad*, 29 de febrero de 1921, p. 2.

³²⁸ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, edición especial, p. 4.

³²⁹ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

³³⁰ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 3.

³³¹ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 3.

³³² *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 5.

Luis Dobles Segreda, director del Instituto de Alajuela. Con el apoyo de un Consejo de Profesores, explicaban que su participación en la Guerra sería una honra para Juan Rafael Mora, al dejar “el libro para empuñar el fusil”.³³³

Por su parte, el director del Liceo de Costa Rica instó a los estudiantes de dicha institución a entrenar militarmente, a partir del miércoles 2 de marzo a las 8:00 a.m., para estar preparados en caso de que fuera necesaria su participación en el conflicto.³³⁴ Días después, ya se habían formado dos agrupaciones de los jóvenes de mayor edad y se les impartía academia militar, a cargo del profesor Miguel A. Dávila, quien años antes había sido estudiante de la Escuela Politécnica de México.³³⁵ Además, por orden presidencial, en todas las clases de dicha institución se exponían los argumentos costarricenses en el conflicto limítrofe.³³⁶ También la Escuela Normal tomó medidas de ese tipo, y solicitó a Pedro Pérez Zeledón una conferencia sobre la historia de la frontera y las acciones diplomáticas costarricenses en los años precedentes.³³⁷

Es justo preguntarse qué rol jugó el Colegio Superior de Señoritas, dado el papel decisivo que tuvo en términos de oposición ante el régimen de Federico Tinoco hacia 1919. En el contexto de la guerra con Panamá, los roles se mantuvieron en una dinámica tradicional, en cuanto a los roles de género. La primera tarea adjudicada a las maestras y estudiantes de ese centro fue la costura de prendas para los soldados que partieran al frente. Josefina Ramírez Silva, inspectora de costura, reiteraba el llamado a las maestras para apersonarse al salón anexo del Colegio Superior de Señoritas para preparar ropa para los soldados.³³⁸

Además, en una asamblea de directores dirigida por Carlos Gagnini, se propuso la creación de un club que se llamaría Cigarrillo del Soldado que se encargaría de la preparación de este bien preciado para las tropas y que sería enviado semanalmente, aclarando desde el inicio que esta labor “quedará para las maestras.”³³⁹ Nicolás Montero, profesor del Colegio Superior de Señoritas, hacía un llamado a las jóvenes a recibir

³³³ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 1.

³³⁴ *La Tarde*, 1 de marzo de 1921, p. 2.

³³⁵ *La Tarde*, 2 de marzo de 1921, edición de la noche, p. 3.

³³⁶ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, edición especial, p. 2.

³³⁷ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, edición especial, p. 1.

³³⁸ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 2.

³³⁹ *La Verdad*, 4 de marzo de 1921, p. 2.

instrucción que les sirviera para reemplazar empleados públicos en sus labores. El primer taller que se anunciaba era sobre “teneduría de libros.”³⁴⁰ Finalmente, la intervención estadounidense y la finalización de la guerra no hicieron necesario que se realizara dicha tarea.

Si le legitimidad y el impulso que recibió la campaña de guerra por medio del sector educación es fundamental para dimensionar las implicaciones sociales del movimiento armado, también lo fue en el caso de la Iglesia católica. Hubo un importante protagonismo de algunos sacerdotes, tanto diocesanos como miembros de órdenes religiosas, particularmente franciscanos capuchinos. Con respecto al primer grupo, valga decir que apenas iniciado el conflicto, la prensa anunciaba el nombramiento del primer obispo de San José –Rafael Otón Castro- como Primera Autoridad Espiritual de la Patria; el clérigo dio su adhesión incondicional al gobierno liderado por Julio Acosta y a partir de esto no se ponía en duda que “su plausible ejemplo, será secundado por su grey espiritual.”³⁴¹ Es decir, se esperaba desde el inicio que la figura del noble obispo legitimara las decisiones que tomara el Ejecutivo al respecto del conflicto limítrofe

El primero de marzo en Villa Colón, justo después del “Rosario Solemne a San José”, el párroco del lugar, Marcelo Maldonado, dio un discurso al pueblo dando su bendición e instando a que se sumaran a los voluntarios que defenderían la frontera con Panamá.³⁴² Lo mismo sucedía en Grecia donde destacan la importancia del discurso del sacerdote del lugar, de apellido Rojas, pronunciado frente a la Jefatura Política,³⁴³ lo cual manifiesta la unión de autoridades políticas y religiosas en el sentido de convocar apoyo al conflicto. En Filadelfia, Guanacaste, el corresponsal Carlos Roldán, informa de manifestaciones hostiles a Panamá, entre las que destaca el discurso público del cura de apellido Badilla.³⁴⁴

Por su parte, Rosendo Valenciano, párroco en Desamparados, instaba a los fieles a marchar “fuertes y decididos para oír la voz de nuestra conciencia cristiana que nos manda a servir a Dios y a la Patria con nuestros esfuerzos y con nuestra misma sangre.”³⁴⁵ En las palabras atribuidas a Valenciano se encuentra la única, pero significativa evidencia de que

³⁴⁰ *La Tarde*, 5 de marzo de 1921, p. 2.

³⁴¹ *La Tarde*, 1 de marzo de 1921, edición de la noche: p. 3.

³⁴² *La Verdad*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

³⁴³ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, edición de la tarde, p. 2.

³⁴⁴ *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 1.

³⁴⁵ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo, de 1921, edición de la tarde: p. 2.

un miembro del clero costarricense instara a los feligreses a dar la vida por la guerra a la que el gobierno llamaba para lograr un arreglo satisfactorio del asunto limítrofe con Panamá.

Algunas semanas después del armisticio, los sacerdotes seguían resultando involucrados en lo que sucedió durante los primeros días de marzo en torno a dicho tema. Por ejemplo, en Santo Domingo de Heredia, el párroco, de apellido Mendoza, era reconocido porque “supo dar a entender el gran cariño que por sus feligreses tiene; gracias a Dios y sus plegarias volvieron todos los soldados sanos.” El corresponsal de aquel cantón herediano, conocedor de que el mérito dado a quienes participaron en la campaña del Pacífico no era igual que se le otorgaba a los que marcharon por el Caribe, hacía constar que “soldados nuestros estuvieron tanto en Almirante como en el Pacífico.”³⁴⁶

Aunque los sacerdotes fueron un importante elemento en la articulación del movimiento civil a favor del conflicto por medio de sus homilías o intervenciones en plazas públicas, hubo casos en que los sacerdotes decidieron tomar una actitud de injerencia directa. El primero de ellos fue Daniel Carmona Briceño, quien administraba la parroquia de Puntarenas. El 3 de marzo solicitaba que, por mediación del presidente Acosta, la Curia lo nombrara capellán de las tropas.³⁴⁷ Dos días después, la prensa puntarenense informaba que Carmona había sido dado de alta y partió con el grupo a cargo del General Villegas.³⁴⁸

No obstante el apoyo decidido a las tropas que marchaban por el Pacífico, Daniel Carmona fue protagonista de una disputa en contra del gobierno de la República y con el clero del país. El origen de estas diferencias era la elección de Alajuela, y no Puntarenas, como sede de la segunda diócesis del país. Como protesta ante dicha decisión, Carmona envió cartas al nuevo Obispo Monestel, al arzobispo Castro y al canciller Alejandro Alvarado Quirós, informando su renuncia a la parroquia de Puntarenas y su retiro a China.³⁴⁹ Este es un elemento de no poco valor, tomando en cuenta que se politizó de manera directa una decisión que para algunos podría ser puramente clerical.

No solo un cura la emprendía con las autoridades por relegarse las provincias periféricas del país. En artículo de opinión en el *Diario de Costa Rica* criticaba con

³⁴⁶ *La Tribuna*, 1 de abril de 1921, p. 6.

³⁴⁷ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 1.

³⁴⁸ *El Herald*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

³⁴⁹ *El Herald*, 8 de marzo de 1921, p. 4.

aspereza a quienes, según él, eran guiados por “mezquina pretensiones y creen que Costa Rica es únicamente la Meseta Central para cuyo lujo hurtan nuestro dinero con abandono completo de estas apartadas regiones.”³⁵⁰ En su crítica ante el nombramiento de Alajuela como diócesis en detrimento de Puntarenas, el Caballero Largaespada –firmante del artículo- señalaba la derrota militar en la región de Coto como producto de la excesiva centralización estatal. Finalmente se atrevía a asegurar que del nombramiento de una diócesis en Puntarenas “depende la tranquilidad política del país y la riqueza nacional.”³⁵¹

El último caso es el de los religiosos franciscanos encargados de administrar la Parroquia de los Ángeles en Cartago. Estos tuvieron una importancia considerable en el envío de tropas cartaginesas. En el diario católico *La Verdad* destacaban su confianza puesto que los soldados marchaban “bendecidos por nuestro obispo y nuestros sacerdotes (...) dadnos valor, infundidnos abnegación y concedednos la victoria.”³⁵² Estos sacerdotes, uno de ellos llamado Fray Dionisio, quien tuvo tanto protagonismo en su rol de animar a la población y a los soldados, que en días posteriores al conflicto fue llamado a la Catedral de San José para que siguiera dando formaciones a los vecinos de la capital.

En términos generales, la Iglesia en días del conflicto se caracterizó por organizar diversas misas de rogación, Tedeum, Réquiem, entre algunos de los ritos católicos adaptados para las circunstancias y seguidos por buena parte de la población. Incluso terminado el conflicto armado se convocaba, por ejemplo, a la misa de comunión y agradecimiento, el viernes 11 de marzo a las 7:00 a.m. en el altar del Corazón de Jesús en la Catedral de San José, como agradecimiento “por haberse tan prontamente el estado de guerra con nuestra vecina república de Panamá.”³⁵³ En el mismo sentido, se organizó una misa el domingo 13 de marzo a las 8:00 a.m. en La Dolorosa, con procesión del Santísimo y Te Deum, con motivo de agradecer la finalización del conflicto.³⁵⁴

Entre estas muestras devocionales con relación a la guerra estuvo el (re)surgimiento de una devoción a la Virgen del Pilar. Durante varios días se anunciaban misas de rogación en la Iglesia del Carmen, para pedir “por la feliz y pronta terminación de la guerra.”³⁵⁵ Sin

³⁵⁰ *Diario de Costa Rica*, 15 de abril de 1921, p. 6.

³⁵¹ *Ibid.*

³⁵² *La Verdad*, 5 de marzo de 1921, p. 2.

³⁵³ *La Verdad*, 9 de marzo de 1921, p. 3.

³⁵⁴ *La Verdad*, 10 de marzo de 1921, p. 3.

³⁵⁵ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 3.

embargo, lo más llamativo con respecto a devociones es el rol central de la Virgen de los Ángeles en días posteriores al conflicto. Entre las razones de esto se encuentran, primero, algunas peregrinaciones hasta Cartago desde varios puntos del país como agradecimiento por el regreso de soldados vivos; segundo, el primero de mayo era considerado día de fiesta nacional sobre el once de abril.

De hecho, no hubo en la prensa ningún vínculo entre el conflicto con Panamá y la celebración del 11 de abril. Esto se debía en parte a que la celebración a Juan Santamaría, si bien tenía algún nivel de importancia, no implicaba una manifestación de nacionalismo a nivel de todo el país.³⁵⁶ Eso es particularmente llamativo en el año del centenario de la independencia. Era el 1 de mayo donde se conmemoraba la rendición del ejército de William Walker y en 1921, durante todo el mes de abril, se informaba de preparativos de la celebración del 64 aniversario de aquel evento. En ese marco, la Virgen de los Ángeles tuvo un rol fundamental en relación con el conflicto limítrofe. Para aquellos días de festejo se habilitó un servicio especial de trenes desde Alajuela y Turrialba, con lo que se conectó todo el Valle Central. Esto con ocasión de que, en Cartago se preparaba una ceremonia en honor a la Virgen, con motivo de la restauración de la paz en el país.³⁵⁷ Aquella actividad era, en esencia, “acción de gracias por el arreglo del pasado conflicto”; sin embargo, también estaba claro que los cartagineses deseaban posicionar el festejo y “darle un carácter nacional.”³⁵⁸

2.2. Adhesiones

Hubo muchas movilizaciones surgidas al calor de la campaña militar emprendida por el Gobierno. Sin embargo, el corto período del conflicto hizo que muchas otras ofertas de colaboración no se llegaran a concretar. A continuación se revisan algunas adhesiones brindadas al gobierno al respecto del conflicto con Panamá, por parte de diversos actores

³⁵⁶ Sobre la construcción de la memoria costarricense de la guerra contra los filibusteros ver: Víctor Hugo Acuña, *Memorias Comparadas: las versiones de la guerra contra los filibusteros en Nicaragua, Costa Rica y Estados Unidos (siglos XIX - XXI)*, Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2009. Sobre la construcción histórica de la celebración del 11 de abril ver: David Díaz Arias, *Historia del 11 de abril. Juan Santamaría entre el pasado y el presente: 1915-2006*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006.

³⁵⁷ *Diario de Costa Rica*, 17 de abril de 1921, p. 6.

³⁵⁸ *Diario de Costa Rica*, 22 de abril de 1921, p. 1.

sociales de la Costa Rica de 1921. Tanto el contenido de las ofertas como los actores que ofrecían, son de una variedad significativa. Sin embargo, se caracterizan todas por ser iniciativas que no necesariamente contaban con alguna planificación o potencialidad práctica. Eran más bien de tipo simbólico, buscaba dar muestra de la disponibilidad de quien la proponía, ante el gobierno de Julio Acosta.

Aunque el Poder Ejecutivo fue el que propició el inicio del conflicto, y buena parte del Congreso criticó sus decisiones durante y después del mismo, es importante señalar algunas excepciones. Desde la primera sesión en la que se discutió abiertamente la situación del conflicto internacional en el Congreso, surgieron voces apasionadas que solicitaron licencia para salir hacia el frente apoyando al Ejército organizado para la ocasión. Destacaron las iniciativas de José María Zeledón, así como los diputados guanacastecos Vargas Porras y Barberena.³⁵⁹ Por su parte, todos los magistrados de la República renunciaron a su inmunidad, para dar la posibilidad al Ejecutivo de convocarlos en labores de apoyo a la campaña del momento. Según el comunicado de los Magistrados, “[las inmunidades] no han de ser obstáculo para que sus servicios personales [de los magistrados] puedan ser aprovechados en el orden de actividades o empeños en que el Gobierno los considere útiles.”³⁶⁰

La eventual participación de los Magistrados en el conflicto con Panamá no habría atrofiado las labores del Poder Judicial del país. Esto porque el Congreso había decretado que todos los términos y plazos de ley, así como trámites judiciales, de todos los “que presten servicio”, a partir del día de publicación del decreto y hasta “diez días después de que haya tenido una solución definitiva el actual conflicto internacional” quedaban suspendidos.³⁶¹ Es decir, el mismo Congreso que encarnaba una férrea oposición a la administración Acosta, llegó a dejar abierto un pórtico para pausar procesos judiciales sobre todo aquel que lograra involucrarse de alguna manera en la campaña nacional. Esto es importante porque, el cese producto de la intervención estadounidense, no implicó la “solución definitiva” mencionada por los diputados. Por lo tanto, cabe cuestionar hasta qué momento se pospusieron las resoluciones que podrían haber afectado a ciertos personajes de la sociedad costarricense.

³⁵⁹ Eduardo Oconitrillo, *Julio Acosta.*, p. 260.

³⁶⁰ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 3.

³⁶¹ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

También muchas organizaciones civiles hicieron oficial su adhesión al gobierno. Una de las primeras adhesiones fue ofrecida por el Club Sport La Libertad, que en ese momento se perfilaba como un modelo en cuanto a organización y poder de convocatoria en términos deportivos y sociales. En primera instancia, Víctor M. Rojas, secretario de la organización, comunicaba a Aquiles Acosta, Secretario de Guerra y Marina, la decisión de la directiva de convocar a una asamblea para definir acciones concretas en favor del Gobierno, el lunes 1 de marzo a las 7pm.³⁶²

Poco después se conoció que dos miembros del equipo de fútbol de esa institución partían a los frentes del conflicto: uno al Caribe y otro al Pacífico,³⁶³ además de enviar un grupo de sus miembros con la Cruz Roja, “a ofrendar nuestra sangre por redimir a nuestra Patria.”³⁶⁴ Por su parte, el Auto-Club de Costa Rica anunció que prestaría el servicio de sus automóviles a la Cruz Roja, y anunciaba que los asociados que no pudieran asumir el gasto de la gasolina, serían apoyados económicamente en este rubro por la asociación.³⁶⁵ Además, el almacén Marconi organizó un grupo de electricistas y técnicos que trabajarían, de ser necesario, con el Gobierno del país. Al mando de Santos Pastor, su objetivo era conformar “un servicio de electricidad en todas sus formas.”³⁶⁶

Destacaron también ofrecimientos de personalidades particulares. Pedro Pérez Zeledón ofreció levantar, por su cuenta, un hospital de sangre en Esparta. Además, Ofelia González de Lahman ofreció 25000 colones al gobierno, cuando se considerase necesario, ya fuera en dólares o en libras esterlinas.³⁶⁷ Por último, el médico Nazario Toledo, quien había participado de las movilizaciones militares en 1898, señalaba que debido a su edad no podía sumarse a la campaña contra Panamá. Sin embargo, por medio del diario *La Verdad* ofrecía sus servicios médicos gratuitos a las familias pobres de soldados que marcharan a la campaña.³⁶⁸

Las colonias extranjeras en Costa Rica fueron, en conjunto, el grupo que más destacó por sus rápidas y variadas ofertas de ayuda. Por medio del *Diario de Costa Rica* el

³⁶² *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 5.

³⁶³ *La Tribuna*, 1 de marzo de 1921, p. 6.

³⁶⁴ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

³⁶⁵ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 2.

³⁶⁶ *La Verdad*, 2 de marzo, p. 3.

³⁶⁷ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, edición de la tarde, p. 3.

³⁶⁸ *La Verdad*, 6 de marzo de 1921, p. 1.

2 de marzo, en la que Julio Ducuron, un veterano suboficial del ejército francés en la I Guerra Mundial, residente en Costa Rica como producto de su licencia permanente debido sus heridas, ofrece su ayuda al gobierno.³⁶⁹ Eugenio Albertazzi, capitán del ejército italiano en la Primera Guerra Mundial también se ofrecía con base en sus competencias en asaltos a trincheras, además de “instructor, bombeador o espadachín.”³⁷⁰ En los primeros días del conflicto, concentró mucha atención la posibilidad de que el gobierno usara en su favor el avión del piloto italiano Venditti. Éste se encontraba de gira en el país cuando inició el conflicto y, aunque el avión estuviera algunos problemas mecánicos, se esperaba que estuviera reparado el 5 de marzo para funcionar como correo entre Puntarenas y la frontera, con vuelos de cuatro horas de duración.³⁷¹

Asimismo, seis militares nicaragüenses -General Emilio Castillo Chamorro; coroneles Alfredo Raytel, José Porras, Justiniano Vargas; Oficiales Adán Bermúdez y Bernardo Acevedo- ofrecían al gobierno sus servicios en la formación militar de los voluntarios que partieran a los frentes.³⁷² La colonia mexicana también manifestaba su apoyo a la causa costarricense. El Coronel Mendoza Rosado, Teniente Coronel Alfonso Echegaray, Luis Jurado, Fernando Martín, Francisco Lezama y Ramón Lezama hacían público su apoyo a Costa Rica el 6 de marzo, basados en que “Costa Rica simboliza el derecho y la justicia, y la justicia y el derecho simbolizan a Dios.”³⁷³ Lo mismo hacían los cubanos Coronel Leopoldo Barreto, Antonio Villaplana, Aniceto Odio, E., Ramón Guilarte, Eladio Odio, E., Rogelio e Ismael Odio E. y Gregorio J. Gómez.³⁷⁴

Un caso particular entre las colonias extranjeras fueron los colombianos. Por un lado, existían suspicacias sobre el hecho de que Colombia quisiera apoyar a Panamá en el conflicto, para después recuperarla como provincia anexa. Además, en algunos casos no estaba clara la identificación nacional que tenían algunos residentes colombianos en Panamá. En consonancia con este tipo de dudas, existían aclaraciones como la realizada por Luis de Bedoat, adhiriéndose a la causa costarricense en el conflicto. Además aclara,

³⁶⁹ *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 4.

³⁷⁰ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p.1.

³⁷¹ *El Herald*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

³⁷² *La Tribuna*, 1 de marzo de 1921, p. 4.

³⁷³ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 2.

³⁷⁴ *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 1.

producto de algunos malentendidos, que es colombiano y no panameño.³⁷⁵ El cónsul colombiano en Costa Rica, Eloy Truque, comunica la oferta de servicios militares de algunos coterráneos suyos. Aunque no existe información de la puesta en práctica de dicha oferta, se trataba de, por lo menos, 24 personas.³⁷⁶

La población afrodescendiente de Costa Rica intentaba hacer parte de la guerra, formaban parte de aquellos dispuestos a defender la soberanía de la Nación. Desde los primeros movimientos provocados por el conflicto en Limón, había llegado noticia a San José de la adhesión de la Sociedad Metodista de aquel puerto, comunicada por medio de Mr. Edwards y Jaime Brenes, representantes del movimiento.³⁷⁷ Cuando se informaba de muestras de apoyo en el centro de la localidad o salida de voluntarios hacia Sixaola, no se omitía señalar que “el entusiasmo patrio es tal que hasta los negros piden sean enganchados al ejército para ir a combatir.”³⁷⁸

Aunque en Limón se concentraba la mayor parte de la población afrodescendiente, en el *Diario de Costa Rica* se retomó una argumentación muy llamativa. David Rodríguez, “miembro de la colonia negra” de San José, quien consideraba absurda una publicación hecha en el diario *La Tarde*, acerca del posible rol de Marcus Garvey en cuanto a la posible mediación de la Black Star Line en el conflicto entre Costa Rica y Panamá. Consideraba Rodríguez que nada tenía que hacer la asociación fundada por Garvey al respecto y que ellos [la colonia negra en Costa Rica] servirían a Costa Rica incondicionalmente.³⁷⁹

Vale la pena también tomar en cuenta la participación de grupos obreros en el conflicto, tomando en cuenta que la identidad de clase puede implicar algún tipo de resistencia ante proclamas nacionalistas, necesarias para articular el apoyo civil a la campaña militar propuesta por algunos sectores del gobierno. En el inicio de una década particularmente conflictiva en términos sociales, llama poderosamente la atención que instancias obreras no tuvieran alguna lectura de clase del conflicto. Por lo menos una que hiciera cuestionar las acciones del gobierno y, en ese sentido, frenar el apoyo a una disputa por regiones cuyas tierras eran, como regla general, grandes latifundios. Como muestra de la preminencia de la identidad nacional sobre la de clase, la Federación de Trabajadores de

³⁷⁵ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 4.

³⁷⁶ *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 1.

³⁷⁷ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, edición especial, p. 1.

³⁷⁸ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 1.

³⁷⁹ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, pp. 2 y 3.

Limón, aseguraba desde el primero de marzo el apoyo “de blancos y negros de forma unánime” en favor del gobierno de Julio Acosta.³⁸⁰

Al revisar las acciones de los grupos obreros, resulta claro que no existía entre ellos una voz disidente en torno a la pertinencia de llevar a cabo el conflicto o no. Por tanto, el único grupo que podría haber llevado la batuta en el sentido de ejercer sienta resistencia ante una guerra nacional era aquellos que tuvieran una identidad de clase que primara ante la identidad nacional. Sin embargo, esa posibilidad se disipa al revisar la evidencia, pues ninguna agrupación obrera alzó su voz desde una trinchera clasista que pudiera más que el nacionalismo articulado entre la prensa y el gobierno.

El 1 de marzo, la Federación Gráfica Costarricense inició una “contribución popular” en favor de las familias cuyos cabezas de hogar partían al frente.³⁸¹ Es decir, se secundaba la iniciativa benéfica emprendida por las principales familias de la sociedad josefina y de otros pueblos del país. Días después, se publicó en el diario *La Tarde* una carta de treinta y seis mujeres, vecinas cuya residencia no se especifica, quienes ofrecen al presidente de la República sus servicios para hacer bizcochos para los soldados.³⁸² Vigilio Calvo Brenes, secretario de la Junta de Sastres del Mutuo Socorro, informaba que la directiva de esta agrupación había decidido dar la adhesión al gobierno. Además, convocó a una asamblea general de asociados para ofrecer un “contingente más efectivo.”³⁸³

En esta misma línea, destaca la iniciativa de algunos obreros puntarenenses. Según el semanario de aquel puerto, *El Viajero*, algunos obreros de la ciudad fueron más allá de las muestras de apoyo simbólico al gobierno. En realidad, se organizó entre ellos el llamado Batallón Mancha Brava, inicialmente a cargo de Marco A. Molina. Al no ser dado de alta por parte de la Secretaría de Guerra, dicho contingente se incorporó al grupo a cargo del General Villegas y que hizo pausa en Puntarenas antes de seguir su ruta hacia la región del Pacífico Sur.³⁸⁴

En términos prácticos, las adhesiones de este tipo significaban resultaban útiles más para quien las ofrecía, que para el gobierno de Costa Rica. El gesto de ponerse a las órdenes para *lo que fuera*, en un contexto donde no estaban claras las dimensiones espacio-

³⁸⁰ *La Tribuna*, 1 de marzo de 1921, p. 5.

³⁸¹ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 5.

³⁸² *La Tarde*, 4 de marzo de 1921, p. 1.

³⁸³ *La Tarde*, 4 de marzo de 1921, p. 1.

³⁸⁴ *El Viajero*, 7 de marzo de 1921, p. 1.

temporales del conflicto, el plan a seguir por el gobierno del país, ni la capacidad real de los actores que ofrecían su apoyo, significaba más una legitimación a tono del discurso de identidad nacional, que iniciativas reales de acción.

3. Implicaciones económicas del conflicto

No todo fue fidelidad y patriotismo en la guerra con Panamá; también hubo dificultades de tipo económico, tanto para la administración Acosta como para la población en general. En este apartado se revisan manifestaciones de los dos tipos vinculadas al conflicto. Por un lado, se establece un recuento de las donaciones que recibieron el Gobierno y la Cruz Roja, principalmente. Por otro lado, se matizan algunas formas en las que comerciantes y empresarios de la época ofrecían colaboraciones económicas al calor del momento, que posteriormente significaron una carga extra para las arcas debilitadas del Estado costarricense. Además, se finaliza con una revisión rápida de efectos que tuvo el breve conflicto para la economía cotidiana de la sociedad costarricense y su población en general, con elementos como el nivel de precios que sufrieron una distorsión importante durante meses posteriores al conflicto.

3.1. Donaciones

En un contexto de flaqueza económica, el gobierno debía echar mano a fuentes extraordinarias de financiamiento para poder sostener la campaña bélica que se había iniciado contra Panamá. Esto, sumado a la división social heredada de la dictadura de los Tinoco, resultó en que muchos sectores del país, la mayoría adinerados, aprovecharan para dotar de recursos monetarios algunas labores del gobierno, y presentar sus acciones como gestos de patriotismo.

Hubo una importante serie de donativos que dieron un margen mayor para actuar en la campaña. Las primeras fueron en beneficio la Cruz Roja. Un día después de la constitución de su directiva, se abrió una lista de suscripción voluntaria organizada por el *Diario de Costa Rica*. En los días siguientes días, el diario publicaba nombres de prominente

ciudadanos del país con una suma importante de dinero puesto a disposición de la nueva organización. Entre ellos se encontraban: Felipe Alvarado, los obreros de Obras Públicas, Sauma e Hijos, Guillermo Crespi, Eduardo Carrillo, Jorge Tristán, Francisco Mayorga Rivas, Gonzalo Zayas y Alberto Jiménez Coto, que juntos aportaron cerca de 1360 colones.³⁸⁵ En días posteriores, a esa misma lista de contribuyentes se sumaron personalidades como Bernardo y Maximiliano Soto, Carlos Salazar, Carlos Durán, Isaac Zúñiga, Miguel Reyes, Carlos María Jiménez, Antonio y Miguel Giustiniani, entre otros, que aportarían otro tracto equivalente a 3500 colones.³⁸⁶

El comité de Cruz Roja de Puntarenas había conseguido en pocos días un donativo que rondaba los 20.000 colones.³⁸⁷ Por su parte, los ayuntamientos de Liberia y el de Santa Cruz, contribuían con 3.500 colones.³⁸⁸ En Cartago, el recién formado Comité Patriótico fundado para la recolección de fondos, tres días después de haber iniciado sus labores poseía poco más de 8.000 colones, insistiendo en los “rasgos de patriotismo” implícitos en las grandes sumas de poderosos agricultores de la zona como Zenón Castro.³⁸⁹ Las iniciativas anteriores eran básicamente organizaciones de beneficencia. Desde ese punto de vista, las élites en Costa Rica no apoyaron económicamente la campaña militar del Gobierno, pero sí sostenían buena parte de los gastos indirectos que podían resultar de dichas acciones. Sin embargo, no todas las ayudas para la atención médica de los soldados eran caridad de las élites, sino que hubo iniciativas obreras para apoyar dichos gastos. La Sociedad de Socorros Mutuos del Taller de Obras Públicas donó, inicialmente, 500 colones, pero luego ofreció el 10% de los sueldos mensuales de sus empleados para sostener la campaña hasta que fuera necesario.³⁹⁰

También la Junta de Socorros para las familias de soldados contó con numerosos donativos favor. Por ejemplo, los empleados del Banco Mercantil donaron, apenas en los primeros momentos en que la opinión pública conoció el conflicto, la suma de 340 colones.³⁹¹ Los empleados municipales de San José crearon un fondo de contribución

³⁸⁵ *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 3.

³⁸⁶ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 1.

³⁸⁷ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 1.

³⁸⁸ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 2.

³⁸⁹ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 2.

³⁹⁰ *La Tarde*, 2 de marzo de 1921, p. 3.

³⁹¹ *La Tarde*, 1 de marzo de 1921, p. 3.

permanente, que rebajaría un porcentaje de su salario mensual; en un inicio esa suma rondaba ya los 380 colones.³⁹² Los donativos en efectivo fueron de manera clara un medio por el cual las colonias extranjeras y otras agrupaciones ciudadanas se congraciaron con un gobierno. Por ejemplo, la colonia suiza entregó 500 colones al gobierno costarricense por medio de su consulado en el país.³⁹³ Los españoles radicados en San José habían recolectado para el 3 de marzo la impresionante suma de 34.000 colones.³⁹⁴ Los sirios siguieron un patrón similar, aunque en cantidades menores. La familia Esna, residente en Liberia, enviaba mil colones al gobierno,³⁹⁵ mientras los residentes en San José recolectaron poco más de cuatro mil, gracias a los aportes de familias como Yamuni, Zarkis, Tabusch, Nassar, Barzuna.³⁹⁶

Por su parte, la colonia china tuvo una articulación importante, fundamentalmente en los dos puertos del país: Puntarenas y Limón. En Puntarenas donó 3.000 colones cuyo objetivo era lograr el establecimiento del hospital de sangre de aquella provincia, clave por demás para conectar la capital con la región del Golfo Dulce.³⁹⁷ En Limón, fundó la Liga Nacional China, que el 5 de marzo entregaba un cheque a nombre del gobierno por un monto de 3.700 colones.³⁹⁸ En Cartago, Emilio Chaverri y Hans Herz, colombiano y alemán respectivamente, informaban la recolección de 1570 colones entre los extranjeros de aquella ciudad.³⁹⁹

La redacción del *Diario de Costa Rica* agradecía también a los Hermanos Lezama, “súbditos mexicanos” y residentes en Heredia, lugar donde administraban un teatro, que apenas iniciado el conflicto limítrofe, en una de sus funciones produjo cerca de 300 colones para luego ofrecerla a las arcas nacionales que serían destinadas a la campaña del momento.⁴⁰⁰ Aunque no hay evidencia de donaciones efectivas, también la colonia italiana en el país organizó en una comisión de recolección de fondos, cuya directiva la componían

³⁹² *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 4.

³⁹³ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 1.

³⁹⁴ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 3.

³⁹⁵ *La Tarde*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

³⁹⁶ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 2.

³⁹⁷ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

³⁹⁸ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 3.

³⁹⁹ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 2.

⁴⁰⁰ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

José Brunetti, Vittorio Gei, Eugenio de Benedictis, Mario Urbini, Pacual Pandolfi, Rafael Delcore, Ange Cavallini y Mario Scaglietti.⁴⁰¹

Ahora bien, no todas las donaciones económicas se hicieron en términos monetarios, sino en especie. José Amador, dueño de la panadería La Fortuita, ofrecía al gobierno la elaboración de dos quintales de harina diarios gratis.⁴⁰² El 4 de marzo, se publicaban las ofertas de Miguel Armijo (un saco de frijoles blancos), Carlos Sabatino (50 colones y un revólver Colt 38), José Hernández (el uso de sus coches), José Daly (reparación gratuita de la maquinaria), entre otros.⁴⁰³ En esa misma fecha se hizo pública otra serie de ayudas, esta vez en favor de la Cruz Roja. A su vez, la maestra Vitalia Madriga ponía a servicio de la administración Acosta el uso de 4 máquinas de coser.⁴⁰⁴ Algunas otras personas aportaron elementos que tenían que ver no tanto con el apoyo en labores de Cruz Roja, sino específicamente con lo militar. En Puntarenas, empresarios como Felipe J. Alvarado, José Suñol, Santiago Sagel y Empresa de Transportes Marítimos, a cargo de Manuel Burgos, ponían a disposición del gobierno las lanchas que fueron necesarias en la campaña contra Panamá.⁴⁰⁵

Algunas empresas introdujeron una nueva forma de colaborar con la breve campaña militar en aquellos días de alta combustión social. Se estableció una relación entre ir a los frentes de batalla y la protección salarial de algunos patronos como muestras de patriotismo. Ejemplos de lo anterior los hubo desde varios tipos de negocios. Por ejemplo, el dueño del Teatro Moderno, Perry Hilton, pagaría el 50% del sueldo a los empleados ausentes durante la campaña, y les reservaría su lugar en la empresa.⁴⁰⁶ Del mismo beneficio disfrutarían aquellos que partieran a la línea fronteriza y que trabajaran para el periódico *La Prensa*.⁴⁰⁷ Algunos patronos aseguraban incluso que el salario se duplicaría como recompensa a la causa bélica costarricense.⁴⁰⁸

No obstante, el acaudalado terrateniente cartaginés Ricardo Pacheco, prometía apenas “medio jornal diario” para quienes salieran a alguna de las líneas de batalla preparadas por

⁴⁰¹ *La Tarde*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

⁴⁰² *Diario de Costa Rica*, 2 de marzo de 1921, p. 1.

⁴⁰³ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 3.

⁴⁰⁴ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 3.

⁴⁰⁵ *El Heraldo*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

⁴⁰⁶ *La Verdad*, 5 de marzo de 1921, p.1.

⁴⁰⁷ *La Tarde*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

⁴⁰⁸ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 3.

el gobierno.⁴⁰⁹ Otros ofrecieron una colaboración de mantener el salario, pero dicha oferta se hizo pública el mismo día en que llegaban noticias al país del armisticio propiciado por el gobierno estadounidense. Este fue el caso de Compañía de Seguros El Hogar, quien donaba 500 colones a la causa bélica y ofreció seguir devengando el salario a todos los trabajadores que se dieran de alta en el servicio militar.⁴¹⁰ Tal fue el entorno de algarabía por partir hacia la frontera que incluso hubo negocios que cesaron a sus labores, sin que haya prueba de que existiera permiso laboral para sus trabajadores: el Royal Bar fue el primer local comercial que se vio obligado a cerrar por falta de trabajadores en el contexto del conflicto.⁴¹¹

El sector público no estuvo exento de esta dinámica. La alcaldía de San José anunciaba que daría el sueldo íntegro a las familias de los trabajadores que partieran en las filas del ejército costarricense, pero a la vez pedía al gobierno no dar de alta a sus empleados a menos que fuera estrictamente necesario.⁴¹² Esta petición no era del todo extraña, pues el Gobierno había prohibido a ciertos sectores institucionales sumarse a la campaña. La Secretaría de Guerra, por medio de su acuerdo número 23, prohibió ir a la guerra a los empleados de Contabilidad Nacional.⁴¹³ Por su parte, los empleados del Correo, que tampoco tenían permitido partir como voluntarios, empleaban horas extras sin cobro alguno de las 8:00 p.m. a las 12:00 m.n., daban 70 colones y ofrecían la misma suma mensualmente mientras fuera necesario.⁴¹⁴ También hubo casos de empleados públicos que fueron “trasladados al régimen militar”: los que trabajaban en telégrafos y teléfonos oficiales, para el Ferrocarril al Pacífico, y los del servicio de cabotaje del Golfo de Nicoya.⁴¹⁵ Un caso significativo, útil para dimensionar el nivel de legitimidad y apoyo de la campaña bélica contra Panamá, es el ofrecimiento una mujer, con apellidos Salazar de Rivera, quien pide al director de Obras Públicas que le permita reemplazar a su esposo como trabajadora de la secretaría de esa dirección. Esto para que su esposo pueda ir a la

⁴⁰⁹ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, p. 3.

⁴¹⁰ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 2.

⁴¹¹ *Diario de Costa Rica*, 3 de marzo de 1921, edición de la tarde, p. 2.

⁴¹² *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 4.

⁴¹³ *La Tarde*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

⁴¹⁴ *La Tarde*, 5 de marzo de 1921, p. 2.

⁴¹⁵ *La Tarde*, 2 de marzo de 1921, edición de la noche, p. 3.

guerra, “para que pueda disfrutar de la gloria de haber sido uno de los que han de salir en las primeras expediciones”⁴¹⁶

Además del mantenimiento en el pago salarial, muchos empresarios ofrecían préstamos significativos al Gobierno, y en no pocas ocasiones la prensa presentaba esto como indudables muestras de patriotismo. La Casa Comercial de los Lindo Brothers ofreció cien mulas cargadas para hacerse cargo de la alimentación de las tropas en el Pacífico o en el Caribe.⁴¹⁷ Por su parte, Feoli y Bruno ofrecían por aquellos días una cantidad de dos mil frazadas y aplicaba supuestamente un 25% de descuento en la venta para el gobierno.⁴¹⁸ Este perfil de oferta significaba aportes importantes para un gobierno apenas estabilizando al país económicamente, pero lo endeudaba con tal de proclamar por la vía armada la soberanía en su región fronteriza.

Las ofertas llegaban de distintos puntos, y de hecho la información disponible retrata que las implicaciones del conflicto con Panamá trascendieron, por mucho, los límites del Valle Central. Comerciantes prominentes como los siguientes ofrecían crédito ilimitado al gobierno: Jacobo Sánchez, Gil Con, Man Chong Sing, Benjamín Sánchez, Enrique Cordero, Vidal López, Julio Roghnett, Rafael Castillo y Tomás Hernández.⁴¹⁹ Una de las principales ofertas fue la de Teodoro Roiz y Humberto Álvarez, que ofrecieron un préstamo por veinte mil colones al gobierno, el cual fue aceptado por el Ministro de Guerra.⁴²⁰ Justo un día antes de conocerse el armisticio negociado en Almirante, Miguel Reyes, dueño de una hacienda en Chomes de Puntarenas, puso a disposición del gobierno no solo “las bestias” de carga (previamente solicitadas por el gobierno al administrador del lugar), sino todos los activos de la hacienda, sus trabajadores incluidos.⁴²¹

También en Limón hubo muestras de distintos grupos para congraciarse con el objetivo del ejército costarricense de asegurar la soberanía en su frontera sur. Mediante una carta con fecha del 1 de marzo, Juan José León le ofrecía a Abel Robles, comandante de plaza de Limón, un 25% de descuento en los precios de costo en su almacén.⁴²² Desde esa misma

⁴¹⁶ *La Tarde*, 4 de marzo de 1921, p. 1.

⁴¹⁷ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 2.

⁴¹⁸ *La Tarde*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

⁴¹⁹ *El Heraldo*, 11 de marzo de 1921, p. 1.

⁴²⁰ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 1.

⁴²¹ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 2.

⁴²² *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 3.

fecha, la United Fruit Company puso a disposición del gobierno de Costa Rica todos sus comisariatos, ferrocarriles y propiedades en el país.⁴²³ De hecho, José Patricio Cunningham, empleado de la Northern Railway Company, subsidiaria en Costa Rica de la UFCo., resultó implicado en los movimientos militares de Costa Rica en el sector de Sixaola como conductor del tren que transportaba las ayudó al grupo de militares que marchaban bajo el mando de José María Pinaud a emplazar la ametralladora junto al comisariato.⁴²⁴ Esto calza parcialmente con lo dicho en una de las reconstrucciones históricas del conflicto desde la perspectiva panameña, se ha afirmado que la UFCo. ayudó a Costa Rica con transporte y alimentos para invadir Bocas del Toro.⁴²⁵

Tal era la necesidad económica para hacer frente a los gastos del conflicto, que el Gobierno estaba dispuesto a aprobar un empréstito de tres millones de colones. Para ello, cada uno de los bancos josefinos suscribió cien mil colones. Al conocerse el aporte de los banqueros capitalinos, el discurso para animar las ayudas restantes para alcanzar el primer millón era el siguiente: “lo que falta se completará dentro de pocas horas pues son muchos los capitalistas que están deseosos de servirle al Gobierno y a la patria en estas circunstancias especiales en que está en peligro nad [sic] más que la propia soberanía, y el hogar de nuestros mayores.”⁴²⁶

3.2. Costos para el Estado

No obstante las muestras de apoyo económico mostradas al calor del conflicto por diversos negocios dentro del país, hubo también dificultades económicas propias de tensiones como las que se experimentaban en aquellos días. De manera paralela a la guerra, se discutía el manejo de precios de productos básicos por parte de algunos comerciantes. Algunos locales comerciales como el Almacén Siglo Nuevo y el Bazar de San José, anunciaban una sonada rebaja de precios entre el 3 y el 10 de marzo, en productos de ropas, telas y abarrotes. En esos mismos anuncios sugerían, eso sí, comprar pronto pues “los

⁴²³ *Diario de Costa Rica*, 1 de marzo de 1921, p. 5.

⁴²⁴ Oconitrillo, *Julio Acosta.*, p. 264.

⁴²⁵ Porras Schulte-Wrede, *Análisis histórico diplomático del conflicto de límites entre Costa Rica y Panamá: Guerra de Coto*, p. 77.

⁴²⁶ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 3.

precios en el extranjero están subiendo nuevamente.”⁴²⁷ Otros comerciantes como Ulises Ramírez y Francisco Gené publicaban también una lista de artículos con precios supuestamente generosos que ponían a disposición en su bodega ubicada a 75 metros al oeste del Banco Internacional.⁴²⁸

El siguiente es un caso particular sobre las relaciones comerciales que surgían entre el Gobierno y comerciantes. En abril de 1921, con la llegada de Andrés Bonifait, quien en su finca en el Caribe ofreció “atenciones a la oficialidad y tropas que pasaron por su casa camino a Almirante”⁴²⁹ Sin embargo, la presencia del francés en San José correspondía al cobro de la cuenta pendiente por los servicios y daños sufridos por el paso de las tropas por sus terrenos, para lo cual contaba con las firmas de los militares a cargo que aprobaban el cobro; la cuenta ascendía a 3.049,70 colones.⁴³⁰

Además de la deuda del gobierno, en el país había un importante nivel de especulación. Un caso que puede dar alguna luz al respecto es el de tres comerciantes cartagineses que compraron dulce en Alajuela a 55 colones el quintal, dejándolo a los revendedores a 60, con la condición de no venderlo a más de 65.⁴³¹ Estas diferencias de precios llegaron a un punto tal que recibió iniciativas para su control desde el gobierno local de San José y del mismo Poder Ejecutivo que envió un proyecto de ley al Congreso para su regulación. En ese marco, la Intendencia Militar ordenaba al comercio enviar nota con cantidad y precio de: maíz, arroz, frijoles, harina y manteca.⁴³² Y la prensa, al anunciar las noticias sobre tráfico y especulación de víveres, llama al ejecutivo a “reprimir esto que es un abuso en toda la extensión del vocablo.”⁴³³

Esta situación sobre los precios de productos básicos contó con diferentes tonos en cuanto a las quejas sobre el mismo. Uno de ellos fue que se ponía mayor énfasis en cuestionar cuántos voluntarios debían ir a los frentes del conflicto. “Nada hacemos con tener miles de soldados en el frente si carecemos de alimentos para ellos y para nosotros y es necesario prever y evitar.”⁴³⁴ Pocos días después del armisticio, la Intendencia Militar

⁴²⁷ *La Tarde*, 1 de marzo de 1921, p. 3.

⁴²⁸ *Diario de Costa Rica*, 4 de marzo de 1921, p. 2.

⁴²⁹ *La Tribuna*, 2 de abril de 1921, p. 5.

⁴³⁰ *La Tribuna*, 3 de abril de 1921, p. 3.

⁴³¹ *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 3.

⁴³² *Diario de Costa Rica*, 5 de marzo de 1921, p. 1.

⁴³³ *La Tarde*, 3 de marzo de 1921, p. 2.

⁴³⁴ *La Tribuna*, 4 de marzo de 1921: p. 2.

comunicaba que, por un lapso indefinido, se subastaba en pequeñas cantidades los granos básicos que se compraron con ocasión del conflicto.⁴³⁵ Esta fue una de las maneras en que el Gobierno trataba de subsanar las pérdidas que había tenido de la cuestión bélica.

Apenas pasado el conflicto, el gobierno tomó la medida de solicitar en el extranjero una gran cantidad de artículos de primera necesidad, esto por el acaparamiento de algunos comerciantes que el *Diario de Costa Rica* consideraba como “sin conciencia, sin Dios, sin patria [que trataban de] especular con la miseria”⁴³⁶ Varios sectores de la prensa rechazaban la guerra como causal del aumento en los precios, “pues la guerra duró solamente una semana escasa. Esos abusos de los pulperos hay que reprimirlos fuertemente”⁴³⁷ Cerca de un mes después de haber finalizado el conflicto, todavía había reservas de maíz, arroz, frijoles y otros granos de primera necesidad, que ahora eran transferidos a los graneros oficiales, que “siguen favoreciendo al verdadero proletariado y que han venido siendo el termómetro de la situación. Algo así como un dique que cierta clase de explotación.”⁴³⁸ Es decir, la problemática definitivamente tuvo resonancia hasta una considerable cantidad de días después, y el descontento popular no se hacía esperar ante ello.

4. Conclusiones

El largo camino que recorrido por los gobiernos costarricenses en relación a la disputa por su línea fronteriza sur detonó en un conflicto armado con Panamá a inicios de 1921. Los pocos estudios realizados hasta el momento se han concentrado en las gestiones diplomáticas y eventos armados, dejando como conclusión que se trató de un conflicto de dimensiones poco relevantes. Sin embargo, la información revisada en este capítulo da cuenta de que, a nivel social, hubo un nivel de agitación y organización social con motivo del conflicto, que desmiente la perspectiva que resta importancia a lo acontecido en aquel momento. Dicho de otro modo, la valoración de este episodio no debe limitarse a lo meramente técnico y militar, sino al importante nivel de legitimidad con el que contó, y gracias a lo que hubo movimientos de distintos tipos a lo largo y ancho del país.

⁴³⁵ *La Verdad*, 18 de marzo de 1921, p. 3.

⁴³⁶ *Diario de Costa Rica*, 6 de marzo de 1921, p. 2.

⁴³⁷ *La Tarde*, 17 de marzo de 1921, p. 1.

⁴³⁸ *Diario de Costa Rica*, 5 de abril de 1921, p. 7.

En primer lugar, hubo voluntad política de miembros de los tres poderes de la República para organizar institucionalmente lo que fuera necesario para liderar la campaña contra los panameños. Esto significó que, al margen de acusaciones permeadas por diferencias políticas, hubo un consenso de apoyo a la causa nacionalista. Estas labores de organización militar fueron complementadas por un determinante apoyo económico por parte de los grupos más pudientes, canalizado por medio de la Cruz Roja y la Junta de Socorros, principalmente. Estas dos instancias no solo tuvieron como objetivo inicial asistir médica y materialmente a los soldados, sino que se encargaron también de asistencia económica de sus familias. Por tanto, lo que en la superficie era presentado como una labor de guerra, contenía un importante elemento moral: la caridad.

En cuanto al Estado Mayor del Ejército costarricense que organizó las acciones estratégicas para contener a los panameños en el Pacífico e invadir ese país por el Caribe, cabe señalar que se conjugaron representantes de los grupos antagónicos en términos de la política interna del país. Miembros como José María Pinaud y Jorge Volio, leales al gobierno desde el inicio de sus gestiones, compartían su participación en la mesa de decisiones tácticas con algunos de los más enconados y conocidos militares tinoquistas como Rafael Villegas y Fernando Cabezas, entre otros. Esto es una muestra inequívoca de que la misma campaña militar fue terreno de disputas por las responsabilidades a nivel militar de la causa nacional. Era el Estado Mayor, por decirlo otra manera, un nivel más de la disputa de facciones de la política costarricense.

Dicho Estado Mayor necesitaba un número de soldados mayor al que tenía disponible el ejército regular del país, para hacer frente a las dimensiones progresivamente tomaba el conflicto. En ese sentido, se echó mano de un gran número de voluntarios que complementarían las labores de los militares de oficio. Como parte de este voluntariado de guerra, destacaron varios personajes bien conocidos del sector educación del país. Directores y maestros connotados de los principales centros educativos del país como el Instituto de Alajuela, la Escuela Normal, el Liceo de Costa Rica; entre ellos los casos significativos de Luis Dobles Segreda, Omar Dengo. Estas caras conocidas y con una buena valoración a nivel social eran fundamentales porque legitimaban la aventura bélica impulsada por el gobierno.

La prensa destacó no solo el rol activo de maestros, sino de maestras en labores meramente domésticas, además de un grupo de mujeres que lograron ser aceptadas en uno de los contingentes de Cruz Roja que marcharon a la región fronteriza. Las autoridades y el discurso reproducido desde la prensa capitalina y puntarenense no hacían más que entronar la participación de personajes del sector educativo para presentar la participación en la guerra como un elemento de formación cívica fuera de las aulas. Por esa misma razón, fue destacada entre las noticias la participación de líderes de los Boys Scouts y mujeres que, al no tener espacio en lo militar, dedicaban su tiempo desde sus casa o centros habilitados para labores de asistencia.

Otro elemento para dimensionar con más claridad la importancia del conflicto en la época en que discurrió, es poner atención no solo al número de personas que llegaron a la frontera o las iniciativas que se concretaron, sino a todas aquellas que fueron preparadas o estaban en proceso de serlo. Los motivos por los cuales no pudieron ser finalizadas responden en algunos casos al poco tiempo antes de que se declarara el armisticio o porque el mismo gobierno no respondía afirmativamente algunas de esas propuestas de apoyo. Sin embargo, desde la sociedad civil se organizó diversidad de muestras de apoyo y se confirmaba con ello la legitimidad de la defensa de la soberanía nacional como única –pero más que suficiente- justificante de la guerra contra Panamá.

En medio de estas iniciativas locales cabe destacar tres grupos que fungieron como catalizadores del compromiso con la guerra: la Iglesia, las autoridades locales (jefes políticos como agentes de policía) y colonias extranjeras. De lugares lejanos con respecto a San José la información de corresponsales sobre las muestras de simpatía con las acciones del gobierno se caracterizaban por señalar cómo los vecinos eran motivados y organizados conjuntamente entre los sacerdotes de la localidad y las autoridades del mismo lugar. Incluso hay un caso de mucho peso en el que el cura de Desamparados anima a los fieles a da su vida por la Patria si es necesario. Por parte, hay información muy significativa en la que el Gobernador de Heredia mandó explícitamente a las autoridades locales de la provincia bajo su mando, a que coordinaran esfuerzos con los curas y vecinos influyente para lograr apoyo económica a la causa bélica.

Mientras las autoridades civiles y religiosas de los pueblos cumplían con la labor ya descrita, los grupos económicamente poderosos y colonias extranjeras hacían lo propio por

insertarse en la lógica imperante de evidenciar el patriotismo mediante el incentivo a la guerra. No siempre los poderosos eran extranjeros, pero en buena medida hubo una confluencia entre ambos grupos. Esto queda en evidencia gracias a los recursos que fueron puestos a disposición del gobierno, ya fuera en términos de servicios militares, préstamos monetarios o en especie, créditos irrestrictos, o servicios tan específicos como el servicio de policía ofrecido por la colonia española en San José. Este tipo de acciones, y la forma en que la prensa se empeñaba en presentarlos como patriotismo, tiene sentido por dos elementos.

Algunos proyectos legislativos discutidos en aquel momento podían afectar seriamente los intereses económicos de empresas y familias de la élite costarricense o extranjera residente en el país. Tanto el entorno antiimperialista característico de esos años como la guerra por sí misma, propiciaban un clima de suma desconfianza con extranjeros, aumentado por la propaganda de guerra puesta en marcha desde la prensa y el gobierno mismo (esto se analizará en profundidad en el siguiente capítulo). Frente a ello, los grupos impopulares, ya fuera por su nacionalidad o condición económica, luchaban su propia guerra a kilómetros de distancia. Salir bien librados dependía de poner al servicio del gobierno y la sociedad sus recursos materiales. Porque, incluso si no fueran necesitados, con su oferta restaurarían la popularidad de sus nombres en una país resentido por la política de los años inmediatamente anteriores.

Por último, aunque hace falta profundizar cómo se restauró el país del desequilibrio que la guerra infringió a las arcas nacionales, se ha concluido que las consecuencias económicas no se concentran –de nuevo- solo en el gobierno, sino en la economía a nivel micro que afectó a la población. Esto de manera particular en cuanto a la especulación sobre el precio de productos básicos. Hubo quejas constantes desde los últimos días del conflicto, y el accionar del gobierno debe entender, cuando menos, como limitado. Esto porque todavía un mes después se discutía lo ilógico de justificar precios altos con base en un conflicto que duró cerca de una semana.

CAPÍTULO III.

OLVIDO SOBRE LA GUERRA

El 7 de mayo de 1921, el diario *La Tarde* publicaba un artículo firmado por Henry Clay, en el que se proyectaba la importancia que tendría la guerra con Panamá en la historia nacional costarricense. Clay recreaba una escena futurista, en la cual un profesor de Historia enseñaría a sus estudiantes que producto de aquel conflicto “Costa Rica entera, representadas por sus niños, sus mujeres, sus ancianos, sus hombres robustos, olvidando pasadas discordias, llegó a reclamar el arma vengadora y dos días después había penetrado hasta Almirante, en el corazón de Panamá.”⁴³⁹ Esta premonición no fue acertada, como podrá comprobar cualquier ciudadano costarricense de inicios de siglo XXI, puesto que la historia oficial del país no ha incorporado la guerra de 1921 en sus anales más proclamados. Tal vez porque la unión nacional en demérito de las discordias pasadas no sucedió como tal. Por otro lado, la penetración hasta Almirante era solo una versión de la guerra, siendo que la otra versión terminó siendo la más famosa, pero menos gloriosa: la derrota sin discusión del ejército costarricense a manos de la policía panameña.

Ahora bien, con el objetivo de no caer en aseveraciones simplistas, en este capítulo se explora tres dimensiones del recuerdo y el progresivo olvido del que fue objeto la guerra con Panamá. La primera de ellas reconstruye los principales temas de discusión en los días inmediatamente posteriores al conflicto, con el objetivo de comprender cuales fueron los principales temas que determinaron la memoria inmediata del conflicto. En la segunda sección, se relaciona una marcada tendencia de olvido y silencios deliberado con respecto a la guerra de 1921, por las consecuencias negativas que podría haber tenido invocar su recuerdo en relación a los procesos de negociación del tratado de límites definitivo con Panamá. Por último, se hace balance de los libros de historia costarricense y literatura nacional que, de una forma u otra, mencionan los sucesos comúnmente conocidos como Guerra de Coto, y desde dónde se ha establecido la memoria sobre dicho conflicto.

⁴³⁹ *La Tarde*, 7 de mayo de 1921, p. 1

En términos teóricos, se sigue aquí al planteamiento de Francisco Sevillano sobre lo que define como olvido evasivo. Según este autor, que analiza las políticas de la memoria en la España post franquista, propone que evadir recuerdos supone silenciar determinados hechos o personajes en la vida pública. Este olvido (evasión), a su vez, produce mitos que constituyen “la pérdida de la cualidad histórica de las cosas”; es decir, se les priva de un proceso que explica su formación. Por último, estos olvidos evasivos causan también la ausencia de una justicia retrospectiva.⁴⁴⁰

Estos tres elementos son claves para comprender el olvido del sobre la guerra con Panamá en 1921 ha sido sujeta en la historia nacional costarricense, así como las maneras en las que estas evasiones se han manifestado en los discursos sobre aquel enfrentamiento en particular, y sobre el acuerdo limítrofe en general. En primer término, se explorará los medios discursivos mediante los cuales, a través de los años siguientes a la guerra se inició una progresiva evasión del tema, sustituyendo la palabra guerra por otras que fueron cambiando la manera en que se recordaba el asunto desde una perspectiva más que todo diplomática, y no bélica. En segundo término, aunque el olvido sobre la guerra de 1921 no produjo un mito en sí mismo, el silencio sí resultó fundamental para no cuestionar un mito preexistente en la identidad nacional: el pacifismo costarricense. Una guerra que no se menciona, y se olvida, asegura la continuidad del mito de paz. Por último, la ausencia de una justicia retrospectiva se analiza aquí, desde el punto de vista del poco (prácticamente nulo) revisionismo que ha recibido la guerra con Panamá desde la historiografía costarricense, y que como consecuencia, ha reproducido los sesgos planteados desde la primera mitad del siglo XX.

1. Memoria inmediata: construcción fallida de héroes

En un primer momento, la reconstrucción de los hechos de la guerra contra Panamá se definía con base en los intentos por convertir a alguno de los participantes en héroes nacionales. Sin embargo, hubo dos elementos fundamentales que dan cuenta de las dificultades que implicaba esa tarea. Por un lado, ninguno de los nombres más destacados

⁴⁴⁰ Francisco Sevillano Calero, “Construcción de la memoria y del olvido en la España democrática”, en *Ayer* no. 52 (2003), pp. 297-319

en los combates consumados cumplía con dos características necesarias: ser costarricense y ofrecer elementos irrefutables para probar su compromiso y virtud patriótica total. Además, existía la posibilidad de coronar como héroe a algún miembro del ejército que marchó sobre el Caribe que, aunque no pudieron demostrar habilidades militares por no haber enfrentado en combate a ningún contingente, sí tenían la posibilidad de erigirse como modelo de civismo y patriotismo. No obstante, esta vía también resultó fallida, debido a que divisiones internas entre los mismos militares imposibilitaron un consenso acerca de lo que significaba patriota en aquel momento: conformarse con el acuerdo de paz promovido por el gobierno de Estados Unidos o continuar con expediciones hacia suelo panameño para vengar los reveses sufridos en Coto.

1.1. Heroísmos infructuosos

Si bien el conflicto armado se terminó con el armisticio acordado el 5 de marzo, fue hasta los días 18, 19 y 20 de marzo cuando el ejecutivo declaró duelo nacional por los fallecidos en Coto.⁴⁴¹ Alrededor de esas fechas se empezó a organizar recepciones en honor a soldados que regresaban a San José; muchos de ellos sin haber participado en ningún enfrentamiento, o sin siquiera haber llegado a lo que debía ser eventualmente posición de combate. A los policías sumados a las filas del Ejército, el Ministro de Guerra les dio cinco días libres siendo el día establecido para volver a funciones el lunes 13.⁴⁴²

En Heredia, el martes 15 de marzo se recibió y condecoró en la Escuela Normal a Omar Dengo con una medalla de oro por su participación en la campaña.⁴⁴³ En una actividad similar, Tranquilino Sáenz pronunció un discurso en memoria del Batallón Herediano en una fiesta organizada por la Cruz Roja de aquella provincia: “en nuestras filas se alistaron en primera línea los directores de los centros educativos del país (...) En nombre de la Patria que amáis hasta el sacrificio os invito a alistaros como voluntarios en la lucha de la paz.” Insistía también en contextualizar esta generación joven como una que

⁴⁴¹ *La Tarde*, 18 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁴² *Diario de Costa Rica*, 10 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁴³ *Diario de Costa Rica*, 16 de marzo de 1921, p. 3

“siente correr por sus venas sangre de héroes de leyendas épicas.”⁴⁴⁴ Esto último planteaba de manera tácita un vínculo de sangre entre quienes marcharon a la frontera sur en 1921, con respecto a los veteranos de la Campaña Nacional.

De manera antagónica, el corresponsal del diario *La Tarde* en Limón emprendía una dura crítica contra la prensa josefina por invisibilizar los aportes de voluntarios limonenses, que a diferencia de los del Valle Central, a quienes “la fiesta los halló en la frontera”, sí los hubo dispuesto a combatir y “no por emulación sino por propio impulso y de veras voluntariamente abandonaron sus quehaceres.”⁴⁴⁵ Esto es cierto, porque como se mencionó arriba, muchos de quienes llegaron a participar en los reconocimientos públicos ni siquiera habían llegado a los lugares estratégicos previstos. Sin embargo, como resulta lógico intuir, esta verdad no fue reproducida sistemáticamente.

Por el contrario, se trataba de idealizar el colectivo dispuesto a ir al frente como un ejemplo admirable de disposición hacia el país, pues “los pueblos sanos profesan la religión de sus héroes; son sus hechos gloriosos la letanía de su devoción; es a su imagen y semejanza que moldean sus almas sencillas.”⁴⁴⁶ Dicho eso, en la Costa Rica que fue a la guerra se necesitaban héroes a toda costa. Ahora bien, ¿quiénes ofrecían elementos más o menos significativos como para rendir ese anhelado culto ante su heroísmo? En primera instancia, resulta conveniente analizar el uso de extranjeros para reforzar la idea de que Costa Rica, al contar con apoyo de otras nacionales, hacía valer la grandeza de sus reivindicaciones. En realidad, en la guerra con Panamá resultaron involucrados dos personajes mexicanos que, lejos de estar en el país en función del conflicto limítrofe, eran desde algunos años antes, participantes activos de la política nacional. Particularmente, tenían un vínculo con la oposición al régimen de Federico Tinoco y posteriormente también reforzaron una cercanía con la administración de Julio Acosta.

En esta situación estaban los mexicanos Manuel Chao Rovira y Daniel Herrera Irigoyen. En el caso de Chao, cabe señalar que en México se desempeñaba como maestro y posteriormente un general asociado al movimiento de Francisco Villa en la revolución

⁴⁴⁴ *La Tribuna*, 1 de abril de 1921, p. 3

⁴⁴⁵ *La Tarde*, 17 de marzo de 1921, p. 4

⁴⁴⁶ *La Tarde*, 21 de marzo de 1921, p. 2

mexicana, al punto de ser nombrado por éste como gobernador de Chihuahua, puesto que ejerció de enero a mayo de 1914. Por diferencias con Villa salió exiliado a España y al año siguiente llegó a Costa Rica, donde permanecería hasta 1923. Respecto a las actividades que desarrollaba en el país, en 1922 le escribía a un cuñado suyo residente en Texas que tenía negocios de madera y estaba incursionando en la siembra de banano para venderlo a la Compañía Bananera. En este negocio guardaba la esperanza de poder sacar a su familia delante de manera holgada⁴⁴⁷

Chao ya había sido capturado por el régimen de Tinoco en las inmediaciones de Guápiles, después de un enfrentamiento en las afueras de Cartago el 23 de febrero de 1918. Estuvo cerca de seis meses en prisión y luego se fue a Panamá buscando la confabulación contra Tinoco, que finalmente se gestó en Nicaragua, donde se unió al grupo que incursionó hasta el combate del Jobo.⁴⁴⁸ Pasada la dictadura, se retiró a Cartago donde trabajaba sus plantaciones. Sin embargo, una vez iniciado el conflicto con Panamá en 1921, un país carente de oficialidad militar y dividida políticamente, echó mano de aquellos que le habían servido a la oposición a la dictadura. Por tanto, las labores militares de Chao también fueron convocadas.

En la plaza de Cartago, el mexicano encabezó la formación militar que voluntarios que llegaban a aquella ciudad. Después de algunos días, concluidos con una misa ofrecida a la Virgen de los Ángeles, el recién bautizado Batallón Irazú salió de Cartago por el camino del cerro Buena Vista (cerro de la Muerte), para llegar a San Isidro del General, pero cuando iban por Santa María de Dota surgió la noticia del armisticio.⁴⁴⁹

Sobre el grupo al mando de Manuel Chao para ir a la guerra contra Panamá, la prensa de la época aseguraba que era el más grande y el mejor preparado de toda la campaña.⁴⁵⁰ La misión que les había sido encomendada era trasladar alrededor de mil hombres a pie y algunos de caballería hasta Cañas Gordas, ya en la zona limítrofe. Con respecto a sus características personales, mucho se insistía en el carácter afable de Chao. Por ejemplo, cuando fueron informados del armisticio, se decía que la noticia fue muy bien recibida por

⁴⁴⁷ Rogelio Coto Monge, *La presencia del general Chao en Cartago*. Cartago: Editorial Cultural Cartaginesa, 1998, pp. 23-25

⁴⁴⁸ Coto Monge, *La presencia del general Chao en Cartago*, pp. 26-27

⁴⁴⁹ Coto Monge, *La presencia del general Chao en Cartago* p. 30

⁴⁵⁰ *La Tribuna*, 11 de marzo de 1921, p. 5

el mexicano, y esto no era cosa de extrañar, puesto que él era como no un militar, sino un hombre “sin otro método de vida que el machete por toda razón.”⁴⁵¹ Más aún; al parecer, su actitud ante el acuerdo de paz fue reproducida, según el periódico, por los hombres a su cargo, “pacíficos perennes.”⁴⁵²

De la misma manera en el conflicto cayó progresivamente en el olvido, el rol de Chao no fue significativo en ninguna de sus narrativas. En su libro sobre el mexicano, Rogelio Coto cita una publicación de *La Tribuna* del 5 de agosto de 1924, con el motivo de la muerte de Chao. En dicho periódico recordaban al mexicano por “cuya libertad brevemente interrumpida luchó como hijo propio de este regazo en los campos del Sapoá”; es decir, su iniciativa en Coto no fue parte de una lucha por la libertad costarricense. Una manera indirecta en la que se reconoce el rol nulo que tuvo el conflicto de 1921 en la construcción de la nacionalidad costarricense.

El otro mexicano implicado en el conflicto con Panamá fue Daniel Herrera Yrigoyen. También él vivía desde tiempo atrás en el país, participó en el movimiento del Sapoá contra los Tinoco. Herrera fue nombrado por como Jefe Político de Osa desde el gobierno de Alfredo González Flores. De hecho, cuando el gabinete de Julio Acosta decidió enviar los piquetes militares a Pueblo Nuevo de Coto, y fue Herrera quien las recibió y apoyó. La memoria que la prensa construyó sobre la participación de Herrera privilegió siempre su aprecio por la nacionalidad costarricense. Así, uno de los primeros elementos destacados era que, durante la toma de la bandera panameña en Coto, llevaba un fonógrafo en que sonaba el Himno Nacional y –según las reseñas- su muerte se consumó cuando decía “muchachos no tiren, somos nosotros los costarricenses, viva Costa Rica, viva Julio Acosta, viva Héctor Zúñiga.”⁴⁵³

El caso de Daniel Herrera es particular en cuanto a la construcción del recuerdo sobre su participación en el conflicto; aunque en 1921 no destacó como uno de los personajes más privilegiados por la prensa, en la década siguiente, gracias a las declaraciones de Guillermo Padilla, sería presentado como un modelo de sacrificio patriota sin igual. Esto se amplía en la última sección de este capítulo. Por el momento, para cerrar la ilustración

⁴⁵¹ *La Tribuna*, 13 de marzo de 1921, p. 5

⁴⁵² *La Tribuna*, 13 de marzo de 1921, p. 3

⁴⁵³ *Diario de Costa Rica*, 1 de abril de 1921, p. 5

sobre las impresiones que predominaban en la prensa sobre la participación de los mexicanos, vale citar la publicación que hizo el diario *La Tarde* dedicada a los dos personajes en cuestión. Ellos se presentaban como signo de los lazos de amistad y colaboración entre México y Costa Rica: Chao Rovira por participar en “los reductos de aquende el Sapoá” y Daniel Herrera Yrigoyen “enrojando las aguas del río Coto.”⁴⁵⁴

Mientras Chao y Herrera fueron un intento de legitimidad con base en el sacrificio de extranjeros por la causa justa costarricense, también hubo intentos por construir héroes nacionales. Sin embargo, los tres concluyeron de manera no satisfactoria para los intereses nacionalistas del país. La primera posibilidad por construir un héroe fue Héctor Zúñiga, primer oficial enviado a Pueblo Nuevo de Coto con la misión de sacar del lugar al corregidor panameño. Zúñiga trabajaba como encargado de la Segunda Sección de Policía de la Plaza de Alajuela. Sin embargo, después de que la prensa informara el envío de su tropa, no hubo noticias suyas hasta que regresa de su período de aprehensión en Panamá, en abril.

La principal aclaración que hacía Zúñiga era que no había sido enviado para luchar contra los panameños. Declaró a la prensa y las autoridades del gobierno que luego de despechar al corregidor panameño, se limitó a esperar nuevas órdenes y que, al llegar los soldados panameños el trato fue amable; el resto del asunto fue dejado en manos de los gobiernos.⁴⁵⁵ Esta perspectiva según la cual su participación no podía ser considerada como militar (y por lo tanto su fracaso tampoco) prevaleció. En realidad, la figura del coronel Zúñiga sobre el conflicto perdió rápidamente la atención en la prensa, y presumiblemente también en términos. Una vez regresó al país desde Panamá, renunció como inspector general del ejército y se le dio de baja como militar.⁴⁵⁶

Las últimas noticias recabadas en relación con Héctor Zúñiga lo ubican como Gobernador de Guanacaste. En medio de las discusiones que discurrían en el Congreso Nacional sobre una nueva ley electoral, el diputado guanacasteco Mayorga Rivas acusaba a Zúñiga de querer manejar las próximas elecciones con mano militar. Según el diputado, el desprestigio de quien aquello pretendía hacer era aún mayor al tratarse "por desgracia [d]el

⁴⁵⁴ *La Tarde*, 16 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁵⁵ *La Tribuna*, 16 de marzo de 1921, p. 3

⁴⁵⁶ *La Tribuna*, 22 de abril de 1921, p. 6

mismo que cobardemente entregó nuestra bandera en Coto."⁴⁵⁷ Un día después, también en La Tribuna, hacían pública denuncia de que "el abanderado de Coto" recorría personalmente las principales ciudades guanacastecas realizando campaña política extemporáneamente, y amenazando con que "las elecciones se harán manu militaris."⁴⁵⁸ A pesar de que su figura en relación a la guerra no predominó -cuantitativamente- en los periódicos, es claro que, cuando por términos políticos su figura resultó protagonista, sus contrarios tenían muy claro que la memoria sobre su accionar en Coto no era nada prestigiosa.

A pesar del caso de Zúñiga, sí hubo dos personajes que, en medio del desenlace del conflicto, reunían -inicialmente- características propicias para convertirse en héroes de la campaña. El primero de ellos fue Miguel Ángel Obregón. Éste fue el militar a cargo de la segunda expedición al Pacífico Sur, con el objetivo de apoyar a los comandados por Héctor Zúñiga. Días después de su envío, corrían rumores de una nueva derrota para los costarricenses, que resultaron ciertas; sin embargo, a dicha versión se le sumó un detalle fundamental: Obregón habría muerto en una batalla desigual por condiciones y número contra los panameños. Esta noticia empezó a divulgarse ampliamente el primero de marzo, y apareció en todas las portadas el miércoles dos. No se hicieron esperar múltiples muestras de afecto y admiración por parte de redactores y reconocidos personajes de la época.

Uno de los primeros en hacerlo fue el canciller y otrora ministro del régimen tinoquista, Alejandro Alvarado Quirós. El secretario, al referirse al "endiablado muchacho", destacaba su condición de caudillo del Sapoá, sus dotes como poeta y periodista, y al relatar su muerte aseveraba que se había tratado del ataque de "mil ballonetas homicidas" en lo que por supuesto era "desigual combate mientras las heridas mortales recibidas no traicionaban su energía"⁴⁵⁹ También Omar Dengo comparaba el desenlace de Obregón en Coto y lo hecho por Juan Santamaría en la Campaña Nacional. Planteaba un paralelismo entre la gasolina donde supuestamente había muerto Obregón, con la tea utilizada por Santamaría en la quema del Mesón. A diferencia de Alvarado Quirós, Dengo vinculaba el duelo por la muerte del coronel costarricense con el impulso bélico de la población en el

⁴⁵⁷ *La Tribuna*, 23 de junio de 1921, p. 1

⁴⁵⁸ *La Tribuna*, 24 de junio de 1921, p. 6

⁴⁵⁹ *La Tribuna*, 4 de marzo de 1921, p. 1

país. Animaba la partida de nuevas tropas hacia la frontera y aseguraba sobre él mismo que “cuando salga, llevaré en el espíritu un fulgor de gloriosa esperanza”⁴⁶⁰

No solo los personajes políticos alababan el que se configuraba cada vez más como el mártir de la campaña. Los múltiples artículos de opinión que publicaba la prensa se dolía por sus dotes más allá de lo militar como las de escritor y soldado. Obregón se caracterizaba como “el Proto-mártir de la guerra presente”, “mártir de la Patria y elegido de Dios”. Igual que Dengo, el firmante *Vetustus* señalaba que la muerte del mártir implicaba una razón más para “seguir el castigo y la ocupación.”⁴⁶¹ Estas declaraciones eran representativas de dos actitudes bien diferenciadas son respecto al a conflicto y también presentes en torno a la construcción de la muerte de Obregón. El representante oficial del gobierno apostaba por victimizar al país a través de un de sus coroneles. Sin embargo, este discurso era radicalizado por miembros de la sociedad civil, al vincular esa muerte con un aumento en la hostilidad y deseo de venganza contra el enemigo.

Según un editorial de *La Tarde* (diario del cual Obregón era columnista), antes de partir Obregón conocía su destino: iría a derramar sangre y que pese a luchar con “un número treinta veces mayor y no se rindió.”⁴⁶² Sobre su muerte se seguía diciendo que iba ataviado con su “típico traje de revolucionario del Sapoá.”⁴⁶³ Además de retomar el período de la oposición al tinquismo, se reforzaba la tendencia ya mencionada de su utilizar su muerte como un medio de convocatoria de voluntarios para las tropas. De hecho, luego de hacerse público el supuesto asesinato del periodista a manos panameñas, la manera de describir a quienes partían a la frontera enfatizaba en que “no son hombres los que avanzan sobre el enemigo, son arrebatados, son fieras de patriotismo, monstruos de coraje y de ira.”⁴⁶⁴

Mientras se consideraba un hecho la muerte de Obregón, la campaña del Pacífico Sur se reducía en gran medida al supuesto sacrificio. Muestra de ello es que a pesar de las derrotas y la imposibilidad de los refuerzos para ingresar a Pueblo Nuevo de Coto, se hablaba en aquellas fechas de “la hazaña del coronel Obregón.”, al liderar –supuestamente-

⁴⁶⁰ *La Tribuna*, 4 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁶¹ *La Tribuna*, 5 de marzo de 1921, p. 2

⁴⁶² *La Tarde*, 2 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁶³ *La Tarde*, 2 de marzo, edición de la noche de 1921, p. 2

⁴⁶⁴ *La Tarde*, 4 de marzo de 1921, p. 2

un enfrentamiento de 40 costarricenses contra 1000 panameños.⁴⁶⁵ E. Hine comparaba las dos formas en las que Obregón enfrentaba la muerte, vinculando su participación contra la dictadura de Tinoco, y la guerra contra Panamá: “con su sangre y su ironía combatió la tiranía; por la patria se murió y de la muerte se burló.”⁴⁶⁶

En *La Tarde* del 3 de marzo se homologaba el nombre de Obregón a un “símbolo de la Patria” y como tal, sería levantado a la altura de Juan Santamaría.⁴⁶⁷ También se planteaba una dimensión religiosa en la figura de Obregón: se hablaba por ejemplo de “Nuestra oración Patriótica”, en la cual se decía de Obregón que hacía real aquello de “transformar la carne que se pudre en el bronce de la estatua.”⁴⁶⁸ Sobre el enfrentamiento en el que salió herido y prisionero Obregón y compañía, se decía que la batalla había durado más de una hora, y los panameños salieron con ochenta bajas, mientras los ticos solos trece.⁴⁶⁹

La gran novedad de todo este asunto fue que, después días de intensa propaganda a partir de la figura de su sacrificio patriota, el 6 de marzo salía a la luz que el “heroico Cholo” solo se había herido una mano.⁴⁷⁰ Obviamente, una vez la prensa publicó su supervivencia, las posibilidades de contar con un héroe militar en la figura de Obregón se esfumaron. De hecho, a su regreso como prisionero de Panamá, el Cholo no solo desmintió cualquier versión de sufrimiento y martirio; más bien, volvió a su posición como redactor en el diario *La Tarde* —en el espacio denominado “Para leer de pie”, desde donde publicaba ácidos comentarios sobre el accionar de algunos oficiales y emitía duras críticas a decisiones del gobierno que lo había nombrado coronel.

Después del fiasco que significaba proclamar una muerte inexistente, el protagonismo fue entregado a Amadeo Vargas, jefe de la tercera expedición militar enviada por el gobierno de Julio Acosta a Pueblo Nuevo de Coto. Cabe recordar que los comandados por Vargas sufrieron la derrota más aparatosa de toda la campaña, muriendo cerca de 30 soldados. Por tanto, la figura de Vargas estuvo sujeta a dos discursos: se presentó como la

⁴⁶⁵ *La Tarde*, 2 de marzo, edición de medianoche de 1921, p. 1

⁴⁶⁶ *La Tarde*, 4 de marzo de 1921, p. 2

⁴⁶⁷ *La Tarde*, 3 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁶⁸ *La Tarde*, 4 de marzo de 1921, p. 2

⁴⁶⁹ *La Tarde*, 2 de marzo, edición de medianoche de 1921, p. 3

⁴⁷⁰ *La Tribuna*, 6 de marzo de 1921, p. 7

opción del tan anhelado rol de héroe, pero también como motivo de dudas sobre las habilidades militares y cívicas de la oficialidad costarricense.

Hubo prácticamente dos semanas en las que se insistía sobre el fallecimiento de Vargas, pero el 15 de marzo se reconocía finalmente que no había sido ese su destino, sino que se le buscaba en Golfo Dulce. ¿Cómo surgió este cambio de versiones? El portavoz de la sobrevivencia de Amadeo Vargas fue uno que lo acompañó en su misión: el Coronel Alfredo Arguedas, quien a su vez dio información a la prensa de que Amadeo huyó con dos hombres más.⁴⁷¹ Un día después, se informaba que Vargas había llegado a Puntarenas con tres compañeros de expedición (de apellidos Bonilla, Hurtado y Carmona). Según las declaraciones recogidas en ese momento, Vargas y compañía huyeron de Coto en medio del ataque panameño, para luego ir nueve días caminando hasta una finca en Golfito, donde recibieron ayuda. Ahí pudieron contactar a las autoridades josefinas, y al llegar a la capital, Vargas fue recibido en una caravana con automóviles, declarando que a su regreso se encontraba “tal vez abatido, no victorioso, pero sí como soldado que hizo su deber.”⁴⁷² Ese sería el discurso de ahí en adelante del mismo Vargas, y quienes se esforzaban por defenderlo. Según esa versión, la huida era una manera de hacer lo que un buen patriota haría.

En el *Diario de Costa Rica* reprodujeron las declaraciones de Vargas al señalar que su participación fue meritoria apuesto que, “antes de caer prisionero, prefiero morir en poder de un lagarto o ahogado.”⁴⁷³ Además de algunos sectores de la prensa, la figura de Amadeo Vargas fue legitimada por el Poder Ejecutivo (lo cual tiene lógica, dado que era el delegado del gobierno con la responsabilidad militar). El diario *La Tribuna* denunció que el gobierno había castigado a los responsables de distribuir en la capital una hoja suelta que cuestionaba las capacidades militares de Vargas. Uno de ellos –llamado Florencio Núñez- fue enviado por quince días al calabozo con pan y agua y sin goce de salario.⁴⁷⁴ Esto es fundamental porque introduce preguntas sobre los mecanismos de resistencia de ciertos grupos civiles ante el festín de reconocimientos de figuras militares que además eran cercanas a la administración de Acosta, además de hasta qué punto se dispusieron las actividades para

⁴⁷¹ *La Tribuna*, 15 de marzo de 1921, p. 2

⁴⁷² *La Tribuna*, 16 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁷³ *Diario de Costa Rica*, 16 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁷⁴ *La Tribuna*, 2 de abril de 1921, p. 3

desaparecer o, en todo caso, reprimir iniciativas que hicieran dudar de la preparación de sus soldados.

Buena parte de la discusión sobre lo sucedido en aquella tercera expedición militar hacia Pueblo Nuevo de Coto era lo que tuviera que decir el mismo Amadeo Vargas ante las autoridades. En el informe sobre su desempeño, Vargas señalaba que al llegar a Puntarenas para dirigirse a Coto, y debido al testimonio de los hermanos Castro –costarricenses residentes en Panamá y cuñados del Presidente panameño Porras-, que le advirtieron de los fuertes contingentes enviados a Coto, solicitó refuerzos al Comandante de Plaza y éste le dio 30 hombres más.⁴⁷⁵ Una vez conocida esta situación, Vargas se comunicó con el Ministerio de Guerra, pero las órdenes (llegar a Pueblo Nuevo para apoyar a las dos expediciones anteriores) no fueron variadas a pesar de la advertencia. Con base en esto, *La Tribuna* aseguraba que “[la Secretaría de] Guerra previó la inminencia de un combate, a pesar de lo cual se lanzó a una aventura atolondrada.”⁴⁷⁶

Este tipo de acusaciones contaban en el fondo con una disyuntiva entre la obediencia propia de un perfil militar deseable, en contraste con el deseo propio de la ciudadanía de contar con liderazgos que hubieran hecho algo más por contrarrestar las pérdidas en Pueblo Nuevo de Coto. En declaraciones al diario *La Tribuna*, Vargas señalaba que en su informe no responsabiliza a sus superiores de la derrota, sino que se limita a aclarar su obediencia en los rangos militares y defiende su actuación con base en ello. Por otro lado, desmiente de forma directa los relatos que deslegitimaban su labor en combate, y según él contaba con el respaldo de los militares que se encontraban con él.⁴⁷⁷

No obstante la seguridad de Vargas en el sentido de sentirse apoyado por sus compañeros, en las discusiones sobre su participación resultaban reflejadas también las divisiones internas que existían en el ejército costarricense. No solo se trataba de desmeritar a Vargas, sino de establecer una disputa entre él y el también coronel Alfredo Arguedas por el mérito militar de aquella expedición. En la medida en que Vargas y sus aliados no fructificaran en su empeño por presentar la huida como una acción patriota, la figura que se

⁴⁷⁵ *La Tribuna*, 2 de abril de 1921, p. 2

⁴⁷⁶ *La Tribuna*, 7 de abril de 1921, p. 1

⁴⁷⁷ *La Tribuna*, 9 de abril de 1921, p. 6

alzaba como digna del reconocimiento era Arguedas. Según el relato de Jorge Leopoldo Castro, ayudante de médico en las tropas de Amadeo Vargas, al llegar al delta del río Coto, ya se sabía que el grupo divisado por ellos era un piquete panameño y que hubo propuestas por salir a tierra y atacar desde ahí. Sin embargo, atribuye a Vargas la responsabilidad de la derrota, ya que “a todo esto el coronel Vargas se opuso, diciendo que eran costarricenses y que no valía la pena detenerse.”⁴⁷⁸ Sobre estas mismas advertencias de encontrarse frente al enemigo, también el mexicano Juan Carlos Buzo testimoniaba que algunos oficiales le llamaron la atención al coronel Vargas, quien nunca reconoció la importancia de lo que se avecinaba.⁴⁷⁹

Otro participante señala que, cuando la lancha presentaba ya un aspecto de matadero debido a los primeros fallecidos, no se escuchaban las órdenes de Vargas, sino la de Arguedas.⁴⁸⁰ Aproximadamente una hora después de comenzado el intercambio de fuego desapareció Vargas y, muy al contrario del desaparecido, la tropa da cuenta del mientras Coronel Arguedas “recorriendo la cubierta del vapor de un extremo a otro, sin el más pequeño asomo de miedo (...) un valiente de verdad a quien las balas enemigas respetaron.”⁴⁸¹ También el diario *La Verdad* resignificaba de manera positiva la memoria sobre el coronel Arguedas; a él lo felicitaban por saber “conducirse y como buen jefe permanecer al lado de sus soldados hasta el último instante de intensa pelea.”⁴⁸² Además de dejar una comparación implícita con lo que podría leerse como abandono de Vargas, resulta novedoso que en la misma publicación celebran la humildad de Arguedas, al no protagonizar una serie de disputas por premios –materiales o simbólicos- en que se encontraban algunas autoridades como las que más adelante se discutirán.

Con base en los casos revisado, resulta que fue imposible configurar un héroe nacional en el contexto de la guerra con Panamá de 1921. Mientras que en la figura del mexicano y funcionario gubernamental Daniel Herrera Irigoyen se presentaron ocasiones para ensalzar su muerte en favor de la causa costarricense, lo cierto es que nunca se sistematizó su figura en los balances sobre el conflicto. La figura tenía un gran inconveniente para engranarse en

⁴⁷⁸ *Diario de Costa Rica*, 13 de abril de 1921, p. 3

⁴⁷⁹ *La Tribuna*, 24 de abril de 1921, p. 4

⁴⁸⁰ *Diario de Costa Rica*, 13 de abril de 1921, p. 3

⁴⁸¹ *Ibid.*

⁴⁸² *La Verdad*, 22 de marzo de 1921, p. 2

el discurso nacionalista e identidad costarricense: no había nacido en el país. Además, de Herrera, las posibilidades se enfocaron en los jefes militares de las tres expediciones que llegaron a Pueblo Nuevo de Coto. A pesar de que los tres tuvieron un rol protagónico en el breve conflicto armado, ninguno de ellos destacó por misiones estratégicas o victorias que permearán de grandeza la participación costarricense.

Así, cuando parecía que la muerte cumpliría su función mitificadora con un discípulo de Juan Santamaría que, al igual que en 1856, donaría su sangre en defensa de la soberanía territorial del país, dichas muertes se escaparon de las manos de la prensa al confirmarse la supervivencia de Miguel Ángel Obregón y Amadeo Vargas. Más aún, ambas figuras no solo sobrevivieron, sino que sirvieron de insumo para aquellos sectores de la población que criticaban de manera férrea el desempeño de la administración Acosta en el conflicto, y particularmente las decisiones de la Secretaría de Guerra y sus dependencias. En el caso de Obregón, regresó como columnista en el diario *La Tarde* con sus confrontativos comentarios sobre el conflicto y, en todo caso, regresó a su rol de periodista común. Con respecto a Vargas, el desprestigio individual y los cuestionamientos a la institución del ejército dieron para más. A pesar de que el coronel josefino intentó mostrar su huida del combate como acción patriota para no caer preso en manos panameñas, buena parte de las evidencias presentes en la prensa del momento sugieren que se lo consideró de manera muy diferente. Abandonó, desde esa otra perspectiva a sus compañeros, muchos de los cuales murieron para pasar a ser enterrados a fosas comunes.

1.2. Condicionante: división interna

En el marco de la guerra con Panamá, hubo disputas sobre méritos repartidos en las expediciones fronterizas, y sobre la culpabilidad en los desaciertos correspondientes al ejército nacional. En el caso de los oficiales que lideraron los avances costarricenses por la vertiente caribeña y llevaron a cabo la invasión de territorios panameños en aquella región, destacan los nombres de los coroneles José María Pinaud, Luis Anderson Morúa y Gerardo Zúñiga Montufar. En torno a las discusiones sobre estos hombres cabe señalar dos elementos. Primero, su misión destacó porque, lejos de limitarse a proteger el territorio

costarricense, dio paso a una invasión a territorio panameño, y que el gobierno de Costa Rica ni siquiera disputaba en términos diplomáticos: básicamente la región de Bocas del Toro. Segundo, la información de las distintas versiones sobre el desempeño de los tres personajes en cuestión procede de las crónicas de guerra publicadas por dos corresponsales de la época.

El corresponsal enviado por el diario *La Tribuna* enfocaba mucho de su información, en la decisión de invadir Panamá. Presenta un clima de indecisión y duda, y en medio de ese panorama, presenta a un José María Pinaud decisivo e influyente, siendo él quien propuso tomar un tren y entrar hasta la plaza de Guabito.⁴⁸³ Si bien el avance no se convirtió en un combate, dado que la población fue evacuada por la autoridad panameña, sí es un dato muy importante al comprender las diferencias marcadas a lo interno del ejército costarricenses. Pinaud no era el hombre a cargo de liderar la estrategia del Caribe, sino Gerardo Zúñiga Montufar. Una polémica de aquel momento fue que Zúñiga, al presentar su informe, se apropió de la autoría de las ideas propuestas por Pinaud.

Durante la conferencia militar del 13 de marzo, se lamentaba que no las tropas enviadas por el Caribe no hubieran podido “plantar en la garganta del Istmo panameño la insignia tricolor, si las consideraciones políticas de último momento no hubiesen detenido nuestro avance”⁴⁸⁴ Se acusaba a Zúñiga Montufar y el General Ricardo Monge de titubeantes, y se les responsabilizaba puntualmente de no haber tomado Bocas del Toro antes de la intervención definitiva. Pinaud entró en pugna con sus superiores (Zúñiga y Monge) porque luego de la toma exitosa de Almirante, le recomendaron regresar a Guabito ya que se suponía que el gobierno panameño enviaría 1500 hombres a aquella región. Horas después, le pidieron que regresara a Almirante apoyado por el famoso Batallón de la Muerte (de composición tinoquista), para horas después, nuevamente, ordenar su regreso a la frontera. Incluso en el viaje de regreso marítimo desde Almirante (donde finalmente la UFCo. puso a la orden del gobierno costarricense un barco) a Puerto Limón, hubo fuertes discusiones entre la persona de Zúñiga Montufar, contra Monge, Pinaud y varias jefaturas, siendo necesaria la intervención de Luis Acosta, hermano del presidente.⁴⁸⁵

⁴⁸³ *La Tribuna*, 10 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁸⁴ *La Tribuna*, 17 de marzo de 1921, p. 2

⁴⁸⁵ *La Tribuna*, 11 de marzo de 1921, p. 5

Después del conflicto, Fernando Borge, corresponsal del *Diario de Costa Rica*, señalaba que el liderazgo emprendido por Pinaud en “ese hecho de armas ha de llenar una de las páginas de la historia cívica de nuestro país.”⁴⁸⁶ Como se señaló antes, en los avances por el Caribe panameño no hubo combate porque la población había sido previamente evacuada. En estos términos, la aseveración de Borge implica mitificar a un hombre con base en méritos cívicos y no militares. Ahora bien, la buena fama que disfrutaba Pinaud en los días posteriores al conflicto beneficiaron también las imágenes que había sobre el batallón a su mando. En palabras del mismo corresponsal, ese grupo de hombres debía “ser citado como ejemplo de ejército aguerrido y abnegado.”⁴⁸⁷

Sin embargo, la versión predominante en la prensa no fue aceptada por el gobierno, ya que el informe presentado por Gerardo Zúñiga Montúfar, encargado general de la expedición en aquel litoral costarricense, contradujo a quienes exaltaban la figura de Pinaud. Dicho informe presentado, discutido y aprobado de manera unánime en su primera versión “por haber obrado conforme a la conciencia militar”. Sin embargo, días después se estimaba que aquel documento causaría conflictos entre los diversos sectores, en relación con el mérito no reconocido del “Macho”.⁴⁸⁸ Sin embargo, Pinaud no apareció como el único militar al que no le había hecho honor a la hora de resumir el conflicto. Un caso de cuestionamiento al mérito cívico sucedió también con la figura de Luis Anderson.

Una vez finalizado el conflicto, la Secretaría de Guerra citó al editor de *La Tribuna* para pedirle que rectificara una nota sobre la actitud de las tropas que partieron al mando de Luis Anderson, cuando ya se había acordado el armisticio. Según la nota publicada por aquel diario, Anderson y sus hombres sabían que el conflicto ya había terminado y solo emprendieron el viaje para participar de las celebraciones nacionalistas desde una oposición pretendidamente heroica. Para el secretario de Guerra Aquiles Acosta, la nota tenía un tono irrespetuoso motivado por las diferencias políticas entre el editor del diario y Anderson. Pero más que una censura al diario, la acción de Acosta parecía una advertencia, pues había rumores de que algunos miembros de esa tropa planeaban incendiar *La Tribuna* y el

⁴⁸⁶ *Diario de Costa Rica*, 10 de marzo de 1921, p. 2

⁴⁸⁷ *Ibid*

⁴⁸⁸ *La Tribuna*, 23 de marzo de 1921, p. 1

ministro decía no poder protegerla por no contar con policías en la ciudad (muchos de ellos no habían regresado de la frontera o estaban presos en Panamá).⁴⁸⁹

Los hombres a cargo de Anderson regresaron el lunes 7 de marzo a San José, y fueron recibidos en un desfile patriótico (junto a otras agrupaciones a cargo de militares a cargo, por ejemplo, de Jorge Volio). El caso es que la acusación de haber salido con pleno conocimiento del cese al fuego pactado en el Caribe por Zúñiga Montufar y los representantes del Departamento de Estado era cierta. Sin embargo, Anderson y sus hombres no fueron los únicos. Caso similar fue el expresidente Ricardo Jiménez, quien después término del conflicto mandó una carta dirigida a Julio Acosta para ofrecer sus servicios como parte del llamado Batallón Irazú.⁴⁹⁰

En realidad, como los anteriores, la figura de Luis Anderson en labores militares no fue parte predominante del recuerdo de la guerra con Panamá, pero su protagonismo en el proceso de negociaciones fronterizas no se acabó con el armisticio. En abril impartió conferencias sobre el tema limítrofe en el Liceo de Costa Rica, a partir de las cuales varios editores se deshacían en elogios hacia él, para concluir solicitando que repitiera “su brillante conferencia en un teatro para que todo el público se impregne de esas cuestiones que son tan importantes.”⁴⁹¹ Finalmente el evento se dio, y evidenció claramente el interés en permear de las proclamas nacionalistas aún después de la guerra, de fortalecer las razones diplomáticas costarricenses y, sobre todo, de incluir a todos los estratos socioeconómicos del país –se reportaba asistencia importante de maestras, estudiantes y particulares, así como dirigir alguna exposición a los trabajadores de la capital⁴⁹²

Estos fueron los principales elementos que, una vez concluido el conflicto armado con Panamá, demostraron la serie de disputas entre aquellos que participaron como oficiales de guerra en la región Caribe, con motivo de asegurarse un puesto privilegiado en los balances y críticas sobre los sucesos. Caso similar por su trasfondo protagonizaron los hombres que fueron liderando los soldados por la vertiente Caribe del país, con el fin inicial de apoyar las expediciones derrotadas en Pueblo Nuevo de Coto. Sin embargo, lejos de disputarse el mérito por la toma de pueblos panameños a modo de venganza, en este segundo caso la

⁴⁸⁹ *La Tribuna*, 13 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁹⁰ *Diario de Costa Rica*, 8 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁹¹ *La Verdad*, 8 de abril de 1921, p. 1

⁴⁹² *Diario de Costa Rica*, 2 de abril de 1921, p. 5

discusión giró en torno a las motivaciones que llevaron a no avanzar hacia Coto, y más bien quedarse estancados –con un grupo más que significativo de soldados- en playa Uvita.

Respecto a ello, el coronel Fernando Cabezas, relataba que apenas llegaron a playa Uvita, este lugar fue convertido en la base de operaciones del llamado Ejército del Sur. Estando porque, después de detenerse allí por una falla mecánica, fueron informados del desenlace de los primeros tres enfrentamientos y luego vieron el campamento y la lancha de los panameños que anunciaba la presencia tica.⁴⁹³ Sobre este mismo evento, el coronel Gómez citaba el testimonio de un inglés residente en la zona, que describía “el asesinato de nuestros pequeños destacamentos era indescriptible.”⁴⁹⁴ El mencionado coronel Gómez era acérrimo partidario de invadir de nuevo el río Coto, pero finalmente el General Cabezas, Dr. Teodoro Picado y el Mayor Gallegos, entre otros, lo persuadieron para que no llevara a cabo lo anterior, al menos no solo.

La decisión cambió, eso sí, cuando los comandos sintieron que con los refuerzos del general Villegas, comandantes Víctor Guardia y Francisco Roldán, redundaban en un número de “fuerzas que creímos suficientes para avanzar en toda forma.”⁴⁹⁵ En realidad, la intención no era solo recuperar Coto, sino que implicaba de un plan de invasión, ideado por Villegas. Se trataría de tomar Pedregal, llegando hasta allí por vía marítima y de ahí marchar hacia David, para forzar a los panameños a retirarse de Coto, donde planeaban encerrar a los panameños con junto a otra que columna debía internarse por río Coto.⁴⁹⁶

Después de planificar esa estrategia, el anuncio de paz no cayó nada bien entre el consejo militar que había aprobado el avance hacia David. En palabras de Gómez, fue de suma sorpresa cuando “la orden de reconcentración y la triste noticia del arreglo”⁴⁹⁷ La decisión del gobierno de Acosta daría de qué hablar en las reuniones entre las jefaturas militares que el mismo presidente convocó. Durante esas sesiones del Consejo Militar, resonó con fuerza la queja Víctor Guardia Quirós, quien insistía en la necesidad de

⁴⁹³ *La Tribuna*, 12 de marzo de 1921, p. 5

⁴⁹⁴ *La Tribuna*, 12 de marzo de 1921, p. 5

⁴⁹⁵ *La Tribuna*, 12 de marzo de 1921, p. 5

⁴⁹⁶ *La Tribuna*, 12 de marzo de 1921, p. 5

⁴⁹⁷ *La Tribuna*, 12 de marzo de 1921, p. 5

adueñarse de manera efectiva sobre la región de Osa, con el objetivo de “nacionalizar y civilizar con todos los medios posibles aquellas lejanas tierras de fabulosas riquezas.”⁴⁹⁸

En las declaraciones de Guardia queda claro que la guerra se presentó, ya fuera de forma premeditada o no, como un medio para justificar la explotación económica en favor nacional de las tierras poco exploradas hasta entonces. Sin embargo, la versión predominante en 1921 era sin duda un nacionalismo político y no económico. N. Seuhoil, un supuesto soldado en el Pacífico, se lamentaba porque señala que “mientras la bandera no vuelva a suelo costarricense, vengada y limpios sus pliegues de todo atropello, no aprobaremos ningún pacto ni arreglo diplomático.”⁴⁹⁹

2. Guerra y Tratado de límites

La memoria sobre la guerra de 1921 en los veinte años siguientes a sus acontecimientos, estuvo traspasada por las discusiones en torno a la firma de un tratado definitivo de límites con Panamá. Tanto quienes estaban a favor de una renegociación con Panamá para renegociar el Laudo White, como los que rechazaban cualquier variación al Laudo White, utilizaban los sucesos de 1921 para legitimar su posición. Sin embargo, hubo algunos acuerdos tácitos entre ambos sectores a la hora de referirse al conflicto. En primera instancia, se recordaba lo sucedido en el marco de la doctrina estadounidense de la buena vecindad y de la requerida paz entre los pueblos americanos. Por otro lado, tanto los promotores y opositores del acuerdo bilateral de límites evitaron a toda costa hacer referencia a los enfrentamientos de 1921 en términos de guerra.

Antes de analizar las dos categorías presentes en las discusiones que implicaban un recuerdo u olvido de la guerra, vale la pena contextualizar los momentos en las discusiones sobre eventuales tratados limítrofes con Panamá tuvieron una mayor resonancia en la sociedad costarricense. Se trata particularmente de tres momentos de discusiones álgidas: entre 1934 y 1935, debido al proyecto de tratado dirigido por Raúl Gurdíán Rojas, canciller en la tercera administración de Ricardo Jiménez; el segundo intento llevado a cabo entre

⁴⁹⁸ *La Tribuna*, 15 de marzo de 1921, p. 1

⁴⁹⁹ *La Verdad*, 19 de marzo de 1921, p. 1

1937 y 1938 por el segundo canciller en la administración de León Cortés, Tobías Zúñiga Montufar; por último, el tratado definitivo firmado por Alberto Echandi Montero, en 1941 durante la administración de Rafael A. Calderón Guardia.

2.1. Paz Americana

En setiembre de 1921, gracias a la presión del Departamento de Estado estadounidense, miembros del gobierno costarricense tomaron posesión oficial de Pueblo Nuevo de Coto. Aquello fue considerado como una victoria significativa, pero no fue definitiva. Esto porque la toma de posesión no significó la definición de la línea total que dividía el territorio de Costa Rica con respecto al panameño. El tema fue marginal en la segunda administración de Ricardo Jiménez y de Cleto González Víquez, pero cuando Jiménez regresó a la silla presidencial gracias a la designación del Congreso, la definición de la frontera sureste de Costa Rica ocupó uno de los sitios prioritarios para su administración.

Cuando el entonces canciller Raúl Gurdíán llevaba a cabo gestiones para lograr un acuerdo con el gobierno panameño, no había claridad de si se defendería el laudo White, promulgado por el juez estadounidense Douglas White desde 1914, o si más bien se desecharían las aspiraciones costarricenses en ese sentido, y la negociación partiría de cero. Esta posibilidad comenzó a levantar algunas suspicacias sobre las intenciones reales del gobierno, y poco a poco las declaraciones de sectores contrarios a la renegociación del laudo White fueron subiendo de tono, y la tensión contra el gobierno aumentó también.

En este proceso, la voz más destacada contra la posibilidad de entregar a Panamá tierras no presupuestadas por el fallo White fue Elías Leiva, abogado y profesor cartaginés. Uno de los argumentos de Leiva contra el proyecto de acuerdo limítrofe en la administración Jiménez un supuesto retroceso diplomático del país. Según él, los arbitrajes internacionales eran el medio histórica y jurídicamente más legítimo para solucionar diferendos bilaterales, llegando a presentarlo como el medio de resolución de conflictos más civilizado, en contraste con la involución diplomática que representaría un acuerdo bilateral. En el fondo, dichas aseveraciones se basaban en un asunto de honor nacional, pues para el caso de Costa Rica con Panamá, defendía que renegociar la línea fronteriza

señalada por el juez estadounidense “equivaldría, ni más ni menos, que a darle a la parte contraria pruebas de nuestra sin razón.”⁵⁰⁰

Las razones fondo en el argumento de Leiva introducen una lógica fundamental en las discusiones sobre la frontera de Costa Rica con Panamá. Para los opositores a la renegociación directa del límite sureste del país, Costa Rica no debía entregar ninguna porción de su territorio, bajo ninguna circunstancia. En el caso particular de Leiva, él apoyaba esta rotunda negativa en el hecho de que, después de México, Costa Rica era el país latinoamericano que más ha perdido territorio. Estas pérdidas territoriales (dentro de las que destacaba Bocas del Toro) habían sido posibles por una disposición histórica de los gobiernos costarricenses para “contribuir en modesta escala a la paz del continente [sin embargo] nadie nos ha agradecido hasta hoy este sacrificio y que tenemos que hacer el reconocimiento, tardío y doloroso al mismo tiempo, de que Costa Rica es un despojo de despojos.”⁵⁰¹

El tiempo transcurrió y la oportunidad para la administración Jiménez venció sin haber concluido satisfactoriamente las negociaciones con Panamá, en buena parte por la agitación política que la iniciativa causó. Sin embargo, el tema no perdió vigencia y contaba con el músculo político como para volver a ser planteado tres años después, ya en la administración de León Cortés. En ese entonces, los niveles de discusión fueron tales que el Gobierno recopiló publicaciones realizadas en el *Diario de Costa Rica*, órgano oficialista en aquel momento, en las que mostraban los argumentos favorables al tratado de límites impulsadas a partir de 1938. En este contexto, vale señalar que el diario en el cual se atrincheraba la oposición a dicho proyecto era el diario *La Tribuna*, dirigido por un elemento clave en la invasión costarricense a territorio del caribe panameño en 1921: José María Pinaud.

No es parte de esta investigación comparar los argumentos de uno y otro bando de la prensa en las décadas siguientes a 1920. Más bien se trata de identificar el uso político que se le dio —en términos generales— al recuerdo de la guerra en momentos de agitación respecto al tema limítrofe. En uno de los artículos recopilados por el gobierno de Cortés en favor del acuerdo bilateral, señalaba el presidente que con él en el poder, Costa Rica jamás

⁵⁰⁰ Elías Leiva Quirós. *Por nuestras fronteras naturales. Ecos de una campaña patriótica para impedir que Costa Rica ceda a Panamá territorios en la costa Atlántica*. Imprenta Gútemberg: San José, 1935, pp. 18-19

⁵⁰¹ Leiva Quirós. *Por nuestras fronteras naturales*, p. 46

provocaría una guerra. Esto lo decía en el contexto de algunas propuestas que sugerían buscar –nuevamente- otro árbitro internacional que revisara el caso. Sin embargo, Cortés argumentaba que aunque otra potencia volviera a dar la razón a Costa Rica para ir a amojonar la frontera, valía más la pena aplicar una solución en la que “se liman asperezas, se olvida el pasado y se vive el porvenir en paz.”⁵⁰² Es decir, lo importante, de nuevo, era mantener la estabilidad en la región fronteriza, y no necesariamente la reivindicación de derechos adquiridos en la diplomacia.

Ahora bien, como uno de las condiciones *sine qua non* en la fórmula del presidente Cortés, se encontraba olvidar el pasado. Esto implicaba no involucrar en las nuevas negociaciones el antecedente de la guerra llevada a cabo durante la administración de Julio Acosta. En clara línea con el gobierno, no solo por su apoyo a la solución rápida del asunto limítrofe, sino por la justificación de dicho posicionamiento, el jurista Alberto Brenes Córdoba se declaraba partidario del arreglo directo con Panamá. Brenes secundaba la propuesta del presidente, señalando que lo importante era firmar el tratado, de tal manera que se sacrificaran “estériles rencillas y pasados enojos en provecho de la paz, la armonía y concordia que la buena vecindad imponen a los pueblos civilizados.”⁵⁰³ Nuevamente, un paso necesario para la civilización no era necesariamente el perdón (ejercicio que necesariamente implica el recuerdo), sino el olvido deliberado de lo ocurrido años atrás.

León Cortés también señalaba como inviable una nueva guerra contra Panamá como medio para amojonar la línea fronteriza con este país. Esto debido a que “la revuelta interna y la conmoción externa son términos de exclusión de nuestro sosegado vivir, y mal haría quien pretendiera la inversión de los fundamentos de tal cordura.” Estas palabras las dirigía en un contexto en el cual, por momentos, las opciones parecían reducirse a firmar un nuevo tratado con Panamá, o abrir el portillo a la posibilidad de un nuevo conflicto armado. Pero, para banalizar más aún las voces que sugerían preferir un nuevo conflicto antes que renegociar la frontera, Cortés recordaba la casi generalizada oposición cuando, al iniciar su administración, propuso mediante proyecto de ley, incluir formación militar en el currículum de la secundaria para hombres. Después de esa oposición, señalaba de

⁵⁰² Reportajes y opiniones tomados del “Diario de Costa Rica” acerca del asunto de límites con la República de Panamá. Imprenta Nacional: San José, 1938, p. 7

⁵⁰³ Reportajes y opiniones tomados del “Diario de Costa Rica”, p. 26

“desentonado que a estas horas vengamos a pretender trocar el espíritu de paz por el lema de la guerra.”⁵⁰⁴

El folleto editado en aquel setiembre de 1938 echaba mano a antiguas declaraciones de dos expresidentes autorizados en el asunto. Por un lado, aparece lo dicho por Ricardo Jiménez a *La Tribuna* en octubre de 1936, en las que Jiménez presentaba el tratado de límites como una urgencia necesaria, con el fin de evitar otro conflicto armado “como en tiempos viejos (...) una tragedia [que] sucedió en momentos de fraternidad.”⁵⁰⁵ También citaba el gobierno cortesista unas declaraciones de Julio Acosta publicadas por *La Tribuna* el 20 de enero de 1935. En ellas, Acosta decía apoyar las negociaciones llevadas por el canciller Gurdíán. Por tanto, tres años después cambió de opinión y se oponía al proyecto presentado por la administración Cortés. Tomando esto en cuenta, Cortés deslegitimaba la figura de Acosta para referirse al tema, ya que “fue durante su gobierno cuando tuvieron verificativo los sucesos del río Coto en que nuestras tropas sufrieron los más duros reveses.” Más aún, “ni con las pérdidas de vidas de aquellos días aciagos para la República, pudo Costa Rica, ni aun contando con la buena voluntad del Gobierno Americano, llegar al amojonamiento de nuestra frontera, e ineficaces resultaron los empeños puestos en juego por aquel Gobierno para el logro de tan deseado fin.”⁵⁰⁶ Es decir, la guerra era una opción improbable, no solo por la cultura política costarricense, sino por su insuficiencia a nivel estratégico. Con estos argumentos se negaba la posibilidad de insistir en la aplicación del fallo White.

Un tercer y definitivo momento en las negociaciones por la frontera entre Costa Rica y Panamá, implicó un nuevo aumento de recuerdos sobre la guerra de 1921. En el contexto de 1941, año en que se firmó el tratado de límites posteriormente conocido como Echandi Montero-Fernández Jáen, una de las voces que dejaron sus impresiones de aquel proceso fue la de Adán Saborío. Un primer elemento en las palabras de Saborío es el valor civilizatorio del finiquito a nivel diplomático. En ese sentido, señalaba que “ya América, hija de Europa, se ha educado más en los principios de gobierno y de vida social que la vieja madre que nos dio la vida y nos enseñó.”⁵⁰⁷ Como puede notarse de las líneas en esta

⁵⁰⁴ Reportajes y opiniones tomados del “Diario de Costa Rica”, p. 17

⁵⁰⁵ Reportajes y opiniones tomados del “Diario de Costa Rica”, p. 19

⁵⁰⁶ Reportajes y opiniones tomados del “Diario de Costa Rica”, p. 21

⁵⁰⁷ Adán Saborío, “Costa Rica y Panamá”, en *Revista de los Archivos Nacionales* 5, no. 5-6, p. 323

sección, la meta de convertirse en un país civilizado a nivel mundial pasaba por la necesidad de negar cualquier posibilidad de guerra. De hecho, se presentaba la firma del tratado como un aporte al proceso continental de buena vecindad.

Sin embargo, Saborío no solo celebraba el avance civilizatorio de Costa Rica y Panamá. También promovía explícitamente ideas de integración ístmica. Después de la firma del tratado, planteaba una eventual unión de Costa Rica y Panamá (lo cual estaba justificado, según Saborío, por su pequeño tamaño y la unión de sus ciudadanos) bajo el nombre de “la República de las Antillas o de Balboa.” Estas ideas, encontraban su asidero en el consejo de “el Gran Capitán del Continente”, en referencia al gobierno de Estados Unidos, según el cual, “toda América formará la República Federal Americana, libre, fuerte y compacta.”⁵⁰⁸

Es fundamental señalar que en las reivindicaciones de Saborío, no se incluye ningún recuerdo sobre la guerra de 1921. Esto parece haber coincidido con una explícita intencionalidad de la administración Calderón Guardia, puesto que a finales de setiembre de 1941, Alberto Echandi Montero declaraba –como respuesta a las críticas de Julio Acosta sobre el tratado limítrofe firmado por el mismo Echandi- que, pese a que en Costa Rica había “gentes que quieren revolcar el pasado en un ruin intento de destruir la cordial amistad que existe ahora y que existirá para siempre en el futuro entre los pueblos y gobiernos de Costa Rica y Panamá (...) “El futuro no se construye con recuerdos hostiles, sino con actos de confianza, de respeto y de fe.”⁵⁰⁹ Como se mencionó más arriba, el proceso de formación definitiva de la línea fronteriza pasó por el olvido como manera de evitar retrasar las negociaciones.

Ahora bien, poner la mirada sobre la paz continental, y como consecuencia negar la posibilidad de una guerra con Panamá para reclamar la soberanía del territorio nacional según lo definido por el Laudo White, fue solo el primer elemento característico en el olvido progresivo sobre la guerra sucedida en 1921. A continuación se analiza cómo fue necesario evitar tanto como fuera necesario, describir los sucesos de finales de febrero e inicios de marzo de aquel año como guerra.

⁵⁰⁸ Saborío, “Costa Rica y Panamá”, p. 325

⁵⁰⁹ Oconitrillo García, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*, pp. 500-502

2.2. No-decir-guerra

Además presentar la guerra con Panamá en 1921 como contraria a la identidad pacífica de la nación costarricense, en la década de 1930 e inicio de 1940, se evitó a toda costa definir los acontecimientos de febrero y marzo de 1921 en términos de *guerra*. En este proceso, los momentos que tuvieron mayor cantidad de información corresponden, de nuevo, a los tres proyectos de acuerdo limítrofe llevados a cabo en las administraciones Jiménez, Cortés y Calderón.

Durante la administración Jiménez, Elías Leiva, a pesar de ser un férreo opositor a la negociación directa con Panamá, concordaba con el gobierno en un elemento: ambos ignoraban, de manera más o menos deliberada, los sucesos de la guerra de 1921. En algunos momentos se omitía referirse a los sucesos de aquel año, y en otras ocasiones explícitamente se negaba que lo sucedido haya sido una guerra. Por ejemplo, Leiva denunciaba que el manejo de los asuntos fronterizos de Costa Rica después de 1921 “constituyen un verdadero retroceso en nuestra política internacional.” Sin embargo, no menciona qué tuvo el año 1921 para significar un punto de inflexión en los asuntos limítrofes.⁵¹⁰ Para los adultos de 1935 era fácil intuir de qué se trataba. Pero no sucedería lo mismo con las generaciones siguientes. Por lo tanto, este tipo de omisiones fue un elemento clave para que las características de los episodios de 1921 se difuminaran cada vez más.

En otros momentos, sin embargo, el mismo Leiva negaba deliberadamente la existencia de la guerra de 1921. Esto puede entenderse como un esfuerzo para que su negativa a la renegociación del Laudo White no se confundiera con su apoyo a una nueva campaña bélica contra Panamá (como se señaló en el apartado anterior, esas eran las dos opciones que se consideraban en algunos momentos). Aseguraba en uno de sus artículos que “jamás hemos hecho una guerra ni grande ni pequeña a nuestros vecinos por arrancarles un pedazo de territorio”, esto porque “la idea de un conflicto armado es algo absurdo e imposible para nosotros.”⁵¹¹ Más adelante se contradecía al avalar la existencia de aquel conflicto, pero minimizaba lo sucedido al borde de la banalidad. Leiva acusaba a los que aprobaban el proyecto de tratado de límites de hacerlo presentando los recuerdos de

⁵¹⁰ Leiva Quirós. *Por nuestras fronteras naturales*, p. 17

⁵¹¹ Leiva Quirós. *Por nuestras fronteras naturales*, p. 55

la experiencia militar en Coto “con los colores más siniestros [convertidos en] la imagen de una guerra que solo existe en la propia imaginación.”⁵¹²

Resulta evidente que, para la oposición al tratado de límites era clave negar la existencia –o en todo caso las dimensiones- del conflicto de 1921. Esto les permitía evadir el uso de dichos acontecimientos como una amenaza para que la población aceptara de manera rápida la negociación directa con Panamá. Ahora bien, no solo Leiva como representante de la oposición a dichos proyectos relativizaba la importancia de los sucesos de 1921. Un documento editado por el gobierno de León Cortés en setiembre de 1938, destaca un artículo de Fabio Baudrit que apoya el discurso manejado por Leiva.

Sobre dicho artículo hay dos aclaraciones importantes: por un lado, corresponden a declaraciones hechas en enero de 1935 al diario *La Tribuna*, en el marco de las negociaciones del canciller Raúl Gurdíán, en la administración de Ricardo Jiménez; por otro lado, las palabras de Baudrit son particularmente relevantes porque es él el autor que reseñó la guerra de 1921 en un libro de texto de consulta escolar en nivel primario durante la primera mitad del siglo XX. En las declaraciones señaladas, Baudrit definía el conflicto como “viejo e inexplicable”, y se refería a la guerra de 1921 como “la última *aventura* que tuvimos con Panamá (...) guerra más o menos corta o más o menos larga.” Fue, en resumen, una “guerra, si es que se puede llamar así.”⁵¹³ Las palabras de Baudrit son plenamente significativas en cuanto respecta a los recuerdos y olvidos sobre la guerra de 1921. Domina la indeterminación, la escasez de menciones y la inexistencia de descripciones. Porque de haberlas, se habría reconocido que, no obstante su corta duración y limitaciones militares, fue una experiencia concreta y real de guerra para la sociedad de la época.

En el marco del proyecto de ley presentado por la administración de León Cortés, se ubica uno de las mentiras más llamativas de todas aquellas ocasiones en las que se evadía hacer una reseña de los sucesos de 1921. Teodoro Picado Michalski, que en aquel momento fuera diputado y simpatizante del acuerdo limítrofe, armaba un caso supuestamente hipotético de lo que pasaría si hubiera una guerra entre Costa Rica y Panamá. En el desarrollo de esa situación hipotética nunca menciona el antecedente de 1921, pero

⁵¹² Elías Leiva Quirós. *Por nuestras fronteras naturales*, p. 56

⁵¹³ *Reportajes y opiniones tomados del “Diario de Costa Rica”*, p. 16

implícitamente narra cosas que ya habían sucedido en aquel año. Esto con el objetivo de amedrentar a los lectores con un escenario que –según él- podría evitarse si se firmaba el ansiado tratado. Se preguntaba Picado qué pasaría si: “una turba más o menos exaltada e inconsciente apedrea nuestro escudo en Panamá y otra hace aquí lo propio con el de allá, tenemos dos países hermanos en vísperas de una guerra para lo cual no están ni deben estar preparados.”⁵¹⁴ Hay que recordar que esta situación sucedió a finales de febrero de 1921. En Ciudad de Panamá y Colón se apedreó y arrastró el escudo nacional costarricense de los consulados en esas dos ciudades. Cuando el cónsul de Costa Rica en la capital panameña informó al gobierno de Julio Acosta lo sucedido y pone su renuncia por medio de un telegrama, en Costa Rica también se apedreó el escudo panameño en el consulado de aquel país en San José. Con esto se aumentó masivamente la agitación social en Costa Rica y el envío de soldados hacia la frontera.

El tercer momento de las negociaciones por la frontera con Panamá después de la guerra de 1921, es decir, la firma del tratado definitivo, tampoco estuvo exento de olvidos llamativos sobre lo sucedido en aquel año. A propósito de las celebraciones conjuntas entre los gobiernos de Costa Rica y Panamá por la definición exitosa de la frontera, hubo una misa en la Catedral de San José con la presencia de los presidentes Calderón Guardia y Arias Madrid. En esa ocasión, el Deán de la Catedral describía aquel día como el momento donde se habían borrado para siempre las amenazas a la fraternidad entre los dos países. Lo más cercano al recuerdo de la guerra de 1921 fue la referencia a una “¡Cruel y abrumadora pesadilla había atormentado por largos años el ánimo de costarricenses y panameños! (...) Un pedazo de tierra no vale lo que vale la vida de un hombre.”⁵¹⁵ El cura no solo describía de manera implícita un recuerdo negativo de la historia común entre los dos países, sino que revivía los escenarios en los que se desarrolló la guerra de 1921, así: “¡Corrientes impetuosas del Sixaola! ¡Fronteras rumorosas del Coto! Decid a los que moran en aquellas apartadas cabañas que su selvático silencio ya no será más interrumpido que por el hacha del labrador.”⁵¹⁶ Con estas declaraciones, se ponía en práctica aquel repetitivo pasaje

⁵¹⁴ *Reportajes y opiniones tomados del “Diario de Costa Rica”, p. 28*

⁵¹⁵ “Discurso del Ilmo. Sr. Dean de la Catedral Metropolitana Mons. Alfredo Hidalgo”, en *Revista de los Archivos Nacionales* 5, n° 5-6, p. 442

⁵¹⁶ “Discurso del Ilmo. Sr. Dean de la Catedral Metropolitana Mons. Alfredo Hidalgo” p. 443

evangélico de “quien tenga oídos, que oiga”, puesto que no existió mención explícita al conflicto, más allá de lo que los presentes pudieran inferir.

Tampoco hubo mención explícita por parte del presidente Calderón Guardia, quien aseguraba en aquella misa que ya no existía “peligro de que en alguna hora del futuro en sus aguas [de los ríos ya mencionados] se reflejen armas agresoras de ninguno de estos países hermanos, cuando a cambio se copie en ellos la luz del Redentor podemos [prever] que desde arriba se está signando, hasta para el más remoto provenir el entendimiento fraternal de estas dos Repúblicas de América.”⁵¹⁷ Una vez más, la firma del tratado de límites se legitimaba en escala internacional dentro de la lógica de paz americana, pero a nivel interno la estrategia era no mencionar explícitamente ninguno de los acontecimientos ocurridos en río Coto y la región transfronteriza Caribe.

El último testimonio significativo sobre el contexto de firma del tratado Echandi Montero-Fernández Jáen, es la introducción de Roberto Brenes Mesén al texto conmemorativo de Joaquín Fernández Montufar sobre ese evento. Se trata de nuevo de no caracterizar el episodio armado, y por tanto insistir en no mencionar la palabra guerra. De hecho, Brenes Mesén señala que el tratado logró superar lo que describe como “la úlcera sangrante y sensitiva en tierras de la frontera. Y por allí donde antes dolía, pasa hoy la línea de sutura de la paz permanente.”⁵¹⁸ Fuera de esta breve e imprecisa descripción de los antecedentes de aquel tratado firmado en 1941, no menciona nada más sobre los eventos de los que él mismo fuera testigo.

3. Guerra en textos de historia y literatura

Por la marcada importancia que implicaba la firma de un acuerdo definitivo de límites, dichas discusiones son el primer espacio en el que es identificable la dinámica de recuerdo y olvido sobre la guerra de 1921, generalmente conocida como Guerra de Coto. Sin embargo, un vasto campo de memoria está dado por diferentes textos que, ya bajo la categoría de historia o literatura, han abordado de alguna manera lo sucedido en aquel momento. En la segunda mitad del siglo XXI, tiene total vigencia la dedicatoria que hiciera

⁵¹⁷ “Discurso del Ilmo. Sr. Dean de la Catedral Metropolitana Mons. Alfredo Hidalgo”, p. 445

⁵¹⁸ Joaquín Fernández Montufar, *Tratado Calderón Guardia-Arias Madrid. Páginas conmemorativas*. San José, 1993, p. VII.

José Marín Cañas en su libro sobre la experiencia militar costarricense en el Pacífico Sur en la campaña contra Panamá. Marín dedica su trabajo “a los jóvenes de la presente generación revolucionaria que han oído hablar de Coto, y creen que es un señor de Cartago.”⁵¹⁹ En realidad, la óptica de Marín esta, en sí misma, sesgada. Esto porque es uno de los muchos recuerdos de los sucesos de 1921 que olvidan los sucesos de la región Caribe, y presentan lo sucedido como una guerra focalizada en Coto. Sin embargo, es representativa de la flaca memoria nacional costarricense, en cuanto a su última experiencia en una guerra internacional.

Después del trabajo de Marín, se han sucedido muchos que, si bien no se han abocado a analizar el conflicto en lo específico, sí lo han tomado en cuenta en la construcción de la historia costarricense. A continuación se abordan dos categorías en las que se agrupan las perspectivas desde las que se ha historizado el conflicto con Panamá. La primera de ellas, centrando la atención en los héroes de dicha campaña. La segunda y más amplia, aunque mucho más imprecisa, la caracterización del conflicto como un todo.

3.1. Rescate de figuras heroicas

Es muy significativa la manera en la que Ricardo Fernández Guardia resumió la guerra con Panamá en su *Cartilla Histórica*. Fernández hace hincapié en los tres episodios de derrotas militares del ejército nacional en Pueblo Nuevo de Coto sufridos, sucesivamente, por los destacamentos liderados por Héctor Zúñiga, Miguel Ángel Obregón y Amadeo Vargas. Según el historiador, los hombres de dichas expediciones fueron “despedazados a mansalva por los panameños.” En cuanto al resto de elementos involucrado en el conflicto, se limita a señalar que a finales de febrero “salió una fuerza expedicionaria hacia la región de Coto y otra atravesó la frontera panameña por Guabito, apoderándose el 4 de marzo de 1921 del puerto de Almirante.”⁵²⁰ Es decir, no sugiere la cantidad de personas involucradas, su organización, la lógica de las movilizaciones ni las acciones secundadas por la sociedad civil en aquel momento.

⁵¹⁹ José Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*. Editorial de Costa Rica: San José, 1976, p. 13

⁵²⁰ Ricardo Fernández Guardia, *Cartilla Histórica de Costa Rica*. EUNED: San José, 2005. p. 138

Ya fuera por carencia de fuentes, espacio o interés, Fernández Guardia no especifica la identidad de dichos hombres, ni siquiera su jefe. En realidad, el primero de ellos –Héctor Zúñiga- pasó al olvido casi generalizado incluso en los primeros días después del conflicto. Esto se debe, en buena parte, porque su grupo fue hecho prisionero, pero no trabó combate con ningún contingente panameño. Eso significó que no tuvo bajas y por lo tanto, carecía él y su grupo del martirio que hubiera hecho posible la conversión en héroes. El primer refuerzo para los hombres de Zúñiga llegó a cargo de Miguel Ángel Obregón, periodista cercano a Julio Acosta desde las movilizaciones contrarias al régimen de Tinoco. Una vez que Acosta asumió al poder y puso en marcha el envío de expediciones militares al Pacífico Sur, nombró a Obregón al mando del segundo grupo, dejando manifiesto su confianza en él, pese a no ser militar de carrera.

La experiencia de Obregón como individuo tampoco está bien documentada, puesto que después de los años no acaparó la atención. Esto se debe, en parte, a que aunque inicialmente se proyectó como mártir, las noticias de los días siguientes a la finalización del conflicto confirmaron que su muerte no era cierta. Por tanto, perdió el peso del héroe sufriente que por décadas lo privo de algún recuerdo en términos militares. Eduardo Oconitrillo en su obra biográfica sobre Julio Acosta publicada a inicios de la década de 1990 reseña a Obregón en los términos siguientes: “supo ser soldado sin haber aprendido a manejar armas; lo supo ser, pasando hambres, sin tener necesidad de pasarlas; también pasó fríos, durmió y veló teniendo por techo el firmamento y por mullida cama los fangales del frente de batalla.”⁵²¹ Sin embargo, esta serie de elogios, correspondía a su participación en la llamada revolución del Sapoá y no a la aventura militar contra Panamá.

Mientras tanto, el principal testimonio de la guerra de 1921 convertido en un libro, a pesar de que fue narrado por un asistente de Obregón, no exalta la figura de este, sino que destaca más bien el rol del mexicano y entonces jefe político de Osa, Daniel Herrera Yrigoyen.⁵²² Sin embargo, antes de profundizar en la forma en la que se presenta al Herrera en el documento editado por José Marín Cañas, vale hacer algunas aclaraciones sobre dicho documento. Su primera versión fue publicada en 1934 bajo la identidad protegida de un personaje que narraba, en primera persona, los acontecimientos de la segunda expedición

⁵²¹ Oconitrillo García, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*, pp. 125-126

⁵²² Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, p. 29

militar costarricense a Pueblo Nuevo de Coto a finales de febrero de 1921. Una segunda y definitiva versión fue publicada, bajo auspicio de la Editorial Costa Rica, en 1976. En esa ocasión, al cumplirse 55 años de la guerra con Panamá, ya se reconocía la identidad del informante: era Guillermo Padilla, entonces joven abogado, pasante en la secretaría de Guerra y asistente en Coto de Miguel Ángel Obregón.

Padilla le comentó a José Marín un par de incidentes que dejaron en evidencia lo poco rigurosa y precavida que fue la entrada de los hombres a cargo de Obregón a Pueblo Nuevo. En un primer momento, un soldado avistó un kepis panameño en el delta del río Coto, pero ninguno de los presentes le creyó y la prevención no se tomó en cuenta al seguir avanzando.⁵²³ Minutos después, y probablemente inspirado por la desconfianza de la advertencia anterior, un nicaragüense “experto en el manejo de la ametralladora y hombre de pelea”, propuso sacar la ametralladora que llevaban en la embarcación cuando estaban a 10 minutos del pueblo. Sin embargo, el jefe político de Osa que los acompañaba –y aseguraba que el control de Pueblo Nuevo lo tenía la tropa costarricense que él mismo había recibido días atrás en Golfo Dulce- dijo que no había tal necesidad. Así que tampoco le hicieron caso.⁵²⁴ En el resto del relato de Padilla, Obregón solo es mencionado en contadas ocasiones hacia el final de la balacera contra los policías panameños y durante la recuperación de los heridos y el reconocimiento de los fallecidos (35, según Padilla).⁵²⁵

Sin embargo, como se apuntó antes, el protagonismo en las páginas que recogen el relato de Padilla lo tiene el mexicano Daniel Herrera, a quien Oconitrillo ubica en la región de Osa desde el gobierno de Alfredo González Flores.⁵²⁶ El que se dedicaba principalmente a la pesca en el pacífico sur resultó ser clave informante en las aproximaciones costarricenses al pueblo disputado con Panamá. Sin embargo, la confianza brindada por Herrera a la segunda expedición costarricense supuso luego una grave confusión. Por un lado, sus palabras daban una “gran calma, como en el paisaje [que] se apoderó de nosotros. Nadie podía esperar que faltaban pocos minutos para que se manchara de sangre toda La Esperanza [nombre de la lancha].”⁵²⁷

⁵²³ Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, p. 51

⁵²⁴ Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, p. 58

⁵²⁵ Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, p. 84

⁵²⁶ Oconitrillo García, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*, pp. 234

⁵²⁷ Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, pp. 49-50

Sin embargo, lo contraproducente del mensaje brindado por Herrera a los soldados costarricenses no implicó de ninguna manera, un testimonio negativo sobre su rol en la batalla contra los panameños. En realidad, para Padilla, Herrera se convirtió en el referente de batalla, y así lo hace constar cuando, en medio ir y venir de proyectiles, la sola imagen del mexicano provocaba en Padilla creerse “intocable. Me creí de bronce. Hay un contagio que se pasa de aliento a aliento y que se prende en el interior del alma de una llama convulsa. Es el instinto de conservación, es la presencia del heroísmo.”⁵²⁸ Herrera había decidido cargar en la embarcación con un fonógrafo en el que sonó el Himno Nacional de Costa Rica apenas entrando al poblado. Esta fue la fácil orden de abrir fuego para los panameños, quienes sorprendieron a los costarricenses. Sin embargo, de nuevo la presencia de Herrera se convirtió para Padilla “en la ígnea llama de heroísmo, me dio valor. (...) Daniel, convulso, seguía tercamente expuesto a la balas, de pie, altivo, como si fuera intocable.”⁵²⁹

Tan protagónico fue Herrera Yrigoyen en la experiencia de Guillermo Padilla que, en un relato más bien lacónico, decide detenerse en el momento de la muerte del mexicano. Al recibir el impacto de bala definitivo:

“Herrera abrió los brazos, soltó el máuser, echó la cabeza hacia atrás. Lo miré horrorizado. Vi, no sé cómo, que sus pies, sus mismos pies, se doblaban para adentro, se falseaban. No era flexión de piernas. Eran los zapatos de aquel muchacho que tomaban postura absurda, un bailoteo macabro. Daniel giró sobre sí mismo y cayó bruscamente, con todo el peso de su *cuerpo intocable*. Tendido. Abierto, con una mueca decisiva en la cara. Me agaché sobre él. Tenía el pecho abierto con una gran rosa de sangre. Aún vivía, pero era cosa de momentos. Los ojos los conservaba abiertos. Parecían de cristal. El sudor, que le nacía en el pelo, en la misma raíz de aquel su pelo indómito, seguía naciendo aún y seguía cayendo. Tuve un miedo horrible.”⁵³⁰

A pesar de su muerte, Padilla consideraba hasta años después, el cuerpo de Herrera como intocable. Como ha quedado manifiesto en las declaraciones aquí citadas, este adjetivo fue recurrente en la manera en la que el costarricense concebía el cuerpo del mexicano colaborador con la administración de Acosta. No solo en un plano discursivo

⁵²⁸ Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, 1976, p. 70

⁵²⁹ Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, pp. 68-69

⁵³⁰ Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, 1976, p. 72

seguí estando íntegro el cuerpo de Herrera, sino que en el momento de la batalla fue quien dio el impulso para volver a luchar. La sangre de aquel dio a Padilla “una rabia que me hacía enloquecer. Volví a coger el máuser.”⁵³¹ Ver aquel cuerpo fue un golpe de realidad que hizo posible la reacción de Padilla para seguir con su combate contra los panameños que los tenían completamente rodeados: “una cosa tangible, una tragedia concreta me rodeaba.”⁵³²

Tal vez, las razones para enfatizar el rol de Herrera en la expedición a cargo a de Miguel Ángel Obregón, se reducen a su muerte y perfil político (opositor a la dictadura de Tinoco y colaborador de Acosta). Encarnaba un héroe cercano al ejecutivo y un mártir de la guerra contra Panamá. Todo lo contrario de Amadeo Vargas, líder de la tercera expedición a Pueblo Nuevo de Coto. Por un lado, si bien fue la que tuvo mayor cantidad de bajas, no hubo ningún personaje mediático. Esto porque el mismo Vargas, líder principal de la tropa, huyó del encuentro armado con los panameños, para evitar ser apresado. Por estas razones, Oconitrillo lo recordaba –en el mismo libro biográfico sobre Julio Acosta- como “siempre de los primeros como valiente, audaz y sufrido ante las lluvias, las hambres y los fríos.”⁵³³ Sin embargo, igual que con Obregón, Oconitrillo se refiere a sus experiencias en el Sapoá durante la resistencia a los hermanos Tinoco, y no a su desempeño contra Panamá en el Pacífico Sur.

Es notorio cómo la memoria que convierte en héroes a algunos de los militares de 1921 es bien reducida. Sobre todo si se le compara con los intentos promovidos desde la prensa en el mismo año del conflicto. En aquel año, estaban muy presentes las discusiones en las que, por lo menos algunas voces, intentaban plantear las participaciones de Obregón y Vargas como heroicas. Sin embargo, con el paso de los años, se desistió en esta tarea. Más bien, quien destacó en esta lógica fue el mexicano Daniel Herrera, como ya se dijo, gracias a su fallecimiento, que posibilitó su consideración de mártir. Por último, no se debe pasar por alto la manera en la que se borró cualquier recuerdo sobre los líderes militares que coordinaron los avances costarricenses por el Caribe hacia territorio panameño. Si hubiera existido un interés por recordar y celebrar un perfil militar con algo más de grandeza y agresividad, personajes como José María Pinaud, Gerardo Zúñiga Montufar e incluso

⁵³¹ Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, p. 75

⁵³² Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, p. 79

⁵³³ Oconitrillo García, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia.*, pp. 124-125

Ricardo Monge, entre otros participantes, hubieran sido, por el solo hecho de haber estado presentes, figuras propicias para reclamar heroísmo patrio.

No obstante, se descubre una dinámica de la memoria costarricense sobre la guerra con Panamá tal que privilegia las derrotas, para reconvertir las muertes en sacrificios nacionales, y así mostrarlas como consolidación a la entrega por la nación. No son entonces ambiciones de expansión territorial lo que posibilita establecer personajes heroicos, sino la defensa sufriente de lo que se reclamaba previamente. Ahora bien, esta suerte de conclusión previa, puede ponerse a prueba a partir de una revisión de textos que han recuperado diversas posiciones sobre la guerra con Panamá, desde la historiografía como desde la literatura. En la próxima sección, se retoman no los perfiles de los principales militares involucrados, sino la concepción del conflicto en términos generales. Es decir, qué se recuerda y cómo se plantea la breve guerra entre Costa Rica y Panamá en 1921.

3.2. Sobre el conflicto

El primer documento que sistemáticamente recuperó elementos sobre lo sucedido en 1921 entre Costa Rica y Panamá fue la revista *El Maestro*, en su número de octubre de 1927. Esta iniciativa tuvo lugar en un contexto de agitación social sobre el tema, debido a visitas recíprocas entre maestro panameños y costarricenses en ambos países, con la motivación intrínseca de colaborar al proceso de arreglo limítrofe definitivo. Dentro de ese contexto, el evento particular que hizo resurgir el viejo conflicto limítrofe en la esfera pública fue cuando, con motivo de visita de miembros del magisterio panameño a Costa Rica, un niño de la escuela Juan Rudín se negó a entonar el himno de Panamá. A pesar de que los miembros del gobierno señalaron después que los niños tenían libertad para elegir si cantar o no el himno, el caso anterior se volvió simbólico de la disputa entre quienes pedían al gobierno acordar un tratado de limítrofe directamente con Panamá, y aquel sector de la sociedad nacional (fundamentalmente josefina) que seguían reivindicando los términos que daba el fallo White en favor de Costa Rica. Esta es la ocasión que propició que la revista ya mencionada publicara una serie de artículos sobre el tema.

Como parte de estas publicaciones, el presidente Ricardo Jiménez, fiel exponente de aquellos que presentaban una renegociación directa con Panamá como medio para evitar

una posible nueva guerra, señalaba que él no haría una guerra como presidente. Sin embargo, para no dar cabida a dudas sobre su patriotismo en 1921, aclaraba que en aquella época se dirigió a la frontera “como simple soldado; a mi patria se lo doy todo, la vida en primer término. Pero de eso a despertar en ella odios contra otro pueblo hay una enorme distancia y es antipatriótica.”⁵³⁴ Los términos en los que Jiménez planteaba la discusión son representativos de la dinámica en 1927. Se trataba de presentar la colaboración en una guerra como una muestra de patriotismo en 1921, pero como lo contrario en años posteriores.

Luis Anderson, uno de los enemigos históricos del arreglo limítrofe directo con Panamá que sustituyera el Laudo White –en cuyas negociaciones él participara- se mostraba reticente a la participación docente en las gestiones de acercamiento entre ambos países. La deslegitimación desde la óptica de antipatriotismo por parte de Anderson, motivó a Luis Dobles Segreda, entonces secretario de Instrucción Pública, para defender la participación del magisterio en el asunto limítrofe. La razón, que esos mismos docentes que optaban por un acercamiento amistoso con sus pares panameños, habían estado “en 1921, por el Atlántico y el Pacífico con el rifle al hombro, dispuestos a morir por su tierra (...) con ellos fui [Dobles Segreda] a las tierras de Golfo Dulce.”⁵³⁵ Desde esa lógica, la participación en alguna de las expediciones de 1921 daba la legitimidad para apoyar posteriores tratados de límites sin que se pusiera en duda el sentido de patriota, más allá de los términos territoriales que implicaran dichos tratados.

También se incluye en la mencionada revista una publicación firmada por Leonidas Pacheco (publicada originalmente en *La Nueva Prensa* del 4 de octubre de 1927) en la cual argumenta que una guerra con Panamá es un materialmente imposible debido a que Estados Unidos no permitiría una nueva escalada de violencia en las cercanías de su Canal. Sin embargo, no pierde la oportunidad para aclarar que no disminuye la grandeza de los patillos (campesinos improvisados como soldados en 1921). Más bien, se apresura a reconocer que ellos “cumplieron su labor de soldados y de costarricenses; no disminuyo ni quiero que empalidezca el denuedo y el entusiasmo con que nuestra juventud se inscribió en el

⁵³⁴ *Revista El Maestro*, vol 2 núm 2, octubre de 1927, p. 34.

⁵³⁵ *Revista El Maestro*, vol 2 núm 2, octubre de 1927, p. 37

batallón de la muerte y fue valerosamente a buscarla.”⁵³⁶ Detalle curioso este último, pues al decir batallón de la muerte, puede hacer referencia al total de personas dispuestas a participar en la contienda o, de manera solapada, hacer memoria de uno de los grupos que recibió ese nombre en 1921, y fue rápidamente reconocido por componerse de simpatizantes del tinoquismo.

De cualquier modo, la alusión de Pacheco a la muerte abre uno de los temas más escabrosos de la memoria sobre la guerra de 1921. Si la oposición a los acercamientos entre los gobiernos de Costa Rica y Panamá vinculaba dichas diligencias diplomáticas con faltas de patriotismo, eso implicaba también mancillar la memoria de los que sí fueron patriotas en 1921 al punto de morir por causa de la soberanía nacional. Quien usaba como pseudónimo Clemente Paz, argumentaba que la sangre derramada por los soldados en Pueblo Nuevo de Coto era “sagrada y debemos recordarla y lamentarla con devoción.” Sin embargo, llamaba imprudentes a quienes, invocando el recuerdo de aquellas muertes, favorecían una exaltación que podrían llevar al país a “colmar con nuestra sangre la copa de oro de los imperialismos.”⁵³⁷ De nuevo, la posibilidad de una nueva guerra era refutada por algunos sectores, no tanto en función de antipatriotismo, sino desde una óptica geopolítica, que involucraba el rol que eventualmente podría asumir el gobierno de Estados Unidos.

Ahora bien, en medio de este conflicto, vale la pena destacar el mensaje de los maestros panameños, firmado en Ciudad de Panamá el 10 de setiembre de 1927. Allí, se refieren a la guerra de 1921 como un “incidente doloroso, cuya responsabilidad se encargará la Historia de asignar a quien le corresponde, y que abrió un hondo surco de resentimientos entre pueblos hermanos.” Concebían los panameños las gestiones de acercamiento como oposición a dichos resentimientos, pero lo ubicaban en el marco de un sentimiento hispanoamericanista.⁵³⁸ En documento remitido en San José el 6 de octubre, los maestros costarricenses secundaban las buenas intenciones de acercamiento. Sin embargo, a diferencia de los panameños, no se refieren a ningún momento histórico del conflicto limítrofe; por el contrario, llaman a no involucrarse en “este terreno, que no es en verdad el que corresponde al carácter y a los fines de las actividades apostólicas en que se

⁵³⁶ *Revista El Maestro*, vol 2 núm 2, octubre de 1927, p. 42

⁵³⁷ *Revista El Maestro*, vol 2 núm 2, octubre de 1927, p. 43

⁵³⁸ *Revista El Maestro*, vol 2 núm 2, octubre de 1927, p. 49

desenvuelve la misión del maestro.”⁵³⁹ Entre los firmantes de este comunicado estaban Justo A. Facio, activo miembro de la escuela de Derecho, opositores por lo general a una renegociación directa con Panamá, y el mismo Omar Dengo, que marchó al frente en 1921 y luego de regresar fue condecorado con honores por los estudiantes de la Escuela Normal. Esto explica en gran medida, el llamado a la cordialidad, pero las reservas en cuanto a posicionarse claramente en términos del arreglo limítrofe entre ambos países.

En este contexto de agitación sobre el conflicto limítrofe en el que se activó el recuerdo sobre la guerra de 1921, hubo un elemento importante y es el reconocimiento oficial por parte del gobierno de Costa Rica, de que efectivamente los sucesos de aquel año fueron considerados una guerra. Este reconocimiento llegó en el marco de un reclamo de un ciudadano estadounidense, dueño de la embarcación llamada Belén Quesada, que a finales de febrero entró a Puntarenas con bandera panameña, y fue tomada como botín de guerra por el gobierno costarricense. El gobierno estadounidense respaldó el reclamo que hizo dicho ciudadano al gobierno de Costa Rica, por un monto 222.500 colones. Al recibir la notificación de dicho respaldo, Ricardo Castro Beeche argumenta a Roy T. Davis, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, que el Belén Quesada fue considerada una presa de guerra que no agredía en ninguna manera a ciudadano estadounidense alguno, puesto que “a la luz de los principios y precedentes del Derecho Internacional, la bandera es la única determinante de la nacionalidad de una nave.”⁵⁴⁰

Como contraargumento, Davis señala que nunca hubo declaratoria oficial de guerra. Sin embargo, Castro cita un manual de Derecho Internacional “de Oppenheim, página 67, párrafo 54, tercera edición”, donde básicamente se establece como guerra cualquier enfrentamiento armado entre los ejércitos de dos países contendientes, al margen de que no se haya hecho una declaratoria. Además, refuerza su argumento recordándole al plenipotenciario estadounidense que “Hubo muertos, heridos y prisioneros. Se invadió por las respectivas fuerzas territorio de ambos países.” Además, le recuerda que el Gobierno de los Estados Unidos había firmado ya varios tratados en que se asegura la bandera como única determinante de la nacionalidad de un barco.⁵⁴¹ Es decir, con la intención de defender el asalto de un barco de bandera panameña, y con la intención de evadir el pago de una

⁵³⁹ *Revista El Maestro*, vol 2 núm 2, octubre de 1927, p. 52

⁵⁴⁰ *Revista El Maestro*, vol 2 núm 2, octubre de 1927, p. 53

⁵⁴¹ *Revista El Maestro*, vol 2 núm 2, octubre de 1927, p. 54.

multa cuyo cobro era apoyado por el gobierno estadounidense, el gobierno de Costa Rica recurre a tecnicismos de derecho según los cuales, tuvo que reconocer que los movimientos armados de 1921 respondieron a una guerra, elemento que tanto antes como después de 1927 sería ocultado de la memoria nacional sobre el conflicto.

En la misma década de 1920 no hubo ningún otro libro que retomara alguno de los sucesos de la guerra de 1921. Es hasta 1934 que se publica el libro ya mencionado de José Marín Cañas. En él, además de retomar el testimonio de Guillermo Padilla, es importante analizar la introducción en la cual el autor resume el conflicto. Esas líneas son de vital importancia porque fue el único texto que se avocó exclusivamente a decir algo sobre la guerra con Panamá por más de treinta años (hasta la tesis de licenciatura de Luis Fernando Sibaja, que se retoma más adelante). Marín da por hecho que el país fue a la guerra gracias a –o después de– la unificación y reconciliación nacional luego de la dictadura de los Tinoco. Él lo pone en los términos siguientes: “[llegado Julio Acosta al poder] Arregladas las diferencias, encauzado el país por la paz, vuelto al clásico amodorramiento democrático, se hizo preciso dilucidar el asunto de límites, sin sospechar siquiera que aquello se iba a producir.” Además de contribuir a la memoria que concibe a la Costa Rica de 1920 como una súbitamente exenta de conflictos internos, señala que la guerra con Panamá fue “una página pequeña. Menos aún: una paginita. Fue breve, pero fue intensa. (...) Por ser breve, no dejó de tener profundidad. (...) 16 vidas fueron el saldo de una aventura que pasó como ráfaga romántica sobre el viejo solar nacional.”⁵⁴² Con ello, el fallo es doble, puesto que resume la desgracia nacional a lo sucedido en la segunda expedición enviada por Acosta, y liderada por Miguel Ángel Obregón. Con ello, limita la campaña no solamente a uno de los dos litorales, sino a una de los tres encuentros efectivos entre costarricenses y panameños.

Cuatro años después de la publicación de Marín, se lleva a cabo la primera edición de un libro de texto de consulta en primaria escrito por José Fabio Baudrit. Es significativo que dedique un apartado a los procesos de definición de cada frontera de Costa Rica. Sin embargo, la especificidad de haber llegado a una contienda bélica en el caso del límite sureste, y el engorroso proceso en general, se pierde. Lo que Baudrit reseña es un rápido repaso por los antecedentes del conflicto con Panamá, con mayor detenimiento en los Laudos Loubet y White. El período siguiente lo describe como un “estado de indecisión”,

⁵⁴² Marín Cañas, *Coto. La guerra del 21 con Panamá*, pp. 19-20

al cual le siguió “en 1921 un conflicto armado entre las naciones, el cual terminó por mediación del gobierno de los Estados Unidos, quien hizo promesa de obligar al respeto del fallo White.” Después de ese momento, su narrativa salta hasta el tratado definitivo de 1941, que según él, “satisfizo de modo absoluto a ambos países hermanos.”⁵⁴³ Es decir, en el texto consultado por los niños y niñas costarricenses, se resume el proceso de definición de la frontera en la firma de algunos acuerdos internacionales, y se silencian los conflictos políticos, sociales y armados insertos con anterioridad a la rúbrica de cada uno de ellos.

En 1939, en el tercer año de la administración Cortés Castro, que como ya se ha comprobado fue particularmente activa en cuanto a propaganda sobre el tema limítrofe se refiere, se editó un libro de Alberto Quijano que proponía una síntesis histórica de Costa Rica. En cuanto a la temática que ocupa esta investigación, este texto significa una clara propaganda a la administración de León Cortés. En el apartado completo que dedica Quijano a las entonces infructuosas negociaciones limítrofes con Panamá, de todo el largo proceso histórico y legal, se limita a reseñar cinco momentos: 1) el fallo White, 2) la exposición de Tobías Zúñiga Montufar al Congreso el 30 de setiembre de 1938 para someter a aprobación el tratado de límites firmado el 26 de ese mes, 3) el texto de dicho tratado, 4) la opinión de Ricardo Jiménez favorable al tratado propuesto por la administración Cortés y 5) el acta firmada por los diputados que decidieron la conveniencia de retirar el tratado de la votación del Congreso, “con motivo de la oposición que encontró” en una parte de la opinión pública.⁵⁴⁴ Para aquellas personas que han leído el libro de Quijano sin alguna referencia más amplia sobre el tema, la perspectiva sobre el límite con Panamá se reduciría entonces al intento llevado a cabo por Cortés. Con ello, de nuevo, se silenciaba cualquier atisbo de conflicto interno con respecto al tema, y se resumía la larga y acalorada polémica con señalar a “una parte de la opinión pública”.

Cuatro años después de la obra de Quijano, y luego de dos años de firmado el tratado Echandi Montero-Fernández Jaén, se publicó un pequeño folleto con el testimonio de José Pozuelo, al cual se le ha adjudicado una influencia personal y decisiva sobre la apertura que tuviera Rafael Ángel Calderón Guardia, desde sus días como presidente electo, para terminar con el conflicto con Panamá. Pozuelo reproduce esta perspectiva y presenta la

⁵⁴³ Jose Fabio Garnier, *La Vida de mi Patria*. Universal: SJ, 1964, pp. 34-36.

⁵⁴⁴ Antonio Quijano, *Costa Rica ayer y hoy, 1800-1939*. San José: Borrás Hermanos, 1939, p. 267

firma del tratado como un proceso personal y, en ese La guerra de 1921 se considera como “violencias en el año 1921 en que sangre de unos y de otros se regó en las fronteras y generosas vidas fueron inmoladas por el sacrificio patriótico.”⁵⁴⁵ En realidad no hubo muertes panameñas registradas, y la imprecisión de Pozuelo parece dudosa. Por un lado, fue testigo ocular de los sucesos de 1921; por otro, partiendo de su rol activo en el arreglo definitivo es muy probable que estuviera bien enterado de lo sucedido. Por tanto, ese dato de las supuestas muertes panameñas podría leerse incluso como un intento por congraciarse con la contraparte y presentar la experiencia de sacrificio como equivalente para ambos países.

Además de seguir con la tendencia que evitaba caracterizar el conflicto como guerra, es sugerente que al hacer Pozuelo una lista de lo que él consideraba costarricenses que “trabajaron sincera y notablemente por darle al problema una solución”, no incluye a Julio Acosta, ni a nadie de su gabinete o de los que participó liderando la guerra, con la llamativa excepción de Luis Anderson (probablemente por su rol decisivo en el acuerdo que lleva su mismo apellido: Anderson-Porras, en 1910, predecesora del Laudo White). El resto de su lista estaba compuesta por: Luis y Felipe Molina, León Fernández, Manuel María Peralta, José María Castro, Lorenzo Montúfar, Ricardo Fernández Guardia, Ascensión Esquivel, Luis Anderson (a él sí), Cleto González Víquez y Ricardo Jiménez.⁵⁴⁶ Silenciar cualquier rol protagónico del gabinete de Julio Acosta en el proceso de acuerdo limítrofe implica, aunque sea tácitamente, negar la experiencia bélica como algo digno de recordar, ni siquiera en términos políticos. Para él, quienes trabajaron sinceramente fueron básicamente historiadores al servicio del Estado costarricenses en su largo proceso de presentar pruebas a su favor.

El primer texto que hace referencia a la guerra con Panamá en 1921 después de la guerra civil de 1948, fue aquel editado por Marco Tulio Zeledón en 1949. En él, el conflicto histórico con Panamá se resume en 6 renglones: “En el mes de febrero de 1921, siendo Presidente de Costa Rica don Julio Acosta García y de Panamá el Dr. Belisario Porras, la querrela de límites con Panamá, remitió en un conflicto bélico con la participación de fuerzas armadas de ambas naciones. Conflicto que terminó gracias a la

⁵⁴⁵ José Pozuelo A., *Por la Patria y por el Amigo. Testimonio relativo a los hechos que culminaron con el definitivo y feliz arreglo del problema fronterizo entre Costa Rica y Panamá*. San José, 1943, p. 13

⁵⁴⁶ Pozuelo A., *Por la Patria y por el Amigo*, p. 26

intervención amistosa del Gobierno de los Estados Unidos de América.”⁵⁴⁷ Se omite, por ejemplo, que Panamá no tenía ejército, y se citan, en todo caso, los sucesos del inicio y del final, perdiéndose en la narrativa cualquier atisbo de la movilización social que, como se demostró en el primer capítulo, hubo en Costa Rica.

En una obra que podría ser de las más consultadas, sobre todo desde el ámbito académico, entre las que aquí se toman en cuenta, es la de Rafael Obregón Loría. Ahora bien, su particularidad no es el abordaje del conflicto con Panamá, sino que reconstruye una línea del tiempo con los enfrentamientos armados en la historia de Costa Rica. Como es de suponer, incluye también la experiencia bélica contra Panamá en 1921. Su síntesis es la primera en la que se hace referencia a sucesos concretos de dicho enfrentamiento. Por ejemplo, reseña la declaración de atentatoria a la soberanía nacional decretada por Julio Acosta, el envío de la primera comitiva militar a Pueblo Nuevo de Coto a cargo de Héctor Zúñiga, la toma de posesión del edificio administrativo del entonces Corregimiento de Coto, así como las muestras hostiles contra el escudo costarricense en Ciudad de Panamá y Colón.

Además, Obregón ofrece por primera vez, elementos para que sus lectores concibieran con un poco más de amplitud algunos de los sucesos de la guerra. Reseña el enfrentamiento del 28 de febrero llevado a cabo por los hombres a cargo de Miguel Ángel Obregón. Este episodio lo resume asegurando que “los nuestros le hicieron frente al ataque, pero se encontraban en una situación muy desventajosa, expuestos completamente a los tiros del enemigo”. Mismas palabras utiliza al describir el desempeño de la tercera expedición, dirigida por Amadeo Vargas. Argumenta que fueron las noticias sobre las muertes de Obregón y Vargas las que prendieron la participación de la gente en la campaña, sin embargo, hay que hacer visible una imprecisión, puesto que ya antes había movimiento hostiles contra Panamá en el valle Central y alistamientos en el ejército.

Hay dos elementos que constituían una característica única del texto de Obregón entre aquellos que habían retomado la guerra de 1921. Primero, visibiliza las principales autoridades militares protagonistas de los movimientos de soldados, más allá de los tres primeros contingentes enviados a Ricardo Monge, Gerardo Zúñiga, José María Pinaud, José Joaquín Zavaleta, Abel Robles, Ricardo Fernández Peralta, Jorge Volio, Rafael

⁵⁴⁷ Marco Tulio Zeledón Matamoros, *Fronteras de Costa Rica*. San José, 1949.

Villegas y Víctor Guardia Quirós, entre otros. Además, destaca las muestras de apoyo que recibiera el gobierno de Costa Rica de sus pares de Guatemala, El Salvador y Honduras, haciendo énfasis en la misión de diplomática del coronel guatemalteco Alvarado Tinoco. Sobre esto último, sin embargo, su versión es descontextualizada al asegurar que “puso se espada a la orden del Gobierno”, cuando realmente los objetivos de su visita se limitaron a promover las actividades del entonces proliferante unionismo en el país.⁵⁴⁸

Después de versiones en extremo escuetas y generalmente carentes de contexto sobre la guerra con Panamá, la publicación de Obregón marcó un cambio en el enfoque sobre dicho conflicto, pero de manera ciertamente limitada. Esto porque su trabajo, como se ha dicho, hace breves reseñas de todos los momentos en que hubo un conflicto armado –o tentativas- en el país. Sin embargo, en 1968, Luis Fernando Sibaja Chacón, entonces Tesionario de la licenciatura del departamento de Historia y Geografía de la Universidad de Costa Rica, desarrolló su trabajo final de graduación sobre el proceso histórico mediante el cual se configuró la frontera sureste de Costa Rica. Fue en ese momento en el cual, por primera vez, una obra historiográfica se detenía a considerar a fondo las características propias de este proceso de larga duración, y por tanto de la breve guerra de 1921.

Sibaja dedica un capítulo completo al desarrollo de la guerra (aunque, como de costumbre, sin llamarla como tal), e identifica como “la médula del asunto” la no aceptación panameña del Laudo White. Esto es importante señalarlo porque, en realidad, su explicación de los sucesos es meramente jurídica. Señala movimientos militares de San José hacia la frontera, establece una útil línea del tiempo, rescata nombres de la oficialidad, pero explorar elementos sociales y culturales tras el conflicto político no es parte de sus preocupaciones. De hecho, una de sus conclusiones es que el gobierno de Costa Rica no se propuso entablar una guerra.⁵⁴⁹ Sin embargo, como parte de su sesgo oficialista, reduce el gobierno al gabinete de Julio Acosta, ignorando otros sectores que –como se argumentó en el segundo capítulo de este trabajo- sí apoyaron una iniciativa militar e incentivaron en el camino la invasión a Panamá.

Al hacer un balance de todo el proceso de conformación de la frontera sureste, desde la colonia hasta el finiquito limítrofe con Panamá en 1941, Sibaja relega al olvido –o al

⁵⁴⁸ Rafael Obregón Loría, *Conflictos militares y políticos de Costa Rica*, La Nación, San José, 1951, pp. 104-108

⁵⁴⁹ Sibaja, 1968, p. 151

silencio- la guerra de 1921. En sus conclusiones sobre todo el proceso, los sucesos de aquel año no se relacionan con nada de lo acontecido en el resto de las décadas de 1920 ni 1930. Para él, los acontecimientos “más interesantes [son] los dos laudos”, define la guerra una “lucha fraticida” como “los hechos más dolorosos y graves de toda la disputa.”⁵⁵⁰ Sin embargo, parece más una impresión en términos subjetivos que un resultado de relación entre los hechos de 1921 y la serie de relaciones que se pudieron haber producido o vislumbrado entonces con el problema fronterizo en general.

Con todo, la tesis de Sibaja es el texto que da más elementos para visibilizar y comprender el alcance que tuvo la guerra con Panamá en 1921. Después de su publicación, aquellos sucesos fueron brevemente retomados en algunos libros de historia de Costa Rica, pero con poco más que menciones sobre su existencia. En ese sentido, lo poco o mucho que en se conocía en la historiografía costarricense hasta la publicación de Sibaja, fue reproducido de manera sintética en adelante. No obstante, hubo algunas excepciones significativas.

Por ejemplo, en el Ensayo Histórico de Francisco Gamboa a inicios de la década de 1970, se acusaba la instrumentalización del nacionalismo en el largo conflicto fronterizo con Panamá, y se ubicaban la raíces reales de dicho conflicto “en lo fundamental (...) las disputas entre compañías imperialistas que explotaban esas tierras. (...) los agentes de la Yunai presionaron al Gobierno panameño para que planteara el conflicto de Coto.” Con esta sola afirmación, ha de reconocerse que el de Gamboa fue el primer texto que de manera tajante cuestiona la visión nacionalista de la guerra de 1921. Sigue el autor: “Debe quedar claro que no había tal honor nacional de por medio y que no valía en modo alguno la pena que panameños y costarricenses fueran a pelear por pedazos de tierra que en último término quedarían fuera de su dominio, porque pasarían a formar parte del imperio del banano.”⁵⁵¹ El mismo reconoce que habría más elementos por investigar con respecto a la guerra, y de hecho, no explora elementos sociales y culturales del mismo, que es lo que esta investigación ha pretendido realizar. Sin embargo, el disenso planteado por Gamboa es fundamental para comprender de manera amplia las implicaciones que tuvo en la historia del país aquel engorroso proceso definitorio de los límites con Panamá.

⁵⁵⁰ Sibaja, 1968, pp. 216-217

⁵⁵¹ Francisco Gamboa, *Costa Rica. Ensayo histórico*. Ed. Revolución: San José, 1971, pp. 87-89 (2000 ejemplares)

Por su parte, Eugenio Rodríguez, en su *Biografía de Costa Rica*, vincula dos elementos con “nuestra única y pequeña guerra del siglo veinte”, uno más cuestionable que el otro. Por un lado señala, de manera muy acertada, que la guerra ocultó en su momento problemas sociales como la escasez de vivienda, alquileres y huelgas.⁵⁵² Esto es claro en la medida en que todos los sectores sociales, incluyendo sindicatos y gremios de la capital y los principales puertos del país apoyaron sin duda las gestiones del gobierno, en medio de entorno que previamente se presentaba como socialmente conflictivo. Sin embargo, Rodríguez reitera el discurso según el cual –dice- se olvidan por corto tiempo las pugnas políticas. Esto, como se discutió en el capítulo anterior, no es cierto, ya que más bien el inicio y fin de la guerra se convirtieron en aquel momento en un objeto más para la disputa política entre el oficialismo y los sectores de oposición.

Dos años después de publicado el texto de Rodríguez, Adela Ferreto y Carlos Meléndez editaron un libro de texto para estudiantes de secundaria sobre la historia nacional. Al llegar al apartado de límites, se explica la guerra con Panamá en función de un irrespeto de aquel país el Laudo White, y a que “autoridades panameñas avanzaban cada vez más adentro de nuestras fronteras.” Con respecto al conflicto como tal, describen el envío de una guarnición (la que fue a cargo de Héctor Zúñiga), su apresamiento a manos panameñas, y cómo el que “los panameños destrozaron luego dos refuerzos” provocaron que el “país indignado se alzó en armas.” Sin embargo, esto último no se documentó, y por tanto, no se problematiza los intereses y divisiones internas manifestadas en dicha campaña bélica.

Además, con respecto al fin del conflicto, señala que el gobierno estadounidense prometió hacer respetar el laudo a Panamá, momento en el que “nuestros soldados volvieron a sus hogares y Costa Rica entró en posesión de sus tierras en la frontera panameña del Pacífico.”⁵⁵³ Es decir, se pierde el engorroso proceso para el regreso de soldados heridos y apresados. También se omite que Costa Rica tuvo que esperar seis meses para hacer un acto protocolario de toma de posesión de Pueblo Nuevo de Coto, así como veinte años para el reconocimiento oficial de la línea fronteriza reclamada (en su gran mayoría).

⁵⁵² Eugenio Rodríguez Vega, *Biografía de Costa Rica*, Editorial Costa Rica, 1980, p. 154

⁵⁵³ Adela Ferreto y Carlos Meléndez, *Nueva Historia de Costa Rica*. San José: Editorial de Costa Rica, 1982, p. 228

Sin embargo, en ese mismo libro, se dedica un anexo completo a una reseña del conflicto limítrofe con Panamá. Allí Meléndez señala que “en la ciudad de Panamá se habían ya realizado manifestaciones hostiles a nuestro país, y muy pronto se organizaron puestos de reclutamiento de hombres para ir a la guerra.”⁵⁵⁴ Sin embargo, silencia cualquier iniciativa costarricense, pues aunque en el texto principal se señala que se alzó en armas, discursivamente se evita plantear que el gobierno costarricense envió sistemáticamente ciudadanos a la guerra. Tampoco, por tanto, existe muestra de las manifestaciones hostiles –en el plano material y discursivo- de la que fue sujeto todo aquello considerado panameño en Costa Rica durante y después de la guerra (ver capítulo 1).

En 1986, el departamento de Educación Abierta del Ministerio de Educación Pública de Costa Rica incluyó una breve reseña de la administración de todos los presidentes hasta entonces, como parte del material preparatorio para los exámenes de bachillerato por madurez. Llama la atención que en el gobierno de Julio Acosta se señala que “hubo fronterizos con Panamá, y se efectuó la guerra de Coto en 1921. Se reafirma la soberanía nacional.”⁵⁵⁵ Es decir, para quienes no consultaran los libros de texto colegial con la versión más completa del conflicto, el asunto se reducía a algún enfrentamiento en la pueblo de Coto y lo único valioso con respecto a ese episodio es la más que cuestionable reafirmación de la soberanía.

Dos años después, la editorial de la Universidad Autónoma de Centroamérica (UACA), publicó un calendario histórico en el cual se rescatan los siguientes hechos sobre la guerra de 1921: el decreto de atentatoria contra la soberanía nacional por la ocupación de Coto, las llegadas de las tropas a cargo de Zúñiga y Obregón, la reorganización del Estado Mayor, la invasión al Caribe panameño con los sucesivas tomas de Guabito, Almirante y Bocas del Toro [aunque en realidad esta no se llegó a efectuar]. En el 6 de marzo de 1921 ubica el fin del conflicto, cuando “el presidente yanqui pide al gobierno de Costa Rica que retire todas las tropas de Panamá, orden que fue acatada de inmediato.”⁵⁵⁶ Aquí se repite, como varios textos antes, la perspectiva errónea de que la intervención estadounidense aseguró de

⁵⁵⁴ Adela Ferreto y Carlos Meléndez, *Nueva Historia de Costa Rica*, p. 238

⁵⁵⁵ Carlos Zamora Miranda, *Costa Rica en el mundo*. Ministerio de Educación Pública, Departamento de Educación Abierta, Bachillerato por madurez, San José, 1986, p. 52

⁵⁵⁶ Pedro Rafael Gutiérrez, *Calendario Histórico. 500 años de la historia de Costa Rica*. UACA, 1988.

manera inmediata la satisfacción costarricense en cuanto a la línea fronteriza. Con ello, se consolidó la imagen del gobierno estadounidense como garante de los intereses nacionales, cuando la intervención parece haber sido pensada más en una lógica de estabilización de una región clave para los intereses extranjeros.

Sin embargo, un alineamiento del gobierno costarricense con los intereses del Departamento de Estado y sus ciudadanos, que implicara a su vez un sacrificio de los intereses meramente nacionales, son una opción que negó durante toda su vida el entonces presidente de Costa Rica, Julio Acosta. En el libro que Eduardo Oconitrillo le dedicara a su vida, el autor retoma un libro autobiográfico de Acosta (de 1954) en el que asegura nunca haber tenido acercamientos con ningún representante del gobierno norteamericano, ni antes ni durante su gobierno. Para ello se apoya en el hecho de que aquel Gobierno no reconoció la legitimidad de su administración hasta que Gran Bretaña así lo hiciera.⁵⁵⁷

En el mismo libro de Oconitrillo se atisba lo que en realidad ha sido la tónica entre los trabajos hasta el momento consultados sobre la guerra de 1921: su parcialidad analítica en términos nacionales. Así como la principal versión panameña del conflicto supone una ventaja militar de Costa Rica por contar con un ejército y omite la calamidad organizativa del mismo, también Oconitrillo justifica el fracaso de las expediciones costarricenses a Coto porque “No se sabía, ni siquiera se presumía, que Panamá estuviera armada. (...) Pero estaba armada, puesto que en dos o tres días movilizó un ejército de dos mil o más hombres.”⁵⁵⁸ Sin embargo, las razones técnicas que pudieron influir en la derrota costarricense en el plano militar pasan a segundo plano para Oconitrillo. De hecho, según su balance de los hechos, la derrota importa poco en términos de algo más grande. Así, “aunque las acciones de guerra de Coto arrojaron un saldo grande y lamentable de pérdidas humanas, al final y paradójicamente, la causa nacional triunfó. Paradójicamente, porque si perdimos en el campo de batalla, ganamos la batalla final.”⁵⁵⁹

Para Oconitrillo es importante destacar, tanto cuanto sea posible, el valor patriótico de la guerra contra Panamá. Con ese objetivo, su camino no podría ser otro que el de comparar lo realizado entonces 65 años antes, en la Campaña Nacional de 1856. Según Oconitrillo, después de la lucha contra los filibusteros, la guerra de 1921 fue “el acto más trascendental

⁵⁵⁷ Eduardo Oconitrillo García, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*, pp. 135-136

⁵⁵⁸ Eduardo Oconitrillo García, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*, pp. 242

⁵⁵⁹ Eduardo Oconitrillo García, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*, pp. 290

en defensa de su soberanía nacional.” Al igual que el discurso sobre la extracción social del héroe nacional en 1856, el valor no reside solo en la acción como tal, sino en su procedencia socio-histórica. Así, se celebra que “en 1921, como en 1856, fue el campesino costarricense el que tomó las armas para defender la causa nacional. En los combates de Coto sólo participaron dos intelectuales: Obregón y Padilla. El resto fueron campesinos que supieron ser valientes y morir por la Patria.”⁵⁶⁰ Clara y conveniente omisión del desfile de personalidades de la élite política, académica y económica costarricenses que apoyaron la breve campaña de guerra en sus dos frentes: Pacífico y Caribe.

En 1993, dos años después de publicado el libro de Oconitrillo, sucedió lo mismo con un libro conmemorativo de la firma del tratado de límites entre Costa Rica y Panamá. En dicho texto, a pesar de reconocer que el asunto limítrofe después de 1921 “fue enarbolado como enseña de batalla durante lapsos preelectorales por las parcialidades intestinas (...) alimentando odiosos localismos”,⁵⁶¹ la memoria sobre la guerra de aquel año se reduce a la transcripción de unos pocos telegramas enviados entre las cancillerías panameñas, costarricenses y estadounidenses en los meses posteriores a marzo de 1921. En estos documentos ni siquiera se menciona la guerra, sino las intercesiones del gobierno de EE.UU. en las gestiones posteriores, así como el apoyo de Centroamérica a la causa costarricense.⁵⁶² Sin embargo, perfectamente podría inferirse que se trató de un conflicto diplomático sin más, y no de la guerra que en su momento fue.

Los dos textos anteriores no fueron los únicos que mencionaron, aunque fuera tangencialmente, los hechos de 1921. En un artículo que vinculaba la identidad nacional con la conciencia nacional de los obreros centroamericanos, Víctor Hugo Acuña destacaba que efectivamente una “guerra entre ambos países.” Además, explica el contexto de elevada conflictividad social del aquel año, y cómo, a pesar de la oposición de personajes como Aniceto Montero y Vicente Sáenz, las asociaciones obreras solicitaron a los obreros en huelga a inicios de 1921, “detener el movimiento y consagrarse a defender la patria y la soberanía.”⁵⁶³ Es decir, el nacionalismo demostró su solidez y legitimidad a nivel

⁵⁶⁰ Oconitrillo García, *Julio Acosta: el hombre de la Providencia*, pp. 291

⁵⁶¹ Fernández Montufar, *Tratado Calderón Guardia-Arias Madrid*, p. 7

⁵⁶² Fernández Montufar, *Tratado Calderón Guardia-Arias Madrid*, 1993

⁵⁶³ Acuña, "Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870-1930)", en *El Paso del Cometa*, Porvenir, 1994, p. 154

costarricense, pues demostró predominar frente a un sector obrero organizado en huelga, hasta el punto de hacerlos posponer su agenda de lucha.

Clotilde Obregón fue la autora de un folleto posteriormente ampliado y publicado como libro, diseñado para consulta escolar. En él, se retoma con brevedad el asunto limítrofe con Panamá. Sin embargo, en este material de consulta estudiantil el largo proceso se limita a una mención de la convención Anderson-Porras de 1910, el fallo White de 1914 y algunos elementos sobre la guerra de 1921. En este último caso, se mencionan los hechos más llamativos como el decreto de atentatoria contra la soberanía nacional publicado el 20 de febrero de aquel año, la toma de posesión de Pueblo Nuevo de Coto por parte del grupo de Héctor Zúñiga, su posterior aprisionamiento y la captura de “las fuerzas que llegaban para completar la guarnición”. Mencionan que se envió soldados también por el Caribe y con respecto a la finalización del conflicto, señala que EE.UU. “prometió que Panamá no volvería a atacar.”⁵⁶⁴ Es decir, de nuevo, los estudiantes de la segunda mitad de la década de 1990 y de los primeros años del siglo XXI, contaron con una versión que reproducía aquella versión que aseguraba –de manera errónea- desde muchos años atrás que el fin del conflicto aseguró la satisfacción de la causa costarricense. Esto, como se ha mencionado antes, no fue así. Pasaron seis meses para el acto oficial de toma de posesión y veinte años para el acuerdo definitivo de la gran mayoría de la línea marcada según el laudo White.

En 1996, Belisario Porras Schulte-Wrede, en su condición de becario de la Maestría en Diplomacia que dirigen en conjunto el Sistema de Posgrado de la Universidad de Costa Rica y el Instituto Manuel María de Peralta del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, hace un recuento del conflicto que básicamente no aporta ningún elemento trascendental. Utiliza en la mayoría de ocasiones lo propuesto por Sibaja. Como es lógico, privilegia diligencias de ambos gobiernos a escala continental, en su misión de ganar apoyo estratégico para su causa particular en el conflicto que se extendería por las dos décadas siguientes.

Sin embargo, de acuerdo con los objetivos de este trabajo, es fundamental un elemento abordado por Porras. Él se plantea la interrogante: en el caso de 1921 entre Costa Rica y Panamá: ¿hubo una guerra o no? Según su planteamiento, sí la hubo gracias a que cesaron relaciones, pero al no existir una declaratoria formal, se relativiza la afirmación. Entonces,

⁵⁶⁴ Clotilde Obregón, *Una historia de valor*, p. 107

plantea que a nivel jurídico no la hubo, pero “a nivel moral las consecuencias trágicas que trajo consigo para ambos países y el origen del conflicto, probablemente hacen justicia a la denominación que popularmente se le ha atribuido: Guerra del Coto.”⁵⁶⁵ Esta postura es compartida desde el momento en que se inició esta investigación, que pretende explicar justamente cuáles dinámicas moldearon esa experiencia de guerra en el caso costarricense.

El libro de historia más reciente que incluye la guerra de 1921 en sus contenidos, corresponde a un texto publicado por la editorial de la Universidad Estatal a Distancia. Allí, se explican las causas del conflicto en “una diferencia sobre el establecimiento de sus límites territoriales”, basado en la perspectiva de historia diplomática costarricense y el trabajo realizado por Sibaja a finales de la década de 1960. Es decir, aporta un panorama que no problematiza los intereses y conflictos tras la delimitación. De manera acertada, se aclara que hubo movimiento costarricense de tropas en ambos literales, pero que en el Caribe no hubo ningún enfrentamiento.⁵⁶⁶

Por último, llama la atención un artículo que formó parte de un libro de historia regional sobre el Pacífico costarricense, en el que Esteban Sánchez, al construir elementos de historia local del cantón de Corredores, referencia de manera particularmente escueta el conflicto. Lo anterior tomando en cuenta que, si bien a nivel de historia nacional los detalles sobre la guerra de 1921 han sido olvidada en términos generales, al pensar en la historia regional de historia regional en el Pacífico sur, la memoria incentivada podría ser diferente. En realidad, se anula por completo los hechos de 1921, para señalar solamente que en 1922 se instaló una agencia de policía en la zona para controlar la entrada de chiricanos.⁵⁶⁷

Podría argumentarse que el conflicto armado con Panamá no forma parte de los intereses del artículo, incluso desde un plano meramente académicos. Sin embargo, este tipo de omisiones son significativos en términos de evaluar los alcances que ha tenido el silencio sobre los sucesos de la guerra. A manera de hipótesis, vale plantear que esto responde a aquella lógica que concentra su atención en el vergonzoso desempeño militar de tres expediciones costarricenses en Coto, omitiendo el nivel de tensión social provocado

⁵⁶⁵ Porras Schulte-Wrede, 1996, p. 178

⁵⁶⁶ Silvia Molina Vargas y Eduardo González Araya, *Historia de Costa Rica*, San José, EUNED, 2015, p. 174

⁵⁶⁷ Esteban Sánchez Solano, "Corredores: una historia por reelaborar (1920-1980)", en *Poder, colonización y arquitectura. Región del Pacífico costarricense: 1780-2010*, pp. 160-161

por la disputa de aquellos territorios, los esfuerzos institucionales y económicos para llevar a cabo aquella campaña y las implicaciones geopolíticas que tenía todo lo que sucediera en aquella, al punto de llevar al gobierno estadounidense a detener un conflicto que algunos, aún así, han considerado insignificante.

Salvo el trabajo de Luis Fernando Sibaja, el resto de textos de la historiografía costarricense que han incluido la guerra de 1921 en sus páginas, se caracterizan por su excesiva síntesis, poca base documental y conclusiones incompletas y en no pocas ocasiones, erradas. Sin embargo, hay dos textos que, a pesar de no incluirse en el campo de la historiografía, y más bien formar parte de la incipiente literatura costarricense de la primera mitad del siglo XX, ofrecen un rico material con validez histórica para analizar con mayor profundidad las implicaciones del conflicto armado con Panamá. Uno de ellos es un cuento corto publicado al calor de un concurso literario; el otro texto, lo que muchos consideran el primer ejemplar novelístico de la literatura costarricense.

En 1941, la Revista Vanguardia publicó las bases para un concurso de cuento corto, convocado para fomentar las artes literarias en el país. A pesar de que el jurado consideró los trabajos enviados como de poca calidad, se publicaron algunos con menciones especiales por elementos psicológicos, narrativos o de paisaje brindado. Uno de ellos, bajo la autoría de Carlos Mora Barrantes, se llama La revista Vanguardia señalaba que “Tartarín va a la guerra”, publicado gracias a su “sabor humorístico muy tico.”⁵⁶⁸ Laura Casasa, que ha recuperado los textos publicados a raíz de aquel concurso, observa que el cuento de Barrantes Casasa observa que entre las características fundamentales del texto esta una visión bucólica de la Nación, una imagen idílica del campesino costarricense, de su familia y de su tierra.⁵⁶⁹

La historia narra cómo el 4 de marzo de 1921, al pie del cerro Las Vueltas (actualmente declarado Refugio de Vida Silvestre Cerro La Vueltas, en el distrito Copey del cantón de Dota), Tartarín -agricultor- es súbitamente nombrado sub-teniente del ejército por un personaje anónimo. Este último había sido investigo con el rango de coronel de caballería. La razón: se desempeñaba como amansador de caballos. Además, el padre de

⁵⁶⁸ Laura Casasa Núñez, *El disecador de abuelitas. Cuentos costarricenses de las década de 1940*. San José: EUNED, 2010, p. 21

⁵⁶⁹ Casasa Núñez, *El disecador de abuelitas*, p. XXXVIII

Tartarín era el comandante de plaza; el cuñado del protagonista, un cabo con tres meses de servicio.⁵⁷⁰ Entre ellos y sus vecinos hombres, se construye una corta, pero intensa sátira sobre la experiencia militar de la guerra con Panamá, desde lo que parece una experiencia real en una de las zonas rurales por las cuales se dirigían tropas de soldados hacia la zona fronteriza. En el caso de Dota, se preparaba para unirse a la marcha que llevaba, desde Cartago, el grupo liderado por el general mexicano Manuel Chao: Batallón Irazú. Sin embargo, el testimonio de Tartarín no va más allá de la espera de sus eventuales compañeros de armas. El armisticio fue comunicado a los soldados cuando iban de camino.

La tónica en el texto es la ironía y burla hacia los elementos militares que se mencionan. Este aspecto Casasa lo entiende como una muestra de la consolidación de lo civil y el desprestigio de los militares, acentuado luego de la dictadura tinoquista y la misma guerra con Panamá.⁵⁷¹ Así por ejemplo, el hombre que dio de alta a Tartarín explica los avances costarricenses sobre el Caribe en los siguientes términos: “invadieron Coto, mataron a nuestra guarnición, pero nuestros ejércitos ocuparon Guabito y apresaron ya a un Almirante... Ya debe estar fusilado!...”⁵⁷² Sin embargo, no todo se trataba de caricaturizar a los militares. Un elemento fundamental que se identifica es la manera idílica, bondadosa e inocente en la que el campesinado vuelto ejército concebía el conflicto internacional.

Así, por ejemplo, la reacción de Tartarín al recibir noticias sobre la existencia de la guerra, es imaginarse que mientras estaba en el campo de batalla resultaba herido, pero inmediatamente después “era conducido a un hospital, me enamoraba de una enfermera, se me imponía una medalla en el pecho...”⁵⁷³ De manera similar, con la predominancia de los afectos románticos, Tartarín se imaginaba el final de la guerra en los siguientes términos: “solo quedó una bandera tricolor defendida gloriosamente por un pelotón de soldados, allí moríamos heroicamente el comandante y yo.”⁵⁷⁴ Es decir, el único recuerdo construido desde la literatura costarricense dos décadas después de la guerra, omitía cualquier rasgo de seriedad del conflicto, en franca diferencia con los relatos periodísticos de 1921.

⁵⁷⁰ Casasa Núñez, *El disecador de abuelitas*, p. 21

⁵⁷¹ Casasa Núñez, *El disecador de abuelitas*, p. XXXIX

⁵⁷² Casasa Núñez, *El disecador de abuelitas*, p. 22

⁵⁷³ Casasa Núñez, *El disecador de abuelitas*, 22

⁵⁷⁴ Casasa Núñez, *El disecador de abuelitas*, p. 23

Esta tendencia de esconder cualquier elemento de violencia se lograba al evitar describir alguna enemistad con Panamá. Según la retórica presente en Tartarín, la buena disposición del campesinado para ir a las armas se justificaba no por un odio al otro, sino por un patriotismo sin condiciones. Así, el narrador hace una “curiosa anotación: ni un muera a Panamá. Los cachorros de los viejos del 50 sólo pensaban en la oportunidad de servir a la patria, de terminar con la vieja rencilla. El grito era: ¡A Panamá!”⁵⁷⁵ Aquellos a quienes no se perdía la oportunidad de vincular con los soldados de la Campaña Nacional, luchaban por alcanzar la paz, y en nombre de ella.

Sin embargo, lo que podría parecer un sacrificio colectivo de quienes solo van a la guerra por fidelidad a su Patria y en contra de su intrínseco pacifismo, da un giro inesperado hacia el final de la obra. Reunidos en un trapiche, los camaradas de Tartarín decidieron darle la adhesión incondicional al Batallón Irazú –que liderado por Manuel Chao, había iniciado su marcha hacia la frontera desde Cartago-; sin embargo, alrededor de las 8:00 p.m. recibieron noticia del armisticio pactado en la puerto caribeño de Almirante. Al recibir la noticia, la tropa se describía como “antiarreglista, silenciosa, desilusionada.”⁵⁷⁶ A pesar de que en largo plazo los recuerdos del conflicto se construyeron en términos generales desde la sátira y lo idílico, al reseñar la reacción del momento ante el armisticio, también aquí se reitera la desazón de algunos sectores ante la imposibilidad de seguir enviando hombres hacia la frontera.

Por último, vale señalar un elemento fundamental del cuento que se ha reseñado. A primera vista, el escrito fue motivado por el concurso propuesto desde la revista Vanguardia. Sin embargo, la conclusión del relato da cuenta de las raíces más profundas que motivaron su realización. Tartarín, representante del campesino costarricense que hubo de improvisar en su rol de soldado en 1921, era “fantasioso, ridículo, pero patriota.” Además no conocía odios: “ama y siente con calor tropical, y por eso es que hoy bendice el abrazo de Guabito.”⁵⁷⁷ Es decir, finalmente la memoria sobre los sucesos que protagonizara Tartarín están en función de la firma del tratado limítrofe simbólicamente firmado en el puente sobre el río Sixaola. Allí, los presidentes de Costa Rica y Panamá construían un nuevo hecho histórico que sepultaba la marcha que, veinte años antes, hicieran prominentes

⁵⁷⁵ Casasa Núñez, *El disecador de abuelitas*, p. 25

⁵⁷⁶ Casasa Núñez, *El disecador de abuelitas*, p. 26

⁵⁷⁷ Casasa Núñez, *El disecador de abuelitas*, p. 27

miembros de la oficialidad militar costarricense, con miras a invadir territorio panameño. Este reemplazo en la memoria, es bendecido por Tartarín, como muestra última de la preferencia por una versión pacífica sobre una disputa que todos, sin embargo, estuvieron dispuestos a asumir hasta las últimas consecuencias.

Además del cuento corto sobre el simpático personaje de Tartarín, Carlos Luis Fallas también incluye su apreciación sobre la guerra contra Panamá en 1921. Fallas dedica el sexto capítulo de su reconocida novela *Marcos Ramírez* para describir su experiencia autobiográfica, como un niño de alrededor de 12 doce años de edad (nació en 1909) en medio del conflicto internacional. A pesar de la edad al momento de la guerra y de la poca fama del capítulo en mención, vale señalar que dichas líneas tienen una importante coherencia y validez histórica, a la luz de una contraposición entre lo descrito por Fallas y fuentes escritas de la época de la guerra.

En primera instancia, Calufa explica las raíces de la guerra de manera tajante. Para él, se trató el conflicto se originó gracias a la gran agitación popular a raíz de los reveses de las tropas costarricenses en el Pacífico. Sin embargo, dicha agitación se debía, a su vez, al desconocimiento de causas de otra índole: los “tentáculos [de] la poderosa United Fruit Co.”⁵⁷⁸ A partir de allí, narra cómo Marcos, con su profunda curiosidad por el mundo, se mete en un vagón del tren que conducía a soldados y voluntarios desde San José hasta Puntarenas, y de allí hasta la región del Pacífico Sur, gracias a la complicidad de conocidos suyos procedentes de Alajuela que iban en dicho vagón.

En medio de su aventura entre los soldados, Marcos da cuenta de una serie de elementos que caracterizan a la perfección el conflicto con Panamá. Entre ellos, predominan dos: por un lado, la composición social de quienes marcharon a la frontera y las consecuentes contradicciones que ello implicaba; por otro, una marcada actitud satírica ante la oficialidad del ejército. Con respecto al primer elemento señalado, Fallas describe a los alajuelenses que participaron de la campaña como “campesinos casi todos, descalzos muchos de ellos, pero muy alegres y llenos de entusiasmo.”⁵⁷⁹ Sin embargo, al llegar a Puntarenas el niño se dio cuenta de que previamente habían llegado ya otras tropas con destino a la región fronteriza. Entre ellas, una con personas provenientes de Heredia,

⁵⁷⁸ Fallas Sibaja, *Marcos Ramírez*, pp. 167-168

⁵⁷⁹ Fallas Sibaja, *Marcos Ramírez*, p. 169

“integrada en su mayoría por hijos de familias ricas y por eso muy bien equipados todos.”⁵⁸⁰

La diferencia que se le evidenciaba a Marcos Ramírez entre los componentes del ejército es el eje central de sus comentarios sobre la aventura que siguió una vez se embarcó con la mencionada tropa herediana hacia Punta Islita, lugar que se convirtió en el centro de operaciones del entonces llamado Ejército del Sur. Durante el viaje en barco, el almuerzo consistía en un pedazo de dulce, dos bollos de pan añejo y queso “duro, húmedo, maloliente y con no pocos gusanos.”⁵⁸¹ No precisa si lo mismo comía la oficialidad que viajó en aquel barco, pero sí da cuenta de los escenarios tan distintos que enfrentaban día con día, aquellos quienes estuvieron en Uvita esperando una orden desde la capital, que permitiera continuar los avances hacia Coto y, eventualmente, Chiriquí (orden que nunca llegó). Por un lado, quienes pertenecían a la Cruz Roja y al Estado Mayor tenían para ellos dos campamentos grandes construidos con madera y zinc. Por su parte, la “inmensa cantidad de soldados que allí había [vivieron en] el más completo desorden, en la anarquía más absoluta. Los oficiales no aparecían por ninguna parte y los soldados hacían lo que les daba la gana.”⁵⁸²

De acuerdo al relato de Fallas, no solo había una lejanía espacial y diferencias cualitativas entre los campamentos de ambos sectores del ejército de aquella campaña, sino una ausencia absoluta de respeto a las autoridades. De Antonio Segreda, entonces nombrado coronel, destacaba su privilegiada posición social y sus manos delicadas, y sobre su hermano Juan recordaba cómo, al lanzarse al agua para embarcar de regreso a Puntarenas, todos los soldados hicieron una pausa “para burlarse a hurtadillas de las muy blancas y gordas desnudeces de aquel jefe, y de sus torpes chapaleos.”⁵⁸³ En aquella situación descrita por Fallas, que bien podría calificarse como tensa por la situación de escasez y desorden que imperaba, el anuncio del armisticio fue el acabose.

En la óptica de Fallas, el descontento de quienes estuvieron por días estancados en un recóndito punto del pacífico costarricense, se justificaba al no poder participar del combate para el cual se habían dispuesto. Pero no fue un simple descontento, sino que el niño

⁵⁸⁰ Fallas Sibaja, *Marcos Ramírez*, p. 173

⁵⁸¹ Fallas Sibaja, *Marcos Ramírez*, p. 179

⁵⁸² Fallas Sibaja, *Marcos Ramírez*, p.180-184

⁵⁸³ Fallas Sibaja, *Marcos Ramírez*, p. 189

Marcos reconstruye un paisaje en el cual predominó, primero, la indignación, y posteriormente “por todas partes y en todas direcciones arreciaba el tiroteo y el furioso griterío de los soldados. Así protestaban las tropas del Sur, considerándose defraudados por sus jefes y por el gobierno costarricense.”⁵⁸⁴

4. Conclusiones

A lo largo de este capítulo se han reconstruido las perspectivas desde las cuales, a su vez, se ha configurado la memoria y olvido en Costa Rica sobre la guerra de 1921 contra Panamá. Este proceso en el que se han entrelazado formas de olvido y recuerdo, pueden ser organizadas en tres grupos, en función de su periodicidad y de la función que ha tenido la reproducción discursiva (o no) acerca de la existencia de la guerra en la memoria que sobre ella existe en Costa Rica. En un primer momento, es decir, durante el mismo año del conflicto armado, la memoria configurada a través de la prensa nacional tuvo como eje fundamental la búsqueda de héroes de la campaña recién pasada. En un segundo período, con una duración que se puede ubicar desde 1921 hasta 1941, las menciones concernientes a la guerra estarán estrechamente relacionadas con el estado del proceso de negociación del tratado limítrofe definitivo con Panamá (firmado, de hecho, en ese último año). Por último, la memoria –con sus correspondientes olvidos- de más larga duración, ha sido explorada a partir de las versiones sobre la guerra ofrecida en diversos libros de historia costarricense, y de dos ejemplares de la incipiente literatura nacional de la primera mitad del siglo XX.

En la memoria de corto plazo, es decir, aquella relacionada con la prensa de 1921, el asunto de fondo era la intencionalidad de construir heroísmos. A pesar de que los únicos encuentros bélicos habían sido perdidos, y de que la guerra fue interrumpida en el momento en que se invadía territorio panameño por el Caribe, dejando al ejército nacional sin oportunidad de venganza, es claramente identificable un intento sistemático por dotar a la campaña de un rostro costarricense que encarnara el nacionalismo proyectado a nivel discursivo (y analizado en el primer capítulo de este trabajo). Sin embargo, la tarea fue

⁵⁸⁴ Fallas Sibaja, *Marcos Ramírez*, p. 190

imposible en aquel momento. Por un lado, ningún elemento costarricense lideró alguna victoria decisiva, y entre los muertos tampoco destacó ningún miembro de la oficialidad.

En cuanto a las muertes, el caso más llamativo para la prensa fue el Jefe Político del cantón de Osa, el mexicano Daniel Herrera Irigoyen. Sin embargo, no fue ensalzado como héroe nacional, por obvias razones nacionalistas. Por otro lado, a pesar de que se informó de las supuestas muertes de los coroneles Migue Ángel Obregón y Amadeo Vargas, ambas resultaron noticias incorrectas. Más aún, cuando Vargas regresó al país tratando de hacer ver su huida del campo de batalla como muestra de heroísmo, esta posibilidad resultó inviable debido a las distintas perspectivas sobre lo sucedido entre algunos miembros de su tropa. De hecho, el caso de Vargas no significó la última opción fallida por contar con un héroe de la campaña de 1921, sino que fue la punta visible de un problema más profundo: la división entre militares o, en todo caso, miembros temporales del ejército.

La prensa de la época, de sobra conocedora de que la experiencia bélica no se limitó a los sucesos de Coto, hizo sendos balances del comportamiento del ejército en las numerosas expediciones enviadas desde el Valle Central hacia el Pacífico y el Caribe. Una vez pactado el cese a las hostilidades por presiones del Departamento de Estado estadounidense, se inició un juicio más sistemático y jerárquico sobre los méritos o responsabilidades de cada uno de los líderes de aquellas expediciones. En el caso de los grupos que marcharon sobre el Caribe, es fundamental que, pese a que el liderazgo táctico y político fue confiado al coronel Gerardo Zúñiga Montufar, las versiones de los corresponsales aseguraban que la invasión a la provincia panameña de Bocas del Toro fue un proyecto liderado por la decisión de José María Pinaud. Esta invasión, tácticamente fútil, fue vista como un intento patriótico por llevar a cabo una venganza por las muertes de Coto. Por tanto, la figura de Pinaud desplazó al líder oficial.

Esta versión favorable a Pinaud no fue aceptada por la oficialidad del ejército, y mucho menos en el informe de Zúñiga Montufar sobre lo sucedido en aquel Caribe transfronterizo. El reconocimiento de la prensa no se trasladó a las versiones oficiales, que por lo demás, fueron aprobadas unánimemente desde su primera versión. Además, las incursiones por el Caribe no fueron el único semillero que mostró división de criterios y de balance de la guerra entre los miembros de la oficialidad militar del país. Lo mismo sucedió con los líderes delegados para la administración táctica de los avances sobre el Pacífico Sur. En ese

caso, destaca la figura de Víctor Quirós Guardia, coronel del ejército que, al igual que Pinaud en el Caribe, insistió vehementemente en la necesidad de atacar Coto para defender a los caídos en ese lugar y recuperar el control del sitio.

Sin embargo, una vez más, la resolución de los mandos más altos fue esperar órdenes de San José, y de ese lugar llegaron dos directrices que imposibilitaron la avanzada. Primero, una estrategia propuesta por Jorge Volio forzó a esperar al “Ejército del Sur” a esperar que llegaran refuerzos a Pueblo Nuevo de Coto por vía terrestre, para, entre los dos, encerrar a los panameños. Pero no solo eso, también de San José llegó la orden de regresar a la capital sin siquiera haber disparado un tiro, ya que primó el acato al armisticio negociado en el Caribe. En resumen, ni siquiera fue posible considerar como heroicas los nombres de Pinaud o Quirós, por su intención de invadir Panamá como venganza, debido a que los delegados directos del gobierno en el ejército se encargaron, por medio de las órdenes finales y la versión oficial de los informes, de acallar las versiones alternativas que presentaban dichos planes de invasión como muestra de patriotismo.

A pesar del poco atractivo que tenía una guerra sin héroes nacionales, era inevitable que el conflicto se recordara en los años siguientes, debido a que –al contrario de lo que se ofreció al terminar la guerra- los sucesos de 1921 no propiciaron la solución definitiva del asunto limítrofe. Por tanto, en las décadas siguientes, cuando se proponía retomar la cuestión fronteriza, de manera más o menos explícita resurgían las referencias a la breve guerra. En ese sentido, hubo tres momentos fundamentales en los que los políticos y la prensa reformularon los recuerdos sobre la guerra en función de las negociaciones diplomáticas con Panamá. El primero de ellos fue en la administración Cortés Castro, el segundo en la administración de Ricardo Jiménez y la última, finalmente exitosa, al calor de la firma del tratado Echandi Montero-Fernández Jaén, en 1941.

Durante esos tres momentos, fue cada vez más evidente que se silenció y omitió toda mención sobre la guerra. Con respecto a este elemento, hay dos preguntas fundamentales: ¿por qué evitar el recuerdo sobre la guerra? Y ¿cómo se llevó a la práctica dicho olvido? Se silenció todo aquello sobre la guerra de 1921 en función de una lógica de necesaria paz continental en América. En palabras de los principales protagonistas –a favor o en contra- de los procesos de renegociación directa con Panamá sobre la frontera común, el olvido era un medio necesario para la cordialidad entre países. Para ello, una estrategia discursiva fue

minimizar y banalizar lo sucedido en 1921, y presentarlo como algo que no implicaba necesariamente una explicación ni una caracterización detallada. En resumen, algo no digno del recuerdo. Y preparada esa visión sobre lo que sucedió, se justificó el olvido como un elemento al servicio de una forma civilizada de relacionarse entre países hermanos de América.

Ahora bien, ¿cómo se ignoraba la guerra en esos momentos álgidos de la discusión sobre los límites? Esta pregunta es clave puesto que, hasta 1941, los negociadores del tratado limítrofe y, en general, la sociedad costarricense, pertenecían a la misma generación que protagonizó la campaña militar emprendida contra Panamá. Se han identificado cuatro estrategias con este propósito. Primero, la negación abierta y deliberada de la existencia de alguna guerra llevada a cabo por el país en función de temas limítrofes. Segundo, presentar el recuerdo que caracterizaba lo sucedido como versiones exageradas, extremistas y, por consecuencia, antipatriotas, ya que desestabilizaban las negociaciones entre los gobiernos que evitaban mencionar el conflicto.

Como se ha dicho, en las situaciones en las que era virtualmente imposible omitir la existencia de la guerra de 1921, la estrategia fue describirla serie de sucesos con otros descriptores. Así, durante las tres décadas posteriores se definía la guerra como aventura, pesadilla, conflicto, herida, úlcera, entre otros, pero jamás se declara explícitamente su condición de guerra. De hecho, es hasta 1927 que un funcionario de gobierno costarricense reconoce que lo sucedido fue, de hecho, una guerra. Sin embargo, este reconocimiento no fue gratuito. Significaba una manera de evitar que se reconociera al barco Belén Quesada, incautado en los días del conflicto, como propiedad de un ciudadano estadounidense que, más adelante, solicitó una compensación económica a Costa Rica. En ese contexto, el gobierno nacional declaró que aquel barco entro al país con bandera panameña y, por tanto, fue capturado como botín de la guerra que enfrentó a ambos países.

El momento en que finalmente se logró acordar el tratado de límites entre Costa Rica y Panamá, en 1941, se caracterizó por la misma dinámica. Menciones muy esporádicas y poco claras que celebraban la imposibilidad –gracias al tratado- para que se regara más sangre o que se siguiera perpetuando las diferencias entre los pueblos, en adelante pretendidamente hermanos. Esta dinámica es identificable tanto en el discurso del entonces

congresista Teodoro Picado Michalski, como por el deán de la Catedral Metropolitana de San José, y el presidente Rafael Ángel Calderón Guardia.

Por último, ha sido importante explorar los recuerdos y omisiones sobre la guerra reproducidos en libros de historia nacional y literatura costarricense. Contrario a lo que se puede considerar, los sucesos de 1921 no han pasado desapercibidos en la historiografía nacional. Sin embargo, sus menciones quedan en eso, nombramiento del suceso y poco más. Por tanto, al intentar agrupar los trabajos según el enfoque que le dan a la guerra, las posibilidades se reducen a dos. Por un lado, el intento poco infructuoso –igual que en 1921– por rescatar héroes de la campaña. Fuera de eso, los trabajos han construido una visión reduccionista de los sucesos, y en ese sentido predomina la síntesis excesiva, la poca información y documentación, y la reproducción de una perspectiva según la cual, lo digno de recuerdo son las muertes de costarricenses en Pueblo Nuevo de Coto.

En particular, hay que poner en perspectiva cronológica los textos consultados y que tienen información sobre la guerra con Panamá. Se pueden organizar en tres grupos: textos editados en la primera o segunda mitad del siglo XX, o a inicios del siglo XXI. En cuanto a las instituciones que hicieron posible su publicación, cabe señalar que muchos de ellos pertenecen al sector educativo nacional. Destacan, por ejemplos, textos pensados para ser de consulta escolar, ya fuera en primaria o secundaria. Además, participaron en algunas publicaciones universidades como la Autónoma de Centroamérica, Estatal a Distancia. Por último, es llamativo como, incluso para el material de consulta de estudiantes de educación abierta que optaran por el título de bachillerato, el Ministerio de Educación Pública incluyó alguna mención sobre el conflicto armado que ocupa esta investigación.

No obstante la cobertura más bien significativa en este tipo de textos que, explícita o implícitamente partían de la intención de reconstruir la historia nacional de Costa Rica, hay una deuda común. No explican las causas, las características, alcances ni consecuencias de dicho conflicto. En la mayoría de casos, pareciera una rara casualidad, una isla apartada del devenir histórico y político del país. Tal vez por eso no ha sido vista como un objeto de estudio en mayor profundidad. Sin embargo, aunque los trabajos de Historia han hecho predominante esta lectura, no ha sido la única. Hay elementos de mayor amplitud, y no poca veracidad histórica en documentos de tipo literario. Particularmente se trata de un

cuento corto publicado en 1941 por la Revista Vanguardia, con la autoría de Carlos Mora Barrantes. Así como la novela de Carlos Luis Fallas Sibaja, Marcos Ramírez.

En estos dos textos se va más allá de señalar las expediciones y muertes en Pueblo Nuevo de Coto, y se reconocen elementos como la poca legitimidad de las autoridades militares delegadas por el gobierno, así como las grandes contradicciones socio económicas presentes en aquellos improvisados grupos militares. Dos cosas podrían explicar esta mayor complejidad en el panorama descrito en la literatura sobre el tema. Por un lado, los autores participaron de la campaña. Por otro, la publicación de los textos no estuvo sujeta a instituciones oficiales, y tampoco la guerra era su única carta de presentación. En el caso del texto de Mora “Tartarín se fue a la guerra”, fue una propuesta más de las que se recibieron en un concurso literario organizado por el Partido Comunista. En el caso de Calufa, su reconstrucción de la guerra corresponde al sexto de los capítulos de su obra. Por tanto, solo un lector atento descubre en sus respectivos contextos, el importante alcance que su interpretación de aquella guerra.

Ahora bien, en términos generales, hay algunas imprecisiones que se han identificado en cuanto al recuerdo construido sobre la guerra. El primero de ellos es el supuesto de que Costa Rica fue a la guerra como un país unido, y habiendo superado las diferencias políticas internas después de la dictadura de los Tinoco. Sin embargo, buena parte del segundo capítulo de esta investigación discute cómo, incluso la guerra, se presentó como un medio de disputa política entre las diferentes facciones representadas en el Congreso, y el gabinete de Julio Acosta. Además, una tendencia ha sido que la guerra se pierda en el largo y engorroso proceso de negociaciones sobre el límite con Panamá, en lugar de presentarlo como un evento parte aguas de dicho proceso. Lo usual es que, en referencia a la consolidación de la línea fronteriza actual se destaquen los laudos Loubet y White, así como el tratado definitivo. En ese marco, la guerra aparece como una excepción desvinculada del todo. Sin embargo, buena parte de lo revisado en este tercer capítulo apunta a que la guerra fue un condicionante de la manera en que se abordaban las negociaciones sobre el límite.

Además, la lectura sobre las causas del conflicto se identificaba generalmente en términos estrictamente limítrofes, es decir, sin vincular esos intereses a ninguna otra esfera política o económica. La primera vez que en un libro se mencionó algo más que el abstracto

de una línea fronteriza fue en el Ensayo de Francisco Gamboa en 1970, ya que, incluso en la tesis de Luis Fernando Sibaja, que ampliaba en mucho la visión sobre la guerra, no se tomaba una posición certera en el sentido de ubicar intereses particulares que directamente pudieron haber causado la decisión de emprender un conflicto armado. A este respecto, cabe decir que, la tesis de la defensa de la frontera se cae al visibilizar –como se ha hecho en este trabajo- que parte de la oficialidad costarricense pretendió una invasión a las provincias panameñas de Chiriquí y Bocas del Toro.

Además, si el interés hubiera sido solamente hasta las últimas consecuencias la línea prevista por el fallo White de 1914, el gobierno costarricense no hubiera aceptado el cese al fuego de manera inmediata, sin un amojonamiento efectivo de la zona. De hecho, siguiendo la versión oficial, hubiera sido verosímil una segunda ofensiva costarricense cuando, después de meses y años, el dicho amojonamiento no se hacía efectivo. Siempre en relación a este tema, ha primado la visión del rol estadounidense en el cese del conflicto como garante de los derechos que la jurisprudencia le entregaba a Costa Rica sobre la mencionada línea White. Sin embargo, la intervención de aquel tercero merece una revisión más detallada, puesto que, por un lado, no se encargó de dar satisfacción verdadera a los reclamos costarricenses, y por otro, tenía intereses estratégicos en la región como para pretender mantener una estabilidad permanente (recuérdese las tentativas de otros países de la región por involucrarse en el conflicto).

No solo la manera en la que inició y terminó la guerra han sido sujetas de una interpretación sesgada, sino también los motivos de la derrota costarricense en el campo de batalla. Aquí, la premisa ha sido que los costarricenses no estaban enterados, y por tanto tampoco preparados, de panameños armados y preparados para el conflicto. Sin embargo, las fuentes de la época dan cuenta de que, la segunda y tercera expedición llegaron a Pueblo Nuevo de Coto con elementos que los pudieron haber hecho replantear su entrada, y prepararse de manera más efectiva para lo que sucedió después. Sin embargo, esta versión resultaba indigna para el ejército nacional. Lo curioso es que, la memoria ha protegido más la legitimidad del ejército después de desaparecido (de eso se han encargado las versiones de libros de historia) que cuando existía (pues la prensa de la época tenía muy claro el nivel de incompetencia mostrado entonces).

Así, la guerra de 1921 no fue olvidada, sino que fue reducida a un absurdo. Reducida en tamaño (Guerra de Coto, como si fuera ese su único escenario) y en relevancia (desligándola del resto del proceso de negociación sobre el límite).

CONCLUSIONES GENERALES

Una de las principales causas del olvido del conflicto con Panamá en 1921 en la historia costarricense es la falta de vinculación del tema con otros procesos históricos del país. una serie de eventos no tienen relación con otros, no se les comprende y si no se les comprende, eventualmente se les olvida porque deja de tener utilidad. Por tanto, en estas líneas se plantean una serie de consideraciones que pretenden clarificar con cuáles temas y de qué manera se vincula la experiencia costarricense del conflicto con Panamá. Esto luego de que en los capítulos de este trabajo se aportó evidencia clara de las muchas connotaciones y matices que tuvo el conflicto, sobrepasando por mucho una perspectiva meramente militar.

El primer elemento para explicar este conflicto y el importante nivel de conflictividad alcanzado es la velocidad a la que se logró consolidar a Panamá como un enemigo nacional. Esto es llamativo por la reciente independencia del país del sur, que apenas contaba entonces con 18 años de vida independiente. Por lo tanto, desde Costa Rica se retomó un discurso ya existente, en buena medida generado desde Estados Unidos en el marco de la disputa por el control del Canal interoceánico, en el cual se consideraba a Panamá un país infante y sin derecho a reclamar soberanía en el plano internacional. Partiendo de esto, la prensa de la época no tuvo más que explotar esta lógica desde una perspectiva de racismo. El mito de blanquitud costarricense resultó clave porque fue el bastión que animó la xenofobia contra la población panameña, pretendidamente negra y violenta.

Ahora bien, la violencia no se movilizó solamente utilizando a Panamá como objetivo, sino que más bien, Panamá resultó ser un enemigo circunstancial que condujo enemistades previas en Costa Rica. Hubo una guerra interna que se luchó en paralelo a la Guerra de Coto. En una sociedad altamente fracturada, heredera de un Golpe de Estado y una dictadura, el conflicto contra Panamá se presentó como oportunidad propicia para sentar responsabilidades y méritos que, inicialmente, tenían que ver con el conflicto internacional, pero que realmente respondían a enemistades políticas, muchas de ellas representadas también en los Poderes del Gobierno costarricense.

Los resultados del conflicto, y sobre todo la percepción de dichos resultados por parte de la población, era fundamental para mantener con legitimidad al Gobierno de Acosta, y

posicionar nuevamente a los tinoquistas en la esfera pública, y particularmente en la esfera de los nacionalistas considerados buenos ciudadanos. En ese sentido, el conflicto con Panamá de 1921 fue el portillo mediante el cual el tinoquismo se abrió paso para participar de la vida pública del país. Es cierto que hubo una política reconciliadora desde la Administración Acosta, pero involucrarse en el conflicto, marchar a los frentes, ofrecer experiencia militar previa, donar importantes cantidades de dinero, todo ello fue leído como muestras de amor patrio.

Esta lectura del conflicto fue útil también para el Gobierno, puesto que se encontraba muy próxima la conmemoración del primer Centenario de la Independencia. Tampoco al Gobierno le servía seguir enfrascado en luchas internas, y luego del conflicto la preocupación fue sobre todo lograr la toma de posesión oficial de la frontera antes del 15 de setiembre de 1921. Esa sería, y de hecho así fue proclamada, la mejor carta de presentación de la Administración Acosta. El país celebraba sus primeros cien años no solo con todos sus ciudadanos hermanados, sino con todo su territorio garantizado, esa era la retórica.

Ahora bien, todo este reacomodo de los méritos nacionalistas tuvo su origen gracias al involucramiento de muy diversos sectores en la breve campaña. Una de las manifestaciones de esta amplia participación fue la reorganización del Ejército y la organización seria de la Cruz Roja. Esa última fue consolidada como institución permanente en el país después de la guerra con Panamá. Por su parte, la discusión sobre el Ejército tiene varias aristas interesantes a la luz de este conflicto. Es cierto que institucionalmente estaba prácticamente acabado en 1921, y desde ese punto de vista es que se ha asegurado que al momento de la Guerra de Coto ya Costa Rica estaba sin ejército y por tanto nada importante debió haber ocurrido allí. Sin embargo, en este trabajo se ha comprobado que el Ejército en el marco del conflicto con Panamá estuvo compuesto por miles de voluntarios en los frentes de la frontera, así como voluntarios que cumplían con labores de salud y proveeduría de elementos básicos. Además, los pocos militares que había proveyeron de formación muy básica a quienes se ofrecían a marchar a la confrontación.

Con base en lo anterior, vale señalar que imperaba en el país una cultura militar importante. El ejército de la dictadura Tinoco estaba desgastado en cuanto a su imagen, pero no sucedía lo mismo, o no en la misma medida, con el aparato castrense que guió la campaña contra

Panamá. No eran lo mismo simbólicamente hablando. En 1921 la población apoyó al Ejército Nacional como una herramienta para reclamar la soberanía territorial del país, y esa institución, en decadencia, funcionó como conductor del malestar social y la defensa del territorio costarricense. Desde ese punto de vista, la legitimidad que dio el Ejército a las acciones de la sociedad civil, y viceversa, hacen concluir que la institución castrense sí cumpliera un rol fundamental en 1921. Un detalle que vale la pena no pasar por alto es, por ejemplo, la gran cantidad de altos rangos militares para una milicia tan limitada. Nuevamente, la realidad material no era tan significativa como el simbolismo tras algunos uniformes, títulos y órdenes que dirigieran y canalizaran el desborde nacionalista.

Ahora bien, el Ejército costarricense, y en general la cultura militar no era totalmente ajena al país. De hecho, también respecto a este tema la guerra contra Panamá se presenta como parte de procesos históricos mayores. Hay que recordar, por ejemplo, las movilizaciones de militares costarricenses hacia Honduras en 1885, el conato de guerra con Panamá en la década de 1890, así como los movimientos armados en la frontera norte del país recordada por algunos como la Revolución del Sapoá. Ello habla, nuevamente, de un aparato militar que financiera y cuantitativamente decaía, pero de ninguna manera debe confundirse con un país ajeno al uso de la fuerza como solución política.

Esta legitimidad era bien conocida por todos los sectores del país. Y en ello se fundamentaba el amplio apoyo para hacer frente a la campaña. Es cierto que semanas después del armisticio había opiniones encontradas en cuanto a la pertinencia o no de continuar con el conflicto armado, pero en realidad hubo un consenso prácticamente absoluto en cuanto a pelear mientras el conflicto estaba latente. El Magisterio Nacional, las colonias extranjeras, los niños y jóvenes, la comunidad afro descendencia del país y sectores obreros. Está claro que no hubo una resistencia sistemática al conflicto desde ninguna de estas trincheras, por lo que el uso de la violencia estatal estaba no solo permitido, sino legitimada y apoyada por la gran mayoría del país.

En esa lógica tiene mucho sentido la serie de apoyos materiales y simbólicos que recibió el Gobierno. Quienes no peleaban, debían hacer algo más para mostrar su acuerdo sobre el conflicto, porque no hacerlo significaba una sospechosa disidencia, en un entorno de consenso claro. De hecho, lo único que reavivó la división interna a propósito del conflicto

fueron algunas consecuencias económicas para la población más vulnerables. La especulación con los precios de artículos básicos hizo resurgir acusaciones y recelo entre los distintos componentes de la sociedad, pero esos mismos sectores trabajaron uno a uno por defender la amenaza ante un territorio que, por otro lado, era desconocido para la mayoría.

Además de la especulación, las diferencias entre Magisterio y el Ejército, son una de las muestras más claras de que lo único que rompió el consenso nacional en relación al conflicto fue la materia financiera. Mientras varios líderes del sector educativo apoyaron la campaña militar desde diversas labores, se encontraron luego ante una dificultad importante. Surgieron voces que proponían el fortalecimiento de la formación militar en el país. Eso se traduciría eventualmente en el mayor financiamiento de lo militar en comparación a la rama de educación. Allí fue necesaria una actitud frontal que diferenciara los méritos del educador frente a los de un soldado. La principal arma usada contra los soldados era su poca productividad para el país, y su pretendida holgazanería.

Además, esto se presenta como una de las razones por las cuales el Magisterio Nacional, después de 1921 prácticamente no participó en la conmemoración del conflicto con la actitud tan decidida como lo hizo al momento de los hechos. Despertar la memoria de la campaña era despertar retóricas de educadores que consideraban el belicismo como muestra de civismo costarricense. No obstante, pareciera que la lógica es que esta actitud que perfectamente podía repetir algún renombrado educador, no la podía reclamar para sí algún militar de carrera. La versión civilista de la identidad nacional estaba en juego entre estos silencios posteriores.

De hecho, como se abordó en el último capítulo de este trabajo, la memoria de este conflicto estuvo plagado de dificultades. Esto porque no se puede reducir un olvido a desinterés de la población o gobiernos de turno. La pregunta que cabe es porqué el recuerdo de una guerra, ocasión propicia para exaltaciones nacionalistas, no sucedió. Una de las razones para dicho desinterés fue la imposibilidad de encontrar héroes de la campaña. Si bien esto es una tendencia histórica en Costa Rica, cuya única excepción significativa es Juan Santamaría, es significativo entender por qué ninguno de los protagonistas costarricense fue exaltado, ya como héroe vencedor o mártir. Esto se explica, de acuerdo a

documentación presentada en esta investigación, por la marcada división política entre quienes dirigieron estrategias militares durante el conflicto. No solo se careció de grandes glorias, sino de una narrativa consensuada, y esto sobre todo fue lo que redundó en un olvido desde el aparato estatal.

Además, hubo una coyuntura que tampoco facilitó el recuerdo del conflicto. Más allá de los intereses estratégicos de ciertos grupos, hubo razones de geoestratégicas para no insistir en el recuerdo del conflicto de 1921, y mucho menos como una guerra. No se había firmado el tratado de límites definitivo con Panamá, y poco a poco la dinámica se volvía más cercana a un acuerdo bilateral, en lugar de seguir lo planteado en el Laudo White. En ese contexto de acercamiento entre los dos países como condición necesaria para consolidar su línea fronteriza, era peligroso recordar lo sucedido en 1921, porque esto hubiera significado también una relectura del conflicto, sentar responsabilidades e, inevitablemente, reivindicar las razones por las cuales se entabló el conflicto armado.

Dada esta sensibilidad política con respecto a lo que se dijera del conflicto, es que, en las principales fuentes para corroborar los eventos y una lectura histórica de los mismos, son fuentes literarias. Este tipo de fuentes no renuncian a mostrar los acontecimientos como sucedieron, pero tampoco fueron pensados para cumplir una labor sintética y oficial del conflicto. Esto da en algunos casos mayor profundidad y realismo al relato. Sin embargo, estos textos no siempre cuentan con la legitimidad de un libro de texto, y tampoco llegan al mismo público meta, en particular a estudiantes. Esta población ha consultado textos, por el contrario, que cuando mencionan algo relacionado al conflicto no van mucho más allá de los sucesos de Pueblo Nuevo de Coto.

Ahora bien, lo anterior no implica que no exista memoria sistemática sobre el conflicto. Lo que no ha sucedido en escala nacional, sí ha pasado en escala local en la zona sur de Costa Rica. Es importante aclarar que la población de Coto, muchas veces en colaboración con personas e instituciones panameñas, ha mantenido vivo el recuerdo de lo sucedido, no en todo el conflicto, pero sí en lo atinente al Pacífico. Sin embargo, la tarea pendiente, a la que aspirar a aportar esta investigación, es relacionar, por medio de la visibilización y el recuerdo, la relación del conflicto, con procesos claves del devenir histórico costarricense.

FUENTES

Fuentes impresas

- Alfaro Jované, Ricardo. *Costa Rica y Panamá. En defensa de los que quieren paz y amistad*. Panamá: Imprenta Nacional, 1927.
- Fallas Sibaja, Carlos Luis. *Marcos Ramírez: aventuras de un muchacho*. San José: Trejos, 1997.
- Fernández Montufar, Joaquín. *Tratado Calderón Guardia-Arias Madrid. Páginas conmemorativas*. San José, 1993.
- Gagnini Chavarría, Carlos. *La caída del águila*. San José: Editorial Costa Rica, 1984.
- Leiva Quirós, Elías. *Por nuestras fronteras naturales. Ecos de una campaña patriótica para impedir que Costa Rica ceda a Panamá territorios en la costa Atlántica*. Imprenta Gútemberg: San José, 1935
- Marín Cañas, José. *Coto, rincón del olvido: narración de un testigo presencial de la acción de Coto en la guerra de 1921*. San José: Trejos, 1934.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Panamá. *Controversia de límites entre Panamá y Costa Rica*. Panamá: Imprenta Nacional, 1921.
- Quirós Alvarado, Alejandro. "Veinte años después." En *Revista de los Archivos Nacionales* 8, no. 11-12 (1944); pp: 672-674.
- Reportajes y opiniones tomados del "Diario de Costa Rica" acerca del asunto de límites con la República de Panamá*. Imprenta Nacional: San José, 1938
- Secretaría de Relaciones Exteriores de Costa Rica. *Documentos relativos al conflicto de jurisdicción territorial con la República de Panamá y sus antecedentes*. San José: Imprenta Nacional, 1921.

Fuentes periodísticas

El Diario de Costa Rica, enero-septiembre, 1921.

La Tarde, enero- septiembre, 1921.

La Tribuna, enero- septiembre, 1921.

La Verdad, enero- septiembre, 1921.

El Heraldo, enero- septiembre, 1921.

El viajero, enero- septiembre, 1921.

Revista Vanguardia, abril de 1940.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, Ortega, Victor Hugo. *Memorias Comparadas: las versiones de la guerra contra los filibusteros en Nicaragua, Costa Rica y Estados Unidos (siglos XIX - XXI)*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2009.
- _____. “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870.” En *Revista de Historia*, no. 45 (2002); pp. 191-228.
- _____. “Nación y Clase Obrera en Centroamérica durante la Época Liberal (1870-1930).” En *El Paso del Cometa: estado, política social y cambios culturales en Costa Rica, 1800-1950*, ed. Iván Molina y Steven Palmer. San José: Porvenir, 1994.
- _____. *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas*. San José: CENAP-CEPAS, 1986.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Amoretti Hurtado, María. *Debajo del canto: un análisis del Himno Nacional de Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1987.
- Arévalo Salinas, Alex. “El rol de la prensa escrita en la reproducción de la violencia en el conflicto entre Chile y Perú. Propuestas de paz desde la comunicación.” En *Revista de Estudios Sociales*, no. 48; pp: 151-164.
- Botey Sobrado, Ana María. *Costa Rica entre guerras: 1914-1940*. San José: EUCR, 2005.
- Bulmer Thomas, Victor. “Centroamérica en la década de los veinte: reforma y consolidación.” En *La economía política en Centroamérica desde 1920*, Victor Bulmer Thomas. San José: BCIE, 1989.
- Bougois, Phillipe. *Banano, etnia y lucha social en Centroamérica*. San José: Departamento Euménico de Investigaciones, 1994.
- Casasa Núñez, Laura. *El disecador de abuelitas. Cuentos costarricenses de las década de 1940*. San José: EUNED, 2010
- Cetinkaya, Dogan. “Atrocity propaganda and the nationalization of the masses in the Ottoman Empire during the Balkan Wars (1912-1913).” En *International Journal of Middle East Studies* 46 (2014); pp: 759-778.

- Corella Ovares, Esteban. *Ejército: organización, reclutamiento y Estado, 1812-1870*. Tesis de Maestría Académica en Historia, San José: Universidad de Costa Rica, 2013.
- Cuestas Gómez, Carlos. *Panamá y Costa Rica, entre la diplomacia y la guerra*. Panamá, Litho Editorial Chen, 1999.
- Díaz Arias, David. “El sesquicentenario de la campaña nacional y la historiografía costarricense.” En *Revista de Historia*, no. 57-58 (2008); pp. 175-202.
- _____. *La fiesta de la Independencia en Costa Rica, 1821-1921*. San José: EUCR, 2007.
- _____. *Historia del 11 de abril. Juan Santamaría entre el pasado y el presente: 1915-2006*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006.
- Díaz Bolaños, Ronald. *El aporte del conocimiento geográfico en la invención de la identidad nacional en Costa Rica (1833-1944)*. Tesis de Maestría Académica en Historia Centroamericana, Universidad de Costa Rica, Sistema de Estudios de Posgrado. San José, 2013.
- Ferreto, Adela y Carlos Meléndez, *Nueva Historia de Costa Rica*. San José: Editorial de Costa Rica, 1982.
- Fumero Vargas, Patricia. *National identities in Central America in a Comparative Perspective: The Modern Public Sphere and the Celebration of Centennial the Central American Independence, September 15, 1921*. Tesis doctoral de Filosofía. Universidad de Kansas, 2005.
- _____. *El Monumento Nacional, fiesta y develización, setiembre de 1895*. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1998.
- Gamboa, Francisco. Costa Rica. *Ensayo histórico*. Ed. Revolución: San José, 1971
- Garnier, Jose Fabio. *La Vida de mi Patria*. San José: Universal.
- Gellner, Ernest. *Naciones y nacionalismo*. México D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.
- González Ayala, Eduardo. “Investigando la nación: historiografía sobre el origen del nacionalismo en Costa Rica.” En *Revista Pensamiento Actual* vol 10, no. 14-15 (2010); pp 63-79.
- Gutiérrez, Pedro Rafael. *Calendario Histórico. 500 años de la historia de Costa Rica*. San José: UACA, 1988.

- Handy, Jim. "Enfrentándose al pulpo nacionalismo y cambio político en Guatemala y Costa Rica en la década de 1920." En *Mesoamérica* 17, no. 31 (1996); pp 11-39.
- Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 2004.
- Jiménez, Alexander. *El imposible país de los filósofos: el discurso filosófico y la invención de Costa Rica*. San José: Perro Azul, 2002.
- Machen, Emily. "Soldiers of Faith behind the Lines: Religious women and community patriotism during the First World War in France." En *Women History Review* 22, no. 1 (2013); pp: 31-50.
- Meléndez Chaverri, Carlos. *Cincuentenario de la letra del Himno Nacional de Costa Rica*. San José: Imprenta Nacional, 1953.
- Molina Jiménez, Iván. *Moradas y discursos: cultura y política en la Costa Rica de los siglos XIX y XX*. Heredia: FUNDEUNA, 2010.
- _____. *Costarricenses por dicha: identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX*. San José: EUCR, 2002.
- Molina Vargas, Silvia y Eduardo González Araya. *Historia de Costa Rica*, San José: EUNED, 2015.
- Obregón Loría, Rafael. *Hechos militares y políticos*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1981.
- O'Brien, Phillips. "The American Press, Public, and the Reaction to the Outbreak of the First World War." *Diplomatic History* 37, no. 3 (2013); pp: 443-475.
- Pakkasvirta, Jussi. *¿Un Continente, una Nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y revistas culturales en Costa Rica y el Perú (1919-1930)*. San José: EUCR, 2005
- Palmer, Steven. "El héroe indicado (o un Estado en búsqueda de su Nación): Juan Santamaría, la batalla de Rivas y la simbología liberal, 1880-1895." En *Industriosa y sobria. Costa Rica en los días de la Campaña Nacional (1856-1857)*, ed. Iván Molina. Vermont: Plumsock Mesoamerican Studies, 2007.
- _____. "____". *El paso del cometa: estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)*. San José: EUNED, 1994.
- _____. "Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la Nación en Costa Rica (1848-1900)." En *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en*

- Costa Rica (1750-1900)*, ed. Iván Molina y Steven Palmer. San José: Porvenir-Plumsock Mesoamerican Studies, 1992.
- Porrás Schulte-Wrede, Belisario. *Análisis histórico y diplomático del conflicto limítrofe entre Panamá y Costa Rica: la guerra del Coto*. Tesis de Maestría Profesional en Diplomacia. Universidad de Costa Rica, Sistema de Estudios en Posgrado. San José, 1996.
- Pretorius, Fransjohan. "Boer Propaganda During the South African War of 1899-1902." En *The Journal of Imperial and Commonwealth History* 37, no. 3 (2009); pp: 399-419.
- Quesada Camacho, Juan Rafael. *Clarín Patriótico: la guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense*. San José: Eduvisión, 2010.
- Quijano, Antonio. *Costa Rica ayer y hoy, 1800-1939*. San José: Borrás Hermanos, 1939.
- Rodríguez Vega, Eugenio. *Biografía de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1980
- Romero Morales, Yasmina. "Prensa y literatura en la Guerra de África (1859-1860). Opinión publicada, patriotismo y xenofobia." *Historia Contemporánea*, no. 49 (2014); pp: 619-644.
- Saborío, Adán. "Costa Rica y Panamá", en *Revista de los Archivos Nacionales* 5, no. 5-6.
- Salsbury, Richards. "La lucha antiimperialista de Alejandro Alvarado Quirós", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, no. 8 (1982)
- Sánchez Solano, Esteban. "Corredores: una historia por reelaborar (1920-1980)", en *Poder, colonización y arquitectura. Región del Pacífico costarricense: 1780-2010*, eds. Oriester Abarca, Jorge Bartels, Susan Chen y Juan José Marín. San José: EUCR, 2011.
- Sandoval García, Carlos. *Otros Amenazantes. Los nicaragüenses y la formación de identidades nacionales en Costa Rica*. San José: EUCR, 2008.
- Schweizer, K.W. y M. Schumann. "Anglo-American War Reporting 1749-1763: The Press and a Research Strategy." En *Canadian Journal of History* 43 (2008); pp: 265-277.
- Geografía, 1969.
- Segura Carmona, Jorge. *Costa Rica y Centroamérica en la Sociedad de Naciones (1919-1939)*. Tesis de Maestría, Universidad de Costa Rica. Comisión del Programa de Posgrado en Historia, 1990.
- Sevillano Calero, Francisco. "Construcción de la memoria y del olvido en la España democrática", en *Ayer* no. 52 (2003), pp. 297-319

- Sibaja Chacón, Luis Fernando. *El límite sureste de Costa Rica: desde el Laudo Loubet hasta su fijación definitiva*. Tesis de Licenciatura en Ciencias y Letras con especialización con Historia, Universidad de Costa Rica, 1968.
- _____. *El conflicto bélico de 1921 entre Costa Rica y Panamá*. San José: Seminario de Investigaciones Centroamericana, Departamento de Historia y Geografía, 1969.
- Silva Hernández, Ana Margarita. *El unionismo científico y los intelectuales en la vida política centroamericana, 1898-1921*. Tesis doctoral en Historia, El Colegio de México, A.C., 2005.
- Smith, Anthony. "Commemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales." En *Revista Mexicana de Sociología* 60, no. 1. (enero-marzo 1998); pp: 61-80.
- Soto Quirós, Ronald. *Inmigración e identidad nacional en Costa Rica. 1904-1942: los "otros" reafirman el "nosotros."* Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, Escuela de Historia. San José, 1988.
- Suonpaa, Mika. "War Propaganda, Cultural Stereotypes, and Protestant Altruism: British Press and the Russian-Swedish War of 1808-9." En *Valahian Journal of Historical Studies* 14 (2010); pp: 33-52
- Zamora Miranda, Carlos. *Costa Rica en el mundo*. Ministerio de Educación Pública, Departamento de Educación Abierta, Bachillerato por madurez, San José, 1986.
- Zeledón Matamoros, Marco Tulio. *Fronteras de Costa Rica*. San José, 1949.